Jiddu Krishnamurti

COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR

Tomo III



Tercera serie del libro de notas de

KRISHNAMURTI

COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR

Título original inglés
Commentaries on Living, third series

EL DETERIORO DE LA MENTE

A lo largo de la parte alta de la dilatada y ancha curva del río estaba la población, muy santa y muy sucia. El río daba allí una amplia vuelta y chocaba con fuerza contra el borde de la ciudad, inundando muchas veces los peldaños que bajaban hasta el agua y algunas de las viejas casas. Mas, por mucho daño que hiciera en su furia, el río seguía siendo sagrado y hermoso. Estaba particularmente hermoso aquella tarde, con el sol poniente bajo la oscura población y detrás del singular minarete, que parecía extender toda la ciudad hacia el cielo. Las nubes eran de un rojo dorado, inflamadas con el brillo de un sol que había viajado sobre un país de intensa belleza y tristeza. Y, al desaparecer el brillo, allí, sobre la oscura ciudad, estaba la luna nueva, dulce y delicada. Desde la orilla opuesta, alguna distancia río abajo, todo el encantador espectáculo parecía mágico, y sin embargo perfectamente natural, sin un toque artificioso. Lentamente la luna nueva descendió tras la oscura masa de la población, y empezaron a aparecer luces; pero el río retenía aun la luz del cielo vespertino, un áureo esplendor de increíble suavidad. En esta luz, que era el río, había centenares de botes de pesca. Toda la tarde, hombres delgados y morenos, con largos palos, habían estado remontando laboriosamente la corriente, en una sola fila cerca de la orilla; partiendo de la aldea pesquera situada bajo la ciudad, cada hombre en su bote, a veces con un niño o dos, había remontado lentamente el río hasta pasar el largo y pesado puente, y ahora bajaban por centenares, llevados por la fuerte corriente, Estarían pescando durante toda la noche, capturando grandes y pesados peces de diez a quince pulgadas de largo, que después, coleando aun algunos de ellos, serían echados en embarcaciones mayores amarradas a la orilla, para venderse al día siguiente.

Las calles de la ciudad se hallaban atestadas de carros de bueyes, autobuses, bicicletas y peatones, con alguna vaca suelta acá y allá. Estrechas y tortuosas callejas, con tiendas mal alumbradas, estaban cenagosas por las recientes lluvias, y sucias con el lodo de hombres y bestias. Una de estas callejas conducía a los anchos peldaños que bajaban hasta el borde mismo del río, y en estos escalones se hacía de todo. Algunas personas estaban sentadas cerca del agua, con los ojos cerrados, en silenciosa meditación; próximo a ellas un hombre cantaba ante una entusiasta multitud, que se extendía por lo alto de los escalones; más allá, un mendigo leproso extendía la mano marchita, mientras que un hombre con la frente encenizada y el cabello desgreñado instruía a la gente. Cerca de allí, un **sannyasi**, limpio de cara y de piel, con túnica recién lavada, estaba sentado inmóvil, con los ojos cerrados y la mente centrada, por una larga y fácil práctica. Un hombre que tenía la mano en posición ahuecada imploraba calladamente de los cielos que se la llenasen; y una madre, con el pecho izquierdo desnudo, amamantaba a su nene, inconsciente de todo. Más allá, río abajo, estaban quemándose en grandes y rugientes hogueras, cadáveres traídos de las aldeas próximas y de la extensa y sucia población. Allí se desarrollaba todo, porque aquella era la más sagrada de las ciudades. Mas la belleza del río, que corría silenciosamente, parecía borrar todo el caos humano, mientras los cielos sobre él contemplaban con amor y maravilla.

Estábamos allí varios, dos mujeres y cuatro hombres. Una de las mujeres, de bien formada cabeza y ojos penetrantes, había sido muy bien educada, en el país y en el extranjero; la otra era más modesta, de mirada apenada e implorante. Uno de los hombres, un ex comunista que había dejado el partido hacía varios años, era enérgico y exigente; otro era artista, tímido y retraído, pero lo bastante resuelto para afirmar su idea cuando la ocasión lo exigía; el tercero era funcionario de la burocracia oficial; y el cuarto era un maestro, muy afable, con pronta sonrisa y anheloso de aprender.

Todos estuvimos en silencio un rato, y luego habló el ex comunista.

"¿Por qué hay tanto deterioro en todas las ramas de la vida? Yo puedo comprender que el poder, aunque se ejerza en nombre del pueblo, es esencialmente malo y corruptor, como lo habéis señalado. Vemos este hecho demostrado en la historia. El germen del mal y de la corrupción está inherente en todas las organizaciones políticas y religiosas, como se ha visto en la iglesia al correr de los siglos, y en el moderno comunismo, que prometía tanto pero que se ha vuelto él mismo corrupto y tiránico. ¿Por qué tiene que deteriorarse todo de esta manera?"

"Sabemos muchísimo sobre muchas cosas", añadió la señora instruida, "pero el conocimiento no parece detener la corrupción que está en el hombre. Yo escribo un poco y he publicado algunos libros, pero veo cuán fácilmente puede la mente perder su integridad una vez que ha dominado alguna cosa. Si aprendéis la técnica de la buena expresión, si descubrís unos cuantos temas interesantes o impresionantes, y si os acostumbráis a escribir, quedáis ya establecido para toda la vida; llegáis a ser popular y estáis perdido. No digo esto con ninguna actitud maliciosa o amargada, porque haya fracasado o haya tenido sólo algún éxito indiferente, sino porque veo este proceso actuando en otros y en mí misma. Parece como si no pudiéramos librarnos de la corrosión de la rutina y la capacidad. Para iniciar algo, hacen falta energía e iniciativa, pero, una vez puesto en

marcha, lleva en sí inherente el germen de la corrupción. ¿Puede uno escapar jamás de este proceso corruptor?"

"Yo también", dijo el burócrata, "estoy atrapado en la rutina decadente. Proyectamos para un futuro de cinco o diez años, construimos presas y fomentamos nuevas industrias, todo lo cual es bueno y necesario; pero, aunque los diques estén bellamente construidos y perfectamente conservados, y las máquinas funcionen con un mínimo de ineficiencia, nuestro pensar, por otra parte, se vuelve cada vez más ineficiente, estúpido y perezoso. Las computadoras y otros complejos dispositivos electrónicos superan al hombre a cada paso, pero sin el hombre no podrían existir. El hecho cierto es que unos cuantos cerebros están activos y son creadores, y que el resto de nosotros vivimos de ellos, pudriéndonos y con frecuencia regocijándonos en nuestra podredumbre".

"Yo sólo soy un maestro, pero me interesa una clase diferente de educación, una educación que impida la iniciación de esta corrupción mental. Actualmente 'educamos' a un ser humano viviente para convertirlo en algún estúpido burócrata —perdonadme— con un gran cargo y un bonito sueldo, o con una paga de empleado y una existencia aun más miserable. Sé de lo que hablo, porque estoy atrapado en eso. Pero al parecer ésa es la clase de educación que quieren los gobiernos, porque derraman dinero para ello, y todos los llamados educadores, incluyéndome a mí, estamos ayudando y contribuyendo a este rápido deterioro del hombre. ¿Pondrá fin a este deterioro un mejor método o técnica? Por favor, creedme, señor, hago esta pregunta muy en serio, no la formulo por el mero gusto de hablar. He leído libros recientes sobre educación, e invariablemente se ocupan de uno u otro método; y desde que os he oído, he empezado a poner toda la cuestión en tela de juicio".

"Yo soy algo artista, y uno o dos museos me han comprado obras. Por desgracia, tendré que ser personal, y espero que los demás no se incomoden, pues sus problemas son también los míos. Puedo pintar durante cierto tiempo, y luego dedicarme a la alfarería, y después hacer algo de escultura. Es el mismo impulso expresándose de diversos modos. El genio es esta fuerza, este extraordinario sentimiento al que hay que dar forma, y no el hombre ni el medio por el cual se expresa. Puede ser que no lo exponga debidamente, pero ya sabéis lo que quiero decir. Es ese poder creador que hay que mantener vivo, potente, a enorme presión, como el vapor en una caldera. Hay períodos en que siente uno este poder; y, una vez que lo hemos saboreado, nada del mundo podrá impedirnos querer recapturarlo. A partir de entonces, está uno torturado, nunca satisfecho, porque esa llama jamás es constante, nunca está ahí por completo. Hay, pues, que alimentarla, nutrirla; y cuanto más se alimenta, tanto más se debilita, menos completa es. Así que la llama poco a poco muere, aunque sigan la aptitud y la técnica, y llegue uno a ser famoso. El gesto persiste, pero el amor se ha ido, el corazón está muerto; y así empieza el deterioro".

El deterioro es el factor central, ¿verdad?, sea el que fuere nuestro modo de vivir. El artista puede sentirlo de una manera y el maestro de otra; pero si al menos nos damos cuenta de los demás, y de nuestros propios procesos mentales, es bastante obvio, en jóvenes y viejos, que el deterioro de la mente sobreviene en efecto. El deterioro parece estar inherente en las actividades de la mente misma. Como una máquina se desgasta por el uso, así la mente parece empeorarse a través de su propia acción.

"Todos sabemos esto", dijo la señora instruida. "El fuego, la fuerza creadora, se disipa después de algunos resplandores, pero la capacidad permanece, y esta falsa creatividad (**ersatz**) llega a ser con el tiempo un sustitutivo de la cosa real. Demasiado bien lo sabemos. Yo pregunto: ¿cómo puede ese algo creador permanecer sin perder su belleza y su fuerza?

"¿Cuáles son los factores del deterioro? Si los conociéramos, tal vez fuera posible ponerles fin".

"¿Hay factores específicos que puedan señalarse claramente?", preguntó el que había sido miembro del partido. "El deterioro puede estar inherente en la misma naturaleza de la mente".

La mente es producto de la sociedad, de la cultura en que se ha educado; y como la sociedad se halla siempre en estado de corrupción, siempre destruyéndose desde dentro, una mente que continúe siendo influida por la sociedad tiene que encontrarse también en un estado de corrupción o deterioro, ¿no es así?

"Claro que sí; y es porque hemos percibido este hecho", explicó el ex comunista, "que alguno de nosotros hemos trabajado dura y hasta brutalmente, según me temo, para crear una norma nueva y rígida, con arreglo a la cual creíamos que debía funcionar la sociedad. Desgraciadamente, unos cuantos individuos corruptos se incautaron del poder, y ya sabemos todos el resultado.

¿No puede ser, señor, que el deterioro sea inevitable cuando se crea una norma para la vida individual y colectiva del hombre? ¿Qué autoridad, fuera de la astuta autoridad del poder, tiene cualquier individuo o grupo para crear la norma omnisciente para el hombre? Eso es lo que ha hecho la iglesia, por el poder del miedo, de la adulación y de la promesa, y ha hecho del hombre un prisionero.

“Yo creía saber, como el sacerdote cree saber, cuál es la recta manera de vivir para el hombre; pero ahora, juntamente con otros muchos, veo cuán estúpida arrogancia es eso. Queda sin embargo el hecho de que el deterioro es nuestro destino; y ¿puede alguien eludirlo?”

“¿No podemos educar a los jóvenes” —preguntó el maestro— “para que de tal manera se den cuenta de los factores de corrupción y deterioro, que instintivamente los eviten, como evitarían la peste?”

¿No estamos dando vueltas al asunto sin penetrar en, él? Vamos a considerarlo juntos. Sabemos que nuestras mentes se deterioran de diversos modos, según nuestros temperamentos individuales. Ahora bien, ¿podemos poner fin a este proceso? Y ¿qué queremos decir con la palabra deterioro? Indaguémoslo despacio. ¿Es, el deterioro de la mente, un estado que se conoce por comparación con un estado incorruptible que ha experimentado la mente en forma momentánea, y en cuyo recuerdo está ahora viviendo, esperando por algún otro medio hacerlo revivir? ¿Es el estado de una mente frustrada en su deseo de éxito, de autorrealización, etc.? ¿Ha intentado la mente llegar a ser alguna cosa y ha fallado, y siente por lo tanto que se está deteriorando?

“Es todo eso”, dijo la dama instruida; “por lo menos me parece que yo estoy en uno, si no en todos los estados que acabáis de describir”.

¿Cuándo surgió esa llama de que estabais hablando antes?

“Llegó inesperadamente, sin que yo la buscase, y cuando se fue, no fui capaz de recobrarla. ¿Por qué lo preguntáis?”

Llegó cuando no la buscabais; no llegó por vuestro deseo de éxito, ni por el anhelo de esa embriagadora sensación de exaltación. Ahora que ha desaparecido, la estáis persiguiendo, por que dio momentáneo sentido a una vida que por lo demás no lo tenía; y, como no podéis recobrarla, tenéis la impresión de que ha comenzado el deterioro, ¿no es así?

“Creo que sí, no sólo en mi caso, sino en el de la mayoría. Los que son hábiles, crean una filosofía en torno del recuerdo de aquella experiencia, y con ello atrapan en su red a las personas inocentes”.

¿No indica todo esto algo que puede ser el factor central y dominante del deterioro?

“¿Os referís a la ambición?”

Esa es sólo una de las facetas del centro acumulador, este resuelto y egocéntrico foco de energía que es el ‘yo’, el ego, el censor, el experimentador que juzga la experiencia. ¿No puede ser que éste sea el factor central, el factor único del deterioro?

“¿Es actividad egocéntrica, egoísta”, —preguntó el artista— “el comprender qué es la vida de uno sin esa embriaguez creativa? Apenas puedo creerlo”.

No es cuestión de credulidad o creencia. Vamos a examinarlo más. Ese estado creativo apareció sin que lo invitaseis, se presentó sin buscarlo. Ahora que se ha disipado y convertido en un recuerdo, queréis revivirlo, cosa que habéis tratado de hacer mediante varias formas de estímulo. De vez en cuando podéis haber tocado sus bordes exteriores, pero eso no basta, y siempre lo estáis anhelando. Más ¿no es toda ansia, aun por lo más elevado, una actividad del ego? ¿No es interés egoísta?

“Tal como lo exponéis, parece así”, concedió el artista. “Pero, en una u otra forma, es el anhelo lo que nos mueve a todos, desde el austero santo hasta el humilde campesino”.

“¿Queréis decir —preguntó el maestro— que todo mejoramiento de uno mismo es egoísta? ¿Es actividad egocéntrica todo esfuerzo para mejorar la sociedad? ¿No es la educación una cuestión de mejora autoexpansiva, de hacer progresos en la justa dirección? Es egoísta el ajustarse a un mejor modelo de sociedad?”

La sociedad está siempre en estado de degeneración. No hay sociedad perfecta. La perfecta sociedad puede existir en teoría, pero no de hecho. La sociedad se basa en las relaciones humanas, motivadas por la codicia, la envidia, la adquisitividad, las pasajeras alegrías, la busca de poder, etc. No podéis mejorar la envidia; la envidia tiene que cesar. Revestir de una capa civilizada la violencia, mediante el lenguaje evasivo de los ideales, no es poner fin a la violencia. Educar a un estudiante para que se adapte a la sociedad es sólo alentar en él la deteriorante ansia de estar seguro. Subir la escala del éxito, llegar a ser alguien, lograr ser reconocido, esa es la sustancia misma de nuestra degenerante estructura social, y formar parte de ella es deteriorarse.

“¿Es que sugerís” —inquirió el maestro con un poco de ansiedad— “que tiene uno que renunciar al mundo y volverse un ermitaño, un **sannyasi**?”

Es relativamente fácil, y en cierto modo provechoso, renunciar al mundo exterior del hogar, la familia, el nombre, la propiedad; pero es otra cuestión muy distinta poner fin —sin ningún motivo, sin la promesa de un porvenir feliz— al mundo interior de la ambición, del poder, del logro, y ser realmente como nada. El hombre

empieza por el extremo falso, con las cosas, y así siempre permanece en la confusión. Empezad por el extremo correcto; comenzad cerca para llegar lejos.

"¿No hay que adoptar una práctica definida para poner fin a este deterioro, a esta ineficiencia y pereza de la mente?" —preguntó el funcionario oficial—.

La práctica o la disciplina implica un incentivo, la consecución de un fin; y ¿no es ésta una actividad egocéntrica? Hacerse virtuoso es un proceso de interés propio, que conduce a la respetabilidad. Cuando cultiváis en vos mismo un estado de no—violencia, seguís siendo violento bajo un nombre diferente. Además de todo esto, hay otro factor degenerativo: el esfuerzo, en todas sus sutiles formas. Esto no significa que uno esté aconsejando la holgazanería.

"¡Cielos! Seguramente que nos lo estáis quitando todo, señor", exclamó el funcionario. "Y cuando lo quitéis todo ¿qué queda de nosotros? ¡Nada!"

La creatividad no es un proceso de llegar a ser o lograr, sino un estado de ser, en que el esfuerzo de la búsqueda interesada está totalmente ausente. Cuando el ego se esfuerza en estar ausente, está presente. Todo esfuerzo por parte de esta cosa compleja llamada la mente ha de cesar, sin motivo ni incentivo alguno.

"Eso significa la muerte, ¿no?"

La muerte para todo lo que es conocido, que es el 'yo'. Es sólo cuando está en calma la totalidad de la mente que surge lo creador, lo innombrable.

"¿Qué entendéis por mente?", preguntó el artista.

Lo consciente tanto como lo inconsciente; los rincones ocultos del corazón tanto como las partes educadas de la mente.

"He escuchado" —dijo la dama silenciosa— "y mi corazón comprende".

LA LLAMA DEL DESCONTENTO

Bajo la temprana luz del sol matinal, las hojas del árbol que estaba junto a la ventana proyectaban sombras danzantes sobre la blanca pared de la sala. Soplaba una suave brisa y aquellas sombras nunca estaban quietas; eran tan vivientes como las hojas mismas. Unas pocas se meneaban suavemente, con gracia y facilidad, pero el movimiento de las demás era violento, espasmódico y agitado. El sol acababa de salir tras de una colina muy arbolada. No iba a ser un día cálido, pues la brisa soplaba desde las nevadas montañas del Norte. A aquella temprana hora había una extraña calma, la calma de la tierra adormecida antes de que el hombre inicie sus afanosos trabajos. Dentro de esta quietud estaban los chillidos de los papagayos, que volaban alocados hacia los campos y los bosques, los roncos graznidos de los cuervos y la algazara de muchos pájaros; dentro de ella estaban los distantes silbidos de un tren, y la sirena de una fábrica que anunciaba la hora. Era la hora en que la mente está tan abierta como los cielos y tan vulnerable como el amor.

La carretera estaba muy concurrida, y la gente que caminaba en ella prestaba escasa atención a los vehículos que circulaban; sonriendo, se apartaban a un lado, pero primero tenían que volver la vista para ver qué era lo que hacía tanto ruido detrás de ellos. Había bicicletas, ómnibus y carros de bueyes, así como hombres que llevaban carritos más ligeros cargados de saco de grano. Las tiendas que vendían cuanto el hombre pudiera desear desde agujas hasta automóviles, desbordaban de gente.

Esta misma vía conducía, pasando por la parte opulenta de la ciudad, con su retraimiento y su limpieza habituales, hacia campo abierto; y, no lejos de allí, estaba la tumba famosa. Dejaba uno el coche a la entrada exterior, subía algunos peldaños bajo una arcada abierta, y llegaba a un jardín muy bien cuidado y regado. Pasando luego por un sendero arenoso y subiendo algunos escalones más, se pasaba bajo otro arco con azulejos y se entraba en un jardín interior completamente rodeado de un muro. Era enorme; había acres de verde y delicioso césped, graciosos árboles y fuentes. Hacía fresco a la sombra y era agradable el ruido del agua que caía. El sendero circular que contorneaba el muro al costado de la pradera, tenida un borde de brillantes flores, y se habría tardado bastante en recorrerlo. Siguiendo el sendero que cruzaba la pradera, se admiraba uno de que tanto espacio, belleza y trabajo pudiesen dedicarse a una tumba. Luego se subía una larga escalera, que desembocaba en una vasta plataforma recubierta de losas de piedra arenisca pardo—rojiza. Sobre esta plataforma se alzaba la majestuosa tumba, construida en mármol liso y pulido. El único ataúd de mármol que estaba en su interior brillaba bajo la suave luz del sol que se filtraba a través de una ventana con intrincado enrejado de mármol. Parecía abandonada en su paz, a pesar de estar rodeada de grandiosidad y belleza.

Desde la plataforma se podía ver por dónde la ciudad antigua, con sus cúpulas y puertas de entrada, se unía a la ciudad nueva, con sus torres de acero para la estación emisora de radio. Era extraño ver el encuentro

de lo antiguo y lo nuevo, y su impacto conmovía todo nuestro ser. Era como si el pasado y el presente de toda vida estuviera expuesto ante uno como un simple hecho, sin la interferencia del censor y su elección. El azul horizonte se extendía a lo lejos; más allá de la ciudad y de los bosques; permanecería siempre, mientras lo nuevo se convertía en lo viejo.

Había tres personas, todas muy jóvenes, un joven, su hermana y un amigo. Bien vestidos y muy bien educados, hablaban con soltura varios idiomas, y podían hablar sobre los últimos libros. Era extraño verlos en aquella desnuda habitación; sólo había dos sillas, y uno de los jóvenes tenía que estar sentado incómodamente en el suelo, echando a perder la raya de su bien planchado pantalón. Un gorrión que tenía su nido allí mismo, por fuera, apareció repentinamente en el antepecho de la ventana abierta, pero, al ver las caras nuevas, aleteó y se alejó.

“Hemos venido a discutir un problema algo personal” —explicó el hermano— “y esperamos que eso no os incomode. ¿Puedo entrar en él? Mirad, mi hermana está pasándolo terriblemente. No se atreve a explicarlo, por lo que un momento hablaré yo. Nos queremos mucho el uno al otro, y hemos sido casi inseparables desde que éramos pequeños. No hay nada malsano en el hecho de que vivamos juntos, pero ella se ha casado y divorciado dos veces’. Todo eso lo hemos pasado juntos. Los maridos eran buenos, a su modo, pero lo que me interesa es mi hermana. Hemos consultado un conocido psiquiatra, pero, por alguna razón, esto no dio resultado. No es preciso que entremos en todo eso ahora. Aunque nunca os había encontrado personalmente, supe de vos durante varios años, y leí algunas de vuestras pláticas publicadas; “persuadí, pues, a mi hermana y a nuestro común amigo para que vinieran conmigo, y aquí estamos”. Vaciló unos momentos y luego prosiguió:

“Nuestra dificultad está en que mi hermana no parece satisfacerse con nada. Literalmente, nada le proporciona ninguna clase de satisfacción o contento. El descontento ha llegado a ser en ella casi una manía, y, si no se hace algo, va a enloquecer completamente”.

¿No es una cosa buena estar descontento?

“Hasta cierto punto, sí”, replicó él; “pero hay un límite para todo, y esto está yendo demasiado lejos”.

¿Qué mal hay en estar totalmente descontento? Generalmente lo que llamamos descontento es la insatisfacción que surge cuando no se realiza un determinado deseo, ¿no es así?

“Tal vez; pero mi hermana ha ensayado tantas cosas, entre ellas dos matrimonios, y no ha sido dichosa en ninguno de ellos. Por fortuna, no ha habido hijos, lo que habría complicado más las cosas. Pero ahora creo que ella puede hablar por sí misma; yo sólo quería echar a rodar la bola”.

¿Qué es contento, y qué es descontento? ¿Conducirá este último al primero? Estando descontentos, ¿podréis jamás hallar el contento?

“Nada me satisface realmente”, dijo la hermana. “Tenemos dinero, pero las cosas que con él se pueden comprar han perdido su sentido. He leído mucho, pero estoy segura de que sabréis que ello no conduce a ninguna parte. He explorado varias doctrinas religiosas, mas todas ellas parecen por completo falseadas; y ¿qué más queda después de eso? He pensado mucho sobre ello, y sé que no es por falta de hijos que estoy así. Si tuviera hijos, los amaría, y todo eso, pero seguramente continuaría este tormento del descontento. No puedo encontrar el modo de dirigirlo o canalizarlo, como parecen hacerlo la mayoría de las personas, hacia alguna absorbente actividad o interés. Entonces sería ir viento en popa; de vez en cuando habría una borrasca ocasional, cosa inevitable en la vida, pero siempre estaría uno al alcance de las aguas tranquilas. A mí me parece como si estuviera en una tempestad perpetua, sin ningún puerto seguro. Quiero hallar algún consuelo en alguna parte, pero, como dije, lo que las religiones ofrecen me parece por completo tonto, nada más que una serie de supersticiones. Todo lo demás, incluso el culto al Estado, es sólo un sustituto racional de la cosa real, y no sé qué es lo real. He ensayado varias cosas relacionadas, entre ellas la actual filosofía francesa de la desesperación, pero he quedado con las manos vacías. Hasta he llegado a experimentar tomando algunas de las últimas drogas; pero eso, claro está, es el último acto de la desesperación. Lo mismo exactamente podría uno suicidarse. Ahora ya lo sabéis todo”.

“Si puedo decir unas palabras” —dijo el amigo— “a mí me parece que todo podría resolverse si ella pudiera encontrar algo que realmente le interesara. Si ella tuviera un interés vital que le ocupara la mente y la vida, entonces desaparecería este descontento que la consume. He conocido a esta señora y a su hermano desde hace muchos años, y he estado diciéndole repetidamente que su desdicha proviene de no tener algo que le desvíe la mente de sí misma. Pero nadie presta mucha atención a lo que dice un viejo amigo”.

¿Puedo preguntar por qué no habríais de estar descontenta? ¿Por qué no habéis de estar consumida por el descontento? ¿Y qué queréis decir con esa palabra?

“Es una pena, una agonizante ansiedad, y naturalmente quiere uno salir de ella. Sería una forma de sadismo el querer seguir en ella. Después de todo, debería uno poder vivir felizmente, y no ser perseguido sin cesar por la pena de la insatisfacción”.

No digo que debáis complaceros en esta pena, ni meramente aguantarla; más ¿por qué habéis de tratar de escapar de ella mediante una ocupación interesante, o por alguna otra forma de permanente satisfacción?

“¿No es la cosa más natural hacer eso?” —preguntó el amigo—. “Si sentís pena, queréis libraros de ella”.

No nos comprendemos. ¿Qué entendemos por estar descontento? No estamos averiguando el mero sentido verbal o explicativo de esa palabra, ni estamos buscando las causas del descontento. Enseguida nos ocuparemos de las causas. Lo que tratamos de hacer es examinar el estado de la mente que está presa en el dolor del descontento.

“En otras palabras: ¿qué pasa en mi mente cuando está descontenta? No lo sé; jamás me hice esa pregunta. Dejadme verlo. Pero, ante todo, ¿he comprendido la pregunta?”

“Creo ver lo que preguntáis, señor”, intercaló el hermano: “¿Cuál es el sentimiento de la mente que está en la angustia del descontento, no es eso?”

Algo así. Un sentimiento es extraordinario en sí mismo, ¿verdad? aparte de su placer o dolor.

“Pero ¿puede haber sentimiento alguno” —preguntó la hermana— “si no se identifica con el placer o el dolor?”

¿Es que la identificación produce el sentimiento? ¿No puede haber sentimiento sin identificación, sin darle un nombre? Más adelante podemos volver a esa cuestión; pero, repito, ¿qué en tendemos por descontento? ¿Existe el descontento por sí mismo, como un sentimiento aislado, o está él relacionado a algo?

“Siempre está relacionado con algún otro factor, con algún impulso, deseo o voluntad, ¿no es cierto?” —dijo el amigo—. “Tiene que haber siempre una causa; el descontento es sólo un síntoma. Queremos ser o adquirir algo, y si por cualquier razón no podemos, nos sentimos descontentos. Pienso que este es el origen del descontento de ella”.

¿Lo es?

“No lo sé, no he llegado a pensarlo hasta ese extremo”, replicó la hermana.

¿No sabéis por qué estás descontenta? ¿Es porque no habéis encontrado nada en que podáis absorberos? Y, si encontraseis algún interés o actividad con la cual pudierais ocupar por completo la mente, ¿se disiparía la ansiedad del descontento? ¿Es que queréis estar contenta?

“¡Por Dios, no!” —prorrumpió—. “Eso sería terrible, eso sería el estancamiento”.

Pero ¿no es eso lo que estáis buscando? Podéis tener horror de estar contenta, y sin embargo, al querer libraros del descontento, lo que buscáis es una clase muy superior de contento, ¿no es así?

“No creo que yo quiera contentamiento; pero lo que sí quiero es librarme de esta incesante desdicha del descontento”.

¿Son distintos los dos deseos? La mayoría de las personas están descontentas, pero generalmente esto lo dominan encontrando algo que les proporcione satisfacción, y entonces funcionan mecánicamente y se estancan, o bien se vuelven amargados, cínicos, etc. ¿Es eso lo que perseguís?

“Yo no quiero volverme cínica, ni simplemente estancarme. Eso sería demasiado estúpido; sólo quiero hallar el modo de suavizar el dolor de esta incertidumbre”.

El dolor sólo existe cuando resistís la incertidumbre, cuando queréis libraros de ella.

“¿Queréis decir que debo permanecer en este estado?”

Por favor, escuchad. Condenáis el estado en que os halláis; vuestra mente se opone a él. El descontento es una llama qué se debe mantener viva, sin sofocarla mediante algún interés o actividad que se persigue como reacción ante el dolor que él provoca. El descontento sólo es penoso cuando se le resiste. Un hombre meramente satisfecho, que no comprende el sentido del descontento, está dormido; no es sensible al movimiento total de la vida. La satisfacción es una droga, y es relativamente fácil de encontrar. Pero, para comprender todo el significado del descontento, la búsqueda de certeza debe cesar.

“Es difícil no querer estar seguro de algo”.

Fuera de la certeza física, ¿existe acaso alguna certidumbre, alguna permanencia psicológica? ¿O sólo hay impermanencia? Toda relación es impermanente; todo pensamiento, con sus símbolos, ideales, proyecciones, es impermanente. Se pierden las propiedades y aun la vida misma acaba en la muerte, en lo desconocido, aunque el hombre construye mil ingeniosos edificios de creencia para vencerla. Separamos la vida de la muerte, y así ambas siguen siendo desconocidas. El contento y el descontento son como las dos caras de una moneda. Para estar libre del dolor del descontento, la mente ha de dejar de buscar el contento.

“¿Entonces no hay realización?”

La autorrealización es un vano empeño, ¿verdad? En la realización misma del “yo” hay temor y desengaño. Lo que se gana se convierte en ceniza; pero de nuevo luchamos para ganar, y de nuevo caemos en el dolor. Si llegamos alguna vez a darnos cuenta de este proceso total, entonces la autorrealización en cualquier dirección, en cualquier nivel, carece de sentido.

“Entonces, luchar contra el descontento es sofocar la llama de la vida” —concluyó ella—. “Creo comprender el sentido de lo que acabáis de decir”.

MODIFICACIÓN EXTERNA Y DESINTEGRACIÓN INTERNA

El tren hacia el sur iba muy lleno, pero más gente se esforzaba en entrar con sus bultos y maletas. Iban vestidos de todas las maneras. Algunos llevaban pesados abrigos, mientras que otros apenas llevaban algo encima, aunque hacía mucho frío. Había largos gabanes y ajustados **chudidars**, turbantes arrollados de cualquier modo, y turbantes muy bien puestos y de diversos colores. Una vez que todos se hubieron colocado más o menos bien, podían oírse los gritos de los vendedores en el andén de la estación. Vendían casi de todo: agua gaseosa, cigarrillos, revistas, maníes, té y café, dulces y comidas, juguetes, mantas de viaje y, cosa bastante extraña, una flauta hecha de bambú pulido. Su vendedor tocaba una parecida, que tenía un sonido suave. Era una multitud excitada y ruidosa. Habían venido muchos a despedir a un hombre que debía de ser persona bastante importante, porque lo recargaban de guirnaldas, cuyo rico perfume se mezclaba con el humo de la máquina y otros desagradables olores asociados con las estaciones ferroviarias. Dos o tres personas ayudaban a una anciana a entrar en un compartimento, porque era bastante corpulenta e insistía en llevar consigo su pesado equipaje. Un bebé gritaba con todas sus fuerzas, mientras la madre trataba de ponérselo al pecho. Sonó una campana, chilló el silbato de la máquina y el tren empezó a moverse, pero no volver a parar en varias horas.

Era una hermosa región, y aún había rocío en los campos y en las hojas de los frondosos árboles. Durante cierto trecho corríamos al costado de un río de fuerte corriente, y el paisaje campestre parecía extenderse en interminable belleza y vida. Acá y allá había pequeños pueblos humeantes, con bueyes que vagaban por los campos o sacaban agua de algún pozo. Un muchacho vestido con sucios harapos iba arreando dos o tres vacas ante sí, por un sendero; al pasar rugiendo el tren, el chico sonriendo saludó con la mano. Aquella mañana estaba el cielo intensamente azul; las recientes lluvias habían lavado árboles y regado bien los campos, y la gente acudía a su trabajo; mas no era por esta razón que el cielo parecía estar muy cerca de la tierra. Había en el aire la impresión de algo sagrado, a lo que respondía todo el propio ser. La cualidad de esa bendición era extraña y curativa. Ella bañaba al hombre solitario que iba por aquel camino, y a la choza cercana a la vía. Nunca encontraréis esto en las iglesias, templos o mezquitas, porque ellos y sus dioses están hechos por la mano. Pero allí en el campo abierto y en aquel estrepitoso tren, estaba la vida inagotable, una dicha que no puede ser buscada ni dada. Estaba allí para tomarla, como aquella florecita amarilla que salía tan cerca de los raíles. Los viajeros del tren charlaban y reían, o leían su diario de la mañana. Pero eso estaba allí entre ellos, y entre las tiernas cosas que crecían en la temprana primavera. Allí estaba, inmenso y sencillo, el amor que ningún libro puede revelar, y que la mente no puede tocar. Allí estaba, en aquella prodigiosa mañana, la vida misma de la vida.

Estábamos ocho en la habitación, que se hallaba en una agradable oscuridad, pero sólo dos o tres participaban en la conversación. Afuera estaban segando la hierba; alguien afilaba una guadaña, y las voces de los chicos llegaban a la sala. Los visitantes venían muy en serio. Todos ellos trabajaban intensamente de diversas maneras para mejorar la sociedad, y no en busca de ganancias materiales personales; pero la vanidad es cosa extraña; se oculta bajo la copa de la virtud y la respetabilidad.

“La institución que representamos se está desintegrando”, —empezó diciendo el de más edad—. “Ha estado declinando durante varios años, y tenemos que hacer algo para detener esta desintegración. Es muy fácil destruir una organización, pero muy difícil crearla y mantenerla. Hemos tenido que hacer frente a varias crisis, y de alguna manera hemos conseguido sobrevivir a ellas, magullados, pero no obstante capaces de funcionar. Pero ahora, sin embargo, hemos llegado a un punto en que tenemos que hacer algo drástico; ¿pero qué? ¿Ese es nuestro problema?”

Lo que hay que hacer depende de los síntomas del paciente y de aquellos que son responsables por el paciente.

“Conocemos muy bien los síntomas de la desintegración; todos ellos son bastante evidentes; aunque exteriormente la institución es reconocida y florece, por dentro se está pudriendo. Nuestros trabajadores son lo que son; hemos tenido nuestras diferencias, pero nos hemos arreglado para ir tirando juntos durante más

años de los que puedo recordar. Si quedásemos satisfechos con meras apariencias externas, consideraríamos que todo va bien; pero los que estamos interiorizados, sabemos que hay una declinación".

Vosotros y otros que habéis creado esta institución y sois responsables de ella, la habéis hecho como es; sois la institución. Y la desintegración está inherente en toda institución, en toda sociedad o cultura, ¿no es así?

"Así es", —asintió otro—. "Como decís, el mundo es de nuestra propia hechura; el mundo somos nosotros, y nosotros somos el mundo. Para cambiar el mundo, tenemos que cambiarnos a nosotros mismos. Esta institución es parte del mundo; como nosotros nos corrompemos, así se corrompen el mundo y la institución. Por ello, la regeneración debe empezar por nosotros mismos. Lo malo es, señor, que la vida en nosotros no es un proceso total; actuamos en diferentes niveles, cada uno en contradicción con los demás. Esta institución es una cosa, y nosotros otra. Somos gerentes, presidentes, secretarios, los altos funcionarios que rigen la institución. A ésta no la consideramos como nuestra propia vida; es algo que está aparte de nosotros, algo que hay que dirigir y reformar. Cuando decís que la organización es lo que nosotros somos, lo reconocemos verbalmente, pero no en nuestro fuero intimo; nos interesa operar sobre la institución, pero no sobre nosotros mismos".

¿Percibís que estáis en la necesidad de una operación?

"Veo que necesitamos una operación drástica", —dijo el más viejo— "pero ¿quién va a ser el cirujano?"

Cada uno de nosotros es el cirujano y el paciente; no hay autoridad externa que haya de manejar el bisturí. La percepción misma del hecho de que es necesaria una operación, pone en movimiento una acción que, en sí misma será la operación. Pero, si ha de haber una operación, ello implica considerable perturbación, desarmonía, porque el paciente tiene que dejar de vivir en forma rutinaria. La perturbación es inevitable. Eludir toda la perturbación de las cosas, tal como son, es tener la armonía de la tumba, que está bien cuidada y ordenada, pero llena de oculta putrefacción.

"Pero ¿es posible, estando constituidos como estamos, operar sobre nosotros mismos?"

Señor, al hacer esta pregunta, ¿no estáis erigiendo un muro resistencia que impide que la operación se produzca? Así estáis permitiendo inconscientemente que continúe el deterioro.

"Quiero operar sobre mí mismo, pero me parece que no soy capaz de hacerlo".

Cuando tratáis de operar sobre vos mismo, no hay operación en absoluto. Hacer un esfuerzo para detener el deterioro es otro modo de eludir el hecho; es dejar que el deterioro siga avanzando. Señor, realmente no queréis una operación; queréis remendar, mejorar las apariencias exteriores con pequeños cambios acá y allá. Queréis reformar, tapar con oro la podredumbre, para poder tener el mundo y la institución que deseáis. Pero todos estamos envejeciendo y vamos a morir. No os estoy imponiendo esto; pero ¿por qué no quitáis la mano y dejáis que haya una operación? Sangre sana, limpia, fluirá, si no le ponéis obstáculos.

PARA CAMBIAR LA SOCIEDAD TENÉIS QUE ROMPER CON ELLA

El mar estaba muy sereno aquella mañana, más que de costumbre, pues el viento del Sur había parado, y antes de que empezasen los del Nordeste el mar se estaba tomando un descanso. Las arenas estaban blanqueadas por el sol y el agua salada, y había un fuerte olor a ozono, mezclado con el de las algas. Aún no había nadie en la playa, y tenía uno el mar para sí sólo. Grandes cangrejos, con una garra mucho mayor que la otra, se movían despacio por allí, espiando, agitando en el aire la extremidad grande. Había también cangrejos más pequeños, los comunes, que corrían hacia el agua que lamía la orilla, o se lanzaban hacia agujeros redondos en la húmeda arena. Centenares de gaviotas marinas se habían posado por allí, descansando y arreglándose el plumaje. El borde del sol comenzaba a asomar sobre el mar, trazando una senda dorada en las quietas aguas. Todo parecía estar esperando este momento, ¡y cuán rápidamente pasaría! El sol siguió subiendo desde el mar, que estaba tan quieto como un resguardado lago en algún bosque espeso. Ningún bosque podría contener aquellas aguas, que eran demasiado inquietas, potentes y vastas; pero aquella mañana estaban apacibles, amistosas y atractivas.

Bajo un árbol, sobre las arenas y el agua azul, continuaba una vida independiente de los cangrejos de agua salada y de las gaviotas. Grandes hormigas negras se lanzaban por allí, sin decidir adónde ir. Subían al árbol, y de repente se precipitaban hacia abajo, sin razón aparente. Dos o tres se detenían impacientes, movían las cabezas de acá para allá y entonces, con un fiero impulso de energía, recorrían todo el trecho de una rama que debían de haber examinado centenares de veces ya; la investigaban de nuevo con ávida curiosidad, y un segundo después perdían interés por ella. Había mucha calma bajo el árbol, aunque todo estaba lleno de vida alrededor de uno. No había un soplo de aire que agitase las hojas, pero cada hoja estaba llena de la belleza y la

luz de la mañana. Había intensidad en el árbol, no la terrible intensidad del conseguir, del lograr, sino la intensidad de ser completo, sencillo, de estar solo y ser sin embargo parte de la tierra. Los colores de las hojas, de las pocas flores, del oscuro tronco, estaban mil veces intensificados, y las ramas parecían sostener los cielos. Había increíble claridad, brillantez y vida a la sombra de aquél solo árbol.

La meditación es una intensificación de la mente que está en la plenitud del silencio. La mente no está quieta como algún animal domesticado, asustado o disciplinado; está quieta como lo estén las aguas a muchas brazas de profundidad. La quietud no es allí como la que hay en la superficie cuando mueren los vientos. Esa quietud tiene una vida y un movimiento propios, en relación con el flujo externo de la vida, pero sin ser afectada por él. Su fuerza no es la de alguna potente máquina que ha sido construida por manos ingeniosas y capaces; es tan sencilla y natural como el amor, como el relámpago, como un río de plena corriente.

Dijo él que había estado sumido en la política por completo. Había hecho lo que suele hacerse para subir la escala del éxito —cultivar las relaciones convenientes, familiarizarse con los líderes que habían trepado por la misma escala— y su ascenso había sido tan rápido. Fue enviado al extranjero en muchas importantes comisiones, y era considerado con respeto por los influyentes, pues era sincero e incorruptible, si bien tan ambicioso como el resto de ellos. Además de todo esto, había leído mucho, y tenía facilidad de palabra. Pero ahora, por alguna afortunada circunstancia, se había cansado de este juego de ayudar al país esforzándose y convirtiéndose en una persona muy importante. Estaba cansado de eso, no porque no pudiera trepar más, sino porque, por un proceso natural de la inteligencia, había llegado a ver que la mejora profunda del hombre no reside de ningún modo en los planes, en la eficiencia ni en la pugna por el poder. Lo había pues arrojado todo por la borda y estaba empezando a considerar de nuevo la totalidad de la vida.

¿Qué queréis decir con "la totalidad de la vida"?

"He pasado muchos años como si dijéramos en un ramal del río y quiero pasar los años restantes de mi vida en el río mismo. Aunque disfruté cada minuto de la lucha política, no siento dejar la política; y ahora deseo contribuir a la mejora de la sociedad partiendo de mi corazón y no de la mente, siempre calculadora. Lo que recibo de la sociedad ha de ser devuelto a ella, por lo menos duplicado".

Si me permitís la pregunta, ¿por qué pensáis en términos de dar y recibir?

"¡He recibido tanto de la sociedad; y todo lo que me ha dado tengo que devolverlo multiplicado".

¿Qué debéis a la sociedad?

"Todo lo que tengo: mi cuenta bancaria, mi educación, mi nombre... ¡Oh! ¡Tantas cosas!"

En realidad no habéis quitado nada a la sociedad, porque formáis parte de ella. Si fuerais una entidad separada, desconectada de la sociedad, entonces podríais devolver lo que hubierais tomado. Pero formáis parte de la sociedad, parte de la cultura que os ha moldeado. Podéis devolver el dinero prestado; pero ¿qué podéis devolver a la sociedad mientras seáis parte de ella?

"Puesto que de la sociedad he recibido dinero, alimentos, ropas, albergue, tengo que hacer algo en retribución. Me he beneficiado acumulando dentro del marco de la sociedad, y sería ingratitud mía el volverle la espalda. Debo hacer alguna obra buena para la sociedad, buena obra en el amplio sentido, y no como un simple 'benefactor'".

Comprendo lo que queréis decir; pero, aunque devolvierais todo lo que habéis acumulado, ¿os absolvería eso de vuestra deuda? Lo que os ha entregado la sociedad por vuestros esfuerzos es relativamente fácil de devolver, podéis dárselo a los pobres, o al Estado. Y después, ¿qué?, todavía tenéis vuestro "deber" para con la sociedad, pues aun formáis parte de ella; sois uno de los ciudadanos. Mientras pertenezcáis a la sociedad y os identifiquéis con ella, sois a la vez el dador y el recibidor. La mantenéis, sostenéis su estructura, ¿verdad?

"Sí, como decís, formo parte integrante de la sociedad; sin ella, no existo. Desde que soy a la vez lo bueno y lo malo de la sociedad, tengo que eliminar lo malo y sostener lo bueno".

En cualquier cultura o sociedad, lo "bueno" es lo aceptado lo respetable. Queréis mantener lo que es noble dentro de la estructura de la sociedad; ¿es eso?

"Lo que quiero es hacer cambiar el patrón social en que el hombre está preso. Digo esto con la mayor seriedad".

El patrón social es establecido por el hombre; no es independiente de él, aunque tiene vida propia, y el hombre tampoco es independiente de él; están relacionados entre si. El cambio dentro del patrón no es cambio en absoluto; es mera modificación, reforma. Sólo rompiendo con el patrón social, sin erigir otro, es como podéis "ayudar" a la sociedad. Mientras pertenezcáis a la sociedad, estaréis sólo ayudándola a deteriorarse. Todas las sociedades, incluso la más maravillosamente utópica, tienen dentro de sí los gérmenes de su propia corrupción. Para cambiar la sociedad, tenéis que romper con ella. Tenéis que dejar de ser lo que la sociedad es: adquisitivo, ambicioso, envidioso, buscador de poder, etcétera.

"¿Queréis decir que debo hacerme monje, **sannyasi**?"

Desde luego que no. El **sannyasi** no ha hecho más que renunciar al aspecto externo del mundo, de la sociedad, pero interiormente forma aún parte de ella; todavía arde en deseo de lograr, de ganar, de llegar a ser.

"Sí, lo veo".

Ciertamente, como os habéis quemado en la política, vuestro problema no está sólo en romper con la sociedad, sino en volver por completo a vivir, a amar, a ser sencillo. Sin amor, hagáis lo que hiciereis no conoceréis la acción total, que es lo único que puede salvar al hombre.

"Eso es cierto, señor: no amamos, no somos realmente sencillos".

¿Por qué? Porque estáis preocupados con las reformas, con los deberes, con la respetabilidad, con el llegar a ser algo, con el llegar a la otra orilla. En nombre de otro, os interesáis por vos mismo; estáis atrapado en vuestro propio reducto. Creéis ser el centro de esta hermosa tierra. Nunca os detenéis a mirar un árbol, una flor, el río que fluye; y si por casualidad miráis, vuestros ojos están llenos con las cosas de la mente, y no con la belleza y el amor.

"También eso es verdad, más ¿qué vamos a hacer?"

Mirad y sed sencillo.

DONDE ESTÁ EL "YO", NO ESTÁ EL AMOR

Los rosales que se hallaban por dentro del portal estaban cubiertos de rosas muy encarnadas, cargadas de aroma, y alrededor de ellas volaban las mariposas. Había también caléndulas y guisantes de olor en floración. El jardín daba al río, y aquella tarde estaba inundado por la dorada luz del sol poniente. Sobre la tranquila superficie del río se destacaban los oscuros barcos pesqueros, de forma parecida a las góndolas. El pueblo, que estaba entre los árboles en la otra orilla, distaba una milla, y sin embargo las voces llegaban claramente a través del río. Desde el portal un sendero bajaba hasta el río; empalmaba con un áspero camino, utilizado por los aldeanos al ir y venir de la población. Este camino terminaba bruscamente a orillas de un arroyo que desembocaba en el gran río. No era una orilla arenosa, sino llena de húmeda arcilla, en la que se hundían los pies. En este punto iban a construir sobre el arroyo un puente de bambú; mas ahora había una tosca barcaza cargada de tranquilos aldeanos que retornaban de su jornada comercial en el pueblo. Dos hombres nos llevaron a través del río, mientras los aldeanos se sentaban apiñados, por el fresco atardecer. Había un pequeño brasero que se iba a encender cuando oscureciese más, pero la luna les daba luz. Una niña llevaba una cesta de leña; la había bajado mientras cruzábamos el arroyo, y ahora tenía dificultad para alzarla otra vez. Era demasiado pesada para una pequeñuela, pero con alguna ayuda logró colocarla cuidadosamente sobre su cabecita, y su sonrisa parecía llenar el universo. Todos escalamos la empinada orilla pisando con cuidado, y pronto los aldeanos se fueron charlando por el camino.

Aquí él campo era abierto y de suelo muy rico, con el aluvión de muchos siglos. El campo llano, bien cultivado, salpicado de maravillosos y viejos árboles, se extendía hasta el horizonte. Había campos de guisantes aromáticos llenos de blancas flores así como trigo de invierno y otros cereales. Por un lado corría el río, amplio y serpenteante, y dominando el río había un pueblo de ruidosa actividad. Aquí el sendero era muy antiguo; se decía que por él caminó El Iluminado, y que los peregrinos lo habían utilizado durante muchas centurias. Era un sendero sagrado, y había pequeños templos acá y allá a lo largo de aquella santa vía. Los mangos y los tamarindos eran también muy viejos, y algunos, que tanto habían visto, estaban muriendo. Sobre el dorado cielo vespertino se alzaban majestuosos, con sus ramas oscuras y abiertas. Un poco más allá había una arboleda de bambúes, amarillentos por la edad, y en una pequeña huerta una cabra atada a un árbol frutal llamaba a su cría, que brincaba y corría por allí. El sendero pasaba por otra arboleda de mangos y al lado de un tranquilo estanque. Había una calma sin brisa, y todas las cosas conocían la hora bendita. La tierra y todo lo que había sobre ella se volvía santo. No era que la mente se diera cuenta de esta paz como de algo exterior a ella, algo que pudiera ser recordado y comunicado, sino que había una total ausencia de cualquier movimiento de la mente. Sólo existía lo inconmensurable.

Era un hombre más bien joven, próximo, decía, a los cuarenta años, y, aunque se había enfrentado con públicos y hablaba con gran aplomo, era sin embargo más bien tímido. Como tantos otros de su generación, había jugado con la política, con la religión y con la reforma social. Le gustaba escribir poesías y sabía pintar sobre tela. Eran amigos suyos varios de los prominentes líderes, y habría podido llegar lejos en la política; pero había elegido otra cosa, y se contentaba pasando desapercibido en una distante población montañesa.

"Hace muchos años que quería veros. Puede ser que no os acordéis, pero una vez fui con vos a Europa en el mismo barco, antes de la segunda guerra mundial. Mi padre estaba muy interesado en vuestras enseñanzas, pero yo derivé hacia la política y a otras cosas. Al fin, llegó a ser persistente mi deseo de volver a hablar con

vos, que ya no podía postergarlo más. Quiero abrir mi corazón, algo que nunca he hecho ante ningún otro, porque no es fácil discutir con otros sobre uno mismo. Durante cierto tiempo asistí a vuestras pláticas y discusiones en distintos lugares, pero recientemente he sentido un fuerte impulso a veros en privado, porque he llegado a un callejón sin salida".

¿De qué clase?

"Parece que no salí de mi estancamiento. He meditado algo, no en la forma en que uno se hipnotiza, sino tratando de darme cuenta de mi propio pensar, etc. En este proceso, invariablemente me quedo dormido. Supongo que será porque soy perezoso, comodón. He ayunado, y he ensayado varios regímenes alimentarios, pero esta letargia persiste".

¿Se debe a pereza o a otra cosa? ¿Hay alguna profunda frustración íntima? ¿Se ha embotado o vuelto insensible vuestra mente por las cosas que os han pasado? Si puedo preguntarlo: ¿es que no hay amor?

"No sé señor, he pensado vagamente sobre estas cuestiones, pero nunca he podido concretar nada. Tal vez he sido abrumado por exceso de cosas buenas y malas. En cierto modo, la vida ha sido demasiado fácil para mí, con familia, dinero, ciertas capacidades, etc. Nada ha sido muy difícil, y eso puede haber sido lo malo. Este sentimiento general de facilidad y de tener la capacidad para afrontar casi cualquier situación, pueden haberme debilitado".

¿Es así? ¿No es ésta simplemente una descripción de acontecimientos superficiales? Si esas cosas os hubieran afectado profundamente, habríais llevado una vida distinta, habríais seguido el camino cómodo. Pero no ha sido así, de modo que tiene que estar funcionando un proceso diferente, que está volviendo indolente e inepta vuestra mente.

"Entonces, ¿qué es? No me perturba el sexo; he consentido en él, pero nunca fue en mí una pasión hasta el punto de esclavizarme. Empezó con amor y terminó en desengaño, pero no en frustración. De eso estoy bastante seguro. Ni condeno el sexo ni lo busco. De todos modos, no es un problema para mí".

¿No ha destruido la sensibilidad esta indiferencia? Al fin y al cabo, el amor es vulnerable, y una mente que ha erigido defensas contra la vida deja de amar.

"No creo haber creado una defensa contra el sexo; pero el amor no es sexo necesariamente, y en realidad no sé si siquiera amo".

Como veis, nuestras mentes se hallan tan cuidadosamente cultivadas, que llenamos el corazón con las cosas de la mente. Consagramos la mayor parte de tiempo y energía a ganarnos la vida, al acopio de conocimiento, al fuego de la creencia, al patriotismo y al culto del Estado, a las actividades de reforma social, a la persecución de ideales y virtudes, y a las otras muchas cosas con que la mente se mantiene ocupada; así el corazón queda vacío y la mente se enriquece en astucia. Esto contribuye a la insensibilidad, ¿no es así?

"Es verdad que cultivamos demasiado la mente. Adoramos el conocimiento, y se honra al hombre de intelecto, pero pocos amamos en el sentido de que habláis. Por lo que a mí toca, honradamente no sé siquiera si tengo amor alguno. No mato para comer. Me gusta la naturaleza. Me agrada ir al bosque y sentir su silencio y su belleza; me gusta dormir bajo los cielos abiertos, pero ¿indica todo esto que yo ame?"

La sensibilidad para con la naturaleza es parte del amor, pero no es el amor ¿verdad? Ser amable y bueno, hacer buenas obras sin pedir nada a cambio, es parte del amor, pero no es el amor, ¿no es así?

"Entonces ¿qué es el amor?"

El amor es todo eso, pero es mucho más. La totalidad del amor no está dentro de los límites de la mente; y para conocer esa totalidad, la mente debe vaciarse de sus ocupaciones, por nobles o egocéntricas que sean. Preguntar cómo vaciar la mente, o cómo no ser egoísta es buscar un método; y la búsqueda de un método es otra ocupación de la mente.

"Pero es posible vaciar la mente sin alguna clase de esfuerzos?"

Todo esfuerzo, el "correcto" lo mismo que el "equivocado", sostiene el centro, la médula del logro, el "yo". Donde está el "yo", no está el amor. Pero estábamos hablando del letargo de la mente, de su insensibilidad. ¿No habéis leído mucho? ¿Y no puede ser el conocimiento parte de este proceso de insensibilidad?

"No soy un intelectual, pero leo mucho y me gusta curiosear en las librerías. Respeto el conocimiento, y no veo bien por qué creéis que el conocimiento contribuye necesariamente a la insensibilidad".

¿Qué entendemos por conocimiento? Nuestra vida es en gran parte una repetición de lo que se nos ha enseñado, ¿verdad? Podemos aumentar nuestros conocimientos, pero el proceso repetitivo continúa y refuerza el hábito de acumular. ¿Qué sabéis excepto lo que habéis leído o se os ha dicho, o lo que habéis experimentado? Lo que experimentáis ahora es determinado por lo que habéis experimentado antes. La subsiguiente experiencia es lo que ya ha sido experimentado, aunque ampliado o modificado, y así se mantiene el proceso repetitivo. La repetición de lo bueno o de lo malo, de lo noble o lo trivial, contribuye

evidentemente a la insensibilidad, porque la mente se mueve sólo dentro del campo de lo conocido. ¿No será por esto que vuestra mente está embotada?

"Pero yo no puedo dejar de lado todo lo que sé, todo lo que he acumulado como conocimiento.

Vos sois este conocimiento, sois las cosas que habéis acumulado; sois el disco fonográfico que está siempre repitiendo lo que se ha grabado en él, sois la canción, el ruido, la charla de la sociedad, de vuestra cultura. ¿Hay un "vos" incorrupto, fuera de toda esta charla? Este centro del "yo" está ahora ansioso por librarse de las cosas que ha acumulado; pero el esfuerzo que hace para librarse forma parte del proceso acumulativo. Tenéis un nuevo disco para tocar, con nuevas palabras, pero vuestra mente esta aun embotada, insensible.

"Veo eso perfectamente; habéis descrito muy bien mi estado mental. He aprendido en mi tiempo las jergas de varias ideologías, tanto religiosas como políticas; mas, como indicáis, mi mente en esencia ha seguido siendo la misma. Ahora me doy cuenta muy claramente de esto; y también de que todo este proceso hace a la mente superficialmente alerta, astuta y exteriormente flexible, mientras que bajo la superficie está todavía aquel mismo viejo centro del ego que es el 'yo'"

¿Percibís todo esto como un hecho, o lo conocéis sólo por la descripción de otro? Si no es vuestro propio descubrimiento, algo que hayáis descubierto por vos mismo, entonces aun es sólo la palabra y no el hecho lo que es importante.

"No comprendo bien esto. Por favor, id despacio, señor, y volved a explicarlo".

¿Es que acaso conocéis algo, o sólo reconocéis? El reconocimiento es un proceso de asociación, de memoria, que es conocimiento. Eso es verdad ¿no es así?

"Creo ver lo que queréis decir. Sé que esa ave es un papagayo sólo porque me lo han dicho; por la asociación, la memoria, que es conocimiento, hay reconocimiento, y entonces digo: 'Es un papagayo'".

La palabra "papagayo" os ha impedido mirar al ave, ese que vuela. Casi nunca miramos el hecho, sino la palabra o el símbolo que representa el hecho. Este retrocede y la palabra, el símbolo, asume enorme importancia. Ahora bien, ¿podéis mirar el hecho, sea el que fuere, disociado de la palabra, del símbolo?

"Me parece que la percepción del hecho y la conciencia de la palabra que lo representa ocurren en la mente al mismo tiempo.

¿Puede la mente separar el hecho de la palabra?

"No creo que pueda".

Tal vez estemos volviendo esto más difícil de lo que es. Ese objeto se llama árbol. La palabra y el objeto son dos cosas separadas, ¿verdad?

"Efectivamente es así; pero, como decís, siempre miramos el objeto a través de la palabra".

¿Podéis separar el objeto de la palabra? La palabra "amor" no es el sentimiento, el hecho del amor.

"Pero, en cierto modo, la palabra es un hecho también, ¿no?"

En cierto modo sí. Las palabras existen para comunicar, y también para recordar, para fijar en la mente una experiencia fugaz, un pensamiento, un sentimiento; la mente misma es pues, la palabra, la experiencia, es el recuerdo del hecho en términos de placer y dolor, bueno y malo. Todo este proceso ocurre en el campo del tiempo, en el campo de lo conocido; y cualquier revolución dentro de ese campo no es revolución en absoluto, sino sólo una modificación de lo que ha existido.

"Si os he entendido bien, lo que decís es que yo he vuelto mi mente torpe, letárgica, insensible, por el pensar tradicional o repetitivo, del cual forma parte la autodisciplina. Para que el proceso repetitivo termine, el disco de fonógrafo, que es el 'yo', debe ser roto; y sólo puede romperse cuando se ve el hecho, y no por el esfuerzo. El esfuerzo, según decís, mantiene la cuerda de la máquina fotográfica, de modo que en eso no hay esperanza. Y entonces ¿qué?"

Ver el hecho, lo que es, y dejad que ese hecho actúe; no actuéis vos sobre el hecho —siendo el "vos" el mecanismo repetidor, con sus opiniones, juicios, conocimientos.

"Lo intentaré", dijo seriamente.

Intentar es lubricar el mecanismo repetidor, y no terminar con él.

"Señor, nos estéis quitando todo, y no queda nada. Pero eso puede ser lo nuevo".

LA FRAGMENTACIÓN DEL HOMBRE LE ESTÁ HACIENDO ENFERMAR

Aun era muy temprano y había una ligera bruma que ocultaba los arbustos y las flores. Un abundante rocío había producido un círculo de humedad en torno de cada árbol. El sol acababa de salir tras una masa de árboles, que estaban ahora en calma, porque los bulliciosos pájaros se habían dispersado todos ya aquel día.

Se estaban calentando los motores de los aviones y su zumbido llenaba el aire matinal; pero muy pronto saldrían para diversas partes del gran continente, y, excepto los habitúales ruidos de una población, todo quedaría tranquilo de nuevo.

Un mendigo, de suave voz, cantaba en la calle, y la canción lenta esa nostálgica condición que es tan familiar. Su voz aún no se había enronquecido y tenía un sonido agradable, acogedor, en medio del ruido de los autobuses y de la gente que voceaba en la calle. Si vivía uno por allí, lo oía todas las mañanas. Muchos mendigos exhiben habilidades, o tienen monos amaestrados; son individuos inteligentes y viciosos, de mirada astuta y fácil sonrisa. Pero este mendigo era completamente distinto. Era un simple mendigo, con un palo y ropas andrajosas y sucias. No tenía pretensiones, ni obsequiosas maneras. Los otros recibían más limosnas que él, porque a la gente le gustan, los halagos, los calificativos agradables o las bendiciones y los deseos de prosperidad. Pero aquel mendigo no hacía nada de esto. Pedía, y si le daban, inclinaba la cabeza y seguía su camino; no había "pose" ni gesticulación. Recorría toda la larga y sombreada calle, siempre cediendo el paso a la gente; al final de la calle doblaba por otra más estrecha y tranquila, e iniciaba de nuevo su cántico, para alejarse finalmente por una pequeña callejuela. Era muy joven y daba una agradable impresión.

El avión despegó a la hora anunciada y se remonto suavemente sobre la ciudad, con sus cúpulas, sus antiguas tumbas y sus largos bloques de feos edificios, presuntuosos y recientemente construidos. Al otro lado de la ciudad pasaba el río, tortuoso y ancho, con aguas de un verde azul pálido, y el avión lo seguía, en dirección sudeste casi siempre. Ibamos en vuelo horizontal al llegar a los 6.000 pies más o menos. Bajo nosotros estaba la campiña, netamente dividida toda en parcelas irregulares color verde gris, poseyendo cada hombre su trocito. El río pasaba sinuosamente por muchos pueblos, y desde él partían estrechos canales rectos, hechos por el hombre, que se extendían por los campos. Centenares de millas más hacia el Este comenzaron a aparecer las nevadas montañas, etéreas e irreales en su resplandor rosado. Al principio parecía como si flotasen sobre el horizonte y era difícil creer que fueran montañas de agudos picos y macizas formaciones. En la superficie de la tierra no podían verse a aquella distancia, pero desde esta altura eran visibles y de una belleza espectacular. No se podía quitar la vista de ellas, porque temía uno perder el más leve matiz de su belleza y grandiosidad. A una cadena de montañas, a un macizo pico, sucedían poco a poco otros. Cubrían el horizonte del Nordeste, y aun después de haber estado volando durante dos horas, todavía estaban allí. Eran realmente increíbles el color, la inmensidad y la soledad. Olvidaba uno todo lo demás: los pasajeros, el comandante que hacía preguntas, y la azafata que pedía los billetes. No era la absorción de un niño en un juguete, ni la del monje en su celda, ni la del **sannyasi** a la orilla de un río. Era un estado de total atención en el que no había distracción. Sólo existía la belleza y la gloria de la tierra. No había observador.

Era psicólogo, analista y médico, corpulento, de cabeza grande y ojos serios. Decía que había venido, dijo, para hablar sobre varias cuestiones; sin embargo, no iba a usar la jerga de la psicología y del análisis, sino que usada las palabras que fueran familiares para ambos. Como había estudiado los psicólogos famosos, y él mismo había sido analizado por uno de ellos, conocía las limitaciones de la psicología moderna, así como su valor terapéutico. No siempre tenía éxito, explicó, pero tenía ella grandes posibilidades en manos de las personas idóneas. Claro que hay muchos charlatanes, pero eso era de esperar. También había estudiado, aunque no extensamente, el pensamiento oriental sobre la conciencia.

"Cuando se descubrió por primera vez el subconsciente y se lo describió aquí en Occidente, no había universidad que le concediera un lugar ni editor que publicase el libro; pero ahora, por supuesto, pasadas sólo dos décadas, la palabra está en los labios de todos. Nos gusta pensar que somos los descubridores de todas las cosas, y que el Oriente es una selva de misticismo y trucos como el de la cuerda que desaparece; pero el hecho es que Oriente emprendió la exploración de la conciencia hace muchos siglos, aunque usando diferentes símbolos, de significación más amplia. Digo esto sólo para señalar que anhelo aprender y que no tengo la parcialidad corriente en esta cuestión. Nosotros los especialistas en el campo de la psicología, ayudamos efectivamente a los inadaptados a volver a la sociedad, y ésta parece ser nuestra principal función. Pero en cierto modo yo, personalmente, no estoy satisfecho con esto, cosa que me trae a uno de los puntos que quiero discutir. ¿Es esto todo lo que podemos hacer los psicólogos? ¿No podemos hacer más que limitarnos a ayudar al individuo inadaptado a volver a la sociedad?"

¿Es sana la sociedad, para que un individuo deba volver a ella? ¿No ha contribuido la sociedad misma a enfermar al individuo? Desde luego, el enfermo debe ser sanado, no es necesario decirlo; pero ¿por qué ha de adaptarse el individuo a una sociedad insana? Si él es sano, no formará parte de ella. Sin poner antes en duda la salud de la sociedad, ¿qué hay de bueno en ayudar a los inadaptados a ajustarse a la sociedad?

"No creo que la sociedad sea sana; funciona por y para los frustrados, para los que buscan poder, para los supersticiosos. Siempre se encuentra en estado de convulsión. Durante la última guerra, ayudé en la labor de tratar de enderezar los inadaptados del ejército, que no podían acostumbrarse a los horrores del campo de

batalla. Probablemente tenían razón, pero estaba en marcha una guerra y había que ganarla. Algunos de los que lucharon y sobrevivieron todavía necesitan ayuda psiquiátrica, y va a costar mucho trabajo devolverlos a la sociedad".

Ayudar al individuo a adaptarse a una sociedad que siempre está en guerra consigo misma, ¿es ésta la supuesta función de los psicólogos y analistas? ¿Hay que sanar al individuo, sólo para que mate o para que lo maten? Si a uno no lo matan ni lo enloquecen, ¿debe entonces ajustarse a la estructura del odio, de la envidia, de la ambición y la superstición, aunque sea cosa muy científica?

"Reconozco que la sociedad no es lo que debería ser, pero ¿qué podemos hacer? No podemos escapar de la sociedad; tenemos que trabajar en ella, ganarnos la vida en ella, sufrir y morir en ella. No podemos recluirnos, o convertirnos en una de esas personas que se retraen y no piensan más que en su propia salvación. Tenemos que salvar a la sociedad, aun a su pesar".

La sociedad es la relación del hombre con el hambre; su estructura se basa en sus compulsiones, ambiciones, odios, vanidades, envidias, en toda la complejidad de sus ansias de dominar y de seguir. A menos que el individuo rompa con esta corruptora estructura, ¿qué valor fundamental puede haber en la ayuda del médico? Simplemente el hombre volverá a ser corrompido.

"El deber de un médico es curar. No somos reformadores de la sociedad; ese departamento pertenece a los sociólogos".

La vida es una, no divisible en departamentos. Tenemos que ocuparnos de la totalidad del hombre: de su trabajo, de su amor, de su conducta, de su salud, de su muerte y de su Dios, así como también de la bomba atómica. Es esta fragmentación del hombre lo que le hace enfermar.

"Algunos comprendemos esto, señor, pero ¿qué podemos hacer? Nosotros mismos no somos todos hombres de visión superior, íntegros en nuestros impulsos y propósitos. Curamos una parte, mientras que el resto se descompone, y vemos que la profunda putrefacción está destruyendo la totalidad. ¿Qué va uno a hacer? Como médico, ¿cuál es mi deber?"

Curar, evidentemente; ¿pero no es también responsabilidad del médico curar a la sociedad como un todo? No puede haber reforma de la sociedad; sólo puede haber una revolución fuera del molde de la sociedad.

"Pero vuelvo a mi tema: como individuo ¿qué puede uno hacer?"

Romper con la sociedad, desde luego; ser libre, no meramente en las cosas externas, sino de la envidia, la ambición, la adoración del éxito, etcétera.

"Esa libertad le darla a uno más tiempo para estudiar, y ciertamente habría mayor tranquilidad; pero ¿no conduciría a una existencia más bien superficial, inútil?"

Al contrario, el estar libre de ambición y temor llevaría al individuo a un estado de integración ¿no es así? Pondría fin a las diversas maneras de escapar que inevitablemente causan confusión y autocontradicción, y la vida tendría un sentido más hondo y más amplio.

"¿No son beneficiosas algunas evasiones para una inteligencia limitada? La religión es un espléndido escape para muchas personas; da significado, por ilusorio que sea, a su existencia, por lo demás monótona".

Lo mismo hacen los cines, las novelas románticas y algunas drogas; ¿y fomentaríais tales formas de evasión? Los intelectuales tienen también sus escapes, burdos o sutiles, y casi todas las personas tienen sus refugios; y cuando tales personas están en posiciones de poder, engendran más daño y miseria. La religión no es cuestión de dogmas y creencias, de rituales y supersticiones; ni es el culto de la salvación personal, que es una actividad egocéntrica. La religión es el vivir totalmente la vida; es la comprensión de la verdad, que no es una proyección de la mente.

"Pretendéis demasiado de la persona común, que quiere sus diversiones, sus escapes, su religión autosatisfactoria, y alguien a quien seguir u odiar. Lo que insinuáis reclama una educación diferente, una sociedad de un mundo distinto, y ni nuestros políticos ni nuestros educadores ordinarios son capaces de esta más amplia visión. Supongo que el hombre tiene que pasar por la larga y oscura noche de la miseria y el dolor antes de surgir como ser humano integrado, inteligente. Por el momento, eso no me interesa. Lo que me incumbe son los náufragos humanos, por los cuales puedo hacer y hago efectivamente mucho; más ello parece tan poco en este vasto mar de desgracia. Como decís, tendré que producir en mí mismo un estado de integración: eso es una empresa muy ardua.

"Hay otra cosa, de naturaleza personal, que quisiera hablar con vos, si puedo. Dijisteis antes algo sobre la envidia. Comprendo que soy envidioso; y aunque me hago analizar de vez en cuando, como lo hacemos la mayoría de los analistas, no he podido trascender esto. Casi me avergüenzo de confesarlo, pero la envidia está ahí, abarcando desde los pequeños celos hasta sus formas más complejas, y no parece que sea yo capaz de deshacerme de ella".

¿Es capaz la mente de librarse de la envidia, no a trocitos, sino por completo? Si no hay liberación total de ella, a través de todo nuestro ser, la envidia sigue repitiéndose en distintas formas y oportunidades.

"Sí, me doy cuenta de eso. La envidia debe ser por completo eliminada de la mente, como se elimina totalmente del cuerpo un tumor maligno, pues de lo contrario habrá recaída; ¿pero cómo?"

El "cómo" es otra forma de envidia ¿no es así? Cuando uno busca un método, quiere librarse de la envidia para ser alguna otra cosa; de modo que la envidia aun está actuando.

"Era una pregunta natural, pero veo lo que queréis decir; nunca me había fijado antes en este aspecto de la cuestión".

Parece que siempre caemos en esta trampa, y quedamos para siempre atrapados en ella; siempre estamos procurando librarnos de la envidia. El tratar de librarse hace surgir el método, y así la mente nunca está libre de la envidia ni del método. Una cosa es inquirir sobre la posibilidad de liberación total de la envidia y otra buscar un método que le ayude a uno a liberarse. Al buscar un método, lo encontramos, invariablemente, por sencillo o complejo que sea; entonces cesa toda indagación sobre la posibilidad de liberación total, y nos quedamos pegados a un método, una práctica, una disciplina. Así, la envidia prosigue y se sostiene sutilmente.

"Sí. ¡Como lo señaláis veo que eso es perfectamente cierto. Me preguntáis en efecto si realmente me interesa librarme del todo de la envidia. Como sabéis, señor, he visto que la envidia a veces es estimulante; se halla placer en ella. ¿Quiero librarme de la totalidad de la envidia, tanto de su placer como de su dolorosa ansiedad? Confieso que nunca hasta ahora me he hecho esta pregunta, ni me la han hecho otros. Mi primera reacción es que no sé si lo quiero o no. Creo que lo que realmente me gustaría sería conservar la parte estimulante de la envidia y desembarazarme del resto. Pero, evidentemente, es imposible retener sólo sus partes deseables, y tenemos que aceptar todo el contenido de la envidia, o liberarnos de ella por completo. Empieza a ver el sentido de vuestra pregunta. Existe el impulso de liberarse de la envidia, y sin embargo quiero aferrarme a ciertas partes de ella. ¡Los seres humanos somos ciertamente irracionales y contradictorios! Esto requiere más análisis, señor, y espero que tengáis la paciencia de seguir hasta el fin. Veo que el miedo está involucrado en esto. Si yo no fuera empujado por la envidia, que se cubre con palabras y exigencias profesionales, podría perder terreno; podría no tener tanto éxito, no ser tan prominente, no estar en tan buena posición. Hay un miedo sutil de perder todo esto, un temor a la inseguridad, y otros temores que no vale la pena mencionar ahora. Este miedo subyacente es desde luego más fuerte que el deseo de librarse aun de los aspectos desagradables de la envidia, y no digamos de librarse totalmente de ella. Ahora veo la intrincada estructura de este problema, y no estoy en modo alguno seguro de querer estar libre de envidia".

Mientras la mente piense en términos del "más" tiene que haber envidia; aunque por la comparación creemos entender, mientras haya comparación, tiene que haber envidia; mientras haya un fin, una meta que alcanzar, habrá envidia; mientras exista el proceso aditivo, que es mejoramiento propio, adquirir virtud, etc., tiene que haber envidia. El "más" implica tiempo ¿verdad? Implica tiempo para cambiar desde lo que uno **es** a lo que **debería ser**, el ideal; tiempo como medio de ganar, de llegar, de lograr.

"Desde luego. El tiempo es necesario para recorrer una distancia, para moverse de un punto a otro, ya sea física o psicológicamente".

El tiempo, como movimiento desde acá hasta allá, es un hecho físico, cronológico. Pero ¿es necesario el tiempo para librarse de la envidia? Decimos: "Soy **esto**, y para llegar a ser **aquello**, o para cambiar esta cualidad en aquella, se necesita tiempo". ¿Pero es el tiempo el factor del cambio? ¿O no es cambio alguno el que se produce dentro del campo del tiempo?

"Me siento aquí un poco confuso. Sugerís que el cambio en términos de tiempo no es cambio en absoluto, ¿Cómo es eso?"

Semejante cambio es una continuidad modificada de lo que ha existido ¿no es así?

"Permitidme ver si comprendo esto. Para cambiar desde el hecho, que es la envidia, hasta el ideal, que es la ausencia de envidia, se requiere tiempo; al menos, eso es lo que pensamos. Este cambio gradual a través del tiempo, decís, no es cambio en absoluto, sino sólo sumirse más en la envidia. Sí, comprendo".

Mientras la mente piense en términos de cambiar a través del tiempo, de producir una revolución en el futuro, no hay transformación en el presente. Esto es un hecho ¿no?

"Muy bien, señor, ambos vemos que esto es un hecho. Y luego, ¿qué?"

¿Cómo reacciona la mente cuando se enfrenta con este hecho?

"Escapa del hecho, o bien se detiene y lo examina".

¿Cuál es vuestra reacción?

"Temo que ambas cosas. Hay una tendencia a escapar del hecho, y al mismo tiempo quiero examinarlo".

¿Podéis examinar algo cuando hay miedo con respecto a ello? ¿Podéis observar un hecho cuando sobre él tenéis una opinión, un juicio?

”Me doy cuenta de lo que queréis decir. No estoy observando el hecho, sino evaluándolo. Mi mente está proyectando sobre él sus ideas y temores. Sí, es cierto”.

En otras palabras: vuestra mente está ocupada consigo misma y es incapaz, por lo tanto, de percibir simplemente el hecho. Actuáis sobre el hecho, y no permitís que el hecho actúe sobre vuestra mente. El hecho de que el cambio dentro del campo del tiempo no es cambio en absoluto, y que sólo puede haber liberación total y no parcial, gradual, de la envidia; la verdad misma de este hecho actuará sobre la mente y la hará libre.

“Realmente creo que esa verdad está abriéndose camino a través de mis obstáculos”.

LA VANIDAD DEL CONOCIMIENTO

Había cuatro que estaban cantando, y aquello era puro sonido. Eran hombres tranquilos, de edad, desinteresados de las cosas mundanas, pero no por renunciación; simplemente no les atraía el mundo. Llevaban ropas viejas pero limpias, y sus rostros eran solemnes. Apenas os habríais fijado en ellos si hubieran pasado a vuestro lado en la calle. Pero, en cuanto empezaron a cantar, sus caras se transformaron y se volvieron radiantes, sin edad, y, con el sonido de las palabras y con la poderosa entonación, creaban aquella extraordinaria atmósfera de una lengua muy antigua. Ellos eran las palabras, el sonido y el sentido. El sonido de las palabras tenía gran profundidad. No era la profundidad de un instrumento de cuerda ni de un tambor, sino la profundidad de una voz humana sensible a la significación de palabras santificadas por el tiempo y el uso. El canto era en ese idioma que ha sido pulido y perfeccionado, y su sonido llenaba la gran sala y penetraba las paredes, el jardín, la mente y el corazón. No era el sonido de un cantante en el escenario, sino que había el silencio que existe entre dos movimientos del sonido. Sentía uno su cuerpo inevitablemente conmovido por el sonido de las palabras, que entraba hasta la médula de los huesos. Estábamos sentados en completo silencio, y eso nos tenía cautivos de su movimiento; era viviente, danzante, vibrante, y la mente era de eso. No era un sonido que nos adormeciera, sino un sonido que nos sacudía y casi nos golpeaba. Era la profundidad y la belleza del tono puro, no turbado por el aplauso, por la fama y por el mundo; era el tono del que proviene todo sonido, toda música.

Un niño de unos tres años estaba sentado delante, sin moverse, tieso, con los ojos cerrados; no estaba dormido. Pasada una hora, se levantó rápidamente y se fue, sin ninguna timidez. Era igual a todos, porque el sonido de las palabras estaba en su corazón.

Nunca nos cansábamos durante aquellas dos horas; no queríamos movernos, y no existía el mundo, con todo su ruido. Poco después cesó el cántico y terminó el sonido; pero seguía en nuestro interior, y seguiría durante muchos días. Los cuatro se inclinaron y saludaron, y una vez más volvieron a ser los hombres de todos los días. Dijeron que habían practicado esta forma de canto durante más de diez años, y que ello había requerido gran paciencia y una vida consagrada. Era un arte moribundo, porque apenas hay nadie hoy dispuesto a dedicar su vida a ese género de canto. No daba dinero ni fama, ¿y quién querría entrar en esa clase de mundo? Les deleitaba mucho, decían, cantar ante personas que realmente apreciasen su esfuerzo. Luego siguieron su camino, pobres y perdidos en un mundo de estrépito, crueldad y codicia. Pero el río había escuchado, y estaba en silencio.

Era un conocido erudito y había venido con algunos de sus amigos y uno o dos discípulos. Tenía una gran cabeza y sus ojillos atisbaban a través de gruesos lentes. Sabía el sánscrito como otros saben sus propios idiomas, y lo hablaba con la misma facilidad, y también sabía griego e inglés. Estaba tan familiarizado con las grandes filosofías orientales, incluyendo sus varias ramificaciones, como uno lo está con la suma y la resta, y había estudiado también filósofos occidentales, tanto los antiguos como los modernos. Riguroso en su autodisciplina, tenía días de silencio y ayuno, y decía que había practicado varias formas de meditación. A pesar de todo esto, era hombre de aspecto muy juvenil, probablemente próximo a los cincuenta años, de sencillo atavío y muy animado. Alrededor de él se sentaban sus amigos y discípulos, que esperaban con esa devota expectativa que excluye toda duda. Todos eran de ese mundo de intelectuales que poseen conocimientos enciclopédicos, que tienen visiones y experiencias psíquicas, y que están seguros de su propia comprensión. No participaban en la conversación, sino que escuchaban o más bien oían lo que pasaba. Más tarde lo discutirían ardientemente entre sí, pero ahora, en presencia de la alta autoridad, tenían que mantener un reverente silencio. Hubo un período de silencio y luego empezó él, sin mostrar arrogancia ni orgullo por su conocimiento.

“He venido como un investigador, y no para alardear de lo que sé. ¿Qué sé yo fuera de lo que he leído y experimentado? Aprender es una gran virtud, pero estar contento con lo que uno sabe es estúpido. No he venido con espíritu de argumentación, aunque argumentar es necesario cuando surge la duda. He venido a

buscar, no a refutar. Como dije, he practicado durante muchos años la meditación, no sólo en la forma hindú y budista, sino también en los diferentes tipos occidentales. Lo digo para que sepáis hasta qué punto he tratado de hallar aquello que trasciende la mente".

¿Puede una mente que practica un sistema descubrir jamás lo que está más allá de la mente? ¿Es capaz de buscar una mente que está presa dentro del marco de su propia disciplina? ¿No tiene que haber libertad para descubrir?

"Seguramente, para buscar y observar, tiene que haber cierta disciplina; tiene que haber la práctica regular de algún método si uno ha de hallar, y para comprender lo que uno halle".

Señor, todos buscamos una salida de nuestras desdichas y pruebas; pero la búsqueda termina cuando se adopta un método por medio del cual esperamos poner fin al dolor. El dolor sólo termina cuando se comprende, y no por la práctica de un método.

"Pero ¿cómo puede terminar el dolor si la mente no está bien controlada, si no está dirigida hacia un propósito definido? ¿Queréis decir que la disciplina es innecesaria para comprender?"

¿Es que comprendemos cuando, por la disciplina, mediante diversas prácticas, nuestra mente está moldeada por el deseo? ¿No tiene que estar libre la mente para que tenga lugar la comprensión?

"La libertad, ciertamente, llega al fin de la jornada; al principio, uno es esclavo del deseo y de las cosas del deseo. Para liberarse del apego a los goces sensoriales, tiene que haber disciplina, la práctica de varios **sadhanas**; de lo contrario la mente cede al deseo y es atrapada en su red. A menos que la rectitud esté bien fundada, la casa se derrumbará".

La libertad está al principio y no al fin. La comprensión de la codicia, de todo su contenido —de su naturaleza, sus implicaciones y efectos, tanto agradables como dolorosos—, tiene que estar al principio. No hay entonces necesidad de que la mente construya un muro de resistencia para disciplinarse contra la codicia. Cuando se percibe la totalidad de eso, que inevitablemente lleva a la desdicha y a la confusión, disciplinarse contra ello no tiene sentido. Si el que ahora gasta mucho tiempo y energía en la práctica de una disciplina, con todos sus conflictos, consagrase el mismo pensamiento y atención a comprender el significado total del dolor, este terminaría por completo. Pero nosotros estamos atrapados en la tradición de la resistencia, la disciplina, y así no hay comprensión de las acechanzas del dolor.

"Estoy escuchando, más no comprendo".

¿Existe el escuchar en tanto la mente se aferra a conclusiones basadas en sus presunciones y experiencias? Por cierto, sólo escuchamos cuando la mente no está traduciendo lo que oye en términos de lo que sabe. El conocimiento impide escuchar. Puede uno saber mucho, mas, para escuchar algo, que quede ser todo distinto de lo que uno sabe, tiene que dejar de lado el propio conocimiento. ¿No es así, señor?

"¿Cómo podemos saber entonces si lo que se dice es verdad o es falso?.

La verdad y lo falso no se basan en opiniones o juicios, por sabios y antiguos que sean. Para percibir la verdad en lo falso, y lo falso en lo que se dice que es verdad, y para ver la verdad como verdad, se requiere una mente que no esté apresada en su propio condicionamiento. ¿Cómo podemos ver si una afirmación es verdadera o falsa, cuando nuestra mente tiene prejuicios, y está encerrada en su propia armadura de conclusiones y experiencias, o en la de otro? Para una mente así, lo importante es darse cuanta de sus propias limitaciones.

"¿Cómo va a desenredarse una mente enredada en la red que ella misma se ha preparado?"

Refleja esta pregunta la búsqueda de un nuevo método, o es hecha para descubrir por uno mismo todo el significado del buscar y practicar un método? Después de todo, cuando practicamos un método, una disciplina, la intención es lograr un resultado, ganar ciertas cualidades, etc. En vez de cosas mundanas, esperamos ganar las cosas llamadas espirituales; pero en ambos casos el propósito es la ganancia. No hay diferencia, excepto en las palabras, entre el hombre que medita y practica una disciplina para llegar a la otra orilla, y el que trabaja intensamente para realizar su ambición mundana. Ambos son ambiciosos; ambos, codiciosos, ambos se preocupan por sí mismos

"Si esa es la realidad, señor, ¿cómo haremos para desprendernos de la envidia, la ambición, la codicia, etcétera?"

De nuevo, si puedo señalarlo, el "cómo", el método que al parecer va a producir libertad, sólo pone fin a la propia indagación del problema, y detiene su comprensión. Para captar plenamente el significado del problema, tenemos que considerar toda a cuestión del esfuerzo. Una mente mezquina que hace un esfuerzo para no serlo, sigue siendo mezquina; una mente codiciosa que se disciplina para ser generosa, continúa siendo codiciosa El esfuerzo para ser o para no ser algo es la continuación del "yo". Este esfuerzo puede identificarse a sí mismo con el Atman el alma, el Dios que mora en el interior, etc., pero su núcleo central

sigue siendo la codicia, la ambición, que es el "yo", con todo esfuerzo para alcanzar un fin mundano o espiritual es en esencia lo mismo, ya que el egoísmo es su base. Tal esfuerzo sólo sostiene el ego.

Así es, ¿verdad? La mente que practica la virtud deja de ser virtuosa. La humildad no puede ser cultivada; cuando se cultiva, ya no es humildad.

"Eso es claro y concreto. Ahora bien, como podéis estar recomendando la indolencia, ¿cuál es la naturaleza del verdadero esfuerzo?"

Cuando nos damos cuenta del pleno significado del esfuerzo con todas sus implicaciones, ¿hay entonces esfuerzo alguno de que seamos conscientes?

"Habéis dicho que todo 'llegar a ser', positivo o negativo es la perpetuación de este 'yo', que es el resultado de la identificación con el deseo y los objetos del deseo. Y preguntáis si una vez que se ha comprendido este hecho, existe esfuerzo alguno, tal como lo conocemos ahora. Puedo percibir la posibilidad de un estado de ser en el cual haya cesado todo esfuerzo".

Percibir meramente la posibilidad de ese estado no es comprender el sentido total del esfuerzo en la vida diaria. Mientras haya un observador que esté tratando de cambiar, o de ganar, o de dejar a un lado lo que observa, tiene que haber esfuerzo; pues, después de todo, el esfuerzo es el conflicto entre **lo que es** y **lo que debería ser**, el ideal. Cuando se ha comprendido este hecho, no sólo verbal o intelectualmente, sino en forma profunda, entonces la mente ha entrado en ese estado de ser en que no existe ningún esfuerzo, tal como lo conocemos.

"Experimentar ese estado es el ardiente deseo de todo buscador, incluso yo mismo".

Eso no puede ser buscado; llega sin ser invitado. El deseo lleva a la mente a adquirir conocimientos y practicar disciplinas como medio de ganarlo, lo cual también es de nuevo adaptarse a una norma para tener éxito. El conocimiento es un impedimento para vivenciar ese estado.

"¿Cómo puede ser un obstáculo el conocimiento?", preguntó con voz un poco alarmada.

El problema del conocimiento es complejo, ¿verdad? El conocimiento es un movimiento del pasado. Saber es afirmar la realidad. Después de todo, señor, ¿qué es lo que sabemos?

"Conozco ciertos hechos científicos y éticos. Sin ese conocimiento, el mundo civilizado volvería al salvajismo, y es evidente que no estáis abogando por eso. Aparte de estos hechos ¿qué es lo que yo sé? Sé que existe el infinitamente compasivo, el Supremo".

Eso no es un hecho, es la presunción psicológica de una mente que ha sido condicionada para creer en la existencia del Supremo. El que ha sido condicionado en forma diferente sostendrá que no existe el Supremo. Ambos están atados a la tradición, al conocimiento, y así ninguno descubrirá la realidad sobre eso. Repito, ¿qué es lo que conocemos? Sólo sabemos lo que hemos leído o experimentado, lo que nos han enseñado los antiguos maestros y los modernos **gurús** e intérpretes.

"De nuevo me veo obligado a estar de acuerdo con vos. Somos el producto del pasado en conjunción con el presente. El presente esta moldeado por el pasado".

Y el futuro es una continuidad modificada del presente. Pero esto no es cuestión de estar de acuerdo, señor. O vemos el hecho o no lo vemos. Cuando ambos vemos el hecho, es innecesario el acuerdo. Este sólo existe cuando hay opiniones.

"Lo que decís, señor, es que sólo sabemos lo que se nos ha enseñado; que somos simplemente la repetición de lo que ha sido; que nuestras experiencias, visiones y aspiraciones son las respuestas de nuestro condicionamiento, y nada más. Pero ¿es esto así enteramente? ¿Es el **Atman** nuestra propia creación? ¿Puede ser una mera proyección de nuestros propios deseos y esperanzas? No es una invención, sino una necesidad".

Lo que es necesario, pronto es creado por la mente, y a la mente se le enseña entonces a aceptar lo que ella ha elaborado. Las mentes de todo un pueblo pueden adiestrarse para aceptar una creencia dada, o su contraria, y ambas son resultado de la necesidad, de la esperanza, del miedo, del deseo de consuelo o de poder.

"Por vuestro razonamiento mismo, me estáis forzando a ver ciertos hechos, entre los cuales no es el de menor importancia mi propio estado de confusión. Pero aun queda el interrogante ¿qué puede hacer una mente enredada en su propia red?"

Dejadla que perciba, sin elección, el hecho de que está confusa; pues cualquier acción nacida de esa confusión sólo puede conducir a mayor confusión. Señor, ¿no tiene que morir la mente para todo conocimiento, si es que ha de descubrir la realidad de lo Supremo?

"Es una cosa muy ardua la que pedís. ¿Puedo morir para todo lo que he aprendido, leído, experimentado? Realmente no sé".

Pero ¿no es necesario que la mente muera para el pasado, espontáneamente, sin ningún motivo o compulsión? Una mente que es resultado del tiempo, una mente que ha leído, estudiado, que ha meditado

sobre lo que se le ha enseñado, y que es en sí misma continuación del pasado ¿cómo puede experimentar la realidad, lo atemporal, lo siempre nuevo? ¿Cómo puede jamás sondear lo desconocido? Por cierto, conocer, estar seguro, es el camino de la vanidad, de la arrogancia. Mientras uno sepa, no hay morir, sólo hay continuidad; y lo que tenga continuidad nunca puede hallarse en ese estado de creación, que es lo atemporal. Cuando el pasado deja de contaminar, la realidad es. No hay entonces necesidad de buscarla.

Con una parte de sí misma la mente sabe que no hay permanencia, no hay rincón en que pueda descansar; pero con otra parte siempre se está disciplinando, tratando abierta o subrepticiamente de establecer una morada de certeza, de permanencia, una relación indiscutible. Hay pues una incesante contradicción, una lucha por ser y, sin embargo, no ser. Y pasamos los días en conflicto y dolor, prisioneros dentro de los muros de nuestras propias mentes. Los muros pueden derribarse, pero el conocimiento y la técnica no son los instrumentos de esa liberación.

"¿QUÉ ES REALMENTE LA VIDA?"

El sol quemaba sobre el áspero y pedregoso camino y se estaba agradablemente a la sombra del gran mango. Por el camino venía gente de los pueblos, con grandes cestas en las cabezas, cargadas de hortalizas, frutas y otras cosas para la ciudad. Eran mujeres en su mayoría, caminando descalzas, con desenvoltura; charlaban y reían mientras les daba el sol en sus oscuras caras descubiertas. Ponían las cargas en el suelo a lo largo del borde del camino y descansaban a la fresca sombra del árbol mango, sentadas en tierra y sin hablar mucho. Las cestas eran algo pesadas, y luego, cada una ayudaba a otra a colocar su cesta en la cabeza. La última se ayudaba de alguna manera casi arrodillándose en el suelo. Luego se marchaban con paso firme y una extraordinaria gracia de movimientos, resultado de años de penoso trabajo. No era algo que se hubiera aprendido voluntariamente; se había producido por pura necesidad. Entre ellas había una niña que no tendría más de 10 años, y también llevaba su cesta en la cabeza, aunque mucho más pequeña que las otras. Sonreía y jugaba mucho, y no miraba derecho hacia adelante, como hacían las mujeres de más edad, sino que se volvía para ver si yo la seguía, y nos sonreíamos. También ella iba descalza, y también iba por el largo viaje de la vida.

La comarca era atractiva, rica y encantadora. Había bosquecillos de mangos y colinas onduladas, y el agua que aun corría por los estrechos y arenosos lechos hacía un agradable ruido al avanzar por el campo. Las palmeras parecían remontarse sobre los mangos, que estaban en flor y frecuentados por las zumbantes abejas silvestres. Viejos árboles banianos también crecían a ambos lados del camino, que estaba ahora bullicioso con el movimiento de perezosas carretas de bueyes y la charla de la gente que caminaba de un pueblo a otro por alguna cosa sin importancia. No llevaban prisa y se congregaban para hablar de sus quehaceres donde quiera hubiese buena sombra. Pocos llevaban algo en sus flacos y cansados pies, y aun menos eran los que tenían bicicletas. De vez en cuando comían unas nueces o algunos granos fritos. Tenían aire de gente bondadosa, y era evidente que no habían recibido el contagio de la ciudad. En aquel camino había paz, aunque algún ocasional camión pasase llevando quizá sacos de carbón vegetal, tan mal puestos que algunos parecían a punto de caer en cualquier momento; pero nunca se caían; o cruzase un ómnibus lleno de gente, dando amenazadores bocinazos. Pero pronto pasaba también, dejando el camino para los aldeanos y los pardos monos, de los que había docenas, viejos y jóvenes. Cuando un camión o un Ómnibus pasaba zumbando, los monitos bebés se aferraban a sus madres, y así seguían hasta que todo volvía a tranquilizarse. Entonces se dispersaban por el camino, pero sin alejarse mucho de sus madres. Con sus grandes cabezas y sus brillantes ojos llenos de curiosidad, se sentaban rascándose y observando a los demás. Los monos algo mayores andaban por todas partes persiguiéndose unos a otros a través de la carretera y subiendo por los árboles eludiendo siempre a los más viejos, pero sin alejarse tampoco mucho de ellos. Había un macho muy grande, viejo pero activo que se sentaba tranquilamente al lado del camino, vigilando las cosas. Los otros mantenían su distancia, pero cuando él se marchaban, todos le seguían despacio; corrían y se dispersaban, pero siempre avanzando en la misma dirección. Era un camino de mil acontecimientos.

Era un joven que había llegado acompañado por otros dos de la misma edad aproximadamente. Un poco nervioso, de gran frente y largas e inquietas manos, explicó que sólo era un empleado de escaso sueldo y muy poco porvenir. Aunque había salido bastante bien de sus exámenes del colegio, le había costado bastante trabajo encontrar este empleo, y se alegraba de tenerlo. Aun no se había casado y no sabía si se casaría alguna vez, porque la vida era difícil y se necesita dinero para educar a los hijos. Sin embargo, estaba contento con lo poco que ganaba porque de esto podían vivir él y su madre, y comprar las cosas necesarias para la vida. En todo caso, no había venido por esto agregó, sino por una razón enteramente distinta. Sus dos compañeros, uno

de los cuales estaba casado, tenía un problema semejante al suyo, y los había persuadido para que vinieran con él. También habían ido al colegio, y como él, tenían pequeños empleos de oficina. Todos ellos eran limpios, serios y un tanto animados, con vivos ojos y sonrisas expresivas.

"Hemos venido a haceros una pregunta muy sencilla, y deseamos una contestación sencilla. Aunque hemos estudiado en colegio, no estamos todavía muy bien preparados para profundos razonamientos y extensos análisis; pero escucharemos lo que nos digáis. Hemos andado enredados acá y allá, perteneciendo a partidos políticos, uniéndonos a los benefactores sociales, asistiendo a reuniones de obreros y todo lo demás; y ocurre que todos somos apasionados amantes de la música. Hemos ido a los templos, y nos hemos enfrascado en los libros sagrados, aunque no muy profundamente. Me aventuro a deciros todo esto simplemente para daros alguna información sobre nosotros. Los tres nos reunimos prácticamente todas las noches para discutir distintas cosas, y la pregunta que quisiéramos haceros es ésta: ¿cuál es el propósito de la vida, y cómo podríamos hallarlo?"

¿Por qué hacéis esta pregunta? Y si alguien llegara a deciros cuál es el propósito de la vida, ¿lo aceptaríais y guiaríais por él vuestras vidas?

"Hacemos esta pregunta" —explicó el casado— "porque estamos confusos; no sabemos qué es toda esta confusión y sufrimiento. Quisiéramos conversarlo con alguien que no esté tan confuso como nosotros, y que no sea arrogante ni autoritario; alguien que nos hable normalmente, y no de manera condescendiente, como si él lo supiera todo y nosotros fuéramos ignorantes niños de escuela que no supieran nada. Hemos oído decir que no sois así, y por eso hemos venido a preguntaros qué sentido tiene realmente esta vida".

"No es eso sólo, señor" —añadió el primero—, "queremos también llevar una vida fructífera, una vida que tenga algún sentido; pero al mismo tiempo no queremos hacernos '...istas', ni pertenecer a ningún determinado '...ismo'. Alguno de nuestros amigos pertenecen a diversos grupos de engañosos religiosos y políticos, pero nosotros no deseamos unirnos a ellos. Los políticos persiguen por lo general el poder para sí mismos, en nombre del Estado; y, por lo que se refiere a los religiosos, son en su mayor parte crédulos y supersticiosos. Y aquí estamos, y no sé si podréis ayudarnos".

Repito, si alguien fuera tan insensato como para deciros cuál es el propósito de la vida, ¿lo aceptaríais, admitiendo, por supuesto, que fuera razonable, consolador y más o menos satisfactorio?

"Supongo que si, dijo el primero.

"Pero él querría asegurarse bien de que era verdad y no alguna ingeniosa invención —agregó uno de sus compañeros.

"Dudo que seamos capaces de tal discernimiento", añadió el otro.

Ahí está todo el problema, ¿no es así? Todos habéis reconocido que estáis bastante confusos. Ahora bien, ¿creéis que una mente confusa puede descubrir cuál es el propósito de la vida?

"¿Por qué no, señor?" —preguntó el primero—. "Estamos confusos, no puede negarse; pero, si por nuestra confusión no podemos percibir el propósito de la vida, entonces no hay esperanza".

Por mucho que tantee y busque, una mente confusa sólo puede hallar algo que la confunda más; ¿verdad?

"No sé a qué queréis llegar", dijo el casado.

No queremos llegar a nada. Estamos avanzando paso a paso; y lo primero que hay que descubrir, por cierto, es si la mente puede o no pensar jamás con claridad mientras esté confusa.

"Es evidente que no puede", replicó el primero rápidamente. "Si estoy confuso, como en efecto lo estoy, no puedo pensar claramente. Pensar claro implica ausencia de confusión. Como estoy confuso, mi pensamiento no es claro. Y entonces, ¿qué?"

El hecho es que, cualquier cosa que una mente confusa busque y encuentre, tiene que ser también confusa; sus líderes, sus **gurús**, sus fines, reflejarán su propia confusión, ¿no es así?

"Eso es difícil de comprender", dijo el casado.

Es difícil comprender eso debido a nuestro engreimiento. Creemos ser muy hábiles, muy capaces de resolver los problemas humanos. La mayoría de nosotros tenemos miedo de reconocer el hecho de que estamos confusos, porque entonces tendríamos que confesar nuestra propia incapacidad total, nuestra derrota, lo que significaría desesperación, o humildad. La desesperación conduce a la amargura, al cinismo, y a filosofías grotescas; pero cuando hay verdadera humildad, entonces podemos realmente empezar a buscar y a comprender.

"Veo bien la verdad de lo que decís", replicó el casado.

¿No es también un hecho que la elección indica confusión?

"No comprendo cómo puede ser eso", dijo el segundo. "Tenemos que escoger; sin elegir no hay libertad".

¿Cuándo escogéis? Sólo partiendo de la confusión, cuando no estáis completamente "seguros". Cuando hay claridad, no hay elección.

"Muy cierto, señor", intervino el casado. "Cuando amáis y queréis casaros, en ello no hay elección implicada. Es sólo cuando no hay amor que andáis buscando mercancía. En cierto modo, amor es claridad ¿no?"

Eso depende de lo que entendamos por amor. Si "amor" está rodeado por el miedo, los celos, el apego, entonces no es amor, y no hay claridad. Pero por ahora no estamos hablando del amor. Cuando la mente se halla en estado de confusión, carece de significado su búsqueda del propósito de la vida, y su elección de un propósito, ¿no es así?

"¿Qué quiere decir 'elección de propósitos'?"

Cuando vinisteis todos aquí, preguntando cuál es el propósito de la vida, queríais "obtener" un propósito, una meta ¿verdad? Es evidente que habéis hecho a otros la misma pregunta, pero sus respuestas tienen que haber sido insatisfactorias, y por eso habéis venido aquí. Estabais escogiendo, y, como dijimos, la elección nace de la confusión. Como estabais confusos, queríais estar seguros; y una mente que trata de tener certeza cuando está confusa, sólo mantiene la confusión, ¿no es así? La certeza añadida a la confusión interna, sólo aumenta la confusión.

"Eso es claro", respondió el primero. "Empiezo a ver que una mente confusa sólo puede encontrar respuestas confusas a problemas confusos. ¿Y luego qué?"

Examinémoslo despacio. Nuestras mentes son confusas, y eso es un hecho. Además, nuestras mentes son también superficiales, insignificantes, limitadas; ese es otro hecho, ¿verdad?

"Pero no somos insignificantes del todo. Hay una parte de nosotros que no lo es", afirmó el casado. "Si podernos hallar un camino para salir de esta superficialidad, podremos acabar con ella".

Esa es una consoladora esperanza, pero ¿es así efectivamente? Tenéis la idea tradicional de que hay una entidad —el **Atman**, el alma, la esencia espiritual— más allá de esta insignificancia; una entidad que puede trascenderla, y que en efecto la trasciende. Pero cuando una mente insignificante piensa que hay una parte de ella misma que no lo es, no hace más que mantener su insignificancia. Al afirmar que existe el **Atman**, el "yo" superior, etc., una mente confusa, ignorante, sigue retenida en los lazos de su propio pensamiento confuso, que se basa en su mayor parte en la tradición, en lo que otros le han enseñado.

"¿Entonces qué tenemos que hacer?"

¿No es algo prematura esta pregunta? Puede ser que no haya necesidad de hacer nada determinado. En el proceso mismo de comprender toda la cuestión, puede haber una clase de acción enteramente distinta.

"¿Queréis decir que la acción que hay que emprender se revelará por sí misma mientras avanzamos en nuestra comprensión de la vida?", explicó el casado. "Pero ¿qué entendéis por vida?"

La vida es belleza, pena, alegría y confusión; es el árbol, el pájaro y la luz de la luna sobre el agua; es trabajo, dolor y esperanza; es muerte, la búsqueda de inmortalidad, la creencia en lo Supremo y su negación; es la bondad, el odio y la envidia; es la codicia y la ambición; es el amor y la falta de él; es la inventiva y el poder para explotar la máquina; es el éxtasis insondable; es la mente, el meditador y la meditación. Es todas las cosas. Pero ¿cómo se enfrentan con la vida nuestras mentes insignificantes, confusas? Eso es lo importante, no la descripción de lo que es la vida. Todas las preguntas y respuestas dependen de nuestra actitud ante la vida.

"Veo que este desorden que llamo vida es el producto de mi propia mente", dijo el primero. "Yo soy de ella y ella es mía. ¿Puedo separarme de la vida, y preguntarme cómo afrontarla?"

De hecho, os habéis separado de la vida, ¿no es así? No decís: "soy la totalidad de la vida", y os quedáis tranquilo; queréis cambiar esto y mejorar aquello, queréis rechazar y retener. Vos, el observador, continuáis como un centro inmutable y permanente en este vasto movimiento, y así estáis atrapado en el conflicto, en el dolor. Pues bien, vos, que estáis separado, ¿cómo afrontáis el todo? ¿Cómo llegáis a esta vastedad, a la belleza de la tierra y del cielo?

"Llego a ello como soy", replicó el casado, "con mi pequeñez, haciendo fútiles preguntas".

Lo que pedimos, recibimos. Nuestras vidas son insignificantes, vulgares, muy superficiales y confinadas en la rutina; y los dioses de la mente trivial son tan tontos y estúpidos como su creadora. Tanto si vivimos en un palacio como en una aldea, tanto si somos empleados de una oficina como si nos sentamos en los asientos de los poderosos, el hecho es que nuestras mentes son pequeñas, estrechas, ambiciosas, envidiosas; y es con tales mentes que queremos descubrir si hay Dios, qué es la verdad, qué es el gobierno perfecto, y buscar respuesta a las demás innumerables preguntas que surgen.

"Sí, señor, esa es nuestra vida" —reconoció el primero tristemente—. "¿Qué podemos hacer?"

¡Morir para la totalidad de nuestra existencia, no poco a poco, sino totalmente! Es la mente insignificante la que se esfuerza, la que lucha, la que tiene ideales y sistemas, la que está eternamente mejorándose mediante el cultivo de las virtudes. La virtud deja de ser virtuosa cuando se la cultiva.

"Puedo comprender que deberíamos morir para el pasado", dijo el primero, "pero si muero para el pasado, ¿qué queda entonces?"

Lo que decís es, ¿verdad? que sólo moriréis para el pasado cuando se os garantice un satisfactorio sustitutivo de lo que habéis renunciado. Eso no es renunciación, es sólo otra ganancia. Una mente insignificante que quiere saber qué hay después de morir, hallará su propia respuesta insignificante. Para que lo desconocido sea tenéis que morir para todo lo conocido.

"Hice esa pregunta irreflexivamente. Comprendo, señor, lo que habéis dicho, y ésta no es simplemente una afirmación cortés o meramente verbal. Creo que cada uno de nosotros ha sentido hondamente la verdad de todo ello, y este sentimiento es lo importante. De él puede y debe partir la acción. ¿Podemos volver otra vez?"

SIN BONDAD Y AMOR, NO SOMOS EDUCADOS

Sentado en una elevada plataforma, estaba él tocando un instrumento de siete cuerdas ante un pequeño auditorio de personas familiarizadas con esta clase de música clásica. Estaban sentados en el suelo ante él. Al mismo tiempo, en un lugar situado detrás se ejecutaba otro instrumento de sólo cuatro cuerdas. El primero era un hombre joven, pero dominaba por completo las siete cuerdas y la compleja música. Improvisaba antes de cada canción; luego venía ésta, en la cual habría más improvisación. Nunca oiríais ninguna canción tocada dos veces de la misma manera. Se conservaba la letra, pero dentro de cierto marco había gran latitud y el músico podía improvisar a placer; y cuantas más variaciones y combinaciones, tanto más grande era el músico. En las cuerdas no eran posibles las palabras, pero todos los que estaban sentados allí conocían la letra y se extasiaban con ella. Moviendo las cabezas y con graciosos ademanes, llevaban perfecto compás y se daban una suave palmada en el muslo al terminar el ritmo. El músico había cerrado los ojos y estaba completamente absorto en su libertad creadora y en la belleza del sonido; su mente y sus dedos actuaban en perfecta coordinación. ¡Y qué dedos! Delicados y rápidos, parecían tener vida propia. Sólo al terminar el canto en aquella tonada particular quedaban quietos y en reposo; pero, con increíble rapidez, empezaban otro canto en tonada diferente. Casi lo hipnotizaban a uno con su grada y celeridad de movimientos. Y aquellas cuerdas, ¡qué melodiosos sonidos daban! Eran mantenidas en la adecuada tensión por los dedos de la mano izquierda, mientras que los dedos de la mano derecha las pulsaban con magistral facilidad y dominio.

Fuera brillaba la luna, y las oscuras sombras estaban inmóviles; por la ventana apenas se divisaba el río, un fluir argentino que resaltaba sobre los oscuros y callados árboles de la otra orilla. Una cosa extraña transcurría en el espacio que es la mente. Había estado contemplando los graciosos movimientos de los dedos, escuchando los dulces sonidos, observando las cabezas que se movían y las rítmicas manos de la gente silenciosa. De pronto el contemplador, el que escuchaba, desapareció; no había sido adormecido por las melodiosas cuerdas, sino que estaba totalmente ausente. Sólo existía el vasto espacio que es la mente. Todas las cosas de la tierra y del hombre estaban en él, pero en los extremos bordes externos, vagas y lejanas. Dentro del espacio en que no había nada, existía un movimiento, y el movimiento era quietud. Era un profundo, vasto movimiento, sin dirección, sin motivo, que empezaba desde los bordes externos y que venía hacia el centro con increíble fuerza, un centro que está en todas partes dentro de la quietud, dentro del movimiento que es espacio. Este centro es unitotalidad, incontaminada, incognoscible, una soledad que no es aislamiento, que no tiene fin ni principio. Es completa en sí misma y no es ideada; los bordes externos están en ella, pero no son de ella. Está ahí, pero no dentro del alcance de la mente humana. Es el todo, la totalidad, pero no es abordable.

Eran cuatro, todos muchachos de la misma edad aproximadamente, entre los 16 y los 18 años. Más bien tímidos, necesitaban que se les animase, pero una vez que empezaban, apenas podían detenerse, y sus ávidas preguntas llegaban precipitadamente. Se podía ver que lo habían discutido entre sí de antemano, y llevaban preparadas preguntas escritas; pero después de las primeras se olvidaron de lo que habían escrito, y sus palabras fluían libremente de sus espontáneos pensamientos. Aunque sus padres no eran pudientes, sus ropas estaban limpias y bien arregladas.

"Señor, cuando nos hablasteis a los estudiantes hace dos o tres años —empezó diciendo el que estaba más cerca—, dijisteis algo sobre lo necesaria que es la correcta educación, si hemos de ser capaces de hacer frente a la vida. Desearía que nos explicarais de nuevo lo que entendéis por correcta educación. Hemos hablado sobre esto entre nosotros, pero no lo comprendemos bien".

¿Qué clase de educación tenéis todos ahora?

"¡Oh!, estamos en el colegio, y se nos enseñan las cosas usuales que son necesarias para una profesión —respondió—. Yo voy a ser ingeniero; varios de mis amigos aquí presentes estudian física, literatura y economía. Seguimos los cursos prescritos y leemos alguna novela; pero, excepto cuando jugamos, estamos estudiando la mayor parte del tiempo".

¿Creéis que esto basta para estar adecuadamente educados para la vida?

"Por lo que habéis dicho, señor, no es bastante —replicó el segundo—, pero eso es lo único que tenemos, y ordinariamente creemos que se nos está educando".

Simplemente aprender a leer y escribir, cultivar la memoria y aprobar algunos exámenes, para adquirir ciertas capacidades o habilidades prácticas a fin de conseguir un empleo ¿es eso educación?

"¿No es necesario todo eso?"

Sí; prepararse para tener un adecuado medio de vida es esencial. Pero eso no es todo en la vida. Hay también el sexo, la ambición, la envidia, el patriotismo, la violencia, la guerra, el amor, la muerte, Dios, la relación del hombre con el hombre, que es la sociedad, y tantas otras cosas. ¿Se os educa para hacer frente a esta vasta cosa llamada vida?

"¿Quién nos va a educar así? —preguntó el tercero—. Nuestros maestros y profesores parecen indiferentes. Algunos son inteligentes y cultos, pero ninguno piensa en este género de cosas. Se nos impulsa, y nos consideraremos afortunados si conseguimos nuestros títulos; todas las cosas se están poniendo muy difíciles".

"Excepto por lo que se refiere a las pasiones sexuales, que son bastante concretas —dijo el primero—, no sabemos nada sobre la vida; todo lo demás nos parece muy vago y lejano. Oímos a nuestros padres que se quejón de no tener bastante dinero, y comprendemos que están atascados en ciertas rutinas para el resto de sus días. ¿Quién puede, pues, enseñarnos sobre la vida?"

Nadie puede enseñaros, pero vosotros podéis aprender. Hay una enorme diferencia entre aprender y ser enseñado. Se aprende a lo largo de toda la vida, mientras que la enseñanza termina en pocas horas o en pocos años. Y luego, durante el resto de vuestra vida, repetís lo que se os ha enseñado. Lo que se os ha enseñado pronto se convierte en cenizas muertas; y entonces la vida, que es una cosa viviente, se convierte en un campo de batalla de vanos esfuerzos. Se os lanza a la vida sin la facilidad o el tiempo para comprenderla; antes de saber nada sobre la vida, ya estáis en medio mismo de ella, casados, atados a un empleo, con una sociedad que clama sin piedad en torno vuestro. Tenemos que aprender sobre la vida desde la primera infancia no a último momento; cuando uno ya es poco menos que persona mayor, es casi demasiado tarde.

¿Sabéis qué es la vida? Se extiende desde el momento en que nacéis hasta el momento en que morís, y tal vez más allá. La vida es un vasto y complejo todo es como una cosa en que todo está sucediendo a la vez. Amáis y odiáis; sois codiciosos, envidiosos, y al mismo tiempo sentís que no deberíais serlo. Sois ambiciosos, y hay frustración o éxito, y seguís en el desvelo de la ansiedad, el miedo y la crueldad; y pronto o tarde llega un sentimiento de la futilidad de todo ello. Luego están allí los horrores y la brutalidad de la guerra, y la paz por el terror; el nacionalismo, la soberanía, que fomentan la guerra; está la muerte al final del camino de la vida, o en cualquier momento a lo largo de él. Hay la búsqueda de Dios, con sus creencias en conflicto y las disputas entre religiones organizadas. Existe la lucha para conseguir y conservar un empleo; están el matrimonio, los hijos, las enfermedades y el dominio de la sociedad y del Estado. La vida es todo eso, y mucho más; y se os lanza a ese embrollo. Generalmente os hundís en él, desdichados y perdidos; y si sobrevivís trepando hasta la cima, seguís aun formado parte de la confusión. Es a esto que llamamos vida: eterna lucha y dolor, con un poco de alegría interpuesta ocasionalmente. ¿Quién os va a enseñar sobre todo esto? O más bien, ¿cómo vais a aprender acerca de ello? Aunque tengáis capacidad y talento, estáis acosados por la ambición, por el deseo de fama, con sus frustraciones y dolores. Todo esto es la vida, ¿verdad? Y el trascender todo esto también es la vida.

"Afortunadamente, todavía conocemos muy poco de toda esa lucha —siguió diciendo el primero—, pero lo que nos decís de ella ya está en nosotros en potencia. Quiero ser ingeniero famoso, quiero vencerlos a todos; tengo pues que trabajar de firme y llegar a conocer las personas convenientes; tengo que hacer planes, calcular para el futuro. Tengo que abrirme paso en la vida".

Ahí está justamente: todos dicen que tienen que abrirse paso en la vida; cada uno lucha para sí, sea en nombre del negocio, de la religión o del país. Queréis llegar a ser famoso, y lo mismo quiere vuestro vecino, y el vecino de éste; y así es con cada uno, desde el más alto hasta el más bajo del país. Así construimos una sociedad basada en la ambición, la envidia y el afán adquisitivo, en la que cada hombre es enemigo de los demás; y se os "educa" para adaptaros a esta sociedad en descomposición, para ajustaros a su maligno molde.

"Pero ¿qué vamos a hacer? —preguntó el segundo—. Me parece que tenemos que adaptarnos a la sociedad, o ser destruidos. ¿Hay alguna manera de salir de esto, señor?"

Actualmente sois, como se dice, educados para ajustaros a esta sociedad; vuestras capacidades se desarrollan para que podáis ganaros la vida dentro del molde. Vuestros padres, vuestros educadores, vuestro gobierno, todos se interesan en vuestra eficiencia y seguridad financiera, ¿no es así?

"No sé si el gobierno, señor —intervino el cuarto—, pero nuestros padres gastan el dinero que les ha costado trabajo ganar, para que nosotros podamos tener un título, de manera que podamos ganarnos la vida. Ellos nos aman".

¿Es verdad? Veamos. El gobierno quiere que seáis eficientes burócratas para dirigir el Estado, buenos trabajadores industriales para sostener la economía, y soldados capaces para matar al enemigo"; ¿no es así?

"Supongo que el gobierno quiere eso. Pero nuestros padres son más buenos; piensan en nuestro bienestar, y quieren que seamos buenos ciudadanos".

Sí, quieren que seáis "buenos ciudadanos", lo que significa ser respetablemente ambiciosos, eternamente adquisitivos, y participar en esa aceptada crueldad social que se llama competencia para que vosotros y ellos podáis estar seguros. Esto es lo que implica ser lo que se dice un buen ciudadano; pero ¿es bueno, o es algo muy malo? Decís que vuestros padres os aman; ¿pero es así? No hablo con cinismo. El amor es una cosa extraordinaria sin él, la vida es estéril. Podéis tener muchas posesiones y ocupar el asiento de los poderosos, pero, sin la belleza y la grandeza del amor, la vida pronto se convierte en desgracia y confusión. El amor implica —¿no es así?— que a los que son amados se les deje enteramente libres para desarrollarse en su plenitud, para ser alguna cosa más grande que meras máquinas sociales. El amor no compele, ni abiertamente ni por la sutil amenaza de los deberes y las responsabilidades. Donde existe cualquier forma de compulsión o ejercicio de la autoridad, no hay amor.

"No creo que ésta sea la clase de amor de que estaba hablando mi amigo" —dijo el tercero—. "Nuestros padres nos aman pero no de esa manera. Conozco a un muchacho que quiere ser artista, pero su padre quiere que sea hombre de negocios, y lo amenaza con abandonarlo si no cumple con su deber".

Lo que los padres llaman deber no es amor, es una forma de compulsión; y la sociedad sostendrá a los padres, porque lo que hacen es muy respetable. Los padres anhelan que el chico encuentre un empleo seguro y gane algún dinero; pero con una población tan enorme, hay mil aspirantes para cada empleo, y los padres creen que el joven nunca podrá ganarse el sustento pintando; tratan pues de obligarlo a reprimir lo que consideran su insensato capricho. Consideran necesario que se ajuste a la sociedad, que sea respetable y esté seguro. A esto se le llamó amor. Pero ¿es amor? ¿O es miedo, encubierto bajo la palabra "amor"?.

"Visto de esa manera, no sé qué decir", replicó el tercero

¿Hay alguna otra forma de presentarlo? Lo que se acaba e decir puede ser desagradable, pero es un hecho. La llamada educación que tenéis ahora no os ayuda evidentemente a hacer frente a este vasto complejo de la vida; llegáis a él sin preparación, y quedáis abismados en él.

"Pero ¿quién hay que nos eduque para comprender la vida? No tenemos tales maestros, señor".

El educador tiene que ser también educado. Las personas de edad dicen que vosotros, la nueva generación, tenéis que crear un mundo diferente, pero no es eso lo que quieren significar. Al contrario, pensándolo bien y con mucho cuidado, se ponen a "educaros" para que os ajustéis al viejo molde, con alguna modificación. Aunque hablen en formas muy diferentes, maestros y padres, apoyados por el gobierno y la sociedad en general, se ocupan de que se os enseñe a ajustaros a la tradición, a aceptar la ambición y la envidia como natural forma de vida. No les interesa para nada una nueva forma de vida, y es por eso que no se educa bien al educador mismo. La vieja generación ha producido este mundo de guerra, este mundo de antagonismo y división entre hombres y hombres; y la nueva generación sigue cuidadosamente sus pasos.

"Pero nosotros queremos que se nos eduque bien, señor. ¿Qué debemos hacer?"

Ante todo, ver muy claramente un hecho sencillo: que ni el gobierno ni vuestros actuales maestros, ni vuestros padres, se preocupan de educaros correctamente; si lo hicieran, el mundo sería enteramente distinto, y no habría guerras. Si queréis pues ser educados bien, tenéis que poneros a ello vosotros mismos y cuando lleguéis a la madurez, os cuidaréis entonces de que vuestros hijos sean acertadamente educados.

"Pero ¿cómo podemos educarnos bien nosotros mismos? Necesitamos alguien que nos enseñe".

Tenéis maestros que os instruyen en matemática, en literatura, etc.; pero la educación es una cosa más profunda y amplia que el mero acopio de información. La educación es el cultivo de la mente, para que la acción no sea egocéntrica; es aprender a lo largo de la vida a derribar los muros que construye la mente para estar segura, y de los cuales surge el temor con todas sus complejidades. Para estar correctamente educados, tenéis que estudiar intensamente y no ser perezosos. Jugad bien, más no para derrotar a otro, sino para divertiros. Comed alimentos adecuados y manteneos en buena forma física. Haced que la mente esté alerta y sea capaz de afrontar los problemas de la vida, no como hindú, comunista o cristiano, sino como ser humano. Para estar correctamente educados, tenéis que comprenderos a vosotros mismos; tenéis que seguir

aprendiendo acerca de vosotros cuando dejáis de aprender, la vida se torna fea y pesarosa. Sin bondad y amor, no estaréis bien educados.

ODIO Y VIOLENCIA

Era muy temprano; el sol no saldría hasta pasada una hora más o menos. La Cruz del Sur brillaba muy clara y con extraña belleza sobre las palmeras. Todo se hallaba muy quieto; los árboles estaban inmóviles y oscuros, y aun las pequeñas criaturas de la tierra estaban silenciosas. Había una pureza y una bendición sobre el mundo dormido.

El camino conducía a través de un grupo de palmeras hasta más allá de un gran estanque, donde empezaban las casas. Cada casa tenía un jardín, algunos bien cuidados y otros desatendidos. Había en el aire aroma de jazmín, y el rocío enriquecía aun más el perfume. Aun no había luces en las casas, y las estrellas todavía estaban claras, pero iba despertando el cielo por oriente. Pasó un ciclista bostezando, y siguió sin volver la cabeza. Alguien, que había puesto en marcha un automóvil, lo estaba calentando poco a poco, y se oyó un impaciente toque de bocina. Más allá de estas casas, el camino pasaba al lado de un arrozal y torcía hacia la izquierda, hacia la extensa ciudad.

De la carretera partía un sendero que seguía un canal. Las palmeras a lo largo de sus orillas se reflejaban en las tranquilas y claras aguas, y una gran ave blanca estaba ya en actividad, en procura de peces. Aun no pasaba nadie por aquel sendero, pero pronto lo harían muchos, pues los lugareños lo utilizaban como atajo hacia la carretera principal. Al otro lado del canal había una casa apartada, con un gran árbol en un jardín bastante bonito. Ahora apuntaba plenamente el alba, y el lucero era apenas visible sobre el árbol; pero la noche aun contenía la llegada del día. Una mujer se hallaba sentada sobre una estera bajo el árbol, afinando un instrumento de cuerdas que descansaba sobre sus rodillas. Empezó enseguida a entonar algo en sánscrito; era profundamente religioso, y a medida que las palabras llenaban el aire matutino, pareció cambiar toda la atmósfera del lugar, que se cargó de extraña plenitud y sentido. Luego empezó un cántico que sólo se canta a aquella hora matinal. Era encantador. Ella no se daba cuenta en absoluto de que alguien la escuchaba, ni se cuidaba de que alguien lo hiciera, porque estaba totalmente absorta en aquel cántico. Tenía buena voz, clara, y disfrutaba ampliamente, en actitud grave y seria. Apenas se podía oír el instrumento de cuerdas, pero la voz llegaba clara y fuerte sobre el agua. Las palabras y el sonido llenaban todo el ser, y había el gozo de una gran pureza.

Había llegado con varios de sus amigos, pero algunos eran evidentemente sus seguidores. Un hombrón muy moreno y fornido, parecía vigoroso, y debía de haber sido muy activo físicamente. Acababa de bañarse y sus ropas eran de inmaculada pulcritud. Cuando hablaba, sus labios parecían abarcar toda su cara; parecía estarlo devorando alguna furia interior, y mantenía alta su grande y poblada cabeza, con desdén y autoridad. Su sonrisa era forzada, y se lo veía reír muy pocas voces. Sus ojos, directos y sin reserva, indicaban una completa creencia en todo lo que decía. Había alrededor de él algo extraordinariamente potente.

"Espero me excusaréis si entro inmediatamente en el asunto; no me gusta andar por las ramas, sino que prefiero ir derecho al grano. Estoy con un gran grupo de personas que quiere destruir la tradición brahmínica y poner en su lugar al brahmín. Este nos ha explotado sin piedad, y ahora nos toca el turno a nosotros. Nos ha gobernado, nos ha hecho sentir estúpidamente inferiores y subordinados a sus dioses. Vamos a quemar sus dioses. No queremos que sus palabras corrompan nuestra lengua, que es mucho más antigua que la suya. Proyectamos expulsarlos de toda posición prominente, y nosotros nos volveremos más hábiles y astutos que él. Nos ha privado de educación, pero nosotros le arreglaremos las cuentas".

Señor, ¿por qué este odio hacia otros seres humanos? ¿No explotáis vosotros? ¿No tenéis sometidas a otras personas? ¿No impedís que otros se eduquen bien? ¿No estáis haciendo planes para conseguir que otros acepten vuestros dioses y vuestros valores? El odio es el mismo, tanto si está en vosotros como si está en el llamado brahmín.

"No creo que comprendáis. A la gente sólo se la puede tener dominada durante cierto tiempo. Este es el día de los humillados Vamos a alzarnos para derrocar el dominio brahmín; estamos organizados y trabajaremos intensamente para conseguirlo. No querernos ni sus dioses ni sus sacerdotes; querernos ser sus iguales o sobrepasarlos".

¿No sería mejor hablar más reflexivamente sobre el problema de las relaciones humanas? Es muy fácil perorar por una nada, caer en "slogan", hipnotizar e hipnotizar a otros con palabras falaces. Somos seres humanos, señor, aunque podamos llamarnos con nombres diferentes. Esta tierra es nuestra, no es la tierra del brahmín, del ruso o del americano. Nos torturamos con esas vanas divisiones. El brahmín no es más

corrompido que cualquier otro hombre que busca poder y posición. Sus dioses no son más falsos que los que tenéis vosotros y otros. Rechazar una imagen y poner otra en su lugar parece completamente sin sentido, tanto si la imagen está hecha por la mano como si lo está por la mente.

"Todo esto puede ser así en teoría, pero en la vida diaria tenemos que habérnoslas con los hechos. Los brahmines han explotado a otros durante siglos; se han hecho hábiles y astutos, y ahora se han apoderado de todos los puestos escogidos. Nos proponemos quitarles sus puestos y lo estamos haciendo con mucho éxito".

No podéis quitarles su talento, y ellos seguirán usándolo para sus propios fines.

"Pero nosotros nos educaremos, nos haremos más hábiles de lo que son ellos; los venceremos en su propio juego, y entonces crearemos un mundo mejor".

El mundo no se hace mejor con el odio y la envidia. ¿No estáis vosotros buscando poder y posición, más bien que tratando de crear un mundo en el que haya terminado todo odio, codicia y violencia? Es este deseo de poder y posición lo que corrompe al hombre, tanto si es un brahmín, un no—brahmín o un ardiente reformador. Si un grupo es ambicioso, envidioso, astutamente brutal, es sustituido por otro con la misma tendencia de pensamiento, seguramente que esto no conduce a ninguna parte.

"Vos os ocupáis de ideologías, y nosotros de los hechos".

¿Es así, señor? ¿Qué entendéis por un hecho?

"En la vida diaria, nuestros conflictos y nuestra hambre son un hecho. Para nosotros, lo importante es lograr nuestros derechos, salvaguardar nuestros intereses, y procurar que se asegure el porvenir de nuestros hijos. Para este fin, queremos que el poder pase a nuestras manos. Estos son hechos".

¿Queréis decir que el odio y la envidia no son hechos?

"Pueden serlo, pero a nosotros no nos interesa eso". Miró en torno suyo para ver qué pensaban los demás, pero todos guardaban respetuoso silencio. También ellos defendían sus intereses.

¿No dirige el odio el curso de la acción exterior? El odio sólo puede engendrar más odio; y una sociedad basada en el odio, en la envidia, una sociedad en la que hay grupos en competencia cada cual protegiendo sus propios intereses, una sociedad así siempre estará en guerra consigo misma, y por lo tanto con otras sociedades. Por lo que decís, todo lo que habéis ganado es la perspectiva de que vuestro grupo suba a la cima, quedando por ello en condiciones de explotar, de oprimir, de hacer daño, como lo ha hecho el otro grupo en el pasado. Esto parece muy tonto, ¿verdad?

"Admito que lo parece, pero nosotros tenemos que tomar las cosas como son".

En cierto modo, sí, pero no es forzoso que continuemos con ellas como están. Es evidente que tiene que haber un cambio, pero no dentro del mismo patrón de odio y violencia. ¿No os parece que esto es verdad?

"¿Es posible producir un cambio sin odio ni violencia?"

Nuevamente, ¿hay cambio alguno si los medios empleados son semejantes a los utilizados para construir la actual sociedad?

"En otras palabras, decís que la violencia sólo puede crear una sociedad esencialmente violenta, por nueva que creamos que es. Sí, lo comprendo". De nuevo miró en torno hacia sus amigos.

¿No diríais que, para crear un buen orden social, son indispensables los buenos medios? ¿Y son los medios distintos del fin? ¿No está el fin contenido en los medios?

"Esto se está volviendo un poco complicado. Veo que el odio y la violencia sólo pueden producir una sociedad fundamentalmente violenta y opresora. Hasta ahí, está claro. Pero decís que, para producir una buena sociedad, hay que emplear buenos medios. ¿Cuáles son los buenos medios?"

El buen medio es la acción que no es producto del odio, de la envidia, de la autoridad, de la ambición, del temor. El fin no está distante del medio. El fin es el medio.

"Pero ¿cómo vamos a vencer el odio y la envidia? Estos sentimientos nos unen contra un común enemigo. Hay cierto placer en la violencia, produce resultados, y no puede ser eliminada tan fácilmente".

¿Por qué no? Cuando percibís por vos mismos que la violencia sólo conduce a mayor daño ¿es difícil desprenderse de la violencia? Cuando, por muy superficialmente agradable que sea, algo os produce profundo dolor ¿no lo dejáis de lado?

"En el nivel físico, eso es relativamente fácil, pero es más difícil en las cosas que son íntimas".

Sólo es difícil cuando el placer pesa más que el dolor. Si os resultan agradables el odio y la violencia, aunque engendren indecible daño y desdicha los mantendréis; pero sed claro con respecto a eso, y no digáis que estáis creando un nuevo orden social, una mejor forma de vida, porque todo eso es disparatado.

El que odia, el que es adquisitivo, el que busca poder o una posición de autoridad, no es un brahmín, porque un verdadero brahmín está fuera del orden social que se basa en estas cosas; y si vosotros, por vuestra parte, no estáis libres de envidia, de antagonismo, y del deseo de poder, no sois distintos del actual brahmín, aunque os llaméis por un nombre diferente.

“Señor, estoy asombrado de mí mismo, por haberos escuchado siquiera. Hace una hora, me habría horrorizado pensar que yo pudiera escuchar tales cosas; pero he estado escuchando, y no me avergüenzo de ello. Veo ahora cuán fácilmente nos dejamos llevar por nuestras propias palabras y por nuestros más sórdidos impulsos. Esperemos que las cosas sean diferentes”.

EL CULTIVO DE LA SENSIBILIDAD

Era una mañana muy temprano cuando el avión despegó. Todos los pasajeros íbamos muy abrigados, porque hacía bastante frío, y haría todavía más al ganar altura. El hombre del asiento inmediato estaba diciendo, a través del ruido de los motores, que estos orientales son brillantes, lógicos, y que tienen tras de sí la cultura de muchos siglos; pero ¿cuál es su futuro? Por otra parte, los pueblos occidentales, aunque nada brillantes excepto la minoría, son muy activos y producen mucho; son tan industriosos como las hormigas. ¿Por qué están alborotando tanto y matándose unos a otros por divergencias religiosas y políticas y sobre la división de la tierra? ¡Qué insensatos son! No han aprendido nada de la Historia. Daba gracias a Dios por ser un intelectual, y no estar enredado en todo eso. El hombre que ahora está en el poder ha resultado ser meramente un político, no el gran estadista que se había esperado fuera; pero así va el mundo. Es extraordinario, decía, cómo, hace siglos, un pequeño grupo civilizó el Occidente, y otro provocó una explosión creadora en todo el Oriente, dando a la vida un sentido nuevo y más profundo. Pero ¿en qué ha parado todo eso ahora? El hombre ha llegado a ser mentalmente pequeño, miserable, perdido.

“Después de todo, cuando la mente está limitada por la autoridad, se reduce, que es lo que ha ocurrido a las mentes de los intelectuales” —añadió con una sonrisa—. “Cuando está atada a la tradición, la filosofía deja de ser creativa, deja de tener sentido. La mayoría de los intelectuales viven en su propio mundo, un mundo hacia el que escapan, y sus mentes están tan contraídas como el fruto del año pasado puesto a secar bajo el sol del verano. Pero la vida es así ¿verdad?, llena de infinitas promesas, que terminan en miseria y frustración. De todos modos, la vida de la mente tiene sus propias recompensas”.

El cielo había estado de un azul claro, suave, pero ahora se acumulaban las nubes oscuras y cargadas de lluvia. Volábamos entre una capa inferior y otra superior de nubes; estaba claro en el nivel en que nos encontrábamos, pero no había sol, sólo un espacio en que no había nubes. Gruesas gotas de lluvia caían en las plateadas alas desde la capa superior; hacía frío y se sentían sacudidas, pero íbamos pronto a aterrizar. El hombre del asiento inmediato se había quedado dormido; se le contraía la boca y sus manos daban sacudidas nerviosas. Dentro de unos pocos minutos haríamos el largo paseo desde el aeropuerto, a través de bosques y verdes campos.

Como las dos que la acompañaban, era ella maestra, muy joven y entusiasta.

“Todas nos hemos graduado —empezó diciendo— y nos hemos adiestrado como maestras, y acaso eso sea en parte lo malo en nuestro caso —añadió sonriendo—. Enseñamos en una escuela de niños, hasta la edad de la adolescencia, y quisiéramos hablar con vos sobre algunos de los problemas del periodo adolescente, en el que comienzan los impulsos sexuales. Claro que hemos leído sobre todo esto, pero leer no es lo mismo exactamente que discutir las cosas. Todas somos casadas, y al mirar al pasado, comprendemos cuánto mejor habría sido el que alguien nos hubiera hablado sobre cuestiones sexuales y nos hubiera ayudado a comprender ese difícil período de la adolescencia. Pero no hemos venido a hablar de nosotras mismas aunque también tenemos nuestros problemas; ¿quién no los tiene?”

“En su mayor parte” —añadió la segunda— “los niños llegan a ese difícil período sin preparación alguna, con muy poca ayuda o comprensión; aunque sepan algo sobre ello, son aprisionados y arrastrados por el impulso sexual. Queremos ayudar a nuestros estudiantes a hacerle frente, a comprenderlo, y a no convertirse en virtuales esclavos suyos; pero con todos estos cines, carteles de anuncios y tapas de revista sexualmente provocativos, es difícil, aun para los adultos, pensar rectamente sobre ello. Sin querer pasar por respetable o mojigata, el problema está ahí, y tenemos que ser capaces de comprenderlo y tratarlo de manera práctica”.

“Eso es” —dijo la tercera—, “queremos ser prácticas, sea lo que fuere lo que ello signifique, pero, sin embargo, no sabemos mucho sobre esto. Ya se dispone de películas que hablan sobre el sexo y que enseñan, desde el principio hasta el fin, cómo nacen los niños y todo lo demás; pero es una cuestión tan colosal, que una vacila en abordarla. Queremos enseñar a los niños lo que deben saber sobre el sexo, sin suscitar ninguna morbosa curiosidad y sin reforzar sus ya fuertes sentimientos hasta el punto de animarlos a hacer experimentos. Es una especie de cuerda tensa sobre la que tiene uno que caminar. Y los padres, con algunas excepciones desde luego, no son de mucha utilidad. Son medrosos y anhelan ser respetables. No es pues

simplemente un problema de la adolescencia; incluye a los padres y a todo el ambiente social. Y no podemos descuidar este aspecto tampoco. Además, existe el problema de la delincuencia".

¿No están relacionados entre sí todos estos problemas? No hay problema aislado, y ningún problema puede ser resuelto por sí mismo, ¿no es así? Entonces, ¿cuál es la cuestión sobre la que queréis que hablemos?

"Nuestro problema inmediato es cómo ayudar al chico a comprender este periodo de la adolescencia, sin hacer nada, sin embargo, que pudiera animarlo a saltar por la borda en su relación con el sexo opuesto".

¿Cómo hacéis frente ahora al problema?

"Vacilamos y titubeamos. Hablamos vagamente sobre el dominio de las propias emociones, la disciplina de nuestros deseos; y, desde luego, siempre están los ejemplos, los héroes de la virtud —exclamó la primera maestra—. Les recalcamos la importancia de seguir los ideales, de hacer una limpia vida de moderación, de respetar el orden social y todo eso. En algunos de los niños esto tiene un efecto estabilizador; en otros, ningún efecto en absoluto, y unos cuantos se asustan; pero creo que el miedo pronto se disipa".

"Hablamos sobre el proceso de la reproducción, señalándolo en la naturaleza" —añadió la segunda—, "pero en general somos conservadoras y cautas".

¿Cuál es entonces el problema?

"Como ha dicho mi amiga, el problema es cómo ayudar al estudiante a lidiar con el impulso sexual cuando llegue a la adolescencia, sin ser derribado por él".

¿Surge el impulso sexual solamente cuando el muchacho o la muchacha llegan a la adolescencia, o existe en una forma más sencilla y libre durante todos los años que preceden a la adolescencia? ¿No hay que ayudar al niño a comprenderlo desde la más temprana edad posible, y no sólo en cierto período avanzado de su desarrollo?

"Creo que tenéis razón" —dijo la tercera—. "El impulso sexual se manifiesta indudablemente en formas diversas a una edad mucho más temprana, pero la mayoría de nosotros no tenemos tiempo ni interés para tomarlo en consideración mucho antes de que el niño llegue a la adolescencia, cuando el problema tiende a agudizarse".

Si llega uno a la adolescencia sin haber sido bien educado, entonces evidentemente el impulso sexual asume una importancia dominante, y se vuelve casi incontrolable.

"¿Qué significa ser 'bien educado'?"

La educación correcta se realiza por el cultivo de la sensibilidad; y a ésta hay que cultivarla, no sólo en ese particular período del crecimiento que se llama adolescencia, sino durante toda nuestra vida; ¿no es así?

"¿Por qué dar este énfasis a la sensibilidad" —pregunto la primera—,

Ser sensible es sentir afecto, es darse cuenta de la belleza, de la fealdad; ¿no es el desarrollo de esta sensibilidad parte del problema te que estáis hablando?

"No había pensado antes en ellos, mas ahora que lo señaláis, veo que están relacionados".

Ser correctamente educado no es sólo haber estudiado historia o física; es también ser sensible a las cosas de la tierra —a los animales, a los árboles, a los arroyos, al cielo y a las otras personas—. Pero descuidamos todo eso, o lo estudiamos como parte de un proyecto, algo que hay que aprender o retener para usarlo cuando la ocasión lo requiera. Aunque tengamos esta sensibilidad en la infancia, generalmente ella es destruida por el estrépito de lo que llamamos civilización. El ambiente del niño pronto lo fuerza a entrar en un molde de lo respetable, lo convencional. La gentileza, el afecto, el sentimiento de la belleza, la sensibilidad hacia lo feo, todo esto sé pierde; pero desde luego que el impulso biológico está aún ahí.

"Es verdad" —asintió la tercera— "parece que todos descuidamos ese aspecto de la vida, ¿no? y nos excusamos diciendo que no tenemos tiempo para ello, que tenemos que pensar en las materias de enseñanza y todo eso".

¿No es el cultivo de la sensibilidad tan importante por lo menos como los libros y los grados? Pero rendimos culto al éxito, y descuidamos esta sensibilidad que destruye la persecución del éxito.

"¿No es necesario en la vida tener éxito?"

Insistir en el éxito engendra insensibilidad, fomenta la crueldad y la actividad egocéntrica. ¿Cómo puede un hombre ambicioso ser sensible para los demás, o para las cosas de la tierra? Están ahí para su realización, para ser utilizadas por él porque de lo contrario tenéis problemas sexuales.

"¿Cómo cultivabais la sensibilidad de los jóvenes?"

"Cultivar" es una palabra desafortunada, pero como la hemos usado vamos a seguir con ella. La sensibilidad no es algo que haya de practicarse; no es bueno limitarse a decir a los jóvenes que observen la naturaleza, o que lean a los poetas y todo eso. Mas, si vosotras mismas sois sensibles a lo bello y a lo feo, si existe en vosotras un sentimiento de ternura, de amor, ¿no creéis que podríais ayudar a vuestros estudiantes a

tener efecto, a ser considerados, etc.? Como veis, sofocamos o descuidamos todo esto, mientras se consiente en todas las formas de estimular la diversión, y así el problema se vuelve cada vez más complejo.

"Creo que es cierto lo que decís, pero me parece que no apreciáis plenamente nuestra dificultad. Tenemos clases de 30 ó 40 chicos y chicas, y no podemos hablar a todos ellos individualmente, por mucho que nos gustase hacerlo. Además, enseñar a tantos a la vez es una tarea muy agotadora, y nosotras mismas nos cansamos y tendemos a perder la sensibilidad que podamos tener".

¿Qué vais a hacer, pues? El cuidado, la ternura, el afecto: esto es esencial si han de comprenderse los impulsos sexuales. Por cierto, sintiendo el problema, hablando sobre él, señalándolo de diferentes modos, el maestro adquiere sensibilidad y le trasmite su significación al niño. Y cuando éste llega a ser adolescente, estará entonces en condiciones de afrontar los impulsos sexuales con más amplia y profunda comprensión. Mas, para llevar a cabo la adecuada clase de educación para el niño, tenéis que educar también a los padres, que después de todo, forman la sociedad.

"El problema es complejo y realmente abrumador. Y ¿qué podemos nosotras tres hacer en esta confusión? ¿Qué puede hacer el individuo?"

Es sólo como individuos que podemos hacer siquiera algo. Siempre ha sido un individuo, acá y allá, el que ha afectado realmente a la sociedad y producido grandes cambios en pensamiento y acción. Para ser en verdad revolucionarios, tenemos que separarnos de las normas de la sociedad, del patrón de la adquisividad, de la envidia, etc. Cualquier reforma dentro del molde causará al fin sólo más confusión y desdicha. La delincuencia no es más que una rebelión dentro del molde, y la función del educador, seguramente, es ayudar a los jóvenes a salir del molde, lo que implica estar libre de adquisitividad y de la búsqueda del poder.

"Me doy cuenta de que seremos de poco valor si no sentimos nosotras también intensamente estas cosas. Y ésta es una de nuestras mayores dificultades: todos somos tan intelectuales que nuestros sentimientos han quedado paralizados. Sólo cuando sentimos con intensidad es cuando realmente podemos hacer algo".

"¿POR QUÉ NO TENGO CLARIDAD?"

Había estado lloviendo continuamente durante una semana; la tierra estaba empapada y había grandes charcos todo a lo largo del sendero. Había subido el nivel del agua en los pozos, y las ranas lo estaban pasando espléndidamente, croando incansables toda la noche. El crecido río ponía en peligro el puente; pero las lluvias venían muy bien, a pesar del gran daño hecho. Ahora, sin embargo, iba aclarando poco a poco. Se veían espacios de cielo azul en lo alto, y el sol matinal estaba dispersando las nubes. Pasarían meses antes que las hojas de los árboles recién lavados se recubrieran de fino polvo rojo. El azul del cielo era tan intenso que invitaba a detenerse para admirarlo. El aire había sido purificado, y en una corta semana la tierra se había vuelto súbitamente verde. En aquella luz de la mañana, la paz reinaba sobre la región.

Un papagayo solo estaba posado en la rama muerta de un árbol cercano; no se arreglaba el plumaje, y se mantenía muy quieto, pero sus ojos se movían y estaban alerta. Era de un verde delicado, con brillante pico rojo y una larga cola de un verde más pálido. Quería uno haberlo tocado, para examinar su color; pero ante cualquier movimiento se habría volado. Aunque estaba del todo inmóvil, como una verde luz congelada, se notaba que estaba intensamente vivo y parecía dar vida a la muerta rama en que se posaba. Era tan asombrosamente bello que se quedaba uno sin aliento. Apenas se atrevía a quitarle la vista de encima, por temor de que desapareciera como un relámpago. Podían verse papagayos a docenas, pasando en vuelo alocado, posados en los cables o dispersos por los rojos campos de tiernos y verdes trigales. Pero aquella ave en particular parecía ser el foco de toda vida, de toda belleza y perfección. No eximia nada más que aquella viva mancha de verde sobre una oscura rama contra el cielo azul. No había palabras ni pensamiento en la mente. Ni siquiera era uno consciente de no estar pensando. Aquella intensidad traía lágrimas a los ojos y os hacía parpadear; ¡y el parpadeo mismo podía asustar y alejar al ave! Pero allí seguía, sin moverse, tan suave y elegante, con cada pluma en su lugar. Habrían pasado sólo unos pocos minutos, pero aquellos pocos minutos llenaban el día, el año y todo el tiempo; en aquellos pocos minutos estaba toda la vida, sin principio ni fin. No era una experiencia para retener en la memoria, una cosa muerta que el pensamiento, que está también muriendo, mantenga viva; era algo totalmente vivo, y por lo tanto no podía hallarse entre lo muerto.

Alguien llamó desde la casa que estaba más allá del jardín, y la muerta rama quedó súbitamente desnuda.

Eran tres: una mujer y dos hombres, todos muy jóvenes, probablemente de unos treinta años. Habían llegado temprano, recién bañados y vestidos, y evidentemente no eran de los que tienen dinero. El pensamiento brillaba en sus rostros; sus ojos eran claros y sencillos, sin esa mirada velada que viene con el mucho saber. La mujer era hermana del mayor de ellos, y el otro era su marido. Todos estaban sentados en

una estera con un borde rojo en cada extremo. Los vehículos hacían un ruido terrible, y hubo que cerrar una ventana, pero la otra se abría sobre un retirado jardín, en el que había un árbol de amplia copa. Eran un poco tímidos, pero pronto hablarían libremente.

"Aunque nuestras familias son pudientes, nosotros tres hemos preferido una vida sencilla, sin pretensiones —empezó diciendo el hermano. Vivimos cerca de un pueblecito, leemos un poco, y nos gusta meditar. No tenemos deseos de ser ricos, y tenemos lo bastante para ir pasando. Yo sé algo de sánscrito, pero vacilo en citar autorizadamente las escrituras. Mi cuñado es más estudioso que yo, pero ambos somos demasiado jóvenes para ser muy instruidos. En sí mismo, el conocimiento tiene muy poco sentido; sólo es útil porque puede guiarnos, mantenernos en el camino recto".

Me pregunto si el conocimiento es útil, ¿no es posible que sea un obstáculo?

"¿Cómo puede jamás ser un obstáculo el conocimiento? —preguntó él con cierta ansiedad—. Seguramente, el conocimiento siempre es útil".

¿Util en qué forma?

"Util para encontrar a Dios, para hacer una vida recta".

¿Lo es? Un ingeniero tiene que tener conocimientos para construir un puente, para proyectar máquinas, etc. El conocimiento es indispensable para los interesados en el orden de las cosas. El físico ha de tener conocimientos, ello forma parte de su educación, de su existencia misma, y sin él no puede seguir adelante. Pero ¿deja el conocimiento libre a la mente para descubrir? Aunque el conocimiento es necesario para utilizar lo que ya ha sido descubierto, no cabe duda que el efectivo estado de descubrimiento está libre del conocimiento.

"Sin conocimiento, podría desviarse del sendero que conduce a Dios".

¿Y por qué no habríais de equivocar el sendero? ¿Está el sendero tan claramente marcado, y es tan definido el fin? ¿Y qué entendéis por conocimiento?

"Por conocimiento entiendo todo lo que uno ha experimentado, o leído, o lo que se le ha enseñado sobre Dios y las cosas que uno tiene que hacer, las virtudes que debe practicar, etc., para encontrar a Dios. No me refiero, claro está, al conocimiento mecánico".

¿Hay tanta diferencia entre los dos? Al ingeniero le han enseñado la manera de lograr ciertos resultados físicos por la aplicación de los conocimientos que el hombre ha reunido a lo largo de siglos; mientras que a vos se os ha enseñado a conseguir ciertos resultados internos dominando vuestro pensamiento, cultivando la virtud, haciendo buenas obras, etc., todo lo cual es igualmente cuestión de conocimiento acumulado, a través de los siglos. El ingeniero tiene sus libros y maestros, como vos tenéis los vuestros. A ambos se os ha enseñado una técnica y ambos deseáis alcanzar un fin, vos a vuestro modo y él al suyo. Ambos buscáis resultados. ¿Y es Dios, o la verdad, un resultado? Si lo es, entonces ha sido concebido por la mente; y lo que es hecho puede deshacerse. ¿Es, pues, útil el conocimiento para descubrir la realidad?

"No estoy muy seguro de que no lo sea, señor, a pesar de lo que decís, replicó el marido. Sin conocimiento, ¿cómo se puede caminar por el sendero?"

Si el fin es estático, si es una cosa muerta, sin movimiento, entonces uno o muchos senderos pueden conducir a él; pero ¿es la realidad, Dios o como queráis llamarlo, una morada fija, con dirección permanente?

"Claro que no", dijo vivamente el hermano.

Entonces, ¿cómo puede haber un sendero hacia él? Por cierto, la verdad no tiene sendero.

"En ese caso, ¿cuál es la función del conocimiento?", preguntó el marido.

Sois el resultado de lo que se os ha enseñado, y sobre ese condicionamiento se basan vuestras experiencias; y vuestras experiencias, a su vez, refuerzan o modifican vuestro condicionamiento. Sois como un fonógrafo, que toca quizá diferentes discos, pero que no obstante sigue siendo un fonógrafo; y los discos que tocáis están hechos de lo que os han enseñado, ya sea otros o vuestras propias experiencias. Es así, ¿verdad?

"Sí, señor, replicó el hermano. Pero ¿no hay una parte en mí que no ha sido enseñada?"

¿La hay? Seguramente, lo que llamáis el **Atman**, el alma, el yo superior, etc., está aun dentro del campo de lo que habéis leído o se os ha enseñado.

"Vuestras afirmaciones son muy claras y significativas, y uno queda convencido a pesar de sí mismo" —dijo el hermano.

Si meramente sois convencido, entonces no veis la verdad de eso. La verdad no es cuestión de convicción o de acuerdo. Podéis estar de acuerdo o en desacuerdo sobre opiniones o conclusiones, pero un hecho no necesita acuerdo; es así. Una vez que veáis por vos mismos que lo que se ha dicho es un hecho, entonces no estaréis meramente convencido; vuestra mente habrá sufrido una transformación fundamental. Ya no mirará el hecho a través de una pantalla de convicciones o creencias; se aproximará a Dios, o la verdad, sin

conocimientos, sin ningún disco. El disco es el “yo”, el ego, el infatuado, el que sabe, el que ha sido enseñado, el que ha practicado la virtud, y que está en conflicto con el hecho.

“Entonces ¿por qué luchamos por adquirir conocimiento?” preguntó el marido. ¿No es el conocimiento una parte esencial de nuestra existencia?”

Cuando hay comprensión del “yo”, entonces el conocimiento tiene su adecuado lugar; pero sin esta comprensión, la persecución del autoconocimiento da una sensación de haber logrado, de llegar a alguna parte; es tan excitante y agradable como el éxito en el mundo. Puede uno renunciar a las cosas externas de la existencia, pero en el esfuerzo por adquirir autoconocimiento existe la sensación de la realización, del cazador que captura la presa, lo cual es semejante a la satisfacción de la ganancia mundana. No hay comprensión del yo, del ‘sí mismo’, del ego, mediante los conocimientos acumulados de lo que ha sido o de lo que es. La acumulación falsea la percepción, y no es posible comprender el yo en sus diarias actividades, sus veloces y astutas reacciones, cuando la mente está abrumada por el conocimiento. Mientras la mente esté cargada de conocimientos y sea ella misma el resultado del conocimiento, jamás podrá ser nueva, incorrupta.

“¿Puedo hacer una preguntad” —inquirió la señora, un poco nerviosa. Había estado escuchando calladamente, dudando si hacer preguntas, por respeto a su marido. Pero ahora que los otros dos callaban, de mala gana, habló ella. “Me gustaría preguntar, si se me permite, por qué es que una persona tiene claridad, percepción total, mientras otras sólo ven los diversos detalles y son incapaces de captar el todo. ¿Por qué no podemos todos tener esta claridad, esta capacidad de ver el todo, que vos parecéis tener? ¿Por qué es que uno la tiene y otros no?”

¿Creéis que es un don?

“Así parecería” —replicó— “y sin embargo eso significarla que la divinidad es parcial, y entonces habría muy pocas probabilidades para los demás. Espero que no sea así”.

Vamos a investigarlo. Pero, ¿por qué hacéis esta pregunta?

“Por la sencilla y evidente razón de que yo deseo esa profunda visión”. Ya había perdido ella su reserva, y estaba tan ansiosa por hablar como los otros dos.

Vuestra indagación está motivada, pues, por el deseo de ganar algo. Ganar, realizar, o llegar a ser algo implica un proceso de acumulación, y la identificación con lo que se ha acumulado. ¿No es verdad esto?

“Sí, señor”.

Ganar implica también comparación ¿no es así? Vos, que no tenéis esa claridad, os comparáis con alguien que la tiene.

Pero toda comparación de esa clase es obviamente producto de la envidia; ¿y puede despertarse la claridad mediante la envidia?

“No; supongo que no”.

El mundo está lleno de envidia, de ambición, como puede verse en la eterna búsqueda de éxito, en la relación del discípulo con el Maestro, de éste con el Maestro superior, y así interminablemente. Y eso desarrolla ciertas capacidades. Pero ¿es, esa capacidad, la percepción total, el darse cuenta total? ¿Se basa, este último, en la envidia, en la ambición? ¿No surge, acaso, sólo cuando ha cesado el deseo de ganar? ¿Comprendéis?

“Creo que no”.

El deseo de ganar se basa en la vanidad, ¿verdad?

Ella vaciló, y luego dijo despacio: “Ahora que lo indicáis, veo que en el fondo es así”.

Es, pues, vuestra vanidad, tanto en el sentido amplio como en el mezquino, lo que os hace formular esta pregunta.

“Creo desgraciadamente que también eso es verdad”.

En otras palabras, hacéis esta pregunta por vuestro deseo de tener éxito. Ahora bien, ¿puede hacerse esta misma pregunta. —¿Por qué es que yo no tengo profunda visión— sin envidia, sin dar ningún énfasis al “yo”?

“No sé”.

¿Puede haber indagación alguna mientras la mente esté atada a un motivo? Mientras el pensamiento esté centrado en la envidia, en la vanidad, en el deseo de triunfar, ¿podrá explorar lejos y libremente? Para inquirir de veras ¿no tiene que dejar de existir el centro?

“¿Queréis decir que la envidia o la ambición, que es el deseo de ser o de llegar a ser algo, tiene que desaparecer totalmente si uno ha de tener honda visión?”

También ahora, si me permitís señalarlo, queréis poseer esa capacidad, de modo que os pondréis a disciplinaros para adquirirla. Vos, que aspiráis a la posesión, seguís siendo lo importante, y no la capacidad misma. Esa capacidad sólo surge cuando la mente no tiene motivo de ninguna clase.

"Pero antes dijisteis, señor, que la mente es resultado del tiempo, del conocimiento, del motivo; y ¿cómo puede una mente así carecer de cualquier motivo?"

Haceos esa pregunta a vos misma, no simplemente en forma verbal, superficial sino tan seriamente como un hambriento quiere el alimento. Cuando preguntáis, cuando inquirís, es importante que descubráis por vos misma la causa de vuestro inquirir. Podéis preguntar por envidia o podéis hacerlo sin motivo alguno. El estado de la mente que en verdad inquiere sobre la capacidad de percepción total, es de completa humildad, de completa calma; y esta misma humildad, esta quietud, es ya esa capacidad. No es algo que pueda ser ganado.

LA REFORMA, LA REVOLUCIÓN Y LA BÚSQUEDA DE DIOS

Aquella mañana el río estaba gris, como plomo fundido. El sol se alzaba sobre los bosques dormidos, grande, con ardiente irradiación, pero las nubes que se alzaban sobre el horizonte pronto lo ocultaron; y todo el día sol y nubes estuvieron en guerra, disputándose la victoria final. Generalmente había pescadores en el río, en sus embarcaciones como góndolas; pero aquella mañana no estaban allí, y el río se encontraba solitario. Llegó por allá flotando el hinchado cadáver de algún gran animal, y sobre él había varios buitres chillando y despedazando la carne. Otros querían su parte, pero eran ahuyentados a golpes de las enormes alas, hasta que se hartaban los que ya estaban sobre el cadáver. Los cuervos, graznando furiosamente, trataban de penetrar por entre las grandes y desmañadas aves, pero no tenían suerte. Salvo este alboroto y aleteo en torno del cuerpo muerto, estaba en paz el ancho y tortuoso río. Hacía una o dos horas que había despertado el pueblo de la otra orilla. Los aldeanos se voceaban unos a otros, y sus fuertes voces llegaban claramente sobre el agua. Aquel vocear tenía algo agradable; era cálido y amistoso. Una voz llamaba desde el otro lado del río, rodando por el aire claro, y otra le respondió desde alguna parte río arriba, o desde la orilla opuesta. Nada de esto parecía perturbar la quietud de la mañana, en que había una sensación de grande y permanente paz.

El automóvil pasaba por un áspero y descuidado camino, levantando una nube de polvo que se depositaba en los árboles y en los pocos lugareños que caminaban hacia la sucia y extendida ciudad, o que venían de ella. También utilizaban aquel camino niños de la escuela, pero a ellos no parecía importarles el polvo; estaban demasiado absortos en su risa y su juego. Al entrar en la carretera principal, el coche pasó por la ciudad, cruzó la vía férrea y pronto estuvo de nuevo en el campo abierto y limpio. Allí había belleza; vacas y cabras pastaban en los verdes campos y bajo los enormes y viejos árboles, y era como si uno no los hubiera visto nunca. Al pasar a través de la ciudad, con sus inmundicias y suciedad, parecía haber desaparecido la belleza de la tierra; pero ahora nos era devuelta, y quedaba uno sorprendido de ver la bondad de la tierra y de las cosas de ella. Había camellos, grandes y bien alimentados, llevando cada cual una carga de yute. Nunca se precipitaban, sino que mantenían un andar constante, con las cabezas levantadas y erguidas en el aire; y en lo alto de cada carga se sentaba un hombre, que azuzaba a la desmañada bestia para seguir adelante. Con un estremecimiento de asombro veía uno en el camino dos enormes elefantes, que oscilaban lentamente, cubiertos con un alegre paño rojo bordado en oro, y con los colmillos decorados con cintas plateadas. Los llevaban a algún acto religioso y se los había ataviado para la ocasión; pero se los había hecho detener, y se entabló una conversación. Su enorme corpulencia se cernía sobre uno; pero eran dóciles y toda irritación y enemistad habían desaparecido. Podíais tocar su áspera piel; la punta de la trompa tocaba la palma de la mano suavemente, con curiosidad, y se retiraba. El hombre voceaba para ponerlos en marcha de nuevo y la tierra parecía moverse con ellos. Llegó un carrito de dos ruedas, tirado por un caballo flaco y cansado; no tenía toldo y llevaba un cuerpo humano muerto, envuelto en un paño blanco. El cuerpo estaba atado flojamente al fondo del vehículo, que no tenía muelles, y al trotar el caballo por el desigual camino, tanto el conductor como el cadáver se sacudían de acá para allá.

Había llegado el avión del Norte y descendían los pasajeros para descansar media hora antes de reemprender el vuelo. Tres de ellos eran políticos y, por su aspecto, tenían que ser personas muy importantes. Se decía que eran ministros del gobierno. Bajaron a la pista de cemento como un barco que pasa por un estrecho canal, todopoderosos y completamente por encima del vulgo. Los demás pasajeros se mantenían varios pasos detrás de ellos. Todo el mundo sabía quiénes eran; si alguien no lo sabía, pronto se lo decían, y la gente se quedaba callada, contemplando a los grandes hombres en su gloria. Pero la tierra seguía siendo verde; un perro ladraba, y en el horizonte estaban las montañas nevadas, una vista cuya contemplación causaba asombro.

Se había reunido un pequeño grupo en aquella grande y desnuda habitación?, pero sólo hablaron cuatro de ellos, y, en cierto modo, estos cuatro parecían hablar en nombre de todos. No era una cosa concertada de antemano, sino que sucedió muy naturalmente, y se veía que los demás se alegraban de que fuera así. Uno de

los cuatro, hombretón seguro de sí mismo, era dado a las rápidas y fáciles afirmaciones. El segundo no era tan grande físicamente, pero tenía ojos penetrantes y cierta desenvoltura de modales. Los otros dos eran pequeños; pero todos ellos habían de haber leído mucho, y tenían facilidad de palabra. Parecían cuarentones, y todos habían visto algo de la vida, decían, al trabajar en diversas cosas en que estaban interesados.

"Quiero hablar sobre la frustración, dijo el hombretón. Es la maldición de los de mi generación. Todos parecemos estar frustrados de una u otra manera, y algunos nos volvemos amargados y cínicos, criticando siempre a otros y anhelando denigrarlos. Millares han sido liquidados en depuraciones políticas; mas debemos recordar que también podemos matar a otros por la palabra y el gesto. Personalmente, yo no soy cínico, aunque he consagrado gran parte de mi vida a la labor social y a mejorar la sociedad. Como tantas otras personas, he jugado con el comunismo, y no he encontrado nada en él; si algo he hallado, es un movimiento retrógrado, y ciertamente no en el futuro. He estado en el gobierno, y en cierto modo ello no ha significado mucho para mí. He leído bastante extensamente, pero la lectura no hace nada más luminoso el corazón. Aunque discuto con viveza, mi intelecto dice una cosa y mi corazón otra. He estado en guerra conmigo mismo durante años, y no parece haber salida de este conflicto interno. Soy un cúmulo de contradicciones, e íntimamente muero poco a poco... No pensaba hablar sobre todo esto, pero de alguna manera estoy hablando: ¿Por qué nos agotamos y morimos interiormente? Esto no me pasa sólo a mí, sino también a los grandes del país".

¿Qué entendéis por morir, marchitarse?

"Puede uno ocupar una posición de responsabilidad, puede trabajar de firme y llegar a la cima, pero interiormente está uno muerto Si se lo dierais a los que entre nosotros se llaman grandes —esos cuyos nombres aparecen todos los días en los diarios, informando sobre sus actos y discursos— que son esencialmente torpes y estúpidos, quedarían horrorizados; pero, como los demás de nosotros, ellos también se van marchitando, deteriorando interiormente; ¿por qué? Hacemos vidas morales, respetables, y sin embargo no existe la llama tras los ojos. Algunos no estamos luchando para nosotros mismos —al menos yo no lo creo— y sin embargo nuestra vida interna decae; que la sepamos o no, y tanto si vivimos en casas ministeriales como en las habitaciones desnudas de los abnegados trabajadores, tenernos espiritualmente un pie en la sepultura. ¿Por qué?"

¿No puede ser que estemos sofocados por nuestras vanidades, por el orgullo del éxito y la realización, por las cosas que tienen gran valor para la mente? Cuando la mente se encuentra abrumada por las cosas que ha acumulado, el corazón se agosta. ¿No es muy extraño que todo el mundo quiera trepar la escala del éxito y del reconocimiento?

"Se nos educa así. Y supongo que mientras uno siga trepando la escala, o sentándonos en lo alto de ella, será inevitable la frustración. Pero ¿cómo va uno a superar este sentimiento de frustración?"

Muy sencillamente: no trepando. Si veis la escala y sabéis a dónde lleva, si comprendéis sus hondas implicaciones y no ponéis el pie ni aun en el primer peldaño, nunca podréis sentiros frustrados.

"¡Pero yo no puedo simplemente sentarme quieto y decaer!"

Ya estáis ahora decayendo, en medio de vuestra incesante actividad; y sí, como el ermitaño autodisciplinado, os limitéis a estar sentado, quieto, mientras interiormente estáis ardiendo de deseo, con todos los temores de la ambición y la envidia, seguiréis secándoos. ¿No es verdad, señor, que con la respetabilidad viene la decadencia? Esto no quiere decir que uno deba dejar de ser honrado. Pero sois muy virtuoso, ¿no es así?

"Trato de serlo".

La virtud de la sociedad conduce a la muerte. Ser consciente de la propia virtud es morir respetablemente. Interior y exteriormente os ajustáis a las reglas de la moralidad social ¿verdad?

"Si no lo hiciéramos la mayoría de nosotros, se derrumbaría el edificio de la sociedad. ¿Predicáis la anarquía moral?"

¿Lo hago? La moralidad social es mera respetabilidad. La ambición, la codicia, la vanidad del logro y su reconocimiento, la brutalidad del poder y la posición, matar en nombre de una ideología o de un país; ésta es la moralidad de la sociedad.

"Sin embargo, nuestro líderes sociales y religiosos predican al menos contra algunas de estas cosas".

El hecho es una cosa, y la predicación otra. Matar por una ideología o por un país es muy respetable, y el matador, el general que organiza el asesinato en masa, es altamente considerado y condecorado. El hombre de poder ocupa un lugar de importancia en el país. El predicador y los predicados van en el mismo barco ¿no es así?

"Todos vamos en el mismo barco —agregó el segundo— y luchamos para hacer algo con respecto a él".

Si veis que el barco tiene muchos agujeros y se está hundiendo rápidamente, ¿no saltaréis fuera?

“El barco no está tan mal, hasta ese extremo. Tenemos que repararlo, y todo el mundo debe echar una mano a la tarea. Si todos lo hicieran, el barco seguirla a flote en el río de la vida”.

Vos os ocupáis en la obra social ¿verdad?

“Sí, señor, así es, y he tenido el privilegio de estar íntimamente asociado con algunos de nuestros más grandes reformadores. Creo que la reforma y no la revolución es la única salida de este caos. ¡Mirad a lo que ha venido a parar la revolución rusa! No, señor, los hombres verdaderamente grandes siempre han sido reformadores”.

¿Qué entendéis por reformar?

“Reformar es mejorar poco a poco las condiciones sociales y económicas del pueblo, mediante los diversos planes que hemos formulado; es aminorar la pobreza, eliminar la superstición, las divisiones de clase, etcétera”.

Esa reforma siempre está dentro del patrón social existente. Puede subir a la cumbre un grupo distinto de personas, se puede promulgar una nueva legislación, pueden nacionalizarse ciertas industrias, etc.; pero ello ocurre siempre dentro del armazón actual de la sociedad. Esto es lo que se llama reforma, ¿no es así?

“Si se objeta eso, entonces sólo se puede abogar por la revolución; y todos sabemos que la gran revolución que siguió a la primera guerra mundial ha resultado después ser un movimiento retrógrado, como indicó mi amigo, un movimiento culpable de toda clase de horrores y represiones. Industrialmente, los comunistas pueden avanzar, pueden igualar o rebasar a otras naciones; pero el hombre no vive sólo de pan, y nosotros no queremos ciertamente seguir esa norma”.

Una revolución dentro de la norma, dentro del armazón de la sociedad, no es revolución en absoluto; puede ser progresiva o regresiva, pero, como la reforma, sólo es una continuación modificada de lo que ha existido. Por muy buena y necesaria que sea la reforma, sólo puede producir un cambio superficial, que de nuevo exigirá más reformas. Este proceso es interminable, porque la sociedad está en perpetua desintegración dentro de las normas de su propia existencia.

“¿Sostenéis, señor, que toda reforma, por beneficiosa que sea, es a lo sumo un remiendo, y que por muchas que sean las reformas, no pueden producir una total transformación de la sociedad?”

La transformación total nunca puede producirse dentro de las normas de ninguna sociedad, tanto si esa sociedad es tiránica como si es la denominada democrática.

“¿No es la sociedad democrática más importante y de mayor valor que un estado policíaco o tiránico?”

Desde luego que sí.

“Entonces, ¿qué entendéis por “normas de la sociedad?”

La norma de la sociedad es la interpelación humana basada en la ambición, en la envidia, en el deseo personal o colectivo de poder, en la actitud jerárquica, en las ideologías, los dogmas, las creencias. Semejante sociedad puede declarar, y generalmente declara que cree en el amor, en la bondad; pero siempre está lista para matar, para ir a la guerra. Dentro de esta norma, el cambio no tiene nada de cambio, por revolucionario que parezca. Cuando el paciente necesita una gran operación, es insensato meramente aliviar los síntomas.

“Pero ¿quién ha de ser el cirujano?”

Tenéis que operar sobre vos mismos y no confiar en otro, por muy bueno que penséis que puede ser un especialista; tenéis que salir del patrón de la sociedad, el patrón de la codicia, del afán adquisitivo, del conflicto.

“¿Afectará a la sociedad el hecho de que yo abandone sus normas?”

Primero abandonadlas, y ved qué pasa. Permanecer dentro del molde y preguntar qué pasará si lo dejáis, es una forma de evasión, una investigación viciosa e inútil.

“A diferencia de estos dos señores”, —dijo el tercero con voz suave y agradable— “yo no conozco a ninguna de las personas eminentes. Yo me muevo en un círculo completamente distinto. Nunca he pensado en llegar a ser famoso, sino que he permanecido entre bastidores, haciendo mi parte en forma anónima. Dejé a mi esposa, abandoné las alegrías del hogar y los hijos, y me dediqué por completo a la tarea de liberar a nuestro país Lo hice con toda seriedad y diligencia. No busqué poder para mí sólo quise que nuestro país fuera libre, que se convirtiera en una nación santa, que tuviera de nuevo la gloria y la gracia que fue la India. Pero he visto todas las cosas que han estado ocurriendo; he contemplado el engreimiento, la pompa, la corrupción, el favoritismo, y he oído la charla falsa de los diversos políticos, incluyendo los líderes del partido al que yo pertenecía. Yo no sacrifiqué mi vida, mis placeres, mi esposa, mi dinero, para que unos hombres corruptos gobernasen el país. Eludí el poder por el bien del país, para encontrarme con que estos políticos ambiciosos subían a posiciones de poder. Ahora comprendo que he gastado en vano los mejores años de mi vida, y me dan ganas de suicidarme”.

Los demás callaron, abrumados por lo que habían oído; porque todos ellos eran políticos, de hecho y de corazón.

Señor, la mayor parte de las personas dan efectivamente un giro falso a sus vidas, y tal vez lo descubran tarde, o aún nunca. Si alcanzan posición y poder, hacen daño en nombre del país; se convierten en la tea de la discordia en nombre de la paz de Dios. El engreimiento y la ambición gobiernan el país por todas partes, con diversos grados de barbarie y de crueldad. A la actividad política sólo le interesa una parte muy pequeña de la vida; ella tiene su importancia, pero cuando usurpa todo el campo de la existencia, como lo está haciendo ahora, se convierte en pensamiento y acción monstruosos, corruptores. Glorificamos y respetamos al hombre que está en el poder, al líder, porque en nosotros está el mismo anhelo de poder y posición, el mismo deseo de dominar y dictar. Es cada individuo que hace surgir al líder; él proviene de la confusión, la envidia y la ambición de todo hombre; y seguir al conductor es seguir las propias exigencias, tendencias y frustraciones. El conductor y el que lo sigue son ambos responsables del dolor y la confusión del hombre.

"Reconozco la verdad de cuanto decís, aunque me resulta duro reconocerla. Y ahora, después de todos estos años, realmente no sé qué hacer. He llorado lágrimas de fuego, más ¿para qué sirve todo eso? No puedo deshacer lo hecho. Con palabras y actos he estimulado a millares a que acepten y sigan. Muchos de ellos están como yo, aunque no en mi extremado apuro; han pasado su lealtad de un líder a otro, de un partido a otro, de una serie de consignas a otra. Pero yo estoy fuera de todo eso, y no quiero volver a acercarme a ninguno de los líderes. Me he esforzado en vano todos estos años; el jardín que había cultivado con todo cuidado se ha convertido en escombros y piedras. Mi esposa ha muerto y no tengo compañía. Veo ahora que he seguido a dioses hechos por el hombre: el Estado, la autoridad del líder y las útiles vanidades de la propia importancia. He sido ciego e insensato".

Pero si realmente percibís que todo aquello por lo que habéis trabajado es insensato y vano, y que ello sólo lleva a más desdicha, entonces ya existe el principio de la claridad. Cuando vuestra intención es ir hacia el Norte y descubrís que en realidad habéis estado avanzando hacia el Sur, ese descubrimiento mismo es una vuelta hacia el Norte, ¿no es así?

"No es tan sencillo como eso. Veo ahora que le sendero que he estado siguiendo sólo conduce a la desdicha y a la destrucción del hombre, pero no sé qué otro sendero tomar".

No hay ningún sendero hacia aquello que está más allá de todos los senderos hechos y transitados por los hombres. Para encontrar esa realidad sin sendero, tenéis que ver la verdad en lo falso, o lo falso como falso. Si percibís que el sendero que habéis recorrido es falso —no en comparación con alguna otra cosa, ni por el juicio del desengaño, ni por la valoración de la moralidad social, sino falso en sí mismo— entonces esa percepción misma de lo falso es la conciencia de lo verdadero. No tenéis que seguir lo verdadero: la verdad os libera de lo falso.

"Sin embargo, siento el impulso de quitarme la vida y acabar de una vez con todo".

El deseo de acabar con todo es resultado de la amargura, de la honda frustración. Si el sendero que seguíais, aunque era completamente falso en sí mismo, os hubiera llevado a eso que habíais considerado como la meta; si en una palabra, hubierais tenido éxito, no habría habido sentimiento de frustración, ni amargo desengasto. Hasta que no habéis encontrado esta frustración final nunca habéis puesto en tela de juicio lo que estabais haciendo, nunca habéis inquirido para descubrir si era verdadero o falso en sí mismo. Si lo hubierais hecho, las cosas podrían haber sido muy diferentes. Fuisteis arrastrado por la corriente de la autorrealización; y ahora ello os ha dejado aislado, frustrado, desengañado.

"Creo ver lo que queréis decir. Decís que cualquier forma de autorrealización: en el Estado, en las buenas obras, en algún sueño utópico, tiene que llevar inevitablemente a la frustración, a este estado estéril de la mente. Ahora me doy cuenta de eso con mucha claridad".

El rico florecimiento de la bondad en la mente, —que es muy distinto de ser "bueno" con el fin de lograr algo o de llegar a ser algo— es en sí mismo acción recta. El amor es su propia acción, su propia eternidad.

"Aunque es tarde" —dijo el cuarto—, "¿puedo hacer una pregunta? ¿Nos ayudará a encontrar a Dios, la creencia en Él?

Para hallar la verdad, o Dios, no tiene que haber creencia ni incredulidad. El creyente es como el incrédulo; ni uno ni otro hallará la verdad, porque su pensamiento está formado por su educación, su ambiente su cultura, y por sus propias esperanzas y temores, gozos y penas. Una mente que no esté libre de todas estas condicionantes influencias, nunca puede hallar la verdad, haga lo que hiciere.

"¿Entonces no es importante hallar a Dios?"

¿Cómo puede descubrir aquello que está más allá de sí misma una mente que sea temerosa, envidiosa, adquisitiva? Sólo encontrará sus propias proyecciones, las imágenes, creencias y conclusiones en que está atrapada. Para descubrir lo que es verdadero o lo que es falso, la mente tiene que estar libre. Tiene muy poco

sentido el buscar a Dios sin comprenderse a sí mismo. La búsqueda que tiene un motivo no es búsqueda en absoluto.

“¿Puede jamás haber búsqueda sin motivo?”

Cuando existe un motivo para buscar, el fin de la búsqueda es ya conocido. Como sois desgraciado, buscáis felicidad; por lo tanto, habéis dejado de buscar, porque pensáis que ya sabéis qué es la felicidad.

“¿Entonces buscar es una ilusión?”

Una entre muchas. Cuando la mente no tiene un motivo, cuando es libre y no la impulsa ningún afán, cuando está en completa calma, entonces la verdad existe. No tenéis que buscarla. No podéis perseguirla ni invitarla. Tiene que llegar.

EL BARULLO DE LOS NIÑOS Y LA MENTE SILENCIOSA

Habían estado llegando las nubes por el amplio espacio entre las montañas durante todo el día; acumulándose contra las colinas occidentales, se mantuvieron oscuras y amenazadoras sobre el valle, y probablemente llovería hacia la noche. La roja tierra estaba seca, pero los árboles y los arbustos silvestres estaban verdes, porque había llovido unas semanas antes. Por el valle vagaban muchos arroyitos, pero nunca llegarían al mar, porque la gente utilizaba el agua para regar sus arrozales. Algunos de estos campos estaban cultivados y bajo el agua, listos para la siembra, pero la mayoría ya verdeaban con el arroz en brote. Aquel verde era increíble; no era el verde de las bien regadas laderas de la montaña, ni el de los prados cuidados, ni el verde de primavera, ni el de los tiernos brotes entre las hojas más viejas de un naranjo. Era un verde completamente distinto, era el verde del Nilo, el de la aceituna, el del cardenillo, una mezcla de todos estos y más. Había en él un toque de lo artificial, de lo químico; y, por la mañana, cuando el sol acababa de alzarse sobre las colinas por oriente, aquel verde tenía el esplendor y la riqueza de las partes más antiguas de la tierra. Costaba trabajo creer que tal verde pudiera existir en aquel valle, conocido de tan poca gente, y donde sólo vivían los lugareños. Para ellos era un espectáculo diario; una cosa por la que habían trabajado mucho, con el agua hasta las rodillas; y ahora, después de larga preparación y cuidado, allí estaban aquellos campos de un verde increíble. La lluvia ayudaría, y las oscuras nubes contenían una promesa.

Por todas partes estaba la oscuridad del anochecer y de las nubes suspendidas a baja altura; pero un rayo aislado del sol poniente tocó el liso costado de una gran peña, en las colinas hacia oriente, y la hacía resaltar en la creciente oscuridad. Pasó un grupo de campesinos hablando fuerte y arreando su ganado. Una cabra se había desviado y un chico daba voces para hacerla volver, pero ella no hacía caso, de modo que él corrió irritado, tirando piedras, hasta que al fin volvió al rebaño. Ya había oscurecido del todo, pero aún se podía ver el borde del sendero y una flor blanca en un arbusto. Desde algún sitio cercano llamaba un búho, y otro le respondía desde el otro lado del valle. El profundo tono de estas llamadas vibraba dentro de uno y le hacía pararse a escuchar. Cayeron unas gotas de lluvia. Poco después empezó en serio, y se sentía el agradable olor de la lluvia sobre la tierra seca.

Era una sala limpia, agradable, con una alfombra roja en el piso. No había flores en el aposento, pero no hacían falta. Fuera estaba la tierra verde. Por el cielo azul pasaba una nube solitaria, y un pájaro llamaba.

Había tres personas, una mujer y dos hombres. Uno de estos venía de lejos, de las altas montañas, donde pasaba la vida en soledad y contemplación. Los otros dos eran maestros de una escuela en una de las poblaciones cercanas; habían llegado en autobús, ya que estaban demasiado lejos para hacerlo en bicicleta. El vehículo venía muy lleno y el camino era malo; pero valía la pena, decían, porque tenían varias cosas de que hablar. Ambos eran muy jóvenes, y dijeron que pronto se iban a casar. Explicaron que se les pagaba una cantidad de una pequeñez absurda y decían que iba a ser difícil atender a los gastos, ya que los precios estaban subiendo; mas parecían alegres y felices, y entusiasmados con su trabajo. El hombre de las montañas escuchaba en silencio.

“Entre otros muchos problemas —empezó diciendo la maestra— está el del ruido. Con frecuencia hay tanto ruido en una escuela de niños, que a veces resulta casi inaguantable; apenas puede uno oír su propia voz. Claro que se les puede castigar, forzarlos a estarse quietos; mas a ellos les parece muy natural gritar y desahogarse”.

“Pero tenemos que prohibir el ruido en algunos sitios, tales como la clase y el comedor, pues si no, la vida sería imposible”, replicó el maestro.

“No podéis permitir que se grite y charle durante todo el día; tiene que haber períodos en que cese todo nido. Hay que enseñar a los niños que en el mundo hay otros, además de ellos. La consideración por los demás es tan importante como la aritmética. Reconozco que no es bueno forzarlos simplemente a estar

callados mediante la amenaza del castigo; pero, por otra parte, razonar con ellos sobre las cosas no parece hacer cesar su constante griterío".

"Hacer barullo forma parte de la vida a esa edad" —dijo entonces su compañera— "y no es natural que estén en silencio de esa manera estúpida. Mas el estar quietos forma parte también de la existencia, y, aunque no parece gustarles nada, de alguna manera tenemos que ayudarles a estar quietos cuando hace falta quietud. En el silencio se oye y se ve más; por eso es importante que ellos conozcan el silencio".

"Convengo en que deben estar en silencio en ciertos momentos" —dijo el otro maestro—, "pero, ¿cómo vamos a enseñarles a estar callados? Sería absurdo ver filas de niños forzados a estar sentados en silencio; seria una cosa sumamente antinatural, inhumana".

Tal vez podamos abordar el problema de otra manera. ¿Cuándo os irrita un ruido? Empieza a ladrar un perro por la noche; os despierta, y podéis o no hacer algo para remediarlo. Pero el ruido sólo se vuelve fatigoso, penoso, irritante, cuando hay resistencia al ruido.

"Es más que irritante cuando dura todo el día" —reconvino el maestro—. "Ataca los nervios y llega uno a querer gritar también".

Si se me permite sugerirlo, dejemos de lado por el momento el ruido de los niños, y consideremos el ruido en si y su efecto sobre cada uno de nosotros. Si es necesario, consideraremos después a los niños y su barullo.

Ahora bien, ¿cuándo os dais cuenta de un ruido, en el sentido perturbador? Seguramente que sólo cuando lo resistís; y sólo lo resistís cuando es desagradable.

"Así es" —admitió él—, "acojo bien los sonidos agradables de la música, pero al horrible griterío de los niños lo resisto, no siempre muy afortunadamente".

Esta resistencia al ruido aumenta la perturbación que él origina. Y eso es lo que hacemos en nuestra vida diaria; conservando lo bello, rechazamos lo feo; resistiendo lo malo, cultivamos lo bueno; evitando el odio, pensamos en el amor, etc. Existe siempre en nosotros esta autocontradicción, este conflicto de los opuestos; y semejante conflicto no lleva a ninguna parte, ¿no es así?

"La autocontradicción no es un estado agradable —replicó la maestra—. Demasiado bien sé todo eso; y supongo que además es completamente inútil".

Ser sensible sólo en parte es estar paralizado. Estar abierto a la belleza y resistir la fealdad es clarecer de sensibilidad; acoger el silencio y rechazar el ruido es no ser completo. Ser sensible es darse cuenta tanto del silencio como del ruido, sin ir tras de uno ni resistir al otro; es estar sin autocontradicción, ser completo.

"Pero ¿de qué modo ayuda esto a los niños?" —preguntó el maestro.

¿Cuándo están en silencio los niños?

"Cuando están interesados, absortos en algo. Entonces hay paz perfecta"

"No es sólo entonces cuando están callados", —añadió vivamente su compañera—. "Cuando uno mismo está realmente en calma íntima, los niños captan de algún modo ese estado de ánimo, y ellos también se calman; le miran a uno un poco asombrados preguntándose qué ha pasado. ¿No lo habéis notado?"

"Claro que sí", —respondió él—.

Esa puede ser, pues, la respuesta. Pero muy raramente estamos en silencio; aunque no hablemos, la mente sigue parloteando, continúa en una silenciosa conversación, discutiendo consigo misma, imaginando, recordando el pasado o especulando sobre el futuro. Es inquieta, ruidosa, siempre en pugna con algo ¿no es así?

"Nunca había pensado en esto —dijo el maestro—. En este intimo sentido, la mente de uno es desde luego tan ruidosa como los nulos mismos".

Somos ruidosos también en otros sentidos, ¿verdad?

"¿Lo somos? —preguntó su compañera—, ¿cuándo?"

Cuando estamos agitados emotivamente: en una reunión política, en una reunión festiva, cuando estamos irritados, cuando se nos contraría, etcétera".

"Sí, sí, es así", —asintió ella—. "Cuando estoy realmente excitada en los juegos, etc., encuentro a veces que yo misma grito, interiormente, si no de viva voz. ¡Dios mío! No hay mucha diferencia entre nosotros y los niños, ¿verdad? Y su ruido probablemente es mucho más inocente que el que hacemos los mayores".

¿Sabemos lo que es el silencio?

"Estoy silencioso cuando me hallo absorto en mi trabajo" —replicó el maestro—. "No me doy cuenta de nada de lo que pasa en torno mío".

Así está también el niño cuando está absorto en un juguete; pero ¿es eso silencio?

“No” —intervino el solitario montañés. “Sólo hay silencio cuando uno tiene completo control de la mente, cuando el pensamiento está dominado y no hay distracción. El ruido, que es la charla de la mente, tiene que suprimirse para que ella esté en calma y silencio”.

¿Es silencio lo opuesto del ruido? La represión del parloteo de la mente indica control, en el sentido de resistencia, ¿verdad? Y ¿es el silencio resultado de la resistencia, del control? Y si lo es, ¿es eso silencio?

“No comprendo bien lo que queréis decir, señor. ¿Cómo puede haber silencio si no se detiene el parloteo de la mente, si no se controlan sus divagaciones? La mente es como un potro salvaje que hay que domar”.

Como dijo antes uno de estos maestros, no es bueno forzar a un niño a estar quieto. Si lo hacéis, puede estarse quieto unos minutos, pero pronto empezará de nuevo a hacer ruido. ¿Y está realmente en calma un niño cuando lo forzáis a ello? Exteriormente puede estar tranquilamente sentado, por miedo o por esperanza de premio, pero en lo interior estará Sirviendo, esperando una oportunidad para reanudar su ruidosa charla. Es así ¿verdad?

“Pero la mente es distinta. Hay la parte superior de la mente, que debe dominar y guiar a la inferior”.

El maestro puede también considerarse a sí mismo como una entidad superior que ha de guiar o moldear la mente del niño. La semejanza es bastante obvia ¿no?

“Desde luego que sí” —dijo la maestra—. “Pero aún no sabemos qué hacer ante el niño ruidoso”.

No consideremos lo que hay que hacer hasta que no hayamos comprendido bien el problema. Este señor ha dicho que la mente es distinta de un niño. Pero, si los observáis a ambos, veréis que no son tan diferentes. Hay gran semejanza entre el niño y la mente. La represión de aquel o de ésta sólo tiende a aumentar el impulso a hacer ruido, a parlotear; hay un incremento interno de tensión que tiene que descargarse, y que efectivamente se descarga de diversas maneras. Es como una caldera que está acumulando vapor: ha de tener una salida, pues, si no, estallará.

“No quiero discutir”, —siguió diciendo el hombre de las montañas—. “Pero ¿cómo va la mente a detener su ruidoso parloteo, si no es por medio del control?”

La mente puede ser aquietada, y tener trascendentales experiencias mediante años de control, de represión, de practicar un sistema de yoga; o bien, tomando una moderna droga, pueden a veces lograrse los mismos resultados de la noche a la mañana. Sea el que fuere el modo de conseguirlos, los resultados dependen de un método, y un método —tal vez también la droga— es el camino de la resistencia, de la represión, ¿verdad? Pero ¿es el silencio la represión del ruido?

“Lo es”, —afirmó el hombre solitario—.

¿El amor, entonces, es la represión del odio?

“Eso es lo que creemos de ordinario”, —interpuso la maestra— “pero, cuando mira uno el hecho real, ve lo absurdo de esa manera de pensar. Si el silencio no es más que la supresión del ruido, entonces sigue relacionado con este último, y ese ‘silencio’ es ruidoso, no es silencioso en absoluto”.

“No comprendo bien esto”, —dijo el hombre de las montañas—. “Todos sabemos lo que es el ruido, y si lo eliminamos, sabremos lo que es el silencio”.

Señor, en vez de hablar teóricamente, hagamos un experimento ahora mismo. Vayamos despacio y tanteando, paso a paso, y veamos si podemos experimentar directamente y comprender el funcionamiento efectivo de la mente.

“Eso sería grandemente beneficioso”.

Si os hago una pregunta sencilla, como “¿Dónde vivís?”, vuestra respuesta es inmediata, ¿no?

“Por supuesto”.

¿Por qué?

“Porque sé la respuesta, estoy muy familiarizado con ella”.

Así, el proceso mental sólo invierte un segundo, termina como un relámpago; pero una pregunta más compleja requiere un tiempo más largo para responder; hay cierta vacilación. ¿Es silencio esta vacilación?

“No lo sé”.

Existe un intervalo entre una pregunta compleja y vuestra respuesta, porque vuestra mente está buscando en los archivos de la memoria la contestación. Ese intervalo no es silencio ¿verdad? En ese intervalo prosigue una indagación, un tanteo, una busca. Es una actividad, un movimiento hacia el pasado; pero no es silencio.

Comprendo cualquier movimiento de la mente, ya sea hacia el pasado o hacia el futuro, es obvio que no es silencio”.

Ahora, avancemos algo más. ¿Cuál es vuestra respuesta a una pregunta a la cual no han podido responder los archivos de la memoria?

“Lo único que puedo decir es que no sé”.

Y ¿cuál es entonces el estado de vuestra mente?

“Es un estado de anhelosa suspensión”, —indicó la maestra—.

En esa suspensión estáis esperando una respuesta, ¿no es así? Hay, pues, todavía un movimiento, una expectación, en el lapso entre dos expresiones, entre la pregunta y la respuesta final. Esta expectación no es silencio, ¿verdad?

“Empiezo a ver lo que queréis decir”, —replicó el solitario—. “Percibo que ni esta espera de respuesta ni el escrutar en las cosas pasadas es silencio. Y entonces, ¿qué es el silencio?”

Si todo movimiento de la mente es ruido, ¿es entonces el silencio lo opuesto de este ruido? ¿Es el amor lo opuesto del odio? ¿O es el silencio un estado sin relación alguna con el ruido, con la charla, con el odio?

“No lo sé”.

Os ruego consideréis lo que estáis diciendo. Cuando decís que no sabéis, ¿cuál es el estado de vuestra mente?

“Temo que esté de nuevo aguardando una respuesta, esperando que me digáis lo que es el silencio”.

En otras palabras, esperáis una descripción verbal del silencio; y toda descripción del silencio tiene que estar relacionada con el ruido; es, pues, parte del ruido ¿verdad?

“Realmente, no comprendo esto, señor”.

Una pregunta pone en marcha la máquina de la memoria, que es un proceso de pensar. Si la pregunta es muy familiar, la máquina responde instantáneamente. Si la pregunta es más compleja, la máquina tarda más tiempo en responder; tiene que tantear entre los archivos de la memoria para encontrar la contestación. Y cuando se hace una pregunta cuya respuesta no está en el archivo, la máquina dice: “No sé”. Por cierto, todo este proceso es el mecanismo del ruido. Por muy silenciosa que esté al parecer, la mente está funcionando todo el tiempo. ¿No es así?

“Sí”, replicó él vivamente.

Ahora bien, ¿consiste el silencio meramente en la detención de ese mecanismo? ¿O es una cosa totalmente aparte de este último, tanto si está parado como si está en marcha?

“¿Decís, señor, que el amor está por completo aparte del odio, tanto si hay odio como en caso contrario?” —preguntó la maestra—.

¿No es así? Nunca puede entretejerse el amor en la tela del odio; si se entreteje, no es amor. Puede tener toda la apariencia del amor, pero no lo es; es algo enteramente distinto. Es realmente importante comprender esto.

Un hombre ambicioso nunca puede conocer la paz; la ambición ha de cesar del todo, y sólo entonces habrá paz. Cuando un político habla de paz, ello es mera charla falsa, porque ser político es ser fundamentalmente ambicioso, violento.

La comprensión de lo que es verdadero y lo que es falso es su propia acción, y semejante acción será eficiente, efectiva, “práctica”. Pero la mayoría de nosotros estamos tan atrapados en la acción, en el hacer u organizar algo, o realizando algún plan, que parece complejo e innecesario interesarse en lo que es verdadero y lo que es falso. Por eso, toda nuestra acción conduce inevitablemente al daño y a la desdicha.

La mera ausencia del odio no es amor. Domar el odio, forzarlo a estarse quieto, no es amar. El silencio no es el resultado del ruido, no es una reacción cuya causa sea el ruido. El “silencio” que surge del ruido tiene sus raíces en el ruido. El silencio es un estado totalmente fuera de la maquinaria de la mente; la mente no puede concebirlo, y sus intentos de alcanzar el silencio siguen siendo parte del ruido. El silencio no está relacionado en forma alguna con el ruido. El ruido tiene que cesar por completo para que el silencio exista.

Cuando hay silencio en el maestro, ello ayudará a los niños a estar callados.

DONDE HAY ATENCIÓN, ESTÁ LA REALIDAD

Las nubes estaban contra las colinas, ocultándolas a ellas y a las montañas que estaban más allá. Había estado lloviendo todo el día una menuda llovizna que no arrastraba la tierra, y en el aire flotaba el agradable aroma de jazmines y rosas. El grano estaba madurando en los sembrados; entre las peñas, donde se alimentaban las cabras, había arbustos, con algún viejo árbol nudoso, acá y allá. En lo alto de una ladera había una fuente que siempre manaba, verano e invierno, y el agua hacía un agradable ruido al correr ladera abajo, pasaba por un bosquecillo y desaparecía entre los abiertos campos al otro lado del pueblo. Los aldeanos estaban construyendo un puentecito de piedra labrada sobre el arroyo, bajo la supervisión de un ingeniero local. Era un viejo amable y ellos trabajaban, despacio, cuando él andaba por allí; pero cuando estaba ausente sólo continuaban unos pocos; los demás, dejando en el suelo sus herramientas y sus cestas, se sentaban por allí y charlaban.

Por el sendero que iba junto al arroyo llegó un lugareño con una docena de mulas. Regresaban con los sacos vacíos de la ciudad cercana. Estas mulas tenían finas y graciosas patas y trotaban con bastante rapidez, deteniéndose de vez en cuando para mordisquear la verde hierba a uno y otro lado del sendero. Regresaban a casa y no tenían que ser arreadas. Todo a lo largo del sendero había pequeñas parcelas cultivadas, y una suave brisa agitaba los tiernos trigales. En una casita cantaba una mujer de clara voz; hacía brotar lágrimas, no por algún recuerdo nostálgico, sino por la pura belleza del sonido. Estabais sentado bajo un árbol, y la tierra y los cielos penetraban vuestro ser. Más allá del cántico y de la tierra roja estaba el silencio, el silencio total, en el que toda la vida está en movimiento. Había ahora luciérnagas entre árboles y arbustos, y brillaban claras en la creciente oscuridad; era sorprendente la luz que daban. Sobre una oscura roca, el suave destello de una única luciérnaga contenía la luz del mundo.

Joven y muy serio, tenía ojos claros, penetrantes. Aunque estaba en la treintena, aún no se había casado; pero el sexo y el matrimonio no eran problema serio, expresó. Era hombre bien formado y sus gestos y su andar eran vigorosos. No era muy dado a la lectura, pero había leído cierto número de libros serios y había pensado las cosas. Empleado en alguna oficina del gobierno, decía que su sueldo era bastante bueno. Le gustaban los juegos al aire libre, especialmente el tenis, en el que evidentemente se había distinguido. No le interesaban los cines y sólo tenía unos cuantos amigos. Explicó que tenía costumbre de meditar mañana y noche durante cerca de una hora, y, después de oír la plática anterior, había decidido venir para discutir el sentido y significado de la meditación. Cuando muchacho, iba muchas veces con su padre a un cuartito a meditar; sólo podía forzarse a estar allí unos diez minutos, y a su padre parecía no importarle esto. En la pared de aquel cuarto sólo había un cuadro, y ningún miembro de la familia entraba allí más que con el fin de meditar. Aunque su padre no lo había animado ni desanimado, y jamás le había dicho cómo hay que meditar, o qué sentido tenía todo eso, en cierto modo desde muchacho siempre le había gustado meditar. Mientras estaba en el colegio le había sido difícil hacerlo a horas fijas; pero después, una vez que logró un empleo, había meditado durante una hora cada mañana y cada noche, y ahora no querría perder esas dos horas de meditación por nada del mundo.

“He venido, señor, no a discutir ni a defender nada, sino a aprender. Aunque he leído sobre las diversas clases de meditación para los distintos temperamentos, y he desarrollado un modo de dominar mis pensamientos, no soy tan tonto como para imaginar que lo que estoy haciendo es realmente meditación. Sin embargo, si no me equivoco, la mayor parte de las autoridades en meditación aconsejan el dominio del pensamiento; eso parece ser su esencia. He practicado también un poco de yoga, como medio de aquietar la mente: ejercicios respiratorios especiales, repetir ciertas palabras y cánticos, etc. Todo esto es simplemente a título de presentación mía, y puede que no sea importante. El caso es que estoy realmente interesado en practicar la meditación, ha llegado a ser vital para mi y quiero saber más sobre ella”.

La meditación tiene significado sólo cuando se comprende el meditador. Al practicar lo que llamáis meditación, el meditador está aparte de la meditación ¿no es así? ¿Por qué existe esta diferencia, esta brecha entre ellos? ¿Es inevitable, o hay que tender un puente sobre la brecha? Sin comprender realmente la verdad o falsedad de esta aparente división, los resultados de la llamada meditación son semejantes a los que pueden producirse por medio de cualquier tranquilizante que se tome para calmar la mente. Si nuestro propósito es sojuzgar el pensamiento, entonces servirá cualquier sistema o droga que produzca el efecto deseado.

“Pero elimináis de golpe todos los ejercicios de yoga, los sistemas tradicionales de meditación que han practicado y recomendado a lo largo de los siglos los muchos santos y ascetas. ¿Cómo pueden todos estar equivocados?”

¿Y por qué no han de estar equivocados? ¿Por qué esta credulidad? ¿No ayuda un moderado escepticismo para comprender todo este problema de la meditación? Aceptáis porque anheláis resultados, éxito; queréis “llegar”. Para comprender lo que es la meditación, tiene que haber duda, indagación; y la mera aceptación destruye la indagación. Tenéis que ver vos mismo lo falso como falso, la verdad en lo falso, y la verdad como verdad; porque nadie puede instruiros sobre ella. La meditación es el camino de la vida, forma parte de la existencia diaria, y la plenitud y belleza de la vida sólo pueden comprenderse a través de la meditación. Sin comprender toda la complejidad de la vida y las reacciones cotidianas de momento a momento, la meditación llega a ser un proceso de autohipnosis. La meditación del corazón es la comprensión de los problemas diarios; no podéis llegar muy lejos si no empezáis muy cerca.

“Eso lo puedo entender. No puede uno escalar la montaña sin pasar antes por el valle. En mi vida diaria he tratado de quitar los obstáculos evidentes, como la codicia, la envidia, etc., y aun con mi propia sorpresa, he conseguido dejar de lado las cosas del mundo. Veo y aprecio bien que hay que poner una buena base, pues de lo contrario ningún edificio puede sostenerse. Pero la meditación no es simple cuestión de domar los ardientes deseos y pasiones. Las pasiones tienen que ser subyugadas, dominadas; pero ciertamente, señor, la

meditación es algo más que esto, ¿no? No cito ninguna autoridad, pero creo que la meditación es algo mucho más grande que el mero colocar los buenos cimientos.

Puede ser así; pero en el comienzo mismo está la totalidad. No es que primero tengamos que poner la correcta fundación y luego construir, o primero librarse de la envidia, y luego "llegar". En el principio mismo está la terminación. No hay distancia que cubrir, no hay escalas, no hay punto de llegada. La meditación misma es atemporal, no es un modo de llegar a un estado atemporal. Ella es, sin un principio y sin un fin. Pero éstas son meras palabras y seguirán siendo tales mientras no investiguéis y comprendáis vos mismo la verdad y falsedad del meditador.

"¿Por qué es eso tan importante?"

El meditador es el censor, el que observa, el autor del esfuerzo "correcto" y del esfuerzo "erróneo". Él es el centro, y desde allí él teje la red del pensamiento; pero el pensamiento mismo lo ha creado, el pensamiento ha producido esta brecha entre el pensador y el pensamiento. Si esta división no cesa, lo que llamáis meditación sólo refuerza el centro, el experimentador, que piensa de él mismo como si estuviera aparte de la experiencia. El experimentador siempre anhela más experiencia; cada experiencia fortalece la acumulación de las experiencias anteriores, lo que a su vez dicta, moldea la experiencia actual. Así, la mente se está siempre condicionando. La experiencia y el conocimiento no son, pues, los factores liberadores, como se supone.

"Temo no comprender todo esto" —dijo, un poco perplejo—.

La mente es libre sólo cuando no está ya condicionada por sus propias experiencias, por el conocimiento, la vanidad, la envidia; y la meditación es la liberación de la mente de todas estas cosas, de todas las actividades e influencias egocéntricas.

"Comprendo que la mente debe estar libre de todas las actividades egocéntricas, pero no veo bien lo que entendéis por influencias".

Vuestra mente es resultado de influencias, ¿verdad? Desde la niñez vuestra mente es influida por el alimento que tomáis, por el clima en que vivís, por vuestros padres, por los libros que leéis, el ambiente cultural en que se os educa, etc. Se os enseña lo que hay que creer y lo que no hay que creer; vuestra mente es resultado del tiempo, que es memoria, conocimiento. Todo experimentar es un proceso de interpretar en términos del pasado, de lo conocido, y así no hay liberación de lo conocido; sólo hay una continuidad modificada de lo que ha existido. La mente es libre sólo cuando ha terminado esta continuidad.

"Pero, ¿cómo sabe uno que la propia mente está libre?"

Este deseo mismo de tener certeza, de estar seguro, es el principio del cautiverio. Es sólo cuando la mente no está atrapada en la red de la certidumbre, y no busca certeza, que se halla en un estado de descubrimiento.

"La mente quiere en efecto estar segura acerca de todas las cosas, y ahora veo cómo puede este deseo ser un obstáculo".

Lo importante es morir para todo lo que uno ha acumulado, porque esta acumulación es el "yo", el ego, el "mí". Si no termina esta acumulación, existe la continuidad del deseo de estar seguro, como existe la continuación del pasado.

"Empiezo a ver que la meditación no es sencilla; es relativamente fácil dominar el pensamiento; y adorar una imagen o repetir ciertas palabras y cánticos es sólo adormecer la mente; pero la meditación verdadera parece ser mucho más compleja y ardua de lo que yo hubiera jamás imaginado".

No es realmente compleja, aunque puede ser ardua. Como vais, no empezamos por lo efectivo, por el hecho, por lo que estamos pensando, haciendo, deseando; partimos de suposiciones, o de ideales, que no son cosas reales, y así nos extraviamos. Para partir de los hechos y no de suposiciones, necesitamos viva atención; y toda forma de pensar que no se origine en los hechos es una distracción. Por eso es tan importante comprender lo que de hecho ocurre, tanto dentro como alrededor de uno.

"¿No son hechos las visiones?"

¿Lo son? Vamos a descubrirlo. Si sois cristianos, vuestras visiones siguen cierto modelo; si sois hindú, budista o musulmán, seguirán un patrón distinto; veis a Cristo o a Krishna, según vuestro condicionamiento; la educación, la cultura en que se os ha criado, determina vuestras visiones. ¿Cuál es la realidad: la visión o la mente que ha sido formada en cierto molde? La visión es la proyección de la particular tradición que por casualidad forma el trasfondo de la mente. Este condicionamiento, y no la visión que proyecta, es la realidad, el hecho. Es fácil comprender el hecho; pero lo dificultan nuestros gustos y aversiones, nuestra condenación del hecho, las opiniones o juicios que tenemos **sobre** el hecho. Estar libre de estas diversas formas de valoración, es comprender lo efectivo, lo que **es**.

"Decís que nunca miramos un hecho directamente, sino siempre a través de nuestros prejuicios y recuerdos, a través de nuestras tradiciones y nuestras experiencias basadas en esas tradiciones. Para usar

vuestras palabras, nunca nos damos cuenta de nosotros mismos como realmente somos. De nuevo, veo que tenéis razón, señor. El hecho es lo único que importa".

Veamos todo el problema de manera distinta. ¿Qué es la atención? ¿Cuándo estáis atento? ¿Prestáis alguna vez realmente atención a alguna cosa?

"Presto atención cuando estoy interesado en algo".

¿Es atención el interés? Cuando estáis interesado en algo, ¿que le pasa en realidad a la mente? Es evidente que estáis interesado en ver pasar ese ganado; ¿qué es este interés?

"Soy atraído por su movimiento, su color, su forma, sobre el fondo verde".

¿Hay atención en este interés?

"Creo que la hay".

Un niño está absorto en un juguete; ¿llamaríais a eso atención?

"¿No lo es?"

El juguete absorbe el interés del niño, ocupa su mente y él está quieto, ya no está agitado; pero quitadle el juguete, y de nuevo se inquieta, llora, etc. Los juguetes se vuelven importantes porque lo mantienen quieto. Lo mismo pasa con las personas mayores. Quitadles sus juguetes: la actividad, la creencia, la ambición, el deseo de poder, el culto de los dioses o del estado, la lucha por una causa, y ellos también estarán inquietos, perdidos, confusos; así, los juguetes de los mayores también llegan a ser importantes. ¿Hay atención cuando el juguete absorbe la mente? El juguete es una distracción, ¿verdad? El juguete se vuelve importantísimo, y no la mente que está ocupada con él. Para comprender lo que es la atención, debemos fijarnos en la mente y no en sus juguetes.

"Nuestros juguetes, como los llamáis, retienen el interés de la mente".

El juguete que mantiene el interés de la mente puede ser el Maestro, un cuadro, o cualquier otra imagen hecha por la mano o por la mente; y esta absorción del interés de la mente por un juguete se llama concentración. ¿Es atención esa concentración? Cuando estáis concentrado de esta manera y la mente está absorta en un juguete ¿hay atención? ¿No es esa concentración un estrechamiento de la mente? Y ¿es esto atención?

"Como he practicado la concentración, sé que es una lucha mantener la mente fija sobre un determinado punto con exclusión de todo otro pensamiento, de todas las distracciones".

¿Hay atención cuando hay resistencia contra las distracciones? Seguramente, las distracciones surgen sólo cuando la mente ha perdido interés por el juguete; y entonces hay un conflicto, ¿no es así?

"Ciertamente, hay un conflicto para vencer las distracciones".

¿Podéis prestar atención cuando se está produciendo un conflicto en la mente?

"Empiezo a ver qué es lo que queréis decir, señor. Os ruego sigáis".

Cuando el juguete absorbe a la mente, no hay atención; ni la hay cuando la mente se esfuerza por concentrarse, excluyendo las distracciones. ¿Hay atención mientras ella tenga un objeto?

"¿No estáis diciendo la misma cosa, aunque utilizando la palabra 'objeto en vez de juguete'?"

El objeto, o juguete, puede ser externo, pero hay también juguetes internos, ¿verdad?

"Sí, señor; habéis enumerado algunos de ellos. Me doy cuenta de esto".

El motivo es un juguete más complejo. ¿Hay atención cuando hay un motivo para estar atento?

"¿Qué entendéis por motivo?"

Una compulsión para la acción; un afán de autoperfeccionamiento, basado en el temor, la codicia, la ambición; una causa que os mueve a buscar; el sufrimiento que os hace querer escapar, etc. ¿Hay atención cuando está operando algún motivo oculto?

"Cuando me veo forzado a estar atento por el dolor o el placer, por el miedo o por la esperanza de recompensa, entonces no hay atención. Sí: veo lo que queréis decir. Esto es muy claro, señor, y os comprendo".

No hay, pues, atención cuando afrontamos cualquier cosa de esta manera. Y la palabra, el nombre, ¿no interfiere la atención? Por ejemplo, ¿miramos alguna vez a la luna sin verbalización, o es que siempre la palabra "luna" interfiere lo que miramos? ¿Escuchamos jamás algo con atención, o es que nuestros pensamientos, nuestras interpretaciones, etc., interfieren lo que escucharnos? ¿Prestamos jamás atención a nada? Por cierto, la atención no tiene motivo, no tiene objeto, juguete, lucha, verbalización. Esta es la verdadera atención, ¿no es así? Donde hay atención, la realidad está.

"¡Pero es imposible prestar tal atención a nada!" —exclamó—. "Si pudiéramos hacerlo, no habría problemas".

Toda otra forma de atención sólo aumenta los problemas, ¿no es así?

"Veo que así es, pero ¿qué vamos a hacer

Cuando veis que cualquier concentración en juguetes, cualquier acción basada en un motivo, sea el que fuere, sólo crea nuevo daño y miseria, entonces, en este ver lo falso existe la percepción de lo verdadero; y la verdad tiene su propia acción. Todo esto es meditación.

"Si puedo decirlo así, señor, he escuchado bien, y he comprendido realmente muchas de las cosas que habéis explicado. Lo que se ha comprendido tendrá su propio efecto, sin que yo interfiera en ello. Espero que podré volver otra vez".

EL EGOCENTRISMO DETERIORA LA MENTE

Serpenteando de un lado a otro del valle, el sendero cruzaba sobre el puentecito donde el agua, de rápida corriente, aparecía enturbiada por las recientes lluvias. Volviendo hacia el norte, conducía por unas suaves laderas hasta un pueblo apartado. Aquella aldea y sus habitantes eran muy pobres. Los perros, sarnosos, ladraban desde lejos, sin atreverse nunca a acercarse, con el rabo entre piernas y las cabezas altas, listos para echar a correr. Había muchas cabras dispersas por la ladera, balando y mordiendo los arbustos silvestres. Era una hermosa región, verde, con azules colinas. El granito desnudo que sobresalía en las cumbres había sido lavado por las lluvias de incontables siglos. No eran altas aquellas colinas, pero sí muy viejas, y contra el cielo azul tenían una belleza fantástica, ese extraño atractivo del tiempo inmensurable. Eran como los templos que los hombres construyen a semejanza de aquellas, en su anhelo por alcanzar el cielo. Pero aquella tarde, con el sol poniente sobre las colinas, parecían muy cercanas. Lejos, hacia el sur, se estaba formando una tormenta, y los relámpagos entre las nubes daban una extraña impresión de la tierra. La tormenta estallaría durante la noche pero las colinas se mantenían a través de las tormentas de incontables edades, y siempre estarían allí, más allá de todos los afanes y las penas del hombre.

Volvían a sus casas los lugareños, cansados tras una jornada de trabajo en los campos. Pronto se iba a ver el humo que subía de sus chozas al preparar la cena, que no sería gran cosa; y los chicos, en espera de la cena, sonreían al pasar. Eran de ojos grandes, y tímidos ante los desconocidos, pero amigables. Dos niñas sostenían sobre las caderas pequeños bebés, mientras las madres estaban guisando; los bebés se iban deslizando hacia abajo y bruscamente se les ponía de nuevo sobra las caderas. Aunque ni tenían más que diez o doce años, estas niñas ya estaban acostumbradas a sostener los bebés; y las dos sonreían. Entre los árboles soplaba la brisa vespertina, y se iba recogiendo el ganado para la noche.

En aquel sendero no había ahora ninguna otra persona, ni siquiera un aldeano solitario. Súbitamente, la tierra pareció vacía, en extraña calma. La luna nueva acababa de alzarse sobre las oscuras colinas. Había cesado la brisa, no se movía una hoja; todo estaba quieto, y la mente estaba completamente sola. No solitaria, aislada, encerrada en su propio pensamiento, sino sola, intacta, no contaminada. No estaba apartada y distante, separada de las cosas de la tierra. Estaba sola, y sin embargo con todo; como estaba sola, todo estaba en ella. Lo que está separado se conoce a sí mismo como separado; pero esta unitotalidad no conoce separación ni división. Los árboles, el arroyo, el aldeano que llamaba a lo lejos, todos estaban contenidos dentro de esta unitotalidad. No era una identificación con el hombre, con la tierra, porque toda identificación se había desvanecido por completo. En esta unitotalidad, el sentimiento del paso del tiempo había cesado.

Eran tres: el padre, su hijo y un amigo. El padre debía tener casi sesenta años; el hijo estaba en los treinta, y el amigo era de edad indefinida. Los dos de más edad eran calvos, pero el hijo aun tenía mucho pelo. Su cabeza era bien formada, con nariz más bien pequeña y ojos muy separados. Los labios se agitaban, aunque él estaba sentado bastante quieto. El padre se sentó entre el hijo y el amigo, diciendo que participaría en la conversación, si era necesario, pero que, si no, se limitaría a observar y escuchar. Llegó un gorrión a la ventana abierta y volvió a salir, asustado al ver tanta gente en la habitación; conocía este cuarto, y a menudo se posaba en el antepecho de la ventana, piando suavemente, sin miedo.

"Aunque mi padre no participe en la conversación —empezó diciendo el hijo— quiere estar en ella, porque el problema nos concierne a todos nosotros. Mi madre habría venido si no se hubiera sentido tan indispuesta, y espera el informe que le demos. Hemos leído algunas de las cosas que habéis dicho, y mi padre particularmente, ha seguido vuestras pláticas desde tiempo atrás; pero hasta el año pasado o cosa así no me había interesado yo realmente en lo que decís. Hasta hace poco, la política ha absorbido la mayor parte de mi interés y entusiasmo; pero he empezado a ver la falta de madurez de la política. La vida religiosa es sólo para la mente madura, y no para los políticos y los abogados. He tenido bastante éxito en la abogacía, pero ya me he retirado, porque quiero emplear los restantes años de mi vida en algo de mucha importancia y valor. Hablo también en nombre de mi amigo, que ha querido acompañarnos cuando se enteró de que veníamos aquí. Como veis, señor, nuestro problema es el hecho de que todos vamos envejeciendo. Aún yo, aunque

comparativamente joven todavía, estoy llegando a ese período de la vida en que el tiempo parece volar, en que nuestros días parecen tan cortos y la muerte tan cercana. La muerte, al menos por ahora, no es problema, pero la vejez sí".

¿Qué entendéis por vejez? ¿Os referís al envejecimiento del organismo físico o al de la mente?

"El envejecimiento del cuerpo es naturalmente inevitable; se desgasta por el uso y la enfermedad. Pero ¿es forzoso que la mente envejezca y se deteriore?"

Pensar especulativamente es fútil y una pérdida de tiempo. ¿Es una suposición el deterioro de la mente, o es un hecho real?

"Es un hecho, señor. Me doy cuenta que mi mente envejece, se cansa, se está produciendo un lento deterioro".

¿No es este también un problema de los jóvenes, aunque todavía no lo noten? Aún ahora, sus mentes están colocadas en un molde; su pensamiento está ya encerrado dentro de estrechas normas. Pero ¿qué queréis significar al decir que vuestra mente está envejeciendo?

"Ya no es tan flexible, tan alerta, tan sensible como era. Su agudeza disminuye; sus reacciones ante los muchos retos de la vida parten cada vez más del depósito del pasado. Se está deteriorando, funciona cada vez más dentro de los límites de su propia condición".

Entonces ¿qué es lo que hace que la mente se deteriore? Es el afán de protegerse y la resistencia al cambio, ¿verdad? Cada uno tiene un interés creado, al que protege, cuida, consciente o inconscientemente, y no permite que nada lo perturbe.

"¿Os referís a un interés creado en la propiedad?"

No sólo en la propiedad, sino en las relaciones de toda clase. Nada puede existir en aislamiento. La vida es relación; y la mente tiene intereses creados en su relación con las personas, las ideas y las cosas. Este egocentrismo, y la negativa a producir en sí misma una revolución fundamental, es, el comienzo del deterioro de la mente. La mayoría de las mentes son conservadoras, se resisten al cambio. Aun la llamada mente revolucionaria es conservadora, porque una vez que ha obtenido su triunfo revolucionario, se resiste también al cambio; la revolución misma llega a ser su interés creado. Aun cuando la mente, ya sea la conservadora o ya la llamada revolucionaria, permita ciertas modificaciones en la superficie de su actividad, se resiste a todo cambio en el centro. Las circunstancias pueden forzarla a ceder, a adaptarse, dolorosa o fácilmente, a una norma distinta; pero el centro sigue firme, y es este centro el qué causa el deterioro de la mente.

"¿Qué entendéis por el centro?"

¿No lo sabéis? ¿Estáis buscando su descripción?

"No, señor, pero por la descripción puedo palparlo, obtener una impresión de él".

"Señor", —intercaló el padre— "podemos darnos cuenta intelectualmente de ese centro, pero en realidad la mayoría de nosotros nunca nos hemos encarado con él. Yo mismo lo he visto hábil y sutilmente descripto en varios libros, pero nunca me he enfrentado realmente con él; y cuando preguntáis si lo conocemos, yo, por mi parte, sólo puedo decir que no. Sólo conozco sus descripciones".

"Es también nuestro interés creado" —añadió el amigo—, "nuestro deseo de seguridad, hondamente arraigado, el que nos impide conocer ese centro. No conozco a mi propio hijo, aunque he vivido con él desde la infancia, y conozco aun menos aquello que está mucho más cerca que mi hijo. Para conocerlo tiene uno que mirarlo, observarlo, escucharlo, pero yo nunca hago esto. Siempre tengo prisa; y, cuando ocasionalmente lo observo, estoy en pugna con él".

Estamos hablando de la mente que envejece, que se deteriora. La mente siempre está creando las normas de su propia certeza, la seguridad de sus propios interesas; las palabras, la forma, la expresión, pueden variar con el tiempo, de una cultura a otra, pero el centro del egotismo permanece. Ese centro es el que hace que la mente se deteriore, por muy alerta y activa que pueda parecer. Este centro no es un punto fijo, sino varios puntos dentro de la mente, y así, es la mente misma. El mejoramiento de la mente, o el moverse de un centro a otro, no elimina estos centros; la disciplina, la represión o la sublimación de un centro sólo establecen otro en su lugar.

Ahora bien, ¿qué querernos significar cuando decimos que estamos viviendo?

"De ordinario" —replicó el hijo— "nos consideramos vivientes cuando hablamos, cuando reímos, cuando hay sensación, pensamiento, actividad, conflicto, gozo".

Así que lo que llamamos vivir es aceptar o "rebelarse" dentro de las normas sociales; es un movimiento dentro de la jaula de la mente. Nuestra vida es una sede interminable de dolores y placeres, miedos y frustraciones, deseos y logros; y cuando consideramos el deterioro de la mente y preguntamos si es posible ponerle fin, nuestra indagación está también dentro de la jaula mental. ¿Es esto vivir?

“Temo que no conozcamos ninguna otra vida” —dijo el padre—. “Al envejecer nosotros, los placeres disminuyen mientras los dolores parecen aumentar; y si uno es siquiera reflexivo, percibe que su mente se va deteriorando gradualmente. El cuerpo envejece de modo inevitable y decae; pero ¿cómo vamos a impedir este envejecimiento de la mentes”

Llevamos una vida irreflexiva, y hacia el fin de ella empezamos a preguntarnos por qué la mente decae, y cómo detener el proceso. Por cierto, lo que importa es cómo vivimos nuestros días, no sólo cuando somos jóvenes, sino también en la mitad de la vida y durante los años de declinación. La recta vida reclama de nosotros mucha más inteligencia que cualquier profesión para ganarnos la vida. El recto pensar es esencial para el recto vivir.

“¿Qué entendéis por recto pensar?”, —preguntó el amigo—.

Hay una gran diferencia, seguramente, entre recto pensar y recto pensamiento. El recto pensar es un constante darse cuenta; el recto pensamiento, por su parte, es, o conformidad con las normas establecidas por la sociedad, o una reacción contra la sociedad. El recto pensamiento es estático, es un proceso de reunir ciertos conceptos, llamados ideales, y de seguirlos. El recto pensamiento crea inevitablemente el punto de vista autoritario, jerárquico, y engendra respetabilidad; mientras que el recto pensar es percepción de todo el proceso de la conformidad, la imitación, la aceptación, la rebeldía. El recto pensar, a diferencia del pensamiento recto, no es una cosa que haya de lograrse; surge espontáneamente con el conocimiento de sí mismo, que es la percepción de las modalidades del yo. El recto pensar no puede aprenderse en los libros ni de otra persona; llega a la mente por la alerta percepción de sí misma en la acción de las relaciones. Pero no puede haber comprensión de esta acción mientras la mente la justifique o la condene. Así, el recto pensar elimina el conflicto y la autocontradicción, que son las causas fundamentales del deterioro de la mente.

“¿No es el conflicto una parte esencial de la vida?”, —preguntó el hijo. “Si no luchamos, simplemente vegetaremos”.

Creemos estar viviendo cuando estamos enredados en el conflicto de la ambición, cuando nos arrastra la compulsión de la envidia, cuando el deseo nos lleva a la acción; pero todo esto sólo conduce a mayor desdicha y confusión. El conflicto acrecienta la actividad egocéntrica, pero la comprensión del conflicto se produce por el recto pensar.

“Desgraciadamente, este proceso de lucha y miseria, con algunas alegrías, es la única vida que conocemos” —dijo el padre—. “Hay insinuaciones de otra clase de vida, pero son pocas y muy espaciadas. Ir más allá de esta confusión y encontrar esa otra vida es siempre el objeto de nuestra indagación”.

Buscar lo que está más allá de lo actual y efectivo es estar enredado en la ilusión. Hay que comprender la existencia cotidiana, con sus ambiciones, envidias, etc.; pero para comprenderla se requiere alerta percepción, recto pensar. No hay recto pensar cuando el pensamiento parte de una suposición, una tendencia. Arrancar de una conclusión o buscar una respuesta preconcebida, pone fin al recto pensar; de hecho, no hay entonces pensar en absoluto. Así, pues, el recto pensar es la base de la rectitud.

“A mí me parece” —dijo el hijo— “que la cuestión de la acertada ocupación es por lo menos uno de los factores de todo el problema del deterioro de la mente”.

¿Qué entendéis por acertada ocupación?

“He observado, señor, que los que se absorben totalmente en alguna actividad o profesión pronto se olvidan de sí mismos; están demasiado atareados para pensar en sí mismos, lo que es una buena cosa”.

Pero semejante absorción ¿no es un escape de uno mismo? Y escapar de sí es una desacertada ocupación; es corruptora, engendra enemistad, división, etc. La recta ocupación viene por la recta educación, y con la comprensión de uno mismo. ¿No habéis observado que, sea la que fuere la actividad o profesión, el “yo” la utiliza, consciente o inconscientemente, como medio para su propia satisfacción, para realizar su ambición o para lograr éxito en términos de poder?

“Así es, infortunadamente. Parece que nosotros utilizamos todo lo que tocamos para nuestro propio provecho”.

Este egocentrismo, este constante fomento del yo, es lo que empequeñece la mente; y aunque su actividad sea extensa, aunque se ocupe de política, ciencia, arte, investigación o lo que queráis, hay un estrechamiento del pensar, una superficialidad que produce deterioro, degeneración. Sólo cuando hay comprensión de la totalidad de la mente, de la inconsciente tanto como de la consciente, hay posibilidad de que la mente se regenere.

“La mundanalidad es la maldición de la moderna generación” —dijo el padre—. “Se deja llevar por las cosas del mundo, y no piensa en las cosas serias”.

Esta generación es como otras generaciones. Las cosas mundanas no son sólo las heladeras, las camisas de seda, los aviones, los receptores de televisión, etc.; incluyen los ideales, la búsqueda de poder, sea personal

o colectivo, y el deseo de estar seguro en este mundo o en el próximo. Todo esto corrompe la mente y provoca su degeneración. El problema del deterioro ha de comprenderse al principio, en nuestra juventud, no en el período de la decadencia física.

"¿Significa eso que no hay esperanza para nosotros?"

Nada de eso. Es más arduo detener el deterioro de la mente a nuestra edad; eso es todo. Para producir un cambio radical en nuestra manera de vivir, tiene que haber creciente percepción y una gran profundidad de sentimiento, lo que es amor. Con el amor todo es posible.

LA IMPORTANCIA DEL CAMBIO

Las grandes hormigas negras habían hecho un sendero por la hierba, a través de un trecho de arena, por encima de un montón de escombros y por una brecha de una antigua muralla. Un poco más allá de la muralla, había un agujero que era su casa. Había un extraordinario ir y venir por aquel sendero, una incesante actividad en ambas direcciones. Cada hormiga vacilaba un segundo al pasar junto a otra; se tocaban sus cabezas, y seguían adelante. Debía de haber millares de ellas. Sólo estaba desierto aquel sendero cuando el sol estaba en el cenit, y entonces toda la actividad se concentraba en torno de su nido, cerca de la pared; excavaban, sacando cada hormiga un grano de arena, un guitarro o un poco de tierra. Si daba uno un leve golpe sobre el terreno cercano, se producía una contusión general del agujero buscando el agresor; pero pronto se calmaban y reanudaban la labor. Tan pronto como el sol avanzaba en Su curso hacia el oeste y la brisa vespertina traía un fresco agradable desde las montañas, desfilaban de nuevo por su sendero, poblando el callado mundo de la hierba, la arena y el cascote. Seguían a lo largo de aquel sendero un buen trecho, cazando, y encontraban muchas cosas: la pata de un saltamontes, una rana muerta, los restos de un pájaro, un lagarto medio comido o algún grano. Todo era atacado con furia; lo que no podía ser llevado era devorado allí mismo, o lo llevaban a casa a trocitos. Sólo la lluvia detenía su constante actividad, y al caer las últimas gotas salían otra vez. Si poníais un dedo en su camino, palpaban todo alrededor de la punta y unas pocas subían por él, sólo para bajar de nuevo.

La antigua muralla tenía vida propia. Cerca del borde superior había agujeros en los que habían hecho sus nidos algunos papagayos verdes de encorvados picos rojos. Eran tímidos, y no les gustaban que se acercase uno mucho. Chillando y agarrados a los ladrillos rojos medio desprendidos, aguardaban a ver qué ibais a hacer. Si no se acercaba uno más, se introducían en los huecos, dejando fuera solamente las plumas color verde pálido de la cola; luego se introducían un poco más y las plumas desaparecían; asomaban entonces los picos rojos y las elegantes cabezas verdes. Se estaban acomodando para pasar allí la noche.

La muralla rodeaba una antigua tumba, cuya cúpula, al recoger los últimos rayos del sol poniente, resplandecía como si alguien hubiera encendido una luz desde dentro. Toda la estructura estaba bien construida y espléndidamente proporcionada, no tenía una línea discordante, y resaltaba sobre el cielo vespertino, aparentemente libre de la tierra. Todas las cosas estaban intensamente vivientes, y todas: la antigua tumba, los ladrillos medio desprendidos, los verdes papagayos, las afanosas hormigas, el silbato de un tren lejano, el silencio y las estrellas, estaban sumergidas en la totalidad de la vida. Era una bendición.

Aunque era tarde, habían querido venir, y todos entramos en el aposento. Hubo que encender linternas y, con la prisa, una se rompió, pero las dos restantes daban bastante luz para que nos viéramos unos a otros, sentados en círculo en el suelo. Uno de los que habían llegado era un empleado de alguna oficina; era pequeño y nervioso y no tenía nunca quietas las manos. Había otro que debía tener algo más de dinero, porque poseía un negocio y tenía el aire de un hambre que se estaba abriendo paso en el mundo. Corpulento y un poco gordo, era propenso a reír con facilidad, pero ahora estaba serio. El tercer visitante era un viejo que, como estaba retirado —explicó— tenía ahora más tiempo para estudiar las Escrituras y realizar **puja**, una ceremonia religiosa. El cuarto era un artista de largo pelo, que observaba fijamente todo movimiento, todo gesto que hacíamos; no iba a perderse nada. Todos estuvimos callados un rato. Por la ventana abierta se podían ver algunas estrellas, y el fuerte aroma del jazmín entraba en la sala.

"Me gustaría estar tranquilamente sentado así durante más tiempo" —dijo el comerciante—. "Es una bendición el sentir esta clase de silencio. Tiene un efecto saludable; pero no quiero desperdiciar tiempo explicando mis sentimientos inmediatos, y creo que más vale que siga con aquello sobre lo que vine a haber. He tenido una vida muy fatigosa, más que la mayoría de las personas; y, aunque no soy rico en modo alguno, estoy en posición desahogada. Siempre he tratado de llevar una vida religiosa. No he sido demasiado codicioso, he sido caritativo y no he engañado a otros innecesariamente; pero, cuando está uno en los negocios, a veces tiene que evitar el decir toda la verdad. Podría haber hecho mucho más dinero, pero me

negué ese gusto. Me divierto de maneras sencillas, pero en general hago una vida seria; habría podido ser mejor, pero en realidad no ha sido mala. Estoy casado y tengo dos hijas. Brevemente, señor ésta es mi historia personal. He leído algunos de vuestros libros y asistido a vuestros discursos, y he venido aquí para ser instruido sobre el modo de hacer una vida más hondamente religiosa. Pero tengo que dejar que hablen los demás señores".

"Mi trabajo es una rutina bastante fastidiosa, pero no soy apto para ninguna otra tarea" —dijo el empleado—. "Mis necesidades son pocas, y no estoy casado; pero tengo que sostener a mis padres y también ayudo a un hermano menor, que va al colegio. No soy nada religioso, en el sentido ortodoxo, pero la vida religiosa me atrae mucho. Con frecuencia me siento tentado a dejarlo todo y hacerme **sannyasi**, pero me hace vacilar un sentido de la responsabilidad hacia mis padres y mi hermano. He meditado cada día durante muchos años y, desde que oí vuestra explicación sobre lo que es la verdadera meditación, he tratado de seguirla; pero es muy difícil, al menos para mí, y no me parece que pueda hallar el modo de realizarla. Además, mi posición de empleado, que me obliga a trabajar durante todo el día en algo que no me interesa lo más mínimo, difícilmente conduce al pensamiento superior. Mas yo anhelo hondamente encontrar la verdad, si de alguna manera me es posible hacerlo. Y mientras soy joven quiero fijar un acertado rumbo para el resto de mi vida; y aquí estoy, pues".

"Por mi parte" —dijo el viejo— "estoy bastante familiarizado con las Escrituras y dispongo de mi tiempo desde que me retiré como funcionario oficial hace varios años. No tengo responsabilidad; todos mis hijos son ya mayores y están casados, así que estoy libre para meditar, leer y hablar de cosas serias. Siempre me ha interesado la vida religiosa. De vez en cuando he escuchado atentamente a uno u otro de los diversos maestros, pero nunca he quedado satisfecho. En algunos casos, sus enseñanzas son completamente pueriles, mientras que otros son dogmáticos, ortodoxos y meramente explicativos. Recientemente he asistido a algunas de vuestras pláticas y discusiones. Entiendo mucho de lo que decís, pero hay ciertos puntos con los que no puedo estar conforme, o más bien, que no comprendo. El acuerdo, como habéis explicado, puede existir con respecto a opiniones, conclusiones, ideas, más no puede haber 'acuerdo' con respecto a la verdad; o uno la ve, o no la ve. Concretamente quisiera mayor aclaración sobre la terminación del pensamiento".

"Yo soy artista, pero todavía no muy bueno", —dijo el hombre del pelo largo. "Espero ir un día a Europa a estudiar arte; aquí tenemos maestros mediocres. Para mí, la belleza, en cualquier forma, es una expresión de la realidad; es un aspecto de lo divino. Antes de empezar a pintar, medito, como los antiguos, sobre la más profunda belleza de la vida. Trato de beber en la fuente de toda belleza, de captar un vislumbre de lo sublime, y sólo entonces empiezo mi pintura de la jornada. A veces eso llega, pero con más frecuencia, no; por muy intensamente que lo intente, no ocurre nada al parecer, y se desperdician días, aún semanas enteras. He probado también ayunar, junto con varios ejercicios, tanto físicos como intelectuales, esperando despertar el sentimiento creador; mas todo en vano. Todo lo demás es secundario para ese sentimiento sin el cual no puede uno ser verdadero artista, y yo iría hasta el fin del mundo para encontrarlo. Por eso he venido aquí".

Todos seguimos callados un rato, cada uno con sus propios pensamientos.

¿Son distintos vuestros diversos problemas, o son semejantes, aunque parezcan diferentes? ¿No es posible que haya una cuestión básica subyacente en todos ellos?

"No estoy seguro de que mi problema esté relacionado en modo alguno con el del artista" —dijo el comerciante—. "Él va en busca de la inspiración, del sentimiento creador, pero yo quiero hacer una vida más hondamente espiritual".

"Eso es precisamente lo que quiero hacer yo también" —replicó el artista—, "sólo que lo he expresado de otra manera".

Nos gusta pensar que nuestro particular problema es exclusivo, que nuestro dolor es enteramente distinto del de otros; queremos permanecer separados a toda costa. Pero el dolor es dolor, tanto si es vuestro como mío. Si no comprendemos esto, no podemos seguir; nos sentiremos engañados, contrariados, frustrados. Seguramente, todos los que estamos aquí perseguimos la misma cosa; el problema de cada uno es esencialmente el de todos. Si realmente sentimos la verdad de esto, entonces habremos avanzado ya mucho en nuestra comprensión, y podremos inquirir juntos; podremos ayudarnos unos a otros, escuchar y aprender unos de otros. Entonces no tendrá sentido la autoridad de un maestro, será cosa tonta. Vuestro problema es el problema de otro; vuestro dolor es el dolor de otro. El amor no es exclusivo. Si esto es claro, señores, sigamos adelante.

"Creo que todos vemos ahora que nuestros problemas no dejan de estar relacionados" —replicó el viejo, y los otros asintieron con la cabeza.

Entonces, ¿cuál es nuestro problema común? Os ruego no respondáis inmediatamente, vamos a considerarlo. ¿No es, señores, que tiene que haber una transformación fundamental en uno mismo? Sin esta

transformación, la inspiración es siempre transitoria, y hay una constante lucha para recapturarla; sin esta transformación, cualquier esfuerzo para llevar una vida espiritual sólo puede ser muy superficial, una cuestión de rituales, de la campana y el libro. Sin esta transformación, la meditación llega a ser un medio de escape, una forma de autohipnosis.

"Así es" —dijo el anciano—, "sin un profundo cambio íntimo, todo esfuerzo para llevar una vida religiosa o espiritual es un mero arañar en la superficie".

"Estoy completamente de acuerdo, señor" —añadió el oficinista—, "creo efectivamente que tiene que haber un cambio fundamental en mí, de otra manera continuaré así durante el resto de mi vida, tanteando, preguntando y dudando. Mas ¿cómo va uno a producir este cambio?"

"Yo también veo que tiene que haber un cambio explosivo en mi interior si ha de surgir aquello que busco a tientas —dijo el artista—. Evidentemente, es indispensable una transformación radical en uno mismo. Pero, como ha preguntado ya ese señor, ¿cómo va a ser producido ese cambio?"

Dediquemos nuestras mentes y corazones a descubrir de qué modo pasa esto. Lo importante, seguramente, es sentir la apremiante necesidad de cambiar fundamentalmente, y no sólo ser persuadido por la palabra de otro de que debe uno cambiar. Una descripción impresionante puede estimularos a sentir que tenéis que cambiar, pero tal sentimiento es muy superficial, y pasará cuando haya desaparecido el estimulante. Pero si vosotros mismos veis la importancia del cambio, si sentís, sin ninguna clase de compulsión, sin ninguna motivación o influencia, que es esencial la transformación radical, entonces este mismo sentimiento es la acción de la transformación.

"Pero, ¿cómo va uno a tener este sentimiento?" —preguntó el comerciante—.

¿Qué queréis decir con la palabra "cómo"?

"En vista de que no tengo este sentimiento para el cambio, ¿cómo puedo cultivarlo?"

¿Podéis cultivar este sentimiento? ¿No tiene que surgir espontáneamente de vuestra propia percepción directa de la absoluta necesidad de una transformación radical? El sentimiento crea su propio medio de acción. Por razonamiento lógico podéis llegar a la conclusión de que es necesario un cambio fundamentad pero tal comprensión intelectual o verbal no produce la acción del cambio.

"¿Por qué no?" —preguntó el anciano—.

¿No es respuesta superficial la comprensión intelectual o verbal? Oís, razonáis, pero no entra en ello todo vuestro ser. Vuestra mente superficial puede convenir en que un cambio es necesario, pero la totalidad de vuestra mente no presta su completa atención; está en sí misma dividida.

"¿Queréis decir, señor, que la acción del cambio sólo se produce cuando hay atención total?" —preguntó el artista—.

Vamos a considerarlo. Una parte de la mente está convencida de que es necesario este cambio fundamental, pero el resto de la mente no se interesa; puede estar a la expectativa, o dormida, o activamente opuesta a tal cambio. Cuando ocurre esto, hay contradicción dentro de la mente: una parte quiere cambiar, y la otra es indiferente u opuesta al cambio. El conflicto resultante, en el cual la parte de la mente que quiere cambiar trata de sobreponerse a la parte recalcitrante, se llama disciplina, sublimación, represión; se dice también que se sigue el ideal. Se hace un intento de construir un puente sobre la brecha de la autocontradicción. Hay el ideal, la comprensión intelectual o verbal de que tiene que haber una transformación fundamental, y el sentimiento vago pero efectivo de no querer ser molestado, el deseo de dejar que las cosas sigan como están, el miedo y la persecución del ideal es un intento de juntar las dos partes contradictorias, lo cual es imposible. Vamos en pos del ideal porque ello no requiere acción inmediata; el ideal es un aplazamiento aceptado y respetado.

"Entonces ¿es siempre una forma de postergación el tratar de cambiarse a sí mismo?" —preguntó el oficinista—.

¿No lo es? ¿No habéis notado que, cuando decís "trataré de cambiar", no tenéis la menor intención de hacerlo? O cambiéis, o no cambiáis; **tratar de cambiar** tiene en realidad muy poco significado. Seguir el ideal, intentar el cambio, forzar a juntarse las dos partes contradictorias de la mente por la acción de la voluntad, practicar un método o una disciplina para lograr tal unificación, etc.: todo eso es esfuerzo inútil y perdido, que de hecho impide toda transformación fundamental del centro, del "yo", del ego.

"Creo comprender lo que expresáis" —dijo el artista—. "Jugamos con la idea del cambio, pero sin cambiar nunca. El cambio requiere acción drástica, total".

Sí, y la acción unificada o integral no puede producirse mientras haya conflicto entre las partes opuestas de la mente.

“Veo eso, realmente lo veo” —exclamó el oficinista—; “ningún idealismo, ningún razonamiento lógico, ninguna convicción o conclusión puede producir el cambio de que hablamos. Pero entonces, ¿qué es lo que lo producirá?”

Con esa pregunta misma, ¿no os estáis impidiendo descubrir la acción del cambio? Tenemos tal avidez de resultados que no nos detenemos entre lo que acabamos de descubrir que es verdadero o falso, y el descubrimiento de otro hecho. Nos aseguramos a seguir adelante sin comprender bien lo que ya hemos encontrado.

Hemos visto que el razonamiento y las conclusiones lógicas no producirán este cambio, esta transformación fundamental del centro. Pero antes de preguntarnos qué factor es el que producirá esto, debemos percibir plenamente las tretas que usa la mente para convencerse de que el cambio es gradual y que debe efectuarse siguiendo ideales, etc. Una vez vista la verdad o falsedad de todo este proceso, podemos pasar a preguntarnos cuál es el factor necesario para este cambio radical.

Ahora bien, ¿qué es lo que os hace moveros, actuar?

“Cualquier fuerte sentimiento. La intensa cólera me hace actuar; después puedo lamentarlo, pero el sentimiento estalla en acción”.

Es decir, todo vuestro ser está en eso; olvidáis o no hacéis caso del peligro, descuidáis vuestra propia seguridad, protección. El sentimiento mismo es acción; no hay brecha entre el sentimiento y el acto. La brecha es creada por lo que se llama el proceso de razonamiento, el pesar los pro y los contra de acuerdo con las propias convicciones, prejuicios, temores, etc. La acción es entonces política, está privada de espontaneidad, de toda humanidad. Los hombres que buscan poder, tanto si es para sí mismos como para su grupo o su país, obran de este modo, y tal acción no hace más que crear nueva desdicha y confusión.

“En realidad” —siguió diciendo el oficinista— “aun un fuerte sentimiento a favor de un cambio fundamental queda pronto borrado por el razonamiento autoprotector, por el pensar sobre lo que pasaría si tal cambio se produjese en uno, etcétera”.

El sentimiento está pues cercado por ideas, por palabras ¿no es así? Hay una reacción contradictoria, nacida del deseo de no ser molestado. Si este es el caso, entonces continuad en vuestro modo acostumbrado; no os engañéis siguiendo el ideal, diciendo que vais a tratar de cambiar, y todo lo demás. Estad simplemente con el hecho de que no queréis cambiar. La comprensión de esta verdad es en sí mismo suficiente.

“Pero yo sí quiero cambiar”.

Entonces, cambiad; pero no habléis sobre la necesidad de cambiar sin sentirla. No tiene sentido.

“A mi edad” —dijo el anciano— “no tengo nada que perder en el sentido exterior; pero es otra cuestión muy distinta la de abandonar las viejas ideas y conclusiones. Ahora veo por lo menos una cosa: que no puede haber ningún cambio fundamental si no hay un despertar de ese sentimiento. El razonar es necesario, pero no es el instrumento de la acción. Saber no es necesariamente actuar”.

Pero la acción del sentir es también la acción del saber, ambas no están separadas; sólo lo están cuando la razón, el conocimiento, la conclusión o la creencia inducen la acción.

“Empiezo a ver esto muy claramente y mi conocimiento de las Escrituras, como base para la acción, ya está perdiendo su asidero en mi mente”.

La acción basada en la autoridad no tiene nada de acción; es sólo imitación, repetición.

“Y la mayoría de nosotros estamos atrapados en este proceso. Pero uno puede romper con él. He comprendido mucho esta noche”.

“También yo” —dijo el artista—. “Para mí, esta discusión ha sido altamente estimulante, y no creo que el estímulo admita ninguna reacción. He visto algo muy claramente, y voy a seguirlo, sin saber a dónde conducirá”.

“Mi vida ha sido respetable” —dijo el comerciante— “y la respetabilidad no conduce al cambio, especialmente al cambio fundamental de que hemos estado hablando. He cultivado muy seriamente el deseo idealista de cambiar y de llevar una vida religiosa más auténtica; mas ahora veo que es mucho más esencial la meditación sobre la vida y los medios de cambiar”.

“¿Puedo agregar una palabra?” —preguntó el anciano—. “La meditación no es sobre la vida. Es ella misma el camino de la vida”.

MATAR

La salida del sol se demoraría aún dos o tres horas. No había una nube en el cielo, y las estrellas gritaban de alegría. Los cielos estaban encerrados en el oscuro contorno de los cerros circundantes, y la noche era

completamente tranquila; ni un perro ladraba, y los campesinos aún no se habían levantado. Hasta el búho de voz grave estaba en silencio. La ventana dejaba entrar en la habitación la inmensidad de la noche, y había aquel extraño sentimiento de estar completamente solo, una despierta unitotalidad. El arroyito corría bajo el puente de piedra, pero había que escuchar para oírlo; su suave murmullo era casi inaudible en aquel vasto silencio, que era tan intenso, tan penetrante, que todo el ser estaba retenido en él. No era lo opuesto del ruido; el ruido podía estar en él, pero no era de él.

Todavía reinaba la oscuridad cuando partimos en el auto, pero el lucero se alzaba sobre los cerros del este. Los árboles y arbustos aparecían intensamente verdes bajo el brillante resplandor de los faros delanteros, según el coche hacía su camino entre las colinas. El camino estaba desierto, pero no se podía ir demasiado rápido debido a las muchas curvas. Ahora se iniciaba un resplandor hacia el este; y, aunque charlábamos en el vehículo, el despertar de la meditación proseguía. La mente estaba en completa inmovilidad; no estaba dormida ni cansada, sino por completo en calma. Al iluminarse cada vez más el cielo, la mente avanzaba cada vez más e iba más profundo. Aunque percibía la enorme bola de luz dorada y la conversación en curso, estaba sola, moviéndose sin resistencia alguna, sin ninguna directiva; estaba sola, como una luz en la oscuridad. No sabía que estaba sola: únicamente la palabra sabe. Era un movimiento que no tenía fin ni dirección. Se producía sin causa, y seguiría sin tiempo.

Fueron apagados los faros delanteros, y bajo aquella temprana luz de la mañana, era encantadora la rica y verde comarca. Había mucho rocío, y doquiera tocaban la tierra los rayos del sol, incontables joyas lanzaban destellos de todos los colores del arco iris. A aquella hora, las desnudas peñas de granito parecían suaves y complacientes, una ilusión que pronto se disiparía al elevarse el sol. El camino se encorvaba por entre deliciosos arrozales y enormes estanques llenos hasta los bordes de danzantes aguas, que tendrían alimentada la zona hasta la siguiente estación de las lluvias. Pero estas aún no habían terminado; y ¡qué verde y vivo estaba todo! Las vacas estaban gordas y las caras de la gente en la carretera brillaban con la frescura de la mañana. Ahora había muchos monos a lo largo del camino. No eran los de patas y cuerpos largos, que se columpian con facilidad y gracia de rama en rama, o marchaban ligera y altivamente por los campos, mirándonos con caras serias cuando pasáis. Estos eran monitos de largas colas y piel color pardo verdoso sucio, muy juguetones y traviesos. Uno de ellos fue casi atrapado bajo las ruedes delanteras, pero se salvó por propia agilidad y por la vigilancia del conductor.

Era ya pleno día y los aldeanos caminaban en mayor número. El auto tenía que desviarse a un lado del camino para pasar las lentas carreras de bueyes, que tanto parecían abundar siempre; y los caminos no querían ceder el paso hasta que no se había tocado la bocina durante un minuto o dos. Famosos templos se alzaban sobre los árboles, y el coche pasó rápidamente al lado del lugar en que había nacido un santo maestro.

Había llegado un pequeño grupo, una mujer y varios hombres, pero sólo tres o cuatro participaron en la discusión. Todos eran gente seria y se podía ver que eran buenos amigos, aunque tenían divergencias de pensamiento. El que habló primero tenía una barba bien cuidada, nariz aguileña y frente alta. Sus oscuros ojos eran penetrantes y muy serios. El segundo era lastimosamente flaco, estaba calvo y tenía la piel clara. No podía quitarse las manos de la cara. El tercero era corpulento, jovial y de maneras desembarazadas; miraba como si estuviera haciendo un inventario, y, al no quedar satisfecho, volvía a mirar, para comprobar si había hecho bien la cuenta. Tenía manos bien conformadas, de largos dedos. Aunque reía con facilidad, había en él una profunda seriedad. El cuarto era de agradable sonrisa, y sus ojos revelaban que había leído mucho. Aunque participaba muy poco en la conversación, no estaba dormido ni mucho menos. Todos los hombres eran probablemente cuarentones, pero la mujer parece mucho más joven. Nunca hablaba, aunque estaba atenta a lo que pasaba.

"Hemos estado cambiando ideas entre nosotros durante varios meses, y queremos discutir con vos un problema que nos ha estado intrigando" —dijo el primero que habló—. "Mirad, algunos de nosotros comemos carne, y otros no. Personalmente, nunca he comido carne en mi vida; me es repulsiva en cualquier forma que sea, y no puedo soportar la idea de matar un animal para llenar mi estómago. Aunque no hemos podido ponernos de acuerdo sobre lo más acertado que deba hacerse en esta cuestión, todos hemos seguido siendo buenos amigos y espero que continuaremos.

"De vez en cuando como carne" —dijo el segundo—. "Yo prefiero no hacerlo, pero cuando uno viaja muchas voces es difícil mantener un régimen equilibrado sin carne, y es mucho más sencillo comerla. No me gusta matar animales, soy sensible a estas cosas, pero está bien comer carne de vez en cuando. Muchos, aunque estrictos e inflexibles con respecto al vegetarianismo, son más pecadores que los que matan para comer".

"Mi hijo mató de un tiro una paloma el otro día, y la comimos a mediodía" —dijo el tercero—. "El muchacho estaba muy excitado por haberla derribado con su escopeta nueva. ¡Si hubiera usted visto su

mirada! Estaba a la vez asustado y complacido; sintiéndose culpable, tenía al mismo tiempo el aire de un conquistador. Le dije que no se sintiera culpable. Matar es cruel, pero forma parte de la vida, y no es cosa demasiado seria mientras se practique con moderación y bajo adecuado control. Comer carne no es el terrible crimen que dice aquí nuestro amigo. No soy muy partidario de los deportes sangrientos, pero el matar para comer no es pecar contra Dios. ¿A qué alborotar tanto sobre esto?”

“Como podéis ver, señor” —prosiguió el primero que había hablado— “no he podido convencerlos de que es bárbaro matar animales para comer; y además, comer carne es cosa insana, como lo sabe cualquiera que se haya molestado en investigar imparcialmente los hechos. En mí, no comer carne es cuestión de principio; en mi familia nos hemos abstenido de carne durante generaciones. Me parece que el hombre debe eliminar de su naturaleza esta crueldad de matar animales para alimento, si ha de llegar a ser realmente civilizado”.

“Eso es lo que nos está diciendo eternamente” —interrumpió el segundo—. “Quiere ‘civilizarnos’ a los carnívoros, y sin embargo, no parecen preocuparle nada otras formas de crueldad. Es abogado y no le importa la crueldad implicada en la práctica de su profesión. No obstante, a pesar de nuestro desacuerdo en este punto, seguimos siendo amigos. Hemos discutido toda la cuestión docenas de veces, y como nunca parecemos adelantar nada, hemos convenido en que debíamos venir a discutirlo con vos”.

“Hay cuestiones más grandes y amplias que la de matar algún desgraciado animal para alimento” —interrumpió el cuarto—. “Todo es cuestión de cómo consideráis la vida”.

¿Cuál es el problema, señores?

“Comer carne o no comerla” —replicó el que no la comía—.

¿Es esa la cuestión principal, o forma parte de una cuestión más amplia?

“Para mí, la disposición o la repugnancia de un hombre a matar animales para la satisfacción de su apetito indica su actitud hacia las más grandes cuestiones de la vida”.

Si podemos ver que el concentrarse exclusivamente sobre cualquier parte no trae la comprensión del todo, entonces quizá consigamos no estar confusos con respecto a las partes. A menos que podamos percibir el todo, la parte asumirá una mayor importancia de la que tiene. Hay una cuestión más importante implicada en toda esto ¿verdad? El problema es el de matar, y no meramente el de matar animales para comer. Un hombre no es virtuoso porque no coma carne, ni es él menos virtuoso porque la coma. El dios de una mente mezquina es también mezquino; su mezquindad se mide por la de la mente que le pone flores a los pies. La cuestión más amplia incluye los muchos problemas, aparentemente separados, que el hombre ha creado dentro y fuera de sí. Matar es realmente un problema grande y complejo. ¿Vamos a considerarlo, señores?

“Creo que deberíamos hacerlo” —replicó el cuarto—. “Estoy vivamente interesado en este problema y me agradaría abordarlo con toda amplitud”.

Hay muchas maneras de matar ¿no es verdad? Se mata con una palabra o con un gesto, se mata en el miedo o en la cólera, se mata por un país o una ideología, se mata por una serie de dogmas económicos o creencias religiosas.

“¿Cómo mata uno por una palabra o por un gesto?” —preguntó el que había intervenido en tercer lugar—.

¿No lo sabéis? Con una palabra o un gesto podéis matar la reputación de un hombre: por la murmuración, la difamación, el desprecio, podéis eliminarlo. Y ¿no mata la comparación? ¿No matáis a un niño al compararlo con otro más inteligente o más hábil? Un hombre que mata por odio o cólera está considerado como criminal y se le condena a morir. Pero el hombre que deliberadamente bombardea y elimina de la faz de la tierra a millares de personas en nombre de su país es objeto de honores y condecoraciones; se le considera como un héroe. El matar se está extendiendo por la tierra. Para la seguridad o expansión de una nación, se destruye a otra. Se matan animales para alimento, para la ganancia o por el llamado deporte; se les somete a vivisección, para “beneficiar” al hombre. El soldado existe para matar. Se hacen extraordinarios progresos en la técnica para asesinar a enorme número de personas, en pocos segundos y a grandes distancias. Muchos científicos están plenamente ocupados en esto, y los sacerdotes bendicen el avión de bombardeo y el barco de guerra. Matamos también una col o una zanahoria para comer; destruimos una plaga, ¿Dónde debemos trazar la línea más allá de la cual no debemos matar?

“Es cosa de cada individuo” —replicó el segundo,

¿Es tan sencillo? Si os negáis a ir a la guerra os fusilan, u os encarcelan, o tal vez os recluyen en un sanatorio psiquiátrico. Si os negáis a participar en el juego nacionalista del odio, se os desprecia y podéis perder el empleo; se ejerce presión de varias maneras para forzaros a la conformidad. Al pagar los impuestos, aun al comprar un sello de correos, sostenéis la guerra, la matanza de enemigos siempre diferentes.

“¿Qué va uno a hacer entonces?” —preguntó el que no comía carne—. “Me doy cuenta bien de que he matado jurídicamente, en los tribunales de justicia, muchas veces; pero soy un riguroso vegetariano, jamás mato ninguna criatura viviente con mis propias manos”.

“¿Ni un insecto venenoso?” —preguntó el segundo—.

“No, si puedo evitarlo”.

“Algún otro lo hará por vos”.

“Señor”, —prosiguió el abogado vegetariano— “¿sugerís que no paguemos impuestos ni escribamos cartas?”

De nuevo al preocuparnos primero de los detalles de la acción, al hacer conjeturas sobre si deberíamos hacer esto o aquello, nos perdemos en lo particular sin comprender la totalidad del problema. El problema debe ser considerado como un todo ¿no es así?

“Veo bien que tiene que haber una visión comprensiva del problema, pero los detalles son importantes también. No podemos descuidar nuestra inmediata actividad ¿no es cierto?”

¿Qué entendéis por “visión comprensiva del problema”? ¿Es cuestión de mero acuerdo intelectual, de asentimiento verbal o de hecho comprendéis todo el problema del matar?

“Para hablar con toda sinceridad, señor. Hasta ahora no he prestado mucha atención a las amplias implicaciones del problema. Me he interesado en un aspecto particular de él”.

Lo cual es como no abrir la ventana de par en par y mirar el cielo, los árboles, la gente, todo el movimiento de la vida, sino, en vez de ello, atisbar por una estrecha hendidura de la ventana. Y la mente es así; una parte pequeña, insignificante de ella está muy activa, mientras que el resto duerme. Esta pequeña actividad de la mente crea sus propios pequeños problemas de bien y mal, sus valores políticos y morales, etc. Si pudiéramos ver realmente lo absurdo de este proceso, exploraríamos los campos más amplios de la mente con naturalidad, sin ninguna compulsión.

Así, la cuestión que estamos discutiendo no es sólo matar o no matar animales, sino la crueldad y el odio creciente sin cesar en el mundo y en cada uno de nosotros. Este es nuestro problema real ¿no es así?

“Si” —replicó enfáticamente el cuarto—, “la brutalidad se va extendiendo por el mundo como una plaga. Toda una nación es destruida por su vecina mayor y más poderosa. La crueldad, el odio, es la cuestión, y no la de si por azar le gusta a uno o no la carne”.

La crueldad, la cólera, el odio que existen en nosotros mismos, se expresan de muchas maneras: en la explotación del débil por el poderoso y astuto; en la crueldad de forzar a todo un pueblo, bajo pena de ser liquidado, a aceptar cierta norma ideológica de vida; en el fomento del nacionalismo y de los gobiernos soberanos por medio de la propaganda intensiva; en el cultivo de los dogmas y creencias organizados que llamamos religión, pero que en realidad separan al hombre del hombre. Los medios de la crueldad son muchos y sutiles.

“Aunque pasáramos el resto de nuestras vidas buscándolas, no podríamos descubrir todas las sutiles formas en que se expresa la crueldad, ¿verdad?” —inquirió el tercero— “y entonces, ¿cómo vamos a proceder?”

“A mí me parece” —indicó el primero que había hablado— “que estamos dejando fuera la cuestión central. Cada uno de nosotros se está protegiendo; defendemos nuestros propios intereses, nuestro haber económico o intelectual, o tal vez una tradición que nos da algún beneficio, no necesariamente monetario. Este autointerés en todo lo que tocamos, desde la política hasta Dios, es la raíz de la cuestión”.

También aquí, si se puede preguntar, ¿es eso una mera aserción verbal, una conclusión lógica, que puede ser destruida o astutamente defendida? ¿O es que refleja la percepción de un hecho real que tiene importancia en nuestra diaria vida de pensamiento y acción?

“Estáis tratando de hacernos distinguir entre la palabra y el hecho real” —dijo el tercero—, “y empiezo a ver cuán importante es que hagamos esta distinción. De lo contrario nos perderemos en las palabras, sin ninguna acción, como en efecto ocurre”.

Para actuar tiene que haber sentimiento. Un sentimiento sobre toda la cuestión contribuye a la acción total.

“Cuando uno siente hondamente acerca de cualquier cosa” —dijo el cuarto— “actúa, y tal acción no es impulsiva, ni la que se llama intuitiva; ni es tampoco un acto premeditado, calculado. Nace de la profundidad de nuestro propio ser. Si ese acto causa daño, pena, uno lo paga alegremente; pero semejante acto rara vez es dañino. La cuestión es: ¿cómo vamos a mantener este profundo sentimiento?”

“Antes de seguir adelante” —agregó seriamente el tercero— “aclaremos lo que estáis explicando, señor. Nos damos cuenta del hecho de que, para que haya acción completa, tiene que haber un hondo sentimiento, en el que exista plena comprensión psicológica del problema; de lo contrario, sólo hay fragmentos de acción, que

nunca concuerdan. Eso es muy claro. Además, como decíamos, la palabra no es el sentimiento; la palabra puede evocar el sentimiento, pero esta evocación verbal no ayuda al sentimiento. Ahora bien, ¿no puede uno entrar en el mundo del sentimiento directamente, sin su descripción, sin el símbolo o la palabra? ¿No es esa la cuestión inmediata?"

Sí, señor. Estamos distraídos por las palabras, los símbolos. Raramente sentimos, excepto por el estímulo del término, de la descripción. La palabra "Dios" no es Dios, pero esa palabra nos hace reaccionar de acuerdo con nuestro condicionamiento. Sólo podemos descubrir la verdad o la falsedad acerca de Dios cuando la palabra "Dios" ya no crea en nosotros ciertas habituales respuestas fisiológicas y psicológicas. Como decíamos antes, un sentimiento total es la acción total. Una sensación pasa, y os deja donde estabais antes. Pero este sentimiento total de que hablamos no es una sensación, no depende del estímulo. Se sustenta a sí mismo, no necesita ningún artificio.

"Pero ¿cómo se va a suscitar este sentimiento total?" —insistió el que primero había hablado—.

Si puedo decirlo así, no veis la cuestión. Un sentimiento que puede ser suscitado es producto del estímulo; es una sensación, que hay que alimentar de varios modos, por este o aquel método. Entonces se vuelven importantísimos el medio o el método, no el sentimiento. El símbolo, como medio para el sentimiento, se guarda como reliquia en un templo, en una iglesia, y entonces el sentimiento existe sólo a través del símbolo o la palabra. Pero ¿puede "suscitarse" el sentimiento total? Consideradlo, señor, no respondáis.

"Veo lo que queréis decir" —dijo el tercero—; "el sentimiento total no puede suscitarse en absoluto; existe o no existe. Esto nos deja en un estado bastante desesperado, ¿no?"

¿Es así? Hay una sensación de desesperanza porque queréis llegar a alguna parte, queréis conseguir ese sentimiento total; y como no podéis, os sentís un poco perdido. Es este deseo de llegar, de conseguir, de llegar a ser, lo que crea el método, el símbolo, el estímulo, mediante el cual la mente se conforta y se distrae. Consideremos, pues, de nuevo el problema de matar, de la crueldad, del odio.

Preocuparse del matar "humanitario" es completamente absurdo, abstenerse de comer carne a la vez que destruís a vuestro hijo por compararlo con otro es ser cruel; participar en la respetable matanza por vuestro país o por una ideología, es cultivar el odio; ser bueno para los animales y cruel para vuestro prójimo por medio de actos, palabras o gestos, es engendrar enemistad y brutalidad.

"Señor, creo que comprendo lo que acabáis de decir. Pero ¿cómo va a surgir este sentimiento total? Pregunto esto sólo como un interrogante en el movimiento de la indagación. No estoy buscando un método. Veo lo absurdo de eso; veo también que el deseo de lograr crea sus propios obstáculos, y que es tonto sentirse desesperado o indefenso. Todo esto está claro ahora".

Si eso es claro, no sólo verbal o intelectualmente, sino con la efectividad del dolor que os causa una espina en el pie, entonces hay compasión, amor. Entonces ya habéis abierto la puerta hacia este sentimiento total de compasión. El hombre compasivo conoce la acción recta. Sin amor estáis tratando de descubrir qué es correcto hacer, y vuestra acción sólo conduce a mayor daño y miseria; es la acción de los políticos y los reformadores. Sin amor no podéis comprender la crueldad; cierta clase de paz puede establecerse por el reinado del terror; pero la guerra, la matanza, continuarán en otro nivel de nuestra existencia.

"No tenemos compasión, señor, y esta es la verdadera fuente de nuestra desgracia" —dijo emocionado el primer hombre—. "Somos duros por dentro, una cosa fea en nosotros mismos, pero lo enterramos bajo bondadosas palabras y superficiales actos de generosidad. Somos cancerosos de corazón, a pesar de nuestras creencias religiosas y reformas sociales. En nuestro propio corazón es donde tiene que efectuarse una operación, y entonces puede sembrarse una nueva semilla. Esa operación misma es la vida de la nueva semilla. La operación ha empezado, y ojalá dé fruto la semilla".

SER INTELIGENTE ES SER SENCILLO

El mar, estaba muy azul y el sol poniente apenas tocaba los bordes superiores de las bajas nubes. Al lado de un automóvil estaba un muchacho de trece o catorce años, con la ropa mojada. Temblaba y fingía ser mudo, mendigaba y hacía muy bien el papel. Una vez recibidas algunas monedas, se marchó corriendo por la arena. Las olas llegaban muy suavemente, y no borraban por completo las huellas de los pies al pasar por encima. Los cangrejos corrían con las olas y esquivaban los pies de uno; se dejaban alcanzar por una ola y por las movedizas arenas, pero surgían de nuevo, listos para la ola siguiente. Sentado en unos troncos atados entre sí, un hombre se había hecho a la mar, y ahora regresaba con dos grandes peces; era de piel oscura, quemado por muchos soles. Llegando a tierra con habilidad y desembarazo, arrastró su balsa subiéndola hasta la arena seca,

fuera del alcance de las olas. Un poco mas allá había un palmar, inclinado hacia el mar, y al otro lado estaba la población. Había en el horizonte un vapor que parecía inmóvil, y soplaba del norte una brisa suave. Era una hora de gran belleza y serenidad, en que se encontraban la tierra y los cielos. Podía uno sentarse en la arena y ver el ir y venir de las olas, interminablemente, y su rítmico movimiento parecía pasar sobre la tierra. La mente estaba viva, pero no como el agitado mar; estaba viva, y alcanzaba de un horizonte al otro. No tema altura ni profundidad, no estaba lejos ni cerca; no había centro desde el cual medir o trazar el círculo del todo. El mar, el cielo y la tierra estaban todos allí, pero no había observador. Era vasto espacio y luz inmensurable. La luz del sol poniente daba sobre los árboles, bañaba el pueblo y podía verse más allá del río; pero **ésta** era una luz que nunca se ponía, una luz que brillaba siempre. Y, cosa extraña, en ella no había sombras; no daba uno sombra a través de ninguna de sus partes. No estaba uno dormido, no había cerrado los ojos, porque ahora iban apareciendo las estrellas; pero, tanto si cerraba uno los ojos como si los tenía abiertos, allí estaba siempre la luz. No se la podía capturar y poner en un santuario.

Madre de tres hijos, parecía sencilla, tranquila y nada presuntuosa, pero tenía ojos vivos y observadores, que captaban muchas cosas. Al hablar desaparecía su timidez un poco nerviosa, pero se mantenía observando atentamente. Su hijo mayor se había educado en el extranjero y ahora trabajaba como ingeniero en electrónica; el segundo tenía un buen puesto en una fábrica de tejidos, y el más joven estaba acabando los estudios. Todos eran buenos muchachos, dijo, y podía verse que estaba orgullosa de ellos. Habían perdido el padre hacía unos años, pero había cuidado él de que tuvieran una buena educación y fueran capaces de ganarse la vida. Lo poco que tenía se lo había dejado a ella, que ahora no precisaba nada, porque sus necesidades eran pocas. Al llegar a este punto, dejó de hablar, y era evidente que le costaba trabajo empezar a hablar de algo que ocupaba su mente. Percibiendo de qué quería hablar, la interrogué indecisamente.

¿Amáis a vuestros hijos?

“Sí, por cierto” —respondió vivamente, alegrándose de la pregunta—.

“¿Quién no ama a sus hijos? Los he criado con amoroso cuidado, y todos estos años he estado ocupada con sus idas y venidas, sus penas y alegrías y todas las demás cosas que interesan a una madre. Han sido muy buenos hijos, y han sido muy bondadosos para conmigo. Todos estudiaron bien y se abrirán paso en la vida; puede ser que no dejen huella en el mundo; pero, bien mirado, muy pocos la dejan. Ahora estamos viviendo todos juntos, y cuando se casen viviré, si me necesitan, con uno u otro de ellos. Desde luego, yo tengo mi casa propia también, y no dependo económicamente de ellos. Pero es extraño que me hagáis esa pregunta”.

¿Lo es?

“Pues, nunca he hablado a nadie sobre mí misma hasta ahora, ni aun a mi hermana, ni a mi difunto marido, y parece un poco extraño que de pronto me hagan esta pregunta, aunque yo efectivamente quiero hablar de ello con vos. He necesitado mucho valor para venir a veros, pero ahora me alegro de haber venido y de que me hayáis facilitado tanto el hablar. Siempre he escuchado, pero no en el sentido que le dais a esta palabra. Solía escuchar a mi marido y a sus asociados comerciales, cada vez que venían a casa. He escuchado a mis hijos y a mis amistades, pero nadie parecía interesarse en escucharme a mí, y las más de las veces yo estaba callada. Al escuchar a otros, aprende uno, pero la mayor parte de lo que uno oye no es nada que no sepa ya. Los hombres murmuraban del prójimo tanto como las mujeres, además de quejarse de sus empleos y de su escasa paga; algunos hablaban del ascenso que esperaban, otros de la reforma social, de las obras en el pueblo o de lo que el **gurú** ha dicho. A todos los escuchaba y nunca abría yo mi corazón a nadie. Algunos eran más inteligentes y otros más estúpidos que yo, pero en la mayoría de los casos no eran muy distintos de mí. Me gusta la música, pero la escucho de un modo particular. Me parece la mayor parte del tiempo que estoy escuchando a uno u otro; pero hay también otra cosa que escucho, algo que siempre me elude. ¿Puedo hablar sobre ello?”

¿No habéis venido aquí para eso?

“Sí, creo que sí. Como veis, me voy acercando a los cuarenta y cinco años, y casi todos estos años he estado ocupándome de los otros; me he atareado en mil y una cosas, todo el día y cada día. Mi esposo murió hace cinco años, y desde entonces he estado más ocupada que nunca con los hijos; y ahora, en forma rara, vuelvo sobre mí misma todo el tiempo. Con mi cuñada asistí el otro día a vuestra plática, y algo se agitó en mi corazón, algo que siempre supe que estaba allí. No puedo expresarlo muy bien, y espero comprenderéis qué es lo que quiero decir”.

¿Puedo ayudaros?

“Desearía que lo hicierais”.

Es difícil ser sencillo hasta el fin mismo de cualquier cosa ¿no es así? Experimentamos algo que es sencillo en sí mismo, pero pronto se vuelve complicado; cuesta trabajo mantenerlo dentro de los limites de su sencillez primitiva. ¿No creéis que es así?

“En cierto modo, sí. Hay una cosa sencilla en mi corazón, pero no sé lo que significa todo eso”.

Decíais que amáis a vuestros hijos. ¿Qué significa esa palabra, “amor”?

“Os dije lo que significa: amar a los propios hijos es cuidarlos, cuidar de que no sufran daño, que no cometan demasiados errores; es ayudarlos para que consigan un buen empleo, para que se casen con felicidad, etc.”

¿Eso es todo?

“Qué más puede hacer una madre?”

Si puedo preguntarlo, ¿llena toda vuestra vida el amor por vuestros hijos, o sólo una parte?

“No” —admitió—. “Los amo, pero eso nunca ha llenado toda mi vida. La relación con mi esposo era diferente. El podría haber llenado mi vida, pero no los hijos; y ahora que han crecido y son unos jóvenes, tienen que vivir sus propias vidas. Me aman y los amo pero la relación entre un hombre y su esposa es distinta, y ellos hallarán su plenitud en la vida casándose con la mujer adecuada”.

¿Nunca habéis deseado que vuestros hijos fueran educados correctamente, para que contribuyeran a impedir las guerras y no se les mate por alguna idea, o para satisfacer el anhelo de poder de algún político? ¿No os lleva vuestro amor a desear ayudarles para crear una distinta clase de sociedad, una sociedad en que hayan dejado de existir el odio, el antagonismo, la envidia?

“Pero ¿qué puedo yo hacer acerca de eso? Yo misma no he sido debidamente educada, de modo que ¿cómo es posible que yo pueda ayudar a crear un nuevo orden social?

¿No tenéis un intenso sentimiento sobre esto?

“Temo que no. ¿Hay algo que sintamos intensamente?”

¿El amor no es entonces una cosa intensa, vital, apremiante?

“Debería serlo, pero en la mayoría de nosotros no lo es. Amo a mis hijos, y suplico que no les pase nada malo. Si eso ocurriera ¿qué podría yo hacer, sino llorarlo amargamente?”

Si tenéis amor, ¿no es bastante fuerte para haceros actuar? Los celos, como el odio, son fuertes y provocan una resuelta y vigorosa acción; pero los celos no son amor. Entonces, ¿sabemos en realidad qué es el amor?

“Siempre he creído que amaba a mis hijos, aun cuando ello no haya sido la cosa más importante de mi vida”.

¿Hay entonces en vuestra vida algún amor más grande que el que sentís por los hijos?

No había sido fácil llegar a este punto, y ella se sentía indecisa y desconcertada cuando llegamos a él. Durante un rato no quiso hablar, y estuvimos allí sentados sin decir palabra.

“Realmente, nunca he amado” —empezó diciendo suavemente—. “Nunca he tenido un sentimiento profundo sobre nada. Yo era muy celosa, y aquél era un sentimiento muy fuerte, que me mordía el corazón y me volvía violenta; lloraba, hacía escenas, y una vez, Dios me perdone, llegué a golpear. Pero todo aquello pasó y terminó. El deseo sexual era también muy fuerte, pero después de cada niño disminuía, y ahora ha desaparecido por completo. Lo que siento por mis hijos no es lo que debía sentir. Nunca he sentido nada muy intensamente excepto los celos y el sexo; y eso no va muy lejos, ¿verdad?”

No muy lejos.

“Entonces, ¿qué es el amor? Apego, celos, hasta el odio, es lo que yo consideraba que era el amor; y, desde luego, la relación sexual. Pero ahora veo que la relación sexual es sólo una parte muy pequeña de algo mucho mayor. Ese algo más grande nunca lo he conocido, y por eso el sexo llegó a ser tan agotadoramente importante, al menos durante cierto tiempo. Cuando eso se disipó, pensé que amaba a mis hijos; pero el hecho es que los he amado, si es que puedo usar siquiera esa palabra, sólo en una forma muy pequeña; y, aunque son buenos muchachos, son simplemente como millares de otros. Supongo que todos somos mediocres, que nos satisfacemos con cosas insignificantes: la ambición, la prosperidad, la envidia. Nuestras vidas son pobres, tanto si vivimos en palacios como en cabañas. Todo esto es ahora muy claro para mí, como nunca lo ha sido antes; pero, como debéis saber, no soy una persona educada”.

La educación no tiene nada que ver con esto. La mediocridad no es monopolio de los no instruidos. El intelectual, el hombre de ciencia, el muy inteligente, pueden también ser mediocres. Estar libre de mediocridad, de mezquindad, no es cuestión de clase o de estudio.

“Pero es que yo no he pensado muchos no he sentido mucho; mi vida ha sido una cosa lastimosa”.

Aun cuando sintamos intensamente, en general es sobre esas cosas insignificantes: la seguridad personal y familiar, la bandera, algún líder religioso o político. Nuestro sentimiento siempre es a favor o en contra de algo; no es como un fuego que arde claro, sin humo.

“Y ¿quién nos va a dar ese fuego?”

Depender de otro, esperar de un **gurú**, de un líder, es eliminar la soledad, enturbiar la pureza del fuego; es crear el humo.

“Entonces, si no hemos de pedir ayuda, tenemos que tener desde el comienzo el fuego”.

Nada de eso. Al principio, el fuego no está ahí. Tiene que ser alimentado; tiene que haber cuidado, un sabio prescindir, con comprensión, de las cosas que amortiguan el fuego, que destruyen la claridad de la llama. Sólo entonces existe el fuego que nada puede extinguir.

“Pero eso requiere inteligencia, cosa que yo no tengo”.

Sí la tenéis. Al ver vos misma lo pobre que es vuestra vida, lo poco que amáis; al percibir la naturaleza de los celos; al empezar a daros cuenta de vos misma en la relación diaria, ya existe el movimiento de la inteligencia. La inteligencia es cuestión de arduo trabajo, viva percepción de las sutiles tretas de la mente, de hacer frente al hecho y pensar con claridad, sin suposiciones ni conclusiones. Para encender el fuego de la inteligencia y para tenerlo vivo hace falta estar alerta y ser muy sencillo

“Muy amable el decir que yo tengo inteligencia; pero, ¿la tengo de veras?” —insistió—.

Es bueno investigar, pero no afirmar que la tenéis o no la tenéis. Indagar acertadamente es el principio de la inteligencia. Estorbáis la inteligencia en vos misma por vuestras propias convicciones, opiniones, afirmaciones y negativas. La sencillez es el camino de la inteligencia, no el mero espectáculo de la sencillez en las cosas externas y en la conducta, sino la sencillez del no-ser interior. Cuando decís “yo sé”, estáis en la senda de la no—inteligencia; mas cuando decís “no sé” y lo decís en serio, ya bebéis emprendido la marcha por el sendero de la inteligencia. Cuando un hombre no sabe, mira, escucha, inquiere. “Saber” es acumular, y el que acumula nunca sabrá; no es inteligente.

“Si estoy en el sendero de la inteligencia por ser sencilla y no saber mucho…”

Pensar en términos de “mucho” es no ser inteligente. “Mucho” es una palabra comparativa, y la comparación se basa en la acumulación.

“Sí, comprendo. Pero, como decía, si uno está en el sendero de la inteligencia por ser sencillo y realmente no sabe nada, entonces la inteligencia parecería ser equivalente de la ignorancia”.

La ignorancia es una cosa y el estado de no saber es otra muy distinta, las dos no están relacionadas en forma alguna. Podéis ser muy instruida, hábil, eficiente, talentosa, y sin embargo ser ignorante. Hay ignorancia cuando no hay conocimiento de uno mismo. El ignorante es el que no se da cuenta de sí mismo, el que no conoce sus propios engaños, vanidades, envidias, etc. El conocimiento de sí mismo es libertad. Podéis saberlo todo sobre las maravillas de la tierra y de los cielos, y, sin embargo, no estar aun libre de envidia, de dolor. Pero cuando decís: “no sé”, estéis aprendiendo. Aprender no es acumular, ya sea conocimientos, cosas o relaciones. Ser inteligente es ser sencillo; pero ser sencillo es extraordinariamente arduo.

CONFUSIÓN Y CONVICCIONES

Las cimas de las montañas más allá del lago estaban envueltas en oscuros nubarrones, pero en las orillas del lago daba el sol. Comenzaba la primavera, y el sol no calentaba mucho. Aun estaban sin hojas los árboles, con las ramas desnudas sobre el cielo azul; pero eran hermosos en su desnudez. Podían aguardar con paciencia y certidumbre, pues el sol los cubría, y en pocas semanas más estarían cubiertos de tiernas hojas verdes. Un senderito al lado del lago se desviaba por los bosques, que eran en su mayoría de siemprevivas; se extendían varios kilómetros, y si se avanzaba bastante por aquel sendero, se llegaba a una pradera abierta, toda rodeada de árboles. Era un hermoso lugar, apartado y lejano. A veces pastaban unas pocas vacas en la pradera, pero el tintineo de sus campanillas nunca parecía perturbar la soledad ni hacer desaparecer el sentimiento de la distancia, de lo solitario y del agradable retiro. Un millar de personas podría llegar a aquel paraje encantado, y cuando se hubieran marchado con su ruido y su confusión, el lugar habría seguido intacto, solo y amigable.

Aquella tarde, el sol lucía sobre la pradera y sobre los altos y oscuros árboles que se alzaban en torno de ella, esculpidos en verde, majestuosos, sin movimiento. Con las preocupaciones y la cháchara interna, con la mente y los ojos recorriendo el paraje, preguntándose con inquietud si llovería antes de regresar, se sentía uno como un intruso, no deseado allí; pero pronto era uno parte de aquello, parte de aquella encantada soledad. No había pájaros de ninguna clase; el aire estaba en completa calma, e inmóviles contra el cielo azul las copas de los árboles. La lozana pradera verde era el centro de este mundo y, sentado en una roca, uno formaba parte de aquel centro. No era imaginación; la imaginación es tontería. No era que tratase de identificarse con algo tan espléndidamente abierto y bello; la identificación es vanidad; ni que tratara de olvidarse o renegara de sí en esta intocada soledad de la naturaleza; toda negación para olvidarse a sí mismo es arrogancia. No era el impacto o la compulsión de tanta pureza; toda compulsión es la negación de la verdad. No podíais hacer nada

para ser, o tratar de ser parte de aquella totalidad. Pero formabais parte de ella, parte de la verde pradera, de la dura roca, del cielo azul y los majestuosos árboles. Era así. Podías recordarlo, pero entonces no formabais parte de eso, si volvíais allí, nunca lo encontraríais.

De pronto se oyeron las claras notas de una flauta; y por el sendero se aproximaba el tañedor, un sencillo muchacho. Nunca iba a ser un profesional, pero había gozo en su ejecución. Cuidaba las vacas. Era demasiado tímido para hablar, de modo que seguía tocando la flauta mientras bajábamos juntos por el sendero. Hubiera seguido hasta el fin del camino, pero era muy lejos y se volvió; pero las notas de la flauta seguían en el aire.

Eran marido y mujer, sin hijos, y relativamente jóvenes. Bajos y bien formados, constituían una pareja robusta y de aspecto sano. Ella miraba derechamente, pero él sólo lo hacía cuando no se le estaba mirando. Habían venido una o dos veces antes, y se notaba un cambio en ellos. En lo físico eran aproximadamente los mismos, pero había algo distinto en su mirada, en la manera de sentarse y en la actitud de sus cabezas; tenían el aire de personas que se estaban volviendo o ya se habían vuelto importantes. Como estaban fuera de su elemento habitual, se sentían un poco desconcertados, cohibidos, y parecían no estar muy seguros de por qué habían venido o qué iban a decir; empezaron pues a hablar de sus viajes y de otras cuestiones que para ellos no eran de gran importancia en las actuales circunstancias.

"Por supuesto" —dijo por fin el marido—, "creemos en los Maestros, pero por el momento no damos mucha importancia a todo eso. La gente no comprende, y convierte a los Maestros en salvadores, super**gurús**; y lo que decís sobre los **gurús** es perfectamente cierto. Para nosotros, los Maestros son nuestro propio yo superior; existen, no simplemente como cuestión de creencia, sino como un acontecimiento cotidiano de nuestro diario vivir. Guían nuestras vidas; instruyen y señalan el camino".

¿Hacia qué, señor, si se puede preguntar?

"Hacia los procesos evolutivos y más nobles de la vida. Tenemos cuadros de los Maestros, pero son meros símbolos, imágenes para que se detenga en ellas la mente, para traer algo más grande a nuestras vidas mezquinas. De lo contrario la vida se vuelve presuntuosa, vacua y muy superficial. Como hay líderes en los campos político y económico, así estos símbolos actúan como guías en el reino del pensamiento superior. Son tan necesarios como la luz de las tinieblas. No somos intolerantes con respecto a otros guías, otros símbolos; les damos la bienvenida a todos ellos, porque en estos tiempos de trastorno el hombre necesita toda la ayuda que pueda conseguir. No somos, pues, intolerantes; pero vos parecéis ser a la vez intolerante y más bien dogmático cuando negáis, desconocéis a los Maestros como guías, y rechazáis toda otra forma de autoridad. ¿Por qué insistís en que el hombre debe estar libre de autoridad? ¿Cómo podríamos existir en este mundo si no hubiera alguna especie de ley y orden, que al fin y al cabo se basan en la autoridad? El hombre pasa por dolorosas pruebas, y necesita de los que pueden ayudarlo y hondamente consolarlo".

¿Qué hombre?

"El hombre en general. Puede haber excepciones, pero el hombre común necesita alguna autoridad, un guía que lo lleve desde una vida sensorial a la vida del espíritu. ¿Por qué estáis contra la autoridad?"

Hay muchas clases de autoridad ¿no es así? Existe la autoridad del Estado, para lo que se llama el bien común. Hay la de la iglesia, del dogma y de la creencia, que se llama religión, para salvar al hombre del mal y ayudarlo a ser civilizado. Hay la autoridad de la sociedad, que es la autoridad de la tradición, de la codicia, la envidia, la ambición; y la autoridad del conocimiento o experiencia personales, que es el resultado de nuestro condicionamiento, de nuestra educación. Existe también la autoridad del especialista, la del talento, y la autoridad de la fuerza bruta, ya sea de un gobierno o de un individuo.

¿Por qué buscamos autoridad?

"Eso es bastante obvio ¿no? Como dije, el hombre necesita algo para guiarse. Como está confuso, naturalmente busca una autoridad que lo saque de su confusión".

Señor, ¿no estáis hablando del hombre como si fuera un ser distinto de vos mismo? ¿No buscáis también autoridad?

"Si, la busco".

¿Por qué?

"El físico sabe más que yo sobre la estructura de la materia, y si quiero aprender los hechos en ese campo, acudo a él. Si tengo un dolor de muelas voy al dentista. Si estoy interiormente confuso, cosa que sucede con frecuencia, busco la guía del yo superior, del Maestro, etc. ¿Qué mal hay en ello?"

Una cosa es ir al dentista, o seguir la derecha en la carretera, o pagar impuestos; pero ¿es esto lo mismo que aceptar la autoridad para librarse del dolor? Las dos cosas son del todo diferentes ¿verdad? ¿Se puede comprender y eliminar el dolor psicológico siguiendo la autoridad de otro?

"Con frecuencia, el psicólogo o el analista pueden ayudar a la mente desordenada y resolver sus problemas. En tales casos, la autoridad es evidentemente beneficiosa".

Pero ¿por qué acudís a la autoridad de lo que llamáis el yo superior o el Maestro?

"Porque estoy confuso".

¿Puede jamás buscar lo que es verdadero una mente confusa?

"¿Por qué no?"

Haga lo que hiciere, una mente contusa sólo puede hallar más confusión; su búsqueda del yo superior, y la respuesta que recibe, estarán de acuerdo con su estado confuso. Cuando hay claridad, termina la autoridad.

"Hay momentos en que mi mente es clara".

Decís, en efecto, que no estáis totalmente confuso, que hay una parte vuestra que es clara; y esta parte que se supone clara es lo que llamáis el yo superior, el Maestro, etc. No digo esto en forma despectiva. Más ¿puede haber una parte de la mente que sea confusa, y otra parte que no lo sea? ¿O es esta una mera expresión de deseo?

"Sólo sé que hay momentos en que no estoy confuso".

¿Puede la claridad conocerse a sí misma como no—confusa? ¿Puede la confusión reconocer la claridad? Si la confusión reconoce la claridad, entonces lo que se reconoce es aun parte de la confusión. Si la claridad se conoce a sí misma como un estado de no confusión, entonces es resultado de la comparación; se está comparando con la confusión, y así forma parte de la confusión.

"Lo que me decís es que estoy enteramente confuso, ¿no, señor? Pero precisamente eso no es así" —insistió—.

¿Sois consciente primero de la confusión o de la claridad?

"¿No es eso como preguntar quién vino primero, si el huevo o la gallina?"

De ninguna manera. Cuando sois feliz no os dais cuenta de ello; es sólo cuando la felicidad no está allí, que la buscáis. Cuando os dais cuenta de que sois feliz, en aquel momento mismo cesa la felicidad. Al esperar que el **Atman** —la supermente, el Maestro o como lo llaméis— aclare vuestra confusión, actuáis partiendo de la confusión; vuestra acción es resultado de una mente condicionada, ¿verdad?

"Tal vez".

Como estáis confuso, buscáis o establecéis una autoridad para aclarar esa confusión, cosa que sólo sirve para empeorar las cosas.

"Sí" —reconoció de mala gana—.

Si veis la verdad de esto, entonces vuestro único interés es aclarar vuestra confusión, y no el establecer una autoridad, cosa que carece de sentido.

"Pero ¿cómo puedo yo disipar mi confusión?"

Siendo realmente honesto en vuestra confusión. Reconocer ante sí mismo que uno está totalmente confuso es el comienzo de la comprensión.

"Pero yo tengo una posición que mantener" —dijo impulsivamente—.

Ahí está, justamente, tenéis una posición de conductor, y el conductor está tan confuso como los que le siguen. Lo mismo pasa en todo el mundo. Partiendo de su confusión, el seguidor o el discípulo escoge al líder, al maestro, al **gurú**; por eso la confusión prevalece. Si realmente deseáis estar libre de confusión, entonces ese es vuestro interés primario, y ya no tiene ninguna importancia el mantener una posición. Pero habéis estado haciendo este juego del escondite con vos mismo durante algún tiempo. ¿No es cierto, señor?

"Creo que sí".

Todos quieren ser alguien, y así traemos más confusión y dolor sobre nosotros mismos y sobre otros; ¡y sin embargo hablamos de salvar al mundo! Tiene uno que clarificar primero su propia mente, y no preocuparse de la confusión de otros.

Hubo una larga pausa. Entonces, la esposa, que había estado escuchando en silencio, habló con cierto tono de resentimiento:

"Pero nosotros queremos ayudar a otros, y hemos dedicado nuestras vidas a ello. No podéis quitarnos este deseo, después de toda la buena labor que hemos hecho. Sois demasiado destructivo, demasiado negativo. Quitáis, pero ¿qué dais? Podéis haber encontrado la verdad, pero nosotros, no; somos buscadores y tenemos derecho a nuestras convicciones".

Su esposo la miraba con cierta ansiedad, preguntándose adónde iría a parar, pero ella prosiguió sin inmutarse.

"Después de trabajar todos estos años, nos hemos creado una posición en nuestra organización; por primera vez tenemos oportunidad de ser conductores, y es nuestro deber aprovecharla".

¿Lo creéis así?

"Con toda seguridad lo creo".

Entonces no hay problema. No estoy tratando de convenceros de nada, ni de convertiros a un determinado punto de vista. Pensar partiendo de una convicción o conclusión no es pensar en absoluto; y la vida es entonces una forma de muerte, ¿no es así?

"Sin nuestras convicciones, la vida para nosotros estaría vacía. Nuestras convicciones han hecho de nosotros lo que somos; creemos en ciertas cosas, que han llegado a formar parte de nuestra misma constitución".

¿Tanto si tienen validez como si no la tienen? ¿Tiene alguna validez una creencia?

"Hemos considerado largamente nuestras creencias, y hemos visto que tras de ellas está la verdad".

¿Cómo descubrís la verdad de una creencia?

"Sabemos si hay o no hay una verdad subyacente en una creencia" —replicó con vehemencia—.

Pero ¿cómo lo sabéis?

"Por nuestra inteligencia, nuestra experiencia, y, desde luego, por la prueba de nuestra vida diaria".

Vuestras creencias se basan en vuestra educación, vuestra cultura. Son el resultado de vuestro trasfondo, de la influencia social, paternal, religiosa y tradicional ¿no es así?

"¿Qué mal hay en ello?"

Cuando la mente ya está condicionada por un conjunto de creencias, ¿cómo puede encontrar jamás la verdad sobre ellas? Seguramente, la mente debe ante todo librarse de sus creencias y sólo entonces puede percibirse la verdad sobre ellas. Es tan absurdo que un cristiano se burle de las creencias y dogmas del hinduismo, como lo es que un hindú ridiculice el dogma cristiano que afirma que sólo uno puede salvarse mediante cierta creencia, porque ambos van en el mismo barco. Para comprender la verdad con respecto a la creencia, la convicción, el dogma, tiene uno primero que estar libre de todo condicionamiento como cristiano, comunista, hindú, musulmán o lo que queráis. De lo contrario estaréis meramente repitiendo lo que se os haya dicho.

"Pero la creencia que se basa en experiencia es cuestión distinta" —afirmó ella—.

¿Lo es? La creencia proyecta experiencia, y éste entonces refuerza la creencia. Nuestras visiones son resultado de nuestro condicionamiento, tanto religioso como no religioso. Es así ¿verdad?

"Señor, lo que decís es demasiado devastador" —dijo como reproche—. "Somos débiles, no podemos sostenernos sobre nuestros propios pies, y necesitamos el apoyo de nuestras creencias".

Al insistir en que no podéis sosteneros sobre vuestros propios pies, evidentemente os estáis debilitando; y entonces os dejáis explotar por el explotador que habéis creado.

"Pero necesitamos ayuda".

Cuando no la buscáis, la ayuda llega. Puede venir de una hoja, de una sonrisa, del gesto de un niño, o de cualquier libro. Pero si dais importancia absoluta al libro, a la hoja, a la imagen, entonces estáis perdida, porque estaréis presa en la cárcel de vuestra propia creación.

Ahora se había calmado ya un poco, pero aun le preocupaba algo. El marido estaba también a punto de hablar, pero se contenía. Todos aguardábamos en silencio, y poco después habló ella.

"Por todo lo que habéis dicho, parece que consideráis el poder como cosa mala. ¿Por qué? ¿Qué hay de malo en ejercer poder?"

¿Qué entendéis por poder? El dominio de un Estado, de un grupo, de un **gurú**, de un líder, de una ideología; la presión de la propaganda, mediante la cual los hábiles y los astutos ejercen su influencia sobre la llamada masa, ¿es esto lo que entendéis por "poder"?

"En cierto modo, sí. Pero existe el poder de hacer bien, lo mismo que el de hacer mal".

El poder, en el sentido de ascendiente, dominación, influencia forzada sobre otro, es malo siempre; no hay poder "bueno".

"Pero hay personas que buscan poder para el bien de su país, o en nombre de Dios, de la paz, de la hermandad, ¿no?"

Las hay, desgraciadamente. Si puedo preguntarlo, ¿estéis buscando poder?

"Sí" —replicó en tono de desafío—. "Pero sólo para hacer bien a otros".

Eso es lo que dicen todos, desde el tirano más cruel hasta el político llamado democrático; desde el **gurú** hasta los padres irritados.

"Pero nosotros somos distintos. Como hemos sufrido tanto nosotros mismos, queremos ayudar a otros a eludir las trampas en que hemos caído. La gente es como niños, hay que ayudarles por su propio bien. Realmente queremos hacer el bien".

¿Sabéis lo que es el bien?

"Creo que la mayoría de nosotros sabemos lo que es el bien: no hacer daño, ser buenos, generosos, abstenernos de matar, y no preocuparnos de nosotros mismos".

En otra, palabras, queréis decir a la gente que sea generosa de corazón y de mano; pero ¿requiere esto una vasta organización en el país, con la posibilidad de que uno de vosotros pueda llegar a ser su jefe?

"El que lleguemos a dirigirla es sólo para mantener la organización en marcha por el buen camino, y no por causa del poder personal".

¿Es tan diferente del poder personal el tener poder en una organización? En ambos casos queréis disfrutar del prestigio, de las oportunidades que brinda para viajar, de la sensación de ser importante, etc. ¿Por qué no ser sinceros acerca de esto? ¿Por qué disfrazar todo esto de respetabilidad? ¿Por qué usar muchas palabras nobles para encubrir vuestro deseo de éxito y de reconocimiento, que es lo que quieren la mayor parte de los seres humanos?

"Sólo queremos ayudar a la gente" —insistió ella—.

¿No es extraño que uno se niegue a ver las cosas como son?

"Señor" —intervino el marido— "no creo que comprendáis nuestra situación. Somos personas comunes, y no pretendemos ser nada más; tenemos nuestras faltas y honestamente admitimos nuestra ambición. Pero aquellos que respetamos, y que han sido sabios en muchos aspectos, nos han pedido que aceptemos esta posición, y si no lo hiciéramos caería en peores manos, en las manos de personas enteramente interesadas en sí mismas. Creemos, pues, deber aceptar nuestra responsabilidad, aunque realmente no seamos dignos de ella. Sinceramente espero que comprendáis".

¿No debéis más bien comprender vosotros lo que estáis haciendo? Os interesan las reformas, ¿verdad?

"¿A quién no le interesa? Los grandes líderes y maestros, pasados y presentes, se han interesado siempre en las reformas. Los ermitaños o los **sannyasis** aislados son poco útiles a la sociedad".

Las reformas, aunque sean necesarias, no son de mucha importancia si no se considera la totalidad del hombre. El cortar unas cuantas ramas muertas no hace sanar el árbol si las raíces están enfermas. Las meras reformas siempre necesitan más reformas. Lo necesario es una revolución total en nuestro pensar.

"Pero la mayoría de nosotros no somos capaces de semejante revolución, y el cambio fundamental tiene que producirse gradualmente, por los procesos evolutivos. Nuestra aspiración es ayudar en este cambio gradual, y hemos dedicado nuestras vidas al servicio del hombre. ¿No deberíais ser más tolerante de las debilidades humanas?"

La tolerancia no es compasión, es una cosa creada por la astucia de la mente. La tolerancia es la reacción de la intolerancia; pero ni el tolerante ni el intolerante serán nunca compasivos. Sin amor, toda la llamada buena acción sólo puede conducir a mayor daño y desdicha. Una mente ambiciosa, que busca poder, no conoce el amor, y nunca será compasiva. El amor no es reforma, sino acción total.

ATENCIÓN SIN MOTIVO

En la estrecha senda sombreada entre dos jardines, tocaba la flauta un muchacho; era un instrumento barato, de madera, y tocaba un popular aire del cine, pero la pureza de las notas llenaba el espacio en aquel caminito. Las blancas paredes de las casas habían sido lavadas por las recientes lluvias, y en aquellos muros danzaban las sombras al son de la flauta. Era una mañana de sol; en el cielo azul había blancas nubes dispersas, y del norte soplaba una agradable brisa. Más allá de las casas y los jardines estaba la aldea, con enormes árboles que se cernían sobre las cabañas con techo de bálago. Bajo aquellos árboles, unas mujeres vendían pescado, algunas hortalizas y manjares fritos. Niños pequeños jugaban en el estrecho camino y otros aun más pequeños utilizaban la cuneta como retrete, sin preocuparse de las personas mayores ni de los vehículos que pasaban. Había muchas cabras, y sus pequeños cabritos, negros y blancos, estaban más limpios y aun más animados que los niños. Eran muy suaves al tacto y les gustaba ser acariciados. Pasando bajo los alambres de púas de su recinto, corrían a través del camino hasta un pequeño espacio abierto, mordisqueaban la hierba, retozaban por allí, se topaban unos a otros, saltaban en el aire con abandono, y luego regresaban corriendo a sus madres. Los vehículos aminoraban su marcha para eludirlos, y ninguno era atropellado. Parecían tener la protección divina... sólo para ser matados y comidos.

Pero el tañedor de flauta estaba allí entre el verde follaje y las claras notas invitaban a salir al aire libre. El muchacho estaba sucio, con ropas rasgadas y sin lavar, y su aspecto era agresivamente severo y lastimoso. Nadie le había enseñado a tocar la flauta ni nadie le enseñaría nunca; había aprendido como podía, y al ir terminando la tonada, la pureza de las notas era extraordinaria. Era extraño que la mente flotase sobre aquella pureza. Alejándose un poco, continuaba a través de los árboles, sobre las casas y hacia el mar. Su movimiento no era en el tiempo y el espacio, sino en pureza. La palabra "pureza" no es la pureza; la palabra está ligada al recuerdo y a la asociación de muchas cosas. Esta pureza no era invención de la mente; no era una cosa

concebida, sólo para ser destruida por el recuerdo y la comparación. El tañedor de flauta estaba allí, pero la mente se hallaba infinitamente alejada dentro de sí misma, clara, intacta, sola, más allá de la medida del tiempo y del reconocimiento.

La pequeña pieza daba a un jardincito lleno de flores, con un poquito de césped. Teníamos justamente espacio para nosotros cinco y para el niño que había traído uno. El niño estuvo sentado quieto un ratito, y luego se levantó y salió. Quería jugar, y la conversación de los mayores no estaba a su alcance; pero tenía un aire de seriedad. Cada vez que entraba, se sentaba junto a uno de los hombres, que resultó ser su padre, y sus manos se tocaban; luego se quedó dormido, tomado de un dedo de su padre.

Todos eran hombres activos, evidentemente capaces y enérgicos. Sus respectivas profesiones de abogado, funcionario del gobierno, ingeniero y trabajador social eran, excepto en éste último, sólo medios de ganarse la vida. Su verdadero interés estaba en otra parte, y todos ellos parecían reflejar la cultura de muchas generaciones.

"Sólo me ocupo de mí mismo" —dijo el abogado— "pero no en el sentido estrecho, personal, del autoperfeccionamiento. El caso es que sólo yo puedo superar la barrera de siglos y dar libertad a mi mente. Estoy dispuesto a escuchar, razonar, discutir, pero abomino de toda influencia. La influencia, bien mirado, es propaganda, y ésta última es la forma más estúpida de compulsión. Leo mucho, pero constantemente me vigilo para cuidar de no caer bajo la influencia del pensamiento del autor. He asistido a muchas de vuestras pláticas y discusiones, señor, y estoy de acuerdo con vos en que cualquier forma de compulsión impide comprender. Cualquiera que sea persuadido, consciente o inconscientemente, a pensar en determinado sentido, por aparentemente beneficioso que sea, tiene que acabar en alguna forma de frustración, porque su realización se ajusta a la modalidad de otro, y así nunca puede realmente llegar a realizarse".

¿No somos acaso influidos por una cosa u otra, la mayor parte del tiempo? Puede uno ser inconsciente de la influencia, pero ¿no está siempre presente en muchas formas sutiles? ¿No es el pensamiento mismo producto de la influencia?

"Los cuatro hemos hablado muchas veces sobre este asunto" —respondió el funcionario— "y aún no lo vemos bien claro, pues de lo contrario no estaríamos aquí. Personalmente, he visitado a muchos maestros en su **ashramas**, por todo el país; pero, antes de encontrarme con el maestro, trato de reunirme con los discípulos, para ver hasta qué punto han sido meramente influidos hacia una vida mejor. Algunos de los discípulos se escandalizan por esta actitud, y no pueden comprender por qué no quiero ver primero al **gurú**. Están casi por completo bajo el talón de la autoridad. Y las **ashramas**, en particular las grandes, a veces están muy eficientemente dirigidas, como cualquier oficina o taller. La gente entrega todas sus propiedades y posesiones a la autoridad central, y entonces se quedan en la **ashrama**, bajo guía, durante el resto de sus vidas. Os sorprendería la clase de personas que se encuentra uno allí, toda una selección típica de la sociedad: administradores del gobierno retirados, hombres de negocios que han hecho fortuna, algunos profesores, etc. Y todos ellos están dominados por la llamada influencia espiritual del **gurú**. ¡Es patético, pero es así!"

¿Se limita a la **ashrama** la influencia o compulsión? El héroe, el ideal, la utopía política, el futuro como símbolo de la realización o del llegar a ser algo: ¿no ejercen estas cosas su sutil influencia sobré cada uno de nosotros? ¿Y no tiene la mente que librarse también de esta clase de compulsión?

"Nosotros no vamos tan lejos" —dijo el trabajador social—, "permanecemos prudentemente dentro de ciertos límites, porque, de lo contrario, podría haber completo caos".

Desechar la compulsión en una forma sólo para aceptarla en otra más sutil parece un empeño vano, ¿no es así?

"Queremos ir paso a paso, comprendiendo sistemática y completamente una forma de compulsión tras otra", dijo el ingeniero.

¿Es posible jamás tal cosa? ¿No tiene que acometerse la compulsión o la influencia como un todo, y no poco a poco? Al tratar de desechar una presión tras otra, ¿no está en este mismo proceso el sostenimiento de aquello que tratáis de descartar, quizás en un nivel distinto? ¿Puede uno desembarazarse de la envidia poco a poco? ¿No sostiene a la envidia el esfuerzo mismo?

"Para construir cualquier cosa, hace falta tiempo. No se puede levantar un puente de golpe. Se necesita tiempo para todo: para que la semilla dé fruto, y para que el hombre madure".

En ciertas cosas el tiempo es necesario, evidentemente. Realizar una serie de acciones, o moverse en el espacio de acá para alta, lleva tiempo. Pero, salvo cronológicamente, el tiempo es un juguete de la mente, ¿verdad? El tiempo se utiliza como medio para conseguir, para llegar a ser algo, positiva o negativamente; el tiempo existe en la comparación. El pensamiento: "Soy esto y llegaré a ser aquello", es la manera de actuar del tiempo. El futuro es el pasado modificado, y el presente llega a ser simplemente un movimiento o pasaje desde el pasado hacia el futuro, y por eso tiene escasa importancia. El tiempo como medio de lograr tiene

enorme influencia, ejerce la presión de siglos de tradición. ¿Se ha de comprender poco a poco este proceso de atracción y compulsión, que es a la vez negativo y positivo, o hay que verlo como un todo?

“Si se me permite interrumpir, me gustaría proseguir con lo que estaba diciendo al principio —protestó el abogado—. Ser influido es no pensar en absoluto y es por eso que sólo me intereso por mí mismo, aunque no en un sentido egocéntrico. Si puedo ser personal, he leído algunas de las cosas que habéis dicho sobre la autoridad, y yo estoy trabajando en el mismo sentido. Por esta razón, ya no me acerco nunca a los diversos maestros. La autoridad —no en el sentido civil o legal— debe ser eludida por un hombre inteligente”.

¿Os interesáis meramente en libraros de la autoridad externa, de la influencia de los diarios, libros, maestros, etc.? ¿No debéis también estar libre de toda forma de compulsión interna, de las presiones de la mente misma, no simplemente de la superficial, sino de la mente profunda, subconsciente? Y ¿es esto posible?

“Esa es una de las cosas que deseaba hablar con vos. Si estamos un poco atentos, es relativamente fácil observar y librarse de la huella hecha en la mente consciente por las pasajeras influencias y presiones de fuera; pero el condicionamiento y la influencia de lo inconsciente es un problema muy difícil de comprender”.

El inconsciente es resultado —¿verdad?— de innumerables influencias y compulsiones, tanto autoimpuestas como impuestas por la sociedad.

“Con toda seguridad él es influido por la cultura de la sociedad en que uno se ha criado; pero no estoy nada seguro de si este condicionamiento es total o sólo fragmentario”.

¿Queréis descubrirlo?

“Claro que sí, por eso estoy aquí”.

¿Cómo vamos a descubrir? El “cómo” es el proceso de la indagación, no es la búsqueda de un método. Si buscamos un método, entonces ha terminado la investigación. Es bastante obvio que la mente es influida educada, moldeada, no sólo por la cultura presente, sino por siglos de cultura. Lo que tratamos de descubrir es si sólo es así influida y condicionada parte de la mente, o la totalidad de la conciencia.

“Sí, esa es la cuestión”.

¿Qué entendemos por conciencia? Motivo y acción; deseo, realización y frustración; temor y envidia; tradición, herencia racial y las experiencias del individuo basadas en el pasado colectivo; el tiempo como pasado y futuro: todo esto es la esencia de la conciencia, el centro mismo de ella, ¿verdad?

“Sí; y percibo bien su vasta complejidad”.

¿Percibimos por nosotros mismos la naturaleza de la conciencia, o somos influidos por la descripción que de ella hace otro?

“Para hablar honestamente, las dos cosas. Yo percibo la naturaleza de mi propia conciencia, pero ayuda el tener una descripción de ella”.

¡Qué arduo es estar libre de influencia! Dejando de lado la descripción ¿podemos ver la naturaleza de la conciencia, y no meramente teorizar sobre ella o complacernos en las explicaciones? ¿Es importante hacer esto, ¿no es así?

“Supongo que si” —asintió el funcionario en forma vacilante—. El abogado estaba absorto en sus propios pensamientos.

Ver por sí mismo la naturaleza de la conciencia es una experiencia del todo distinta de la de reconocer su naturaleza por una descripción.

“Claro que sí” —replicó el abogado, de nuevo atento a la escena—. “Una es la influencia de las palabras, y la otra, la experimentación directa de lo que se está realizando”.

El estado de experimentación directa es atención sin motivo. Cuando existe el deseo de conseguir un resultado, hay experimentación con un motivo, que sólo conduce a un nuevo condicionamiento de la mente. Aprender, y aprender con un motivo, son dos procesos contradictorios ¿verdad? ¿Aprendemos cuando hay un motivo para aprender? La acumulación de conocimientos, o la adquisición de técnica, no es el movimiento del aprender. El aprender es un movimiento que no se aleja o se acerca a algo; cesa cuando hay acumulación de conocimiento con el fin de ganar, de conseguir, de llegar. Ver la naturaleza de la conciencia, aprender sobre ella, es sin motivo; no existe el experimentar, ni el ser enseñado, cuando el objeto es ser o no ser algo. Tener un motivo, una causa, siempre produce presión, compulsión.

“¿Debemos entender, señor, que la verdadera libertad existe sin una causa?”

Por supuesto. La libertad no es una reacción contra la esclavitud; cuando lo es, entonces esa libertad se convierte en otra esclavitud. Por eso es muy importante descubrir si tiene uno un motivo para ser libre. Si uno lo tiene, entonces el resultado no es libertad, sino meramente lo opuesto de **lo que es**.

“Entonces el percibir la naturaleza de la conciencia, que implica la experimentación directa de ello sin motivo alguno, es ya una liberación de la mente con respecto a la influencia. ¿Es eso?”

¿No es así? ¿No habéis hallado que un motivo invita la influencia, la coerción, la conformidad? Para que la mente esté libre de la presión, agradable o desagradable, tiene que disiparse todo motivo, por sutil o noble que sea —pero no por ninguna forma de compulsión, disciplina o represión, que sólo producirá otra clase de esclavitud—.

"Ya veo" —prosiguió el abogado—. "La conciencia es todo un complejo de motivos interrelacionados. Para comprender este complejo tiene uno que palparlo, aprender sobre él sin ningún nuevo motivo; porque todos los motivos producen inevitablemente alguna clase de influencia, de presión. Cuando existe un motivo de alguna clase de influencia, de presión. Cuando existe un motivo de cualquier clase, no hay libertad. Empiezo a comprender esto muy claramente".

"Pero ¿es posible actuar sin motivo?" —preguntó el trabajador social—. "A mí me parece que el motivo es inseparable de la acción".

¿Qué entendéis por acción?

"La ciudad necesita limpieza, hay que educar a los niños, hay que imponer la ley, realizar reformas, etc. Todo eso es acción, y tras ello hay desde luego alguna clase de motivo. Si es errónea la acción can un motivo, entonces ¿cuál es la acción correcta?"

El comunista cree que el suyo es el modo correcto de vivir; lo mismo le pasa al capitalista y al hombre llamado religioso. Los gobiernos tienen planes quinquenales o decenales, e imponen cierta legislación para llevarlos a cabo. El reformador social concibe una manera de vivir, e insiste en que ésta es la acción correcta. Los padres, todo maestro, imponen la tradición y la atención. Hay innumerables organizaciones políticas y religiosas, cada una con su jefe, y cada una con poder, tosco o sutil para imponer lo que llama acción correcta.

"Sin todo esto, habría caos, anarquía".

No condenamos ni defendemos ningún modo de vivir, ningún líder ni maestros; tratamos de comprender, a través de este laberinto, lo que es la recta acción. Todos estos individuos y organizaciones, con sus propuestas y contrapropuestas, tratan de influir sobre el pensamiento en tal o cual dirección, y lo que algunos llaman acción correcta, es considerado por otros como acción errónea. Es así ¿verdad?

"Sí, hasta cierto punto" —reconoció el trabajador social—. "Pero aunque sea evidentemente incompleta, fragmentaria, nadie cree que la acción política, por ejemplo, sea en sí misma correcta o incorrecta; es simplemente una necesidad. Entonces, ¿qué es la acción correctas"

El tratar de reunir todas estas ideas en conflicto no contribuye a la recta acción, ¿verdad?

"Claro que no".

Frente a la confusión en que se encuentra el mundo, el individuo reacciona de distintas maneras; sostiene que primero tiene que comprenderse a sí mismo, que tiene que purificar su propio ser, etc.; o bien se vuelve reformador, doctrinario, político, tratando de influir sobre las mentes de los otros para que se adapten a una norma determinada. Mas el individuo que así reacciona ante la confusión y desorden social, sigue formando parte de él; como su acción es realmente una reacción, sólo puede producir confusión en otras formas. Nada de esto es acción recta. Por cierto, la acción recta es la total, no es fragmentaria ni contradictoria; y es sólo la acción total la que puede responder adecuadamente a todas las exigencias políticas y sociales.

"¿Qué es esta acción total?"

¿No tenéis que descubrir eso vos mismo? Si se os dice lo que es, y estáis de acuerdo o en desacuerdo, esto sólo conducirá a otra acción fragmentaria, ¿no es así? La actividad reformadora dentro de la sociedad, y la actividad por parte del individuo, opuesta o separada de la sociedad, es acción incompleta. La acción total está más allá de estas dos, y esa acción total es amor.

EL VIAJE POR UN MAR INCÓGNITO

El sol acababa de ponerse detrás de los árboles y las nubes, y el dorado resplandor llegaba a través de una ventana de la gran sala llena de gente que escuchaba la música de un instrumento de ocho cuerdas, acompañado por un tamborcito. Casi todos seguían la música completamente absortos, especialmente una muchacha de vestido festivo que estaba sentada como una estatua, llevando perfectamente el compás, que marcaba golpeando suavemente el muslo con la mano. Era el único movimiento que hacía; con la cabeza erguida y los ojos clavados en el hombre del instrumento, se olvidaba ella de todo lo que la rodeaba. Otros varios oyentes marcaban el compás con las manos o las cabezas. Todos ellos estaban como en éxtasis, y había dejado de existir el mundo de las guerras, de los políticos y de las preocupaciones.

Afuera, la luz se iba disipando, y las flores que sólo unos minutos antes lucían vivos colores habían desaparecido en la creciente oscuridad. Los pájaros estaban ya quietos, y uno de esos pequeños mochuelos

iniciaba su llamada. Alguien voceaba desde una casa que estaba al otro lado del camino; entre los árboles podían verse algunas pocas estrellas, y, apenas visible en el blanco muro del jardín, una lagartija se arrastraba cautelosamente hacia un insecto. Pero la música retenía la atención del auditorio. Era una música pura y sutil, con gran profundidad de belleza y sentimiento. De pronto calló el instrumento de cuerda, y siguió el pequeño tambor; hablaba con una claridad y precisión que eran realmente del todo increíbles. Las manos eran asombrosamente suaves y ágiles al golpear contra ambos lados del pequeño tambor, cuyo sonido decía más que la turbulenta charla de los hombres. Aquel tambor, si se le pidiera, podría enviar apasionados mensajes con vigor y énfasis; pero ahora hablaba serenamente de muchas cosas, y la mente se dejaba llevar sobre las ondas de su sonido.

Cuando la mente va en el vuelo del descubrimiento, la imaginación es cosa peligrosa. La imaginación no tiene lugar en la comprensión; destruye a ésta lo mismo que la destruye la especulación. La especulación y la imaginación son los enemigos de la atención. Pero la mente se daba cuenta de esto, y así no había huida de la cual tuviera que sustraérsela. La mente estaba en perfecta calma; y sin embargo ¡cuán veloz era! Se había trasladado a los confines de la tierra y ya estaba de vuelta, aun antes de haber iniciado su viaje. Era más rápida que lo mas rápido, y sin embargo podía ser lenta, tan lenta que no se le escapaba un detalla. La música, el auditorio, la lagartija, eran sólo un breve movimiento dentro de ella. Estaba perfectamente silenciosa y, por estar así, era unitotal. Su silencio no era el de la muerte, ni era algo concebido por el pensamiento, forzado y traído por la vanidad del hombre. Era un movimiento que trascendía la medida del hombre, un movimiento que no era del tiempo, que no tenía ir y volver, sino que estaba con las desconocidas profundidades de la creación.

Tendría unos cuarenta años o más, y era bastante corpulento. Se había educado en el extranjero. Con calma, mediante ciertos rodeos, dio a entender que conocía a todas las personas importantes. Se ganaba la vida escribiendo para los diarios sobre cuestiones serias y dando conferencias por todo el país, y también tenía alguna otra fuente de ingresos. Parecía haber leído mucho, y le interesaba la religión, como a la mayoría de las personas, añadió.

"Tengo un **gurú** personal, y acudo a él con toda la regularidad posible, pero no soy uno de esos seguidores ciegos. Como viajo bastante, me he encontrado con muchos maestros, desde el extremo Norte hasta la parte más meridional del país. Algunos son evidentemente farsantes, con un barniz de conocimiento libresco ingeniosamente disfrazado de experiencia propia. Hay otros que han meditado durante años, que practican varias formas de yoga, etc. Unos pocos están muy avanzados, pero la mayoría de ellos son tan superficiales como cualquier otra clase de especialistas. Conocen su limitado tema, y están satisfechos con eso. Hay **ashramas** cuyos instructores espirituales son eficientes, capaces, categóricos y completamente autocráticos, llenos de su propio ego sublimado. Os digo todo esto, no como murmuración, sino para indicar que busco seriamente la verdad y que soy capaz de discernimiento. He asistido a algunas de vuestras pláticas, cuando el tiempo me lo ha permitido; y, aunque tengo que escribir para vivir y no puedo emplear todo mi tiempo en la vida religiosa, soy del todo serio en esto".

Si se puede preguntar ¿qué significado le dais a esa palabra: "serio"?

"No bromeo con las cosas religiosas, y realmente quiero hacer vida religiosa. Fijo cierta hora del día para meditar y consagro todo el tiempo que puedo a profundizar mi vida interna. Soy muy serio en esto".

La mayoría de las personas son serias acerca de algo ¿no es así? Son serias con respecto a sus problemas, a la realización de sus deseos, con respecto a su posición en la sociedad, a su aspecto, sus diversiones, su dinero, etcétera.

"¿Por qué me comparáis con otros" —preguntó un poco ofendido—.

No desprecio vuestra seriedad, pero cada uno de nosotros es serio en lo que se refiere a sus intereses particulares. Un hombre vano es serio en su propia estimación; los poderosos son serios acerca de su importancia e influencia.

"Pero yo soy sensato en mis actividades y muy serio en mis esfuerzos para llevar una vida religiosa".

¿Contribuye a la seriedad el deseo de algo? Si contribuye, entonces prácticamente todos son serios, desde el astuto político hasta el más exaltado santo. El objeto del deseo puede ser mundano o no; pero todo el que persigue algo es serio, ¿no es así?

"Seguramente hay una diferencia" —replicó algo irritado— "entre la seriedad del político o del que quiere hacer dinero, y la de un hombre religioso. La seriedad de este último tiene una calidad enteramente distinta".

¿La tiene? ¿Qué entendéis por hombre religioso?

“El hombre que busca a Dios. Al ermitaño o al **sannyasi** que ha renunciado al mundo para encontrar a Dios, yo lo llamarla verdaderamente serio. La seriedad de los otros, incluso del artista y del reformador, está en una categoría completamente diferente”.

¿Es verdaderamente serio el hombre que busca a Dios? ¿Cómo puede buscar a Dios si no lo conoce? Y si conoce al Dios que busca, lo que conoce es sólo lo que se le ha dicho, o lo que ha leído; o bien, se basa en su experiencia personal, que también está conformada por la tradición y por su propio deseo de hallar seguridad en otro mundo.

“¿No estéis siendo un poco demasiado lógico?”

Tenemos, seguramente, que comprender el mecanismo de la mente creadora de mitos, antes de que pueda experimentarse aquello que está más allá del alcance de la mente. Hay que estar libre de lo conocido para que lo desconocido sea. Lo desconocido no puede ser perseguido, buscado. ¿Es serio el que persigue una proyección de su propia mente, aunque a esta proyección se la llame Dios?

“Si lo presentáis así, ninguno de nosotros es serio”.

Somos serios cuando buscamos lo que es agradable, satisfactorio.

“¿Qué mal hay en ello?”

No es malo ni bueno, sino simplemente una cuestión de hecho. ¿No es esto lo que de hecho está ocurriendo con cada uno de nosotros?

“Yo sólo puedo hablar de mi mismo, y no creo que esté buscando a Dios para mi propia satisfacción. Me abstengo de muchas cosas, lo cual no es exactamente un placer”.

Os negáis ciertas cosas con miras a una mayor satisfacción, ¿no es así?

“Pero buscar a Dios no es cuestión de satisfacción” —insistió—.

Puede uno ver la insensatez de perseguir cosas mundanas, o verse frustrado en el esfuerzo para lograrlas, o desistir por el dolor y la lucha que implica tal consecución; y entonces nuestra mente se vuelve hacia otra mundanalidad, a la búsqueda de un gozo o una gloria que se llama Dios. En el proceso mismo de la autonegación, está su satisfacción. Después de todo, estéis buscando alguna forma de permanencia, ¿no es eso?

“Todos la buscamos; esa es la naturaleza humana”.

No estáis pues buscando a Dios, o a lo desconocido, aquello que está por encima y más allá de lo transitorio, más allá de la pugna y del dolor. Lo que realmente estáis buscando es un estado permanente de imperturbable satisfacción.

“Presentándolo tan crudamente, parece terrible”.

Pero es el hecho efectivo, ¿verdad? Es en la esperanza de alcanzar satisfacción total que vamos de un instructor a otro, de una a otra religión, de un sistema a otro. En eso somos muy serios.

“Admitido” —dijo sin convicción—.

No es cuestión, señor, de admisión ni de conformidad verbal. Es un hecho que todos somos serios en nuestra búsqueda de contento, de honda satisfacción, por mucho que varíe el modo de lograrlos. Podéis disciplinaros para adquirir poder y posición en este mundo, mientras que yo puedo practicar rigurosamente ciertos métodos en la esperanza de alcanzar lo que se llama un estado espiritual, pero la motivación en cada caso es esencialmente la misma. Un empeño puede no ser tan dañoso, socialmente, como el otro, pero ambos buscamos satisfacción, la continuación de ese centro que está siempre pidiendo éxito, ser o llegar a ser algo.

“¿Estoy realmente tratando de ser algo?”

¿No tratáis, acaso?

“No me preocupo de que se me conozca como escritor, pero quiero en efecto que las personas importantes acepten las ideas o principios sobre los que escribo”.

¿No os estáis identificando con esas ideas?

“Creo que si. Uno tiende, a pesar de sí mismo, a utilizar las ideas como medio para la fama”.

Ahí está justamente, señor. Si podemos pensar sencilla y directamente sobre eso, se aclarará la situación. La mayoría de nosotros nos interesamos, tanto externa como internamente, en nuestro propio progreso. Pero es muy arduo percibir los hechos sobre uno mismo tal como son, y no como uno quisiera que fuesen; exige una percepción imparcial, sin la memoria reconocedora de lo bueno y lo malo.

“Ciertamente que no estaréis condenando totalmente la ambición ¿verdad?”

Examinar **lo que es**, no es condenar ni justificar. La autorrealización, en cualquier forma que sea, es evidentemente la perpetuación de este centro que se esfuerza en ser o en llegar a ser algo. Podéis querer haceros famoso por vuestros escritos, y yo puedo querer alcanzar lo que llamo Dios o la realidad, lo cual tiene sus propios beneficios, conscientes o inconscientes. A vuestro empeño se le llama mundano, y al mío religioso o espiritual; pero, prescindiendo de los rótulos, ¿hay tanta diferencia entre ambos? El objeto del deseo puede

variar pero el motivo fundamental es el mismo. La ambición de realizar o de llegar a ser algo tiene siempre en su seno la semilla de la frustración, del temor y del dolor. Esta actividad egocéntrica es la naturaleza misma del egoísmo, ¿no es así?

"¡Cielos! ¡Me estáis despojando de todo!: de mis vanidades, de mi deseo de ser famoso, hasta de mi intención de lanzar algunas ideas que valgan la pena. ¿Qué haré cuando todo esto se haya ido?"

Vuestra pregunta indica que **nada** se ha ido ¿no es cierto? Nadie puede quitaros, interiormente, lo que no queréis abandonar. Continuaréis en vuestro camino hacia la fama, que es el camino del dolor, de la frustración, del miedo.

"A veces quiero en efecto dejar todo este putrefacto asunto, pero la resistencia es fuerte". Su tono se había vuelto ansioso y serio. "¿Qué es lo que me llevará a emprender ese camino?"

¿Hacéis esta pregunta en serio?

"Creo que sí. ¿Supongo que será el dolor?"

¿El dolor es el camino de la comprensión? ¿O es que el dolor existe porque no hay comprensión? Si examinarais todo el ansia de llegar a ser algo, y el sendero de la realización, no simplemente de manera intelectual, sino hondamente, entonces surgiría la inteligencia, la comprensión, y destruida la raíz del dolor. Pero el dolor no trae comprensión.

"¿Cómo es eso, señor?"

El dolor es resultado de una conmoción, es la sacudida temporal de una mente que ha establecido, que ha aceptado la rutina de vida. Sucede algo: una muerte, la pérdida de un empleo, la duda respecto a una acariciada creencia, y la mente se perturba. Pero ¿qué hace una mente que se perturba? Encuentra una manera de volver a estar tranquila; se refugia en otra creencia, en un empleo más seguro, en una nueva relación. De nuevo llega la oleada de la vida y destroza sus salvaguardias, pero la mente pronto encuentra aun más defensas; y así continúa. Este no es el camino de la inteligencia ¿verdad?

"Entonces ¿cuál es el camino de la inteligencia?"

¿Por qué se lo preguntáis a otro? ¿No queréis descubrir vos mismo? Si os diera una respuesta, la refutaríais o la aceptaríais, cosas que de nuevo impedirían la inteligencia, la comprensión.

"Veo que lo que habéis dicho sobre el dolor es perfectamente cierto. Eso es exactamente lo que todos hacemos. Pero ¿cómo va uno a salir de esta trampa?"

No servirá ninguna forma de compulsión externa o interna ¿verdad? Toda compulsión, por sutil que sea, es el resultado de la ignorancia. Nace del deseo de recompensa o del miedo al castigo. Comprender la naturaleza total de la trampa es estar libre de ella; ninguna persona, ningún sistema, ninguna creencia, pueden libraros. La verdad de esto es el único factor liberador. Pero tenéis que verlo vos mismo, y no ser meramente persuadido. Tenéis que emprender el viaje por un mar desconocido.

SOLEDAD MÁS ALLÁ DEL SENTIMIENTO DE SOLEDAD

Acababa de asomar la luna sobre el mar, dentro de un banco de nubes. Aun eran azules las aguas, y Orión se veía débilmente en el pálido cielo plateado. Todo a lo largo de la orilla estaban las blancas olas, y cerca del agua se hallaban las casitas de los pescadores, cuadradas, bien delineadas y oscuras contra la blanca arena. Las paredes de estas casitas estaban hechas de bambú, y los techos, recubiertos de hojas de palmera puestas unas sobre otras, tenían fuerte pendiente, para que no pudieran penetrar las copiosas lluvias. Completamente redonda y llena, la luna trazaba un sendero luminoso sobre las aguas en movimiento, y era enorme; no se la habría podido abarcar con los brazos. Elevándose sobre el banco de nubes, tenía ella el cielo para sí. El sonido del mar era incesante, y sin embargo había un gran silencio.

Nunca nos quedamos con ningún sentimiento puro y simple, sino que siempre lo rodeamos con los atados de las palabras. La palabra lo falsea; el pensamiento, en su torbellino, lo sume en la sombra, lo abruma con montañas de temores y anhelos. Nunca nos quedamos con un sentimiento, sin nada más; con el odio, o con ese raro sentimiento de belleza. Cuando surge el sentimiento del odio, decimos: ¡Qué malo es!; hay la compulsión, la lucha para dominarlo, la agitación del pensamiento sobre él. Queremos conservar el amor; pero lo destruimos llamándolo personal o impersonal; lo recubrimos de palabras, dándole el sentido ordinario, o diciendo que es universal; explicamos como sentirlo, cómo conservarlo, por qué se disipa; pensamos en alguien a quien amemos, o que nos ama. Existe toda clase de movimiento verbal.

Tratad de permanecer con el sentimiento del odio, con el de la envidia, de los celos, con el veneno de la ambición; porque, después todo, eso es lo que tenéis en la vida diaria, aunque queráis vivir con el amor, o con la palabra "amor". Como tenéis el sentimiento de odio, de querer hacer daño a alguien con un gesto o con una

palabra hiriente, ved si podéis quedaros con ese sentimiento. ¿Podéis? ¿Lo habéis intentado alguna vez? Tratad de permanecer con un sentimiento, y ved que pasa. Lo encontraréis asombrosamente difícil. Vuestra mente no dejará solo al sentimiento; vendrá precipitada con sus recuerdos, sus asociaciones, sus mandatos y prohibiciones, su eterno parloteo. Recoged una concha. ¿Podéis mirarla, admirar su delicada belleza sin decir qué es, o ¿qué animal la ha hecho? ¿Podéis mirar sin el movimiento de la mente? ¿Podéis vivir con el sentimiento que está tras la palabra, sin el sentimiento que la palabra crea? Si podéis, entonces descubriréis una cosa extraordinaria, un movimiento más allá de la medida del tiempo, una primavera que no conoce verano.

Era una señora pequeña, de edad, de pelo blanco y una cara muy arrugada, porque había tenido muchos hijos; pero no parecía nada débil o enfermiza, y su sonrisa transmitía la profundidad de sus sentimientos. Tenía las manos arrugadas, pero fuertes, y ellas habían preparado evidentemente muchas legumbres, porque el pulgar y el índice de la mano derecha estaban cubiertos de menudos cortes, que se habían oscurecido. Sin embargo, eran manos finas, manos que habían trabajado duro y que habían enjugado muchas lágrimas. Hablaba en forma tranquila y vacilante, con la voz de quien ha sufrido mucho; y era muy ortodoxa, porque pertenecía a una antigua casta que se consideraba alta y cuya tradición era no tener relaciones con otros grupos, ni por matrimonio ni por comercio. Era gente de la que se suponía que cultivaba el intelecto, como medio de llegar a algo distinto de la mera adquisición de cosas.

Por un rato, ninguno de nosotros habló; ella se recogía en sí misma, y no sabía bien cómo empezar. Miró en torno la habitación, y parecía aprobar su desnudez. No había ni una silla, ni una flor, excepto la que podía verse por la ventana.

“Tengo ya 75 años” —empezó diciendo— “y podíais ser mi hijo. ¡Qué orgullosa estaría de un hijo así! Sería una bendición. Pero la mayoría de nosotros no tenemos esa felicidad. Producimos hijos que crecen y se hacen hombres del mundo, tratando de ser grandes en su pequeño trabajo. Aunque ocupen altas posiciones, no tienen grandeza en sí mismos. Uno de mis hijos está en la capital y tiene mucho poder, pero yo conozco su corazón como sólo puede conocer una madre. Por lo que a mí toca, no quiero nada de nadie; no quiero más dinero, o una casa más grande. Pretendo vivir una vida sencilla hasta el fin mismo. Mis hijos se ríen de mi ortodoxia, pero quiero continuar en ella. Ellos fuman, beben y muchas veces comen carne, sin pensar en nada de ello. Aunque los amo, no quiero comer con ellos, porque se han vuelto impuros; ¿y por qué había de participar, en mi vejez, en todos sus desatinos? Quieren casarse fuera de la casta, y no celebran los ritos religiosos, ni practican la meditación como lo hacia su padre. El era un hombre religioso, pero…”. Dejó de hablar, para considerar lo que iba a decir.

“No he venido aquí para hablar de mi familia” —continuó—, “pero me alegro de haber dicho lo que dite. Mis hijos quieren ir por su camino, y yo no puedo sujetarlos, aunque me apena ver a lo que están llegando. Están perdiendo y no ganando, aunque tengan dinero y posición. Cuando aparecen sus nombres en los diarios, como pasa muchas veces, me los enseñan ellos orgullosamente; pero serán como los hombres corrientes, y la calidad de nuestros antepasados va desapareciendo rápidamente. Se están haciendo comerciantes, vendiendo sus talentos y yo no puedo hacer nada para contener la marea. Pero basta esto sobre mis hijos”.

De nuevo calló, y esta vez iba a ser más difícil hablar de lo que embargaba su corazón. Con la cabeza baja pensaba cómo reunir las palabras, pero ellas no venían. Se negó a que se la ayudase, y no se sentía embarazada por quedar en silencio cierto tiempo. Poco después, empezó:

“Es difícil hablar de cosas que son muy profundas ¿no es así? Puede uno charlar de cuestiones que no están muy hondas, pero requiere cierta confianza en sí mismo y en el que escucha presentar un problema cuya existencia misma apenas se ha confesado una a sí misma, por miedo de despertar el eco de cosas más oscuras que han estado durmiendo tanto tiempo. En este caso, no es que no confíe en el que escucha” —añadió vivamente—. “Tengo más confianza en vos. Pero no es fácil expresar en palabras ciertos sentimientos, especialmente cuando una no lo ha hecho nunca. Los sentimientos son familiares, pero las palabras para describirlos no lo son. Las palabras son cosas terribles ¿no es verdad? Pero yo sé que no os impacientáis, y seguiré a mi propio paso”.

“Ya sabéis cómo se casan los jóvenes en este país. No lo hacen por su propia elección. Mi marido y yo nos casamos así hace muchos años. El no era un hombre bondadoso; era irascible y propenso a las palabras hirientes. Una vez me golpeó; pero yo me acostumbré a muchas cosas en el curso de mi vida de casada. Aunque de niña solía jugar con mis hermanos y hermanas, pasaba mucho tiempo sola, y siempre me sentía aparte, solitaria. Al vivir con mi marido, aquel sentimiento fue relegado al trasfondo; ¡había tantas cosas que hacer! Yo estaba atareada con la casa y con la alegría y el dolor de la maternidad y la crianza. Sin embargo, la sensación de estar sola aún me asaltaba sigilosamente, y yo habría querido pensar sobre ello. Pero no había tiempo; aquello pasaba pues como una ola, y yo seguía con lo que tenía que hacer.

“Cuando los chicos crecieron, estudiaron y empezaron a vivir por su cuenta —aunque uno de mis hijos aun vive conmigo—, mi marido y yo vivimos tranquilamente hasta que él murió hace cinco años. Desde su muerte, esta sensación de estar sola me ha invadido con más frecuencia; ha ido aumentando gradualmente, hasta que ahora estoy plenamente sumida en ella. He tratado de eludirla haciendo **puja**, hablando con alguna amistad, pero siempre está ahí; y es una agonía, una cosa tremenda. Mi hijo tiene una radio, pero yo no puedo escapar de esa sensación por ese medio, y no me gusta todo ese ruido. Voy al templo; pero esta sensación de estar completamente sola me acompaña todo el camino, mientras estoy allá y al volver. No exagero, sino que sólo describo la cosa como es. Calló un momento y luego siguió.

“El otro día mi hijo me llevó a vuestra plática. No podía yo seguir todo lo que estabais diciendo pero mencionasteis algo sobre la soledad, y su pureza; así, tal vez comprendáis”. Había lágrimas en sus ojos.

Para descubrir si hay algo más profundo, algo más allá del sentimiento que os invade y del que estáis presa, tenéis antes que comprender este sentimiento ¿no es así?

“¿Me conducirá a Dios este angustioso sentimiento de estar sola?”, inquirió con ansiedad.

¿Qué entendéis por estar sola?

“Es difícil expresar ese sentimiento en palabras, pero trataré de hacerlo. Es un miedo que viene cuando una siente que está completamente sola, enteramente consigo misma, aislada por completo de todo. Aunque estaban allí mi marido y mis hijos esta ola me alcanzaba, y yo me sentía como si fuera un árbol muerto en un desierto; solitaria, no amada, ni amante. La agonía de eso era mucho más intensa que la de dar a luz un niño. Era tremendo y cortaba el aliento; yo no pertenecía a nadie; había una sensación de aislamiento completo. ¿Comprendéis, verdad?

La mayoría de la gente tiene este sentimiento de soledad, esta sensación de aislamiento, con su temor, sólo que lo sofocan lo eluden, se pierden en alguna actividad religiosa o de otra clase. La actividad a que se entregan es su escape. Pueden perderse en ella, y por eso la defienden con tanta agresividad.

“Pero yo he hecho lo que he podido para escapar de esta sensación de aislamiento, con su miedo, y no lo he logrado. No ayuda el ir al templo; y aunque eso ayudara, no puedo estar allí todo el tiempo, como tampoco es posible pasarse la vida celebrando rituales”.

El no haber encontrado un escape puede ser vuestra salvación. En su miedo de estar solos, de sentirse aislados, algunos se dan a la bebida, otros toman drogas, y muchos acuden a la política, o encuentran algún otro medio de evasión. Veis pues que tenéis la suerte de no haber encontrado un medio de eludir esto. Los que lo eluden hacen mucho daño en el mundo; son personas realmente perniciosas, porque dan importancia a las cosas que no son de la más elevada significación. A menudo, siendo muy hábiles y capaces, esas personas seducen a otras, por su devoción a la actividad que es su evasión; si no es la religión, es la política, o la reforma social, cualquier cosa para escapar de sí mismos. Puede parecer que no son egoístas, pero en realidad todavía se interesan en sí mismos, aunque de un modo diferente. Se convierten en líderes, o en seguidores de algún maestro; siempre pertenecen a algo o practican algún método, o persiguen algún ideal. Nunca son simplemente ellos mismos; no son seres humanos, sino rótulos. Veis pues lo afortunada que sois por no haber encontrado escape.

“¿Queréis decir que es peligroso escapar?” —preguntó un poco confusa—.

¿No lo es? Una profunda herida tiene que ser examinada, tratada, curada; no es bueno taparla o negarse a mirarla.

“Eso es verdad. Y ¿es una herida así esta sensación de aislamiento?”

Es algo que no comprendéis, y en ese sentido es como una enfermedad que reincide; carece pues de sentido huir de ella. Habéis tratado de huir, pero eso sigue alcanzándoos ¿verdad?

“Sí. Entonces ¿os alegráis de que no haya encontrado una evasión?”

¿No os alegráis vos, cosa mucho más importante?

“Creo comprender lo que habéis explicado, y me alivia saber que hay alguna esperanza.

Vamos ahora a examinar la herida. Para examinar algo, no debéis tener miedo a lo que vais a ver ¿verdad? Si teméis, no miréis, volveréis la mirada a otra parte. Cuando tuvisteis niños, los mirasteis lo antes posible después de nacer. No os preocupaba si serian feos o bellos; lo mirabais con amor ¿verdad?

“Eso es justamente lo que hice. Miré cada nuevo bebé con amor, con cuidado, y lo oprimí contra mi corazón”.

Del mismo modo, tenemos que examinar con afecto este sentimiento de estar separado, esta sensación de aislamiento, de soledad ¿no es así? Si tenemos miedo; ansiedad, seremos incapaces de examinarlo siquiera.

“Sí, veo la dificultad. Realmente no la he mirado antes, porque tenía miedo de lo que podría ver. Pero ahora creo que puedo mirar”.

Por cierto, este dolor de la soledad es sólo la exageración final de aquello que todos sentimos en menor grado todos los días, ¿no es así? Todos los días os estáis aislando, separándoos, ¿verdad?

"¿Cómo?", preguntó un poco horrorizada.

De muchas maneras: pertenecéis a cierta familia, a una casta especial; aquellos son vuestra hijos, vuestros nietos; esa es vuestra creencia, vuestro Dios, vuestra propiedad; sois más virtuosa que otras personas; vos sabéis, y otro no sabe. Todo esto es un modo de separarse, un medio de aislarse, ¿no es así?

"Pero se nos educa en esa forma, y tenemos que vivir. No podemos excluirnos de la sociedad ¿verdad?"

¿No es esto lo que estáis haciendo efectivamente? Es esta interrelación que se llama "la sociedad", cada ser humano se está separando de los demás por su posición, por su deseo de fama, de poder, etcétera; pero tiene que vivir en esta brutal relación con otros hombres como él mismo, de modo que a todo esto se lo justifica y se lo hace respetable con palabras que suenen agradablemente. En la vida cotidiana, cada uno se consagra a sus propios intereses, aunque sea en nombre del país, en nombre de la paz o de Dios, y así el proceso del aislamiento continúa. Se da uno cuenta de todo este proceso en la forma de intenso sentimiento de soledad, una sensación de completo aislamiento. El pensamiento, que ha estado dándose toda la importancia a sí mismo, aislándose a sí mismo como el "yo", el ego, ha llegado por fin al punto de comprender que está encerrado en la prisión que él mismo se construye.

"Me temo que esto sea un poco difícil de seguir a mi edad, y además, no soy bastante instruida".

Esto no tiene nada que ver con la educación. Requiere pensarlo hasta el final, eso es todo. Os sentís solitaria, aislada, y si pudierais escaparíais de ese sentimiento; pero afortunadamente para vos, no habéis podido encontrar el medio de hacerlo. Como no habéis encontrado una salida ahora estáis en condiciones de mirar aquello de lo cual habéis estado tratando de escapar; más no podéis mirar si le tenéis miedo, ¿verdad?

"Comprendo eso".

¿No reside vuestra dificultad en el hecho de que la palabra misma es perturbadora?

"No entiendo lo que queréis decir".

Habéis asociado ciertas palabras con este sentimiento que os invade, palabras como "soledad", "aislamiento", "miedo", "estar separada". ¿No es así?

"Sí".

Ahora bien, así como el nombre de vuestro hijo no os impide percibir y comprender sus verdaderas cualidades y constitución, así también no debéis dejar que palabras tales como "aislamiento", "soledad", "temor", "estar separada", estorben vuestro examen del sentimiento que ellas han llegado a representar.

"Veo lo que queréis decir. Siempre he mirado a mis hijos de esa manera directa".

Y cuando miráis este sentimiento del mismo modo directo, ¿qué ocurre? ¿No encontráis que el sentimiento mismo no es terrible, sino que lo es solamente lo que pensáis sobre el sentimiento? Es la mente, el pensamiento, lo que trae el temor al sentimiento ¿no es así?

"Sí, eso es; en ese momento lo comprendo muy bien, pero ¿seré capaz de comprenderlo cuando me marche de aquí y no estéis al lado para explicármelo?"

Desde luego que sí. Es como ver una cobra. Una vez que la hayáis visto, ya no podéis equivocaros; no tenéis que depender de nadie que os diga lo que es una cobra. Del mismo modo, una vez que habéis comprendido este sentimiento, esa comprensión estará siempre con vos; una vez que hayáis aprendido a mirar, tenéis la capacidad de ver. Pero tenemos que pasar por este sentimiento e ir más allá de él, porque hay mucho más que descubrir. Hay una soledad que no es este sentimiento de soledad, esta sensación de aislamiento. Aquel estado de soledad no es un recuerdo ni un reconocimiento, no lo alcanza la mente, la palabra, la sociedad, ni la tradición. Es una bendición.

"En esta única hora he aprendido más que todos mis 75 años. ¡Qué esa bendición esté con vos y conmigo!"

"¿POR QUÉ DISOLVISTEIS VUESTRA ORDEN DE LA ESTRELLA?"

Bañado en la luz del sol vespertino, un pescador venía balanceándose camino abajo, con una sonrisa en el rostro. Llevaba una tela atada con una cuerda alrededor de las caderas, pero por lo demás estaba completamente desnudo. Tenía un cuerpo magnífico y podía verse que se enorgullecía mucho de él. Pasó un vehículo conducido por un chofer; la señora que iba dentro estaba muy bien vestida; probablemente se dirigía a alguna reunión. Tenía joyas alrededor del cuello y en las orejas, y flores en sus oscuros cabellos. El chofer estaba por completo ocupado con la conducción, y ella se hallaba abstraída. Ni siquiera miró al pescador, ni se daba cuenta de nada de lo que la rodeaba; pero el pescador miró el coche cuando pasaba, para ver si se fijaban

en él. Caminaba a buen paso, con largas y ágiles zancadas, sin aminorar nunca la marcha; pero al pasar cada automóvil volvía la cabeza. Poco antes de llegar al pueblo, tomó hacia un camino recién hecho, de tierra muy roja que, bajo los últimos rayos del sol poniente, estaba más rojo que nunca. Pasando por un palmar y a lo largo de un canal en que había algunas lanchas ligeras cargadas de leña, el pescador cruzó un puente y tomó un estrecho sendero que conducía al río.

Había mucha tranquilidad al lado del río, porque no había casas cerca y el ruido del tráfico no llegaba hasta allí. Cangrejos de tierra habían hecho agujeros redondos en el barro húmedo, y algunas vacas andaban por allí. La brisa jugaba con las palmeras, que se movían majestuosamente. Estaban todas danzando, como siguiendo una música.

La meditación no es para el meditador. El meditador puede pensar, razonar, construir o derruir, pero nunca conocerá la meditación; y sin meditación, su vida estará tan vacía como la concha al lado del mar. Algo puede ponerse en esa vacuidad, pero no es meditación. La meditación no es un acto cuyo valor pueda pesarse en el mercado; tiene su propia acción, que no puede medirse. El meditador conoce sólo la acción del mercado, con su barullo del intercambio. Y a través de este ruido, nunca podrá hallarse la silenciosa acción de la meditación. La acción de la causa que se convierte en efecto, y el efecto que se vuelve causa, en una eterna cadena que ata al meditador. Tal acción, como está dentro de los muros de su propia prisión, no es meditación. El meditador jamás puede conocer la meditación, que está justamente más allá de sus muros. Son sólo los muros que ha construido el meditador mismo, altos o bajos, espesos o delgados, los que lo separan de la meditación.

Era un joven que recién terminaba el colegio, y estaba lleno de entusiasmo. Movido por un impulso a hacer el bien se había incorporado recientemente a algún movimiento, para ser más eficaz, y habría querido dedicar a ello toda su vida; pero desgraciadamente su padre era un inválido y él tenía que sostener a los padres. Veía las fallas del movimiento, así como sus méritos, pero lo bueno pesaba más que lo malo. No estaba casado, dijo, y nunca se casaría. Su sonrisa era amable, y estaba ansioso por expresarse.

"El otro día asistí a vuestra plática, en que decíais que no se puede organizar la verdad, y que ninguna organización puede conducirnos a la verdad. Fuisteis muy concluyente al respecto, más para mí no fue del todo satisfactoria vuestra explicación, y quiero hablar de ello con vos. Sé que un tiempo fuisteis el jefe de una gran organización, la Orden de la Estrella, que disolvisteis, y, si se me permite preguntarlo, ¿fue aquello debido a un capricho personal, o estuvo motivado por un principio?"

Ni una cosa ni la otra. Si la acción tiene una causa, ¿es acción? Si renunciáis por causa de un principio, una idea, conclusión ¿es eso renuncia? Si dejáis una cosa buscando algo más grande, o por causa de alguna persona ¿es eso renunciar?

"¿Queréis decir que la razón no desempeña ningún papel al dejar alguna cosa?"

La razón puede hacer que nos comportemos de ésta o de aquella manera; pero lo que la razón ha hecho, la razón lo puede deshacer. Si la razón es el criterio de la acción, entonces la mente nunca puede estar libre para actuar. La razón, por muy lógica y sutil que sea, es un proceso de pensamiento, y este siempre está influido, condicionado por la fantasía personal, por el deseo, o por una idea, una conclusión, tanto si es impuesta como si es autoinducida.

"Si no es la razón, un principio o un deseo personal lo que os movió a hacerlo, entonces ¿ha sido algo que está fuera e vuestra persona, un agente superior o divino?"

Pero quizá se aclare esto si podemos enfocarlo de otro modo. ¿Cuál es vuestro problema?

"Dijisteis que la verdad no puede ser organizada, y que ninguna organización puede llevar al hombre a la verdad. La organización a que pertenezco sostiene que el hombre puede ser conducido a la verdad por ciertos principios de acción, por el recto esfuerzo personal, entregándose a las buenas obras, etcétera. Mi problema es este: ¿estoy en el buen sendero?"

¿Creéis que hay un sendero hacia la verdad?

"Si no lo creyera no pertenecería a esta organización. Según nuestros directores, esta organización se basa en la verdad; está consagrada al bienestar de todos y quiere ayudar tanto al aldeano como a las personas de alta instrucción y que ocupan puestos responsables. Sin embargo, cuando os oí el otro día quedé perturbado, y por eso he aprovechado la primera oportunidad para venir a veros. Espero comprenderéis mi dificultad".

Examinemos despacio el asunto, paso a paso. Ante todo ¿hay un sendero hacia la verdad? Un sendero implica ir de un punto fijo a otro. Como entidad viviente, estáis cambiando, reformando impulsando, dudando, en la esperanza de hallar una verdad permanente, inmutable, ¿no es así?

"Sí, quiero hallar la verdad o Dios, para hacer el bien" —respondió vivamente—.

Por cierto, no hay nada permanente en vos, excepto lo que pensáis que es permanente; pero vuestro pensar es también transitorio ¿no es así? Y ¿tiene la verdad un lugar fijo, sin ningún movimiento?

No lo sé. ¡Ve uno tanta pobreza, tanta desdicha y confusión en este mundo! Y, con el deseo de hacer el bien, uno acepta un conductor o una filosofía que ofrece alguna esperanza. De o contrario la vida seria terrible".

Todas las personas decentes quieren hacer bien, pero la mayoría de nosotros no pensamos a fondo el problema Decimos que no podemos pensarlo a fondo por nosotros mismos, o que los líderes saben más. ¿Pero saben efectivamente? Mirad los diversos líderes políticos, los llamados directores religiosos y los que dirigen la reforma social y económica. Todos ellos tienen planes, y cada uno dice que el suyo es el camino de la salvación, de la eliminación de la pobreza, etcétera, y los individuos como vos, que quieren actuar frente a toda esta miseria y este caos, quedan atrapados en la red de la propaganda y de las afirmaciones dogmáticas. ¿No habéis notado que esta misma acción engendra más desgracia y más caos?

La verdad no tiene morada fija; es una cosa viviente, más viviente, más dinámica que cualquier cosa en que pueda pensar la mente, de modo que no puede haber sendero hacia ella.

"creo que veo eso, señor. Pero, ¿estéis contra todas las organizaciones?"

Sería evidentemente tonto estar "contra" la organización de Correos y otras semejantes; pero vos no os referís a tales organizaciones, ¿verdad?

"No, hablo de iglesias, de grupos espirituales, de sociedades religiosas, etc. La organización a que pertenezco abraza a todas las religiones, y cualquiera que se interese en el mejoramiento físico y espiritual del hombre puede ser miembro. Claro que tales organizaciones tienen siempre sus jefes, que dicen conocer la verdad, o que hacen vidas santas".

¿Puede organizarse la verdad, con un presidente y un secretario o con altos sacerdotes e intérpretes?

"Si os entiendo correctamente, parecería que no pudiera organizarse. Entonces ¿por qué dicen estos santos conductores que sus organizaciones son necesarias?"

No importa lo que digan los conductores, porque están tan ciegos como sus seguidores, pues de lo contrario no serían conductores. ¿Qué pensáis vos, prescindiendo de vuestros conductores? ¿Son necesarias tales organizaciones?

"Puede que no sean estrictamente necesarias, pero uno encuentra consuelo en pertenecer a una organización así, y en trabajar con otros que piensan lo mismo".

Así es. Y existe también un sentimiento de seguridad en el hecho de que nos digan lo que tenemos que hacer ¿no es así? El conductor sabe, y vos, el seguidor, no sabéis; por eso bajo su dirección tenéis la impresión de que podéis obrar acertadamente. Es muy consolador tener sobre uno una autoridad, alguien que os guíe, especialmente cuando hay por todas partes tanto caos y miseria. Es por eso que llegáis a ser, no exactamente un esclavo, sino un seguidor, que realiza el plan establecido por el que dirige. Sois vos, el ser humano, quien ha causado todo este embrollo en el mundo; pero vos no sois lo importante; sólo el plan es importante. Más el plan es mecánico, necesita seres humanos que lo pongan en marcha; por lo tanto, vos llegáis a ser útil para el plan.

Después tenemos los sacerdotes, con su autoridad divina para salvar vuestra alma, y desde la infancia ellos os condicionan para que penséis de cierto modo. También aquí no sois importante como ser humano; no es vuestra libertad, no es vuestro amor lo que importa, sino vuestra alma, que tiene que ser salvada de acuerdo con los dogmas de una iglesia o secta determinada.

"Veo la verdad de todo esto muy bien, como lo explicáis. Entonces, ¿qué es lo importante en medio de toda esta confusión?"

Lo importante es librar a vuestra mente de la envidia, del odio y de la violencia; y para eso no necesitáis una organización, ¿verdad? Las organizaciones llamadas religiosas jamás liberan la mente, sólo la hacen conformarse a cierto credo o creencia.

"Necesito cambiar; tiene que haber amor en mí. Tengo que dejar de ser envidioso, y entonces actuaré siempre bien, no tendrán que decirme cual es la recta acción. Veo ahora que ésta es la única cosa que importa, y no la organización a que pertenezco.

Podemos seguir lo que se considera en general que es acción recta, o pueden decirnos cual es la acción recta; pero eso no produce amor ¿verdad?

"No; es por completo evidente que no; uno se limita a seguir una norma creada por la mente. Repito, veo esto muy claramente, señor, y ahora comprendo por qué disolvisteis la organización que dirigíais. Tiene uno que ser la luz de sí mismo; seguir la luz de otro sólo conduce a la oscuridad".

¿QUÉ ES EL AMOR?

La niña que vivía al lado estaba enferma y había estado llorando a ratos todo el día, y hasta bien avanzada la noche. Esto continuaba desde cierto tiempo, y la pobre madre estaba agotada. Había en la ventana una plantita que ella solía regar todas las tardes, pero durante los últimos días esto se había descuidado. La madre estaba sola en la casa —excepto una sirvienta bastante inútil e ineficiente—, y ella parecía no saber qué hacer, porque era evidente que la enfermedad de la niña era grave. El médico había venido varias veces en su gran automóvil, y la madre se entristecía cada vez más.

Un árbol platanero en el jardín se regaba con el agua de la cocina, y el suelo en torno del tronco siempre estaba húmedo. Sus hojas eran de un verde oscuro, y había una muy grande, de dos o tres pies de ancho y mucho más larga, que hasta entonces no había sido rasgada por los vientos como las demás. Oscilaba muy suavemente con la brisa, y sólo la tocaba el sol por el oeste. Era algo maravilloso el ver las flores amarillas en círculos descendentes sobre un largo tallo inclinado hacia abajo. Estas flores serian pronto jóvenes plátanos y el tallo engrosaría mucho, porque podría haber docenas de plátanos, ricos, verdes y pesados. De vez en cuando, un brillante abejorro penetraba por entre las flores amarillas, y varias mariposas negras y blancas llegaban y revoloteaban en torno. Parecía haber gran abundancia de vida en aquel bananero, especialmente al darle el sol y con sus grandes hojas agitándose bajo la brisa. La niña solía jugar alrededor de él y era muy alegre y sonriente. A veces caminábamos juntos un corto trecho por la senda, mientras la madre vigilaba, y luego se volvía corriendo. No podíamos entendernos, porque nuestras palabras eran distintas, pero eso no le impedía hablar; y así hablábamos.

Una tarde, la madre me llamó por señas para que entrara. La niña estaba en los huesos; sonreía débilmente y luego cerraba los ojos, completamente agotada. Dormía por momentos. Por la ventana abierta venía el ruido que hacían otros niños que gritaban y jugaban. La madre no podía hablar, y se le habían secado ya las lágrimas. No se sentaba, sino que permanecía en pie junto a la camita, y en el ambiente había desesperación y ansiedad. En aquel momento entró el médico, y me despedí, con una silenciosa promesa de volver.

El sol se ponía detrás de los árboles, y las enormes nubes sobre él tomaban un brillo dorado. Estaban los habituales cuervos, un papagayo llegó chillando y se aferró al borde de un agujero en un gran árbol muerto, con la cola apretada contra el tronco; vacilaba, al ver un ser humano tan cerca, pero un instante después desapareció por el agujero. Había unos pocos campesinos en el camino, y pasó un auto, cargado de jóvenes. Un ternerito de una semana de edad estaba atado a un poste de un alambrado, mientras la madre pastaba cerca. Por el camino bajaba una mujer con un muy bruñido recipiente de bronce sobre la cabeza, y otro apoyado en la cadera; llevaba agua del pozo. Solía pasar todas las tardes; y en aquel atardecer especialmente, frente al sol poniente, era la tierra misma en movimiento.

De la ciudad cercana habían llegado dos hombres jóvenes. El ómnibus los había traído hasta la parada, y ellos habían venido andando el resto del camino. Trabajaban en una oficina, dijeron, y por eso no habían podido llegar más temprano. Llevaban ropa limpia, que no se había ensuciado en el viejo ómnibus, y llegaron sonrientes, pero algo tímidos, en actitudes vacilantes y respetuosas. Una vez sentados, pronto olvidaron su timidez, pero aun no estaban muy seguros sobre la manera de expresar en palabras lo que pensaban.

¿Qué clase de trabado hacéis?

“Ambos estamos empleados en la misma oficina; yo soy taquígrafo y mi amigo lleva las cuentas. Ninguno de nosotros ha ido al colegio, porque nuestros medios no lo permitió, y no somos casados. No recibimos mucha paga, pero como no tenemos responsabilidades de familia, nos basta para nuestras necesidades. Si alguno de los dos se casara, ya sería diferente”.

“No somos muy cultos” —añadió el segundo— “y aunque leemos algo de literatura seria, nuestra lectura no es intensa. Pasamos mucho tiempo juntos, y en los días feriados volvemos a nuestras familias. En la oficina hay muy pocos que se interesen en cosas serias. Un amigo común nos trajo el otro día a oír una plática vuestra, y hemos preguntado si podíamos veros. ¿Puedo preguntaros una cosa, señor?”

Claro que sí.

“¿Qué es el amor?”

¿Queréis una definición? ¿No sabéis lo que significa esa palabra?

“Hay tantas ideas sobre lo que **debería ser** el amor, que todo es un poco confuso” —dijo el primero—.

¿Qué clase de ideas?

“Qué el amor no debe ser apasionado, sensual; que debe uno amar a su prójimo como a sí mismo; que debe amar a sus padres, que el amor debe ser el amor impersonal de Dios, etc. Cada hombre da una opinión según su concepción”.

Prescindiendo de las opiniones de otros, ¿qué creéis vosotros? ¿Tenéis también opiniones sobre el amor?

“Es difícil expresar en palabras lo que uno siente” —replicó el segundo—. “Creo que el amor debe ser universal; uno tiene que amarlo todo, sin prejuicio. Es el prejuicio lo que destruye el amor; es la conciencia de clase la que crea barreras y divide a la gente. Los libros sagrados dicen que tenemos que amarnos unos a otros, y no ser personales ni limitados en nuestro amor; pero a veces nos resulta esto muy difícil”.

“Amar a Dios es amar a todos” —añadió el primero— “Sólo existe el amor divino; lo demás es carnal, personal. El amor físico impide el amor divino; y sin amor divino, todo otro amor es mero trueque o intercambio. El amor no es sensación. Hay que frenar la sensación sexual, disciplinarla; por eso estoy en contra del control de nacimientos. La pasión física es destructiva; por la castidad se va hacia Dios”.

Antes de seguir adelante, ¿no creéis que debemos descubrir si todas estas opiniones tienen alguna validez? ¿No vale tanto una opinión como otra? Prescindiendo de quién es el que la tenga, ¿no es la opinión una forma de prejuicio, una tendencia creada por el temperamento propio, por la propia experiencia y por la forma en que por casualidad se nos ha educado?

“Creéis que es malo tener una opinión?” —preguntó el segundo—

Decir que es malo o bueno sería meramente otra opinión ¿no? Pero si empezamos por observar y comprender cómo se forman las opiniones, entonces tal vez podamos percibir el significado efectivo de la opinión, el juicio, la conformidad.

“Tendréis la bondad de explicarlo?”

El pensamiento es resultado de la influencia ¿no es así? Vuestro pensar y vuestras opiniones están dictados por la forma os ha educado. Decís: “esto está bien, esto está mal”, según el patrón moral de vuestro particular condicionamiento. Por el momento no nos interesa lo que es la verdad más allá de toda influencia, o si existe tal verdad. Tratamos de ver el significado de las opiniones, creencias, aserciones, tanto si son colectivas, como personales. La opinión, la creencia, la conformidad o disconformidad, son reacciones que está de acuerdo con el propio trasfondo, estrecho o amplio, ¿no es así?

“Sí, pero ¿está mal eso?”

Repito si decís que está bien o mal, os mantenéis en el campo de las opiniones. La verdad no es cuestión de opinión. Un hecho no depende de la conformidad o de la creencia. Vosotros y yo podemos convenir en llamar a este objeto “reloj”, pero bajo cualquier otro nombre seguiría siendo lo que es. Vuestra creencia u opinión es algo que os ha dado la sociedad en que vivís. Al rebelaros contra ella, como una reacción, podéis formar una opinión distinta, otra creencia; pero continuáis en el mismo nivel, ¿verdad?

“Lo siento, señor, pero no comprendo adónde queréis llegar” —replicó el segundo—.

Tenéis ciertas ideas y opiniones sobre el amor ¿no es así?

“Sí”.

¿Cómo las habéis obtenido?

“He leído lo que han dicho sobre el amor los santos y los grandes maestros religiosos, y, habiéndolo pensado, he llegado a mis propias conclusiones”.

Que están determinadas por lo que os agrada o disgusta ¿verdad? Os gusta o no os gusta lo que han dicho otros sobre el amor, y decidís qué afirmación es correcta y cuál es equivocada según vuestra propia predilección. ¿No es esto lo que haces?

“Escojo lo que considero que es verdadero”.

¿En qué se basa vuestra elección?

“En mi propio conocimiento y discernimiento”.

¿Qué entendéis por conocimiento? No trato de poneros tropiezos ni acorralaros, sino que procuramos juntos comprender por qué tenemos opiniones, ideas, conclusiones sobre el amor. Una vez que comprendamos esto, podremos penetrar mucho más hondamente en el asunto. ¿Qué entendéis, pues, por conocimiento?

“Por conocimiento entiendo lo que he aprendido de las enseñanzas de los libros sagrados”.

“El conocimiento abarca también las técnicas de la ciencia moderna y toda la información acumulada por el hombre desde los tiempos antiguos hasta el momento presente” —añadió el otro—.

El conocimiento es pues un proceso de acumulación, ¿verdad? Es el cultivo de la memoria. El conocimiento que hemos acumulado como hombres de ciencia, músicos, tipógrafos, estudiosos, ingenieros, nos convierte en técnicos en los diversos departamentos de la vida. Cuando tenemos que construir un puente pensamos como ingenieros, y este conocimiento forma parte de tradición, es parte del trasfondo o condicionamiento que influye en todo nuestro pensar. El vivir, que incluye la capacidad de construir un puente, es acción total, no una actividad parcial separada; y sin embargo, nuestro pensar sobre la vida, sobre el amor, es determinado por las opiniones, las conclusiones, la tradición. Si se os educase en una cultura que

sostuviera que el amor es sólo físico y que el amor divino es todo un disparate repetiríais de la misma manera lo que se os había enseñado

“No siempre” —replicó el segundo—. “Reconozco que es raro, pero algunos de nosotros nos repelamos y pensamos por nosotros mismos”.

El puede rebelarse contra la norma establecida, pero esta rebelión misma es generalmente producto de otra norma; la mente sigue presa en el proceso del conocimiento, de la tradición. Es como rebelarse dentro de los muros de una prisión para pedir más comodidad, mejor alimento, etcétera.

Vuestra mente está, pues, condicionada por las opiniones, la tradición, el conocimiento, y por vuestras ideas sobre el amor, que os hacen actuar de cierta manera. Eso es claro, ¿verdad?

Si queréis una definición podéis mirar cualquier diccionario; pero las palabras que definen el amor no son el amor ¿verdad? Buscar meramente una explicación de lo que es el amor, es estar aún atrapado en las palabras, las opiniones, que se aceptan o rechazan de acuerdo con vuestro condicionamiento.

“¿No estéis haciendo imposible averiguar qué es el amor?” preguntó el segundo.

¿Es posible averiguar a través de una serie de opiniones, conclusiones? Para indagar acertadamente, el pensamiento tiene que estar libre de la conclusión, de la seguridad del conocimiento, de la tradición. La mente puede librarse de una serie de conclusiones, y formar otra, cosa que es también sólo una continuidad modificada de lo viejo.

Ahora bien, ¿no es el pensamiento mismo un movimiento de un resultado a otro, de una influencia a otra? ¿Veis lo que quiero decir?

“No estoy seguro”, dijo el primero.

“No lo comprendo nada”, dijo el segundo.

Tal vez lo entendáis a medida que avancemos. Voy a presentarlo así: ¿es el pensar un instrumento de indagación? ¿Nos ayudará el pensamiento a comprender qué es el amor?

“¿Cómo voy a descubrir qué es el amor si no se me permite pensar?”, preguntó el segundo un poco bruscamente.

Por favor, tened un poco más de paciencia. Habéis pensado sobre el amor ¿no es así?

“Sí, mi amigo y yo hemos pensado mucho sobre ello”.

Si puedo preguntarlo, ¿qué queréis significar al decir que habéis pensado sobre el amor?

“Que he leído sobre él, lo he discutido con mis amigos y he sacado mis propias conclusiones”.

¿Os ha ayudado eso a descubrir lo qué es el amor? ¿Habéis leído, habéis intercambiado opiniones, y habéis llegado a ciertas conclusiones sobre el amor?, a todo lo cual se le llama pensar. Habéis descripto positiva o negativamente qué es el amor, a veces añadiendo y a veces quitando a lo que anteriormente habéis aprendido. ¿No es así?

“Sí, eso es exactamente lo que hemos estado haciendo, y nuestro pensar ha contribuido a clarificar nuestras mentes”.

¿Ha contribuido? ¿O es que os habéis atrincherado cada vez más en una opinión? Seguramente que lo que llamáis aclaración es el proceso de llegar a una definida conclusión verbal o intelectual.

“Eso es; no estamos tan confusos como estábamos”.

En otras palabras: algunas pocas ideas resaltan claramente en esta mezcla de enseñanzas y opiniones contradictorias sobre el amor, ¿no es eso?

“Sí; cuanto más hemos analizado toda esta cuestión de lo que es el amor, tanto más clara se ha vuelto”.

¿Es el amor lo que se ha aclarado o lo que pensáis sobre él?

¿Vamos a indagar un poco más esto? Cierto ingenioso mecanismo se llama reloj, porque todos hemos convenido en utilizar esta palabra para indicar esa cosa determinada; pero la palabra “reloj” no es evidentemente el mecanismo mismo. De la misma manera, hay un sentimiento o un estado que todos hemos convenido en llamar amor; pero la palabra no es el sentimiento mismo, ¿verdad? Y la palabra amor significa muchísimas cosas diferentes. En cierto momento la utilizáis para describir un sentimiento sexual, en otro instante habláis de amor divino o impersonal, o bien afirmáis lo que debería o no debería ser el amor. Y así sucesivamente.

“Si se me permite interrumpir, señor ¿podría ser que todos estos sentimientos fueran simplemente formas variantes de la misma cosa?”, preguntó el primero.

¿Qué os parece a vos?

“No estoy seguro. Hay momentos en que el amor parece ser una cosa, pero en otros instantes parece algo muy distinto. Todo ello es muy confuso, no sabe uno a qué atenerse”.

Ahí está, precisamente. Queremos estar seguros del amor, clavarlo para que no se nos escape; llegamos a conclusiones, nos ponemos de acuerdo sobre ellas; lo llamamos por diversos nombres, con sus significados

especiales; hablamos sobre "mi amor", lo mismo que hablamos sobre "mi propiedad", "mi familia", "mi virtud", y esperamos guardarlo bien seguro, para poder atender a otras cosas y asegurarnos también de ellas. Pero de alguna manera siempre se nos escapan cuando menos lo esperamos.

"No sigo bien todo esto", dijo el segundo, bastante perplejo.

Como hemos visto, el sentimiento mismo es diferente de lo que los libros dicen sobre él; el sentimiento no es la descripción, no es la palabra. Hasta aquí está claro ¿verdad?

"Sí".

Ahora bien, ¿podéis separar el sentimiento de la palabra, y de vuestros preconceptos sobre lo que debería y no debería ser?

"¿Qué queréis decir con 'separar'?", preguntó el primero.

Existe el sentimiento, y la palabra o palabras que describen ese sentimiento, ya sea en forma aprobatoria o desaprobatoria. ¿Podéis separar el sentimiento de su descripción verbal? Es relativamente fácil separar una cosa objetiva, como este reloj, de la palabra que lo describe; pero, disociar el sentimiento mismo de la palabra "amor", con todas sus implicaciones, es mucho más arduo y requiere mucha atención.

"¿Para qué servirá eso?", preguntó el segundo.

Siempre queremos conseguir un resultado a cambio de hacer algo. Este deseo de un resultado, que es otra forma de la búsqueda de conclusión, impide comprender. Cuando preguntáis "¿para qué me servirá disociar el sentimiento de la palabra 'amor'?", estáis pensando en un resultado; por lo tanto, no estáis realmente inquiriendo para descubrir qué es ese sentimiento, ¿verdad?

"Quiero, sí, descubrir, pero quiero también saber cuál será el resultado de disociar el sentimiento de la palabra. ¿No es esto perfectamente natural?"

Tal vez; pero si queréis comprender, tenéis que prestar atención, y no hay atención cuando una parte de vuestra mente se interesa en resultados, y la otra en comprender. De este modo no conseguís ni una cosa ni la otra, y así os volvéis cada vez más confuso, amargado y desdichado. Si no disociamos la palabra —que es recuerdo y todas sus reacciones, del sentimiento, entonces la palabra o la memoria, es la ceniza sin el fuego. ¿No es esto lo que os ha pasado a los dos? Os habéis enmarañado tanto en la red de las palabras, de las especulaciones, que se pierde el sentimiento mismo, lo único que tiene honda y vital importancia.

"Empiezo a ver lo que queréis decir" —dijo despacio el primero—. "No somos sencillos, no descubrimos nada por nosotros mismos, sino que simplemente repetimos lo que se nos ha dicho. Aun cuando nos rebelemos, formamos nuevas conclusiones, que de nuevo tienen que romperse. Realmente no sabemos qué es el amor, sino que meramente tenemos opiniones sobre él. ¿Es eso?"

¿No lo creéis así vos mismo? Por cierto, para conocer el amor, la verdad, Dios, no tiene que haber opiniones, ni creencias ni especulaciones, con respecto a ello. Si tenéis una opinión sobre un hecho, la opinión se vuelve lo importante, no el hecho. Si queréis conocer la verdad o la falsedad del hecho, entonces no debéis vivir en la palabra, en el intelecto. Podéis tener muchos conocimientos, información, sobre el hecho, pero el hecho mismo es enteramente distinto. Dejad de lado el libro, la descripción la tradición, la autoridad, y emprended el viaje del autodescubrimiento. Amad, y no os enredéis en opiniones e ideas acerca de qué es el amor o qué debería ser. Cuando améis, todo saldrá bien. El amor tiene su propia acción. Amad, y conoceréis sus bendiciones. Manteneos apartados de la autoridad que os dice qué es y qué no es el amor. Ninguna autoridad lo sabe; y el que lo sabe no puede decirlo. Amad, y habrá comprensión.

EL BUSCAR Y EL ESTADO DE INDAGACIÓN

Los cielos se abrieron, y vino la lluvia, que cubrió la tierra. Llovió torrencialmente, inundando los caminos y llenando visiblemente el estanque de las azucenas. Los árboles se encorvaban bajo el peso del agua. Los cuervos estaban empapados y apenas podían volar, y muchos pajarillos se refugiaban bajo el alero. De pronto, sin saberse de dónde, aparecieron las ranas, grandes y pequeñas. Las de patas largas daban saltos prodigiosos con la mayor facilidad. Unas eran pardas, otras tenían rayas verdes mientras que otras eran casi por completo verdes. Y todas tenían grandes ojos negros, redondos y brillantes. Cuando se tomaba una en la mano, se quedaba allí mirándonos con sus abultados ojos; y cuando se la dejaba de nuevo en el suelo, no se movía aún, sino que seguía sentada como pegada al suelo. La lluvia seguía cayendo; por todas partes corrían arroyuelos, y el agua en el sendero llegaba ya a la altura de los tobillos. No había viento, sólo el fuerte aguacero. En pocos segundos se empapó toda la ropa, que se pegaba al cuerpo en forma molesta; pero hacía calor y realmente no importaba estar por completo empapado. Había que mirar hacia abajo para que el agua no entrara en los ojos; pero las pesadas gotas golpeaban penosamente en la cabeza, y pronto tendríamos que entrar. Una pálida

azucena color púrpura, con brillante corazón de oro, estaba deshaciéndose por la fuerza de la lluvia; no podría resistir mucho más aquel violento golpeteo. Se aferraba a una rama una culebra verde del grosor de un dedo; apenas se distinguía, porque era casi del mismo color que las hojas, aunque con un verde más vivo, que tenía algo de artificialidad química. No tenía párpados y sus negros ojos estaban al descubierto. No se movió al aproximarnos, pero se notaba que estaba incómoda con nuestra proximidad. Era de una variedad inofensiva, de unas dieciocho pulgadas de largo, rolliza y asombrosamente flexible. Aun al alejarnos seguía inmóvil y vigilante, y separándose a una corta distancia no se la podía ver en absoluto.

Las hojas de los bananeros se hacían tiras, se arrancaban las flores, y la lluvia seguía aún tan furiosamente como antes. Los blancos y delicados jazmines estaban en el suelo, y rápidamente se iban volviendo del color de la tierra; en la muerte aún tenían su agradable aroma, pero sólo cuando se acercaba uno a ellos; un poco más allá solo había el olor de la lluvia y de la penetrante humedad. Un cuervo manchado de barro se había refugiado bah el alero; completamente empapado, con las alas tocando el suelo, se le veía la piel blanco—azulada. No podía volar, y nos miraba, pidiendo que no nos acercáramos. Su agudo y negro pico era la única cosa dura y potente que tenía; todo lo demás era blando y débil. No podía oírse el bramido del mar, por el ruido que hacía la lluvia en el tejado, en las hojas y en las palmeras en forma de abanico. Pero se notaba que este ruido iba terminando gradualmente. Ya llovía con menos fuerza y se podía oír el croar de las ranas. Otros ruidos se hacían audibles: voces que llamaban, el ladrido de un perro, un auto que pasaba por el camino. Todo se iba normalizando de nuevo. Uno era de la tierra, de las hojas, de la azucena moribunda, y también uno había sido lavado.

Era un hombre viejo, conocido por su naturaleza generosa y por su asiduo trabajo. Flaco y austero, iba por el país en tren, en ómnibus o a pie, hablando de cuestiones religiosas, y había en él la dignidad del pensamiento y de la meditación. Tenía barba, limpia y bien cuidada, y largos cabellos. Las manos eran largas y delgadas, y su sonrisa agradable y amable.

"Aunque no llevo puesta la túnica azafranada, soy **sannyasi** y he ido por todo el país hablando a muchas personas e interrogando a los maestros religiosos por todas partes. Como veis, soy un viejo, tengo la barba blanca, pero he tratado de conservar joven el corazón y clara la cabeza. Salí de casa a los quince años, en busca de Dios". Sonreía suavemente ante los recuerdos del pasado. "Aquello fue hace muchos años; y aunque he leído, adorado, meditado, no he encontrado a Dios. He escuchado atentamente a los más famosos de los santos conductores, que sin cesar hablan de Dios; los he escuchado, no una, sino muchas veces; he observado su labor, sus reformas sociales, no en forma condescendiente, sino con el corazón abierto, para ver su bondad. No soy tolerante ni intolerante. He orado con la multitud y he orado también interna y calladamente en la soledad. De joven quise hacerme reformador social, y de buen grado me dediqué a las buenas obras; pero vi que las buenas obras sólo tienen significación dentro del gran todo, que es Dios, y aunque veo que es necesaria la reforma social, no es mi interés absorbente.

"No fue con un corazón seco que escuché a estos 'conductores del pueblo', como se les llama", —siguió diciendo— "pero su Dios no es el Dios que yo busco. Su Dios es la acción; predican, exhortan, ayunan, organizan reuniones políticas; actúan como presidentes de comités, escriben artículos, publican periódicos y se codean con los grandes del país. Son activos, pero no conocen el silencio. He buscado a Dios con ellos, mas no lo he hallado. Mucho tiempo antes de que empezasen a aparecer en los diarios los nombres de estas personas, yo estaba buscando a Dios solo, en cuevas y en espacios abiertos; pero no lo he encontrado.

"Ahora soy anciano, y sólo me quedan unos pocos años. ¿Lo encontraré? ¿O es que no existe? No quiero una opinión, ni los astutos argumentos de una mente refinada. Tengo que saberlo. Os he escuchado muchas veces, en el Norte tanto como en el Sur, y no habláis de Dios como lo hacen los demás, ni tampoco estáis en el campo de lucha político—religiosa. Explicáis lo que Dios no es, pero no decís lo que es, y así debe ser. Pero no dais un camino hacia Él, y eso cuesta trabajo comprenderlo. Os he conocido desde vuestros tiernos años, y muchas veces me preguntaba en qué pararía todo. Si ello hubiera resultado de otra manera, yo no estaría aquí. Esto no es un cumplimiento. Quiero conocer la verdad antes de dejar este mundo".

Estuvo sentado quieto, con los ojos cerrados. No tenía la aspereza de la duda ni la brutalidad del cinismo, ni la intolerancia que trata de ser tolerante. Era un hombre que había llegado al fin de su búsqueda, y que aún quería saber.

Hubo un silencio extraño en el aposento.

Señor, ¿hay humildad cuando buscamos? La búsqueda nunca nace de la humildad, ¿no es así?

"Entonces ¿nace de la arrogancia?"

¿No es verdad? El deseo de alcanzar, de llegar, forma parte del orgullo que se oculta en la búsqueda. Hay que encontrar un medio de producir la eficiente y equitativa distribución de las cosas físicas necesarias para el

hombre; y se encontrará, porque la tecnología nos forzará a encontrarlo, ahora o mañana. Pero, fuera de la búsqueda del bienestar físico del hombre, ¿por qué buscamos?

"Yo he buscado siempre, desde mi niñez, porque este mundo tiene muy poco sentido; su significado puede verse a simple vista. No digo que él es una ilusión, como hacen algunos. Este mundo es tan real como la pena y el dolor. La ilusión existe sólo en la mente, y el poder de crear ilusión puede cesar. La mente puede limpiarse de sus impurezas por el soplo de la compasión; pero purificar la mente no es encontrar a Dios; lo he buscado, pero no lo encontré".

Esta vida diaria es una cosa transitoria, y buscamos permanencia; o, en medio de toda esta locura, esperamos algo racional, sano; o perseguimos alguna clase de inmortalidad personal; o buscamos realización en alguna cosa infinitamente más grande que la satisfacción del pasajero deseo. Ahora bien, todo este buscar es una forma de arrogancia, ¿verdad? Y ¿cómo vais a conocer la realidad? ¿Podréis reconocerla, sondearla? ¿Está dentro de la medida de la mente?

"¿Vendrá Dios a nosotros sin que nosotros lo busquemos?"

La búsqueda se limita al área del pensamiento; todo buscar y hallar está dentro de las fronteras de la mente, ¿no es así? La mente puede imaginar, especular, puede oír el ruido de su propia charla, mas no puede encontrar aquello que está fuera de sí misma. Su busca se limita al espacio de su propia medida.

"¿Entonces sólo he estado midiendo, y no buscando realmente?"

Buscar es siempre medir, señor. No hay búsqueda si la mente deja de medir, de comparar.

"¿Significaría eso que mis años de búsqueda han sido en vano?"

No es cosa que deba decirla otro, pero el movimiento de la mente que emprende el viaje de la búsqueda está siempre dentro de los confines, amplios o estrechos, de sí misma.

"He tratado de silenciar la mente; pero en esto tampoco ha habido finalidad".

Una mente que ha sido silenciada no es una mente en silencio. Es una mente muerta. Todo lo que haya sido vencido por la fuerza, deberá ser vencido una y otra vez; esto no termina nunca. Sólo aquello que termina está más allá del tiempo.

"¿No hay que buscar el silencio? Es seguro que una mente que divaga tiene que ser contenida y dominada".

¿Puede buscarse el silencio? ¿Es cosa que haya de cultivarse y acumularse? Para buscar el silencio de la mente, tenemos que saber ya qué es el silencio. Y ¿sabemos qué es el silencio? Podemos conocerlo por la descripción de otro; pero ¿puede describirse? Conocer es sólo una condición verbal, un proceso de reconocimiento; y lo que se reconoce no es el silencio, que siempre es nuevo.

"He conocido el silencio de las montañas y de las cuevas, y he rechazado todos los pensamientos excepto el del silencio; pero nunca he conocido el silencio de la mente. Habéis dicho sabiamente que la especulación es vacua. Pero tiene que haber un estado de silencio; y ¿cómo surgirá ese estado?"

¿Hay un método para hacer surgir aquello que no es producto de la imaginación, aquello que no es concebido por la mente?

"No, creo que no lo hay. El único silencio que he experimentado es el que existe cuando mi mente está por completo bajo control; pero vos decís que eso no es silencio. He enseñado a mi mente la obediencia, y la he dejado libre sólo bajo vigilante cuidado; la he entrenado y agudizado por el estudio, la discusión, la meditación y el hondo pensamiento; pero el silencio de que habláis no ha entrado en el campo de mi experiencia. ¿Cómo puede experimentarse ese silencio? ¿Qué debo hacer?"

Señor, para que el silencio exista, tiene que cesar el experimentador. Este está siempre buscando más experiencias; quiere tener nuevas sensaciones, o repetir las anteriores; ansía realizarse, ser o llegar a ser algo. El experimentador es el forjador de motivos, y mientras haya un motivo, por sutil que sea, sólo se estará comprando el silencio; pero eso no será silencio.

"Entonces ¿cómo se dará el silencio? ¿Es una casualidad de la vida? ¿Es un don?"

Vamos a considerar juntos toda la cuestión. Estamos siempre buscando algo, y usamos muy fácilmente esa palabra "buscar". El hecho de que estemos buscando es lo importante, y no lo que se busque. Lo que buscamos es la proyección del propio deseo. Buscar no es el estado de indagación; es una reacción un proceso de negación y afirmación con respecto a una idea creada por la mente. Para buscar la proverbial aguja en un pajar tiene que existiría conocimiento de la aguja. Del mismo modo buscar a Dios, felicidad, silencio o lo que queráis, es haberlo conocido, formulado o imaginado ya. La búsqueda, como se le llama, se refiere siempre a algo conocido. Hallar es reconocer, y el reconocimiento se basa en un conocimiento previo. Este proceso de buscar no es el estado de investigación. La mente que busca está aguardando, esperando, deseando, y lo que encuentra es reconocible, y por lo tanto ya conocido. Buscar es la acción del pasado. Pero el estado de

indagación es del todo distinto; no es de ningún modo semejante el buscar; y no es una reacción, lo opuesto de buscar. Las dos cosas carecen de toda relación entre sí.

"¿Entonces cuál es el estado de indagación?"

No puede describirse, mas es posible estar en ese estado si hay comprensión de lo que es buscar. Buscamos por descontento, infelicidad, miedo, ¿verdad? Buscar es una red de actividades en la que no hay libertad. Hay que comprender esta red.

"¿Qué entendéis por comprensión?"

¿No es la comprensión un estado de la mente en el que el conocimiento, la memoria o el reconocimiento no están momentáneamente funcionando? Para comprender, la mente ha de estar en calma; las actividades del conocimiento tienen que estar en suspensión. Esta calma de la mente se traduce de manera espontánea cuando el maestro o el padre realmente quiere comprender al niño. Cuando existe la intención de comprender, hay atención sin la distracción del deseo de atender. Entonces la mente no está disciplinada, sometida a control, concentrada y aquietada. Su quietud es natural cuando hay intención de comprender. Ningún esfuerzo ni conflicto está implicado en la comprensión. Con la comprensión del pleno significado del buscar, surge el estado de investigar. No se lo puede buscar y hallar,

"Mientras escuchaba vuestra explicación, estuve vigilando con cuidado la mente. Ahora veo la verdad acerca de lo que se llama buscar, me doy cuenta de que es posible no buscar; sin embarga, el estado de indagación no está".

¿Por qué decir que está o que no está? Al darse cuenta de la verdad y de la falsedad del buscar, la mente ya no está presa en el mecanismo del buscar. Hay un sentimiento de estar descargado, una sensación de alivio. La mente está en calma; ya no está haciendo esfuerzos, pugnando por algo; mas no está dormida, no está aguardando, esperando. Sencillamente está quieta, despierta. ¿No es así, señor?

"Por favor, no me llaméis 'señor'. Yo soy el que está siendo instruido. Lo que decís parece ser verdadero".

Esta mente despierta es el estado de indagación. Ya no busca partiendo de un motivo; no hay ningún objetivo que alcanzar. La mente no ha sido aquietada; no hay presión sobre ella para que esté quieta, y por eso está quieta. Su quietud no es la de una hoja que está lista para danzar con la próxima brisa; no es juguete del deseo.

"Hay la honda percepción de un movimiento en esa quietud".

¿No es silencio esta honda percepción? Estamos describiendo, pero no como describiría el experimentador. El experimentador surge por muchas causas; él es un efecto, que a su vez se convierte en la causa de otro efecto. El experimentador es a la vez causa y efecto, en una serie interminable de causas y efectos. Percibir la verdad de esto libera a la mente. No hay libertad dentro de la red de causa-efecto. La libertad no es estar libre de la red, sino que ella existe cuando la red no existe. Librarse de algo no es libertad. Es sólo una reacción, lo opuesto de la esclavitud. La verdad no es algo permanente, fijo; por consiguiente, no puede buscarse; la verdad es una cosa viva, es el estado de indagación.

"Ese estado de indagación es Dios. No hay fin que ganar y conservar. El buscar y no hallar que ha proseguido durante todos estos años, no ha traído amargura al corazón, ni lamento estos años gastados. Se nos enseña, no aprendemos, ahí está nuestra desdicha. La comprensión elimina el tiempo y la edad, borra la diferencia entre el maestro y el enseñado. Comprendo y siento grandemente. Volveremos a encontrarnos".

"¿POR QUÉ CONDENAN EL DESEO LAS ESCRITURAS?"

Era una de esas ciudades enormes, extendidas, que están devorando el campo, y, para trasponerla teníamos que recorrer kilómetros que parecían interminables, a lo largo de malas calles, de fábricas, de suburbios miserables y cobertizos ferroviarios, a través de barrios residenciales exclusivos, hasta que al fin veíamos el comienzo del campo abierto, donde los cielos eran amplios y los árboles altos y libres. Era un hermoso día, claro y no demasiado cálido, porque había estado lloviendo recientemente, una de esas lluvias mansas y suaves que penetran profundamente en la tierra. De pronto, al pasar el camino por lo alto, de una cuesta, dimos con el río, brillando bajo el sol en sus vueltas por entre los verdes campos hacia el distante mar. Sólo había unas pocas embarcaciones en el río, toscamente construidas, y con velas cuadradas, negras. Muchos kilómetros más arriba había un puente para trenes y para la circulación diaria, pero en este punto sólo había uno de pontones, en el cual la circulación sólo se permitía en un sentido de cada vez, y vimos una fila de camiones, carretas de bueyes y autos, así como dos camellos que esperaban su turno para cruzar al otro lado. No queríamos entrar en aquella creciente cola, porque la espera podía ser larga, de modo que retrocedimos

por otro camino, dejando al río hacer su camino a través de colinas y praderas, al lado de muchos pueblos, hacia el mar abierto.

En lo alto, el cielo era intensamente azul, y el horizonte estaba lleno de enormes nubes blancas, sobre las que se alzaba el sol matinal. Eran de formas fantásticas y permanecían inmóviles y lejanas. No era posible acercarse a ellas, aunque fuera el vehículo en su dirección durante kilómetros. Al lado del camino el pasto era nuevo y verde. El próximo verano lo quemaría hasta dejarlo pardo, y el campo perdería su verde frescura pero ahora todo se había renovado, y había alegría en la tierra. El camino era muy áspero, lleno de baches, y aunque el conductor los eludía en lo posible, saltábamos continuamente y casi tocábamos el techo con la cabeza, pero el motor funcionaba perfectamente y no había ruidos en el auto.

La mente se daba cuenta de los majestuosos árboles, de las colinas rocosas, de los aldeanos, de los amplios cielos azules, pero también estaba en meditación. Ningún pensamiento la perturbaba. No existía el revoloteo de la memoria, ni esfuerzo para retener o resistir, no había nada en el futuro que hubiera de ganarse. La mente lo captaba todo, era más veloz que el ojo, y no conservaba lo que percibía; el acontecer pasaba por ella como pasa la brisa por entre las ramas de un árbol. Oía uno la conversación tras de sí, y veía la carreta de bueyes y el camión que se aproximaba, pero la mente estaba en completa quietud; y el movimiento dentro de aquella quietud era el impulso de un nuevo comienzo, un nuevo nacimiento. Mas el nuevo comienzo nunca envejecería; nunca conocería el ayer y el mañana.

La mente no estaba experimentando lo nuevo: era ella misma lo nuevo. No tenía continuidad, y por eso no tenía muerte. Era nueva, no **renovada**. El fuego no procedía de las ascuas del ayer.

Había traído a su amigo —decía— para con su ayuda poder exponer mejor lo que tenía que decir. Los dos eran más bien reservados, no inclinados a muchas palabras, pero dijeron que sabían sánscrito y algo de su literatura. Probablemente cuarentones, eran delgados y de aspecto sano, cabezas bien conformadas y ojos reflexivos.

"¿Por qué condenan el deseo las Escrituras?" —empezó diciendo el más alto—. "Prácticamente todos los maestros antiguos parecen haberlo condenado, especialmente el deseo sexual, diciendo que debe ser controlado, subyugado. Es evidente que consideraban el deseo como un obstáculo para la vida superior. El Buda hablaba del deseo como la causa de todo dolor y predicaba su terminación. Shankara, en su compleja filosofía, decía que el deseo y el impulso sexual deben ser suprimidos, y todos los demás maestros religiosos han mantenido más o menos la misma actitud. Algunos de los santos cristianos castigaron sus cuerpos y se torturaron de diversas maneras, mientras que otros sostenían que el cuerpo propio, como el asno o el caballo, debe ser bien tratado pero controlado. No hemos leído mucho, pero toda la literatura religiosa con que nos hemos familiarizado parece insistir en que el deseo debe ser disciplinado, subyugado, sublimado, etc. Somos simples principiantes en la vida religiosa, pero de algún modo nos parece que falta algo en todo esto, una flor con perfume. Podemos estar del todo equivocados, y no nos lanzamos contra los grandes maestros, pero nos gustaría, si nos es posible, hablar sobre estas cosas con vos. Por lo que podemos ver de nuestras lecturas, nunca habéis dicho que el deseo deba ser reprimido o sublimado, sino que debe ser comprendido con una percepción en que no exista condenación ni justificación. Aunque habéis explicado esto de diversos modos, encontramos difícil captar todo su significado, y el hablarlo con vos nos servirá de considerable ayuda".

¿Cuál es exactamente el problema que queréis discutir?

"El deseo es natural ¿no es así, señor?" —preguntó el otro—. "El deseo de alimento, el de dormir, el deseo de cierto grado de comodidad, el deseo sexual, el deseo de verdad: en todas estas formas el deseo es perfectamente natural, y ¿por qué se nos dice que hay que eliminarlo?"

Prescindiendo de lo que se os ha dicho, ¿podemos inquirir sobre la verdad y la falsedad del deseo? ¿Qué entendéis por deseo? No la definición del diccionario, sino cuál es la significación, el contenido del deseo. Y ¿qué importancia le dais?

"Tengo muchos deseos" —replicó el más alto— "y estos deseos cambian de valor e importancia de vez en cuando. Hay deseos permanentes tanto como pasajeros. Un deseo que tengo un día, puede haber desaparecido al día siguiente, o haberse intensificado. Aunque ya no tenga deseo sexual, puedo todavía querer el poder; puedo haber trascendido la fase sexual, pero mi deseo de poder permanece constante".

Así es. Deseos pueriles se convierten en deseos poderosos con la edad, con el hábito, con la repetición. El objeto del deseo puede cambiar a medida que avanzamos en edad, pero el deseo en sí persiste. La realización y la pena de la frustración siempre están dentro del área del deseo, ¿no es así?

Ahora bien, ¿existe deseo si no hay objeto de deseo? ¿Son inseparables el deseo y su objeto? ¿Conozco el deseo sólo por causa del objeto? Vamos a averiguarlo.

Veo una pluma—fuente y, porque la mía no es tan buena, quiero la nueva; comienza, pues, un proceso de deseo, una cadena de reacciones, hasta que consigo o no consigo lo que quiero. Un objeto atrae la vista, y entonces viene un sentimiento de querer o no querer. ¿En qué punto de este proceso interviene el "yo"?

"Esa es una buena pregunta:"

¿Existe el "yo" antes del sentimiento de querer, o surge él con este sentimiento? Veis algún objeto, tal como una pluma—fuente de nuevo modelo, y se pone en marcha una serie de reacciones que son perfectamente normales; pero con ellas viene el deseo de poseer el objeto, y entonces empieza otra serie de reacciones que hace aparecer el "yo" que dice: "tengo que tener eso". El yo es creado, pues, por el sentimiento o deseo que surge a través de la reacción natural del ver. Sin ver, sentir, desear ¿existe un "yo" como entidad separada, aislada? ¿O es que todo este proceso de ver, tener una sensación, desear, constituye el "yo"?

"¿Queréis decir, señor, que el 'yo' no está ahí al principio? ¿No es el 'yo' el que percibe y luego desea?", preguntó el más bajo.

¿Qué decís vos? ¿No se separa a si mismo el "yo" solamente en el proceso de percibir y desear? Antes de empezar este proceso ¿existe un "yo" como entidad separada?

"Es difícil pensar en el 'yo' como mero resultado de cierto proceso psicofisiológico, porque esto parece muy materialista, y va contra nuestra tradición y todos nuestros hábitos de pensamiento, que dicen que el 'yo', el observador, existe primero, y no que ha sido 'creado'. Pero, a pesar de la tradición y de los libros sagrados, y de mi propia y vacilante inclinación a creerlos, veo que lo que decís es un hecho".

No es lo que otro diga lo que contribuye a la percepción de un hecho, sino vuestra propia observación directa y claridad mental, ¿no es así?

"Por supuesto" —replicó el más alto—. "Al principio puedo confundir una soga con una serpiente, pero desde el momento en que vea la cosa claramente, no habrá error, no habrá un pensar influido por el deseo".

Si ese punto está aclarado, sigamos adelante con la cuestión de la represión o la sublimación del deseo. ¿Cuál es, pues, el problema?

"El deseo siempre está ahí, unas veces ardiendo furiosamente y otras latente, pero listo para reavivarse; y el problema es lo que uno va a hacer con ello. Cuando el deseo está latente, todo mi ser está bastante en calma, más cuando está despierto, me siento muy perturbado; me vuelvo inquieto, febrilmente activo, hasta que ese particular deseo es satisfecho. Me calmo entonces relativamente... sólo para ver que el deseo empieza de nuevo otra vez, acaso con un objeto diferente. Es como el agua a presión: por muy alta que construyáis la presa, se filtra por las hendiduras, contornea la extremidad o rebosa el borde superior. He llegado casi a torturarme tratando de trascender el deseo, pero al cabo de mis mejores esfuerzos, el deseo sigue ahí, sonriente o ceñudo. ¿Cómo me voy a librar de él?"

¿Tratáis de reprimir, de sublimar el deseo? ¿Queréis domarlo, embotarlo, volverlo respetable? Prescindiendo de los libros, los ideales y los **gurús**, ¿cuál es vuestro sentir con respecto al deseo? ¿Cuál es vuestro impulso? ¿Qué pensáis?

"El deseo es natural ¿no es así, señor?" —preguntó el más bajo—.

¿Qué entendéis por natural?

"El hambre, el sexo, el querer comodidad y seguridad: todo esto es deseo, y parece completamente sano y normal. Bien mirado, todos estamos hechos así".

Si es tan normal, ¿por qué os preocupáis por ello?

"El inconveniente está en que no hay sólo un deseo, sino muchos deseos contradictorios, todos presionando en diferentes direcciones; estoy íntimamente atormentado. Dos o tres deseos son dominantes, y ellos sobrepasan a los deseos menores, en conflicto; pero aun entre los grandes deseos, existe contradicción. Esta contradicción, con sus luchas y tensiones, es lo que causa sufrimiento".

Y, para vencer este sufrimiento se os dice que tenéis que ejercer control sobre el deseo, suprimirlo o sublimarlo, ¿no es así? Si la realización del deseo trajera sólo placer, y nada de sufrimiento, seguiríais alegremente con él ¿verdad?

"Evidentemente" —intercaló el alto—, "pero siempre hay alguna pena y temor también, y esto es lo que queremos eliminar".

Sí, todos lo quieren, y es por eso que toda la intención y el trasfondo de nuestro pensamiento es continuar con los placeres, mientras se elude el dolor del deseo. ¿No es esto lo que también os esforzáis por conseguir?

"Me temo que sí".

Esta lucha entre los placeres del deseo y el sufrimiento que también viene con él, es el conflicto de la dualidad. No hay nada muy enigmático en ello. El deseo busca realización, y la sombra de la realización es la frustración. No reconocemos esto, por eso todos perseguimos la realización, esperando no vernos frustrados nunca; pero ambas cosas son inseparables.

“¿No es posible nunca obtener realización, sin el dolor de la frustración?”

¿No lo sabéis? ¿No habéis experimentado el breve placer de la realización, y no es seguida invariablemente por la ansiedad, la pena?

“He observado eso, pero de una u otra manera trata uno de ponerse a cubierto del dolor”.

¿Y lo habéis conseguido?

“Todavía no, pero siempre se espera lograrlo”.

Vuestro principal interés durante toda la vida es cómo preveniros contra ese sufrimiento; y así empezáis a disciplinar el deseo; decís: ‘Este es el deseo bueno y el otro es malo, inmoral’. Cultiváis el deseo ideal, lo que **debería ser**, mientras estáis preso de lo que **no debería ser**. Lo que **no debería** ser es el hecho real, y lo que **debería** ser no tiene realidad, salvo como símbolo imaginario. Es así ¿no?

“Pero, por imaginarios que sean ¿no son necesarios los ideales?” —preguntó el más bajo—. “Nos ayudan a librarnos del sufrimiento”.

¿Es cierto eso? ¿O han ayudado vuestros ideales a libraros del sufrimiento, o es que os han ayudado meramente a seguir adelante con el placer, mientras os decís idealmente que no deberíais hacerlo? Así, el dolor y el placer del deseo continúan. De hecho no queréis liberaros de uno ni de otro. Queréis ir a la deriva con el dolor y el placer del deseo, hablando mientras tanto de ideales y todo eso

“Tenéis toda la razón, señor” —admitió—

Vamos a seguir partiendo de eso. El deseo no es divisible en placentero y penoso, o en bueno y malo. Sólo hay deseo, que aparece bajo diferentes formas, con distintos objetivos. A menos que comprendáis esto, estaréis meramente luchando para superar las contradicciones, que son la naturaleza misma del deseo

“¿Existe entonces un deseo central que haya de ser vencido, un deseo del que arrancan todos los demás?” —preguntó el alto—

¿Os referís al deseo de seguridad?

“En eso estaba pensando; pero hay también el deseo del sexo, y de tantas otras cosas”.

¿Existe un deseo central del cual brotan otros, como otros tantos hijos? ¿O es que el deseo sólo cambia su objeto de realización de vez en cuando, de la inmadurez a la madurez? Existe el deseo de poseer, de ser apasionado, de tener éxito, de estar seguro tanto interior como exteriormente, etcétera. El deseo teje a través del pensamiento y la acción, a través de la vida llamada espiritual, lo mismo que de la mundana ¿no es así?

Permanecieron en silencio un rato.

“Ya no podemos pensar más” —dijo el más bajo—. “Estamos perplejos”.

Si reprimís el deseo, surge de nuevo en otra forma, ¿no es así? Someter a control el deseo es estrecharla y ser egocéntrico; disciplinarlo es construir un muro de resistencia, que siempre es derribado, a menos, desde luego, que os volváis neuróticos, reducidos a un deseo fijo. Sublimar el deseo es un acto de voluntad; pero la voluntad es esencialmente la concentración de deseo, y cuando una forma de deseo domina a otra, estéis de nuevo en vuestro antiguo tipo de lucha.

El control, la disciplina, la sublimación, la represión: todo ello implica esfuerzo de alguna clase, y tal esfuerzo sigue estando dentro del campo de la dualidad, del deseo “bueno” y “malo”. La pereza puede vencerse por un acto de voluntad, pero la mezquindad de la mente persiste. Una mente mezquina puede ser muy activa, y generalmente lo es, causando así daño y desdicha para sí misma y para otros. Y así, por mucho que una mente mezquina se esfuerce en vencer el deseo, seguirá siendo mezquina. Todo esto es claro ¿verdad?

Se miraron uno al otro.

“Creo que sí”, —respondió el alto—. “Pero os ruego vayáis un poco más despacio, señor, y no recarguéis de ideas cada frase”.

Como el vapor, el deseo es energía ¿verdad? Y, así como el vapor puede ser dirigido para mover toda clase de maquinaria, beneficiosa o destructiva, así también el deseo puede ser disipado, o puede ser utilizado para la comprensión, sin que haya ningún usufructuario de esa asombrosa energía. Si hay un usufructuario, tanto si es uno como los muchos, el individuo o lo colectivo, que es la tradición, entonces empieza el trastorno; entonces existe el círculo cerrado del dolor y el placer.

“Si no han de usar esa energía ni el individuo ni la colectividad, ¿quién va a usarla?”

¿No es una pregunta errónea la que hacéis? Una pregunta errónea tendrá una respuesta errónea, pero una pregunta correcta puede abrir la puerta de la comprensión. Sólo existe la energía; no asiste la cuestión de quién la utilizará. No es esa energía, sino el usuario, quien sustenta la confusión y la contradicción del dolor y el placer. El utilizador, bajo la forma del uno y de los muchos, dice: “Esto está bien y eso está mal. Esto es bueno y eso es malo”, perpetuando con ello el conflicto de la dualidad. Él es el verdadero autor del daño, del dolor. ¿Puede dejar de existir el utilizador de esa energía llamada deseo? ¿Puede el observador no ser un operador, una entidad separada que encarna esta o aquella tradición, y ser esa energía misma?

"¿No es eso muy difícil?"

Ese es el único problema, y no cómo controlar, disciplinar o sublimar el deseo. Cuando empezáis a comprender esto, el deseo tiene una significación completamente diferente; es entonces la pureza de creación, el movimiento de la verdad. Pero repetir meramente que el deseo es lo supremo, etc., no sólo es inútil, sino que es definidamente perjudicial, porque actúa como soporífico, como una droga para aquietar la mente mezquina.

"Pero ¿cómo puede llegar a terminar el utilizador del deseo?"

Si la pregunta "¿cómo?" refleja la búsqueda de un método, entonces el que utiliza el deseo tomará cuerpo simplemente en otra forma. Lo importante es la cesación del utilizador, y no cómo hacerlo cesar. No hay "cómo". Sólo hay comprensión, el impulso que destruirá lo viejo.

¿PUEDE JAMÁS ESPIRITUALIZARSE LA POLÍTICA?

Más allá del puente está el mar, azul y lejano. Hay arenas amarillas a lo largo de la costa j encorvado, y extensos palmares. La gente de la ciudad llega aquí en sus coches, con sus niños bien vestidos, que gritan de alegría al verse libres de sus estrechos hogares y sus calles estériles.

Por la mañana temprano, poco antes de que el sol surja del mar, cuando hay mucho rocío en la tierra y son todavía visibles las estrellas, este lugar es muy bello. Podéis sentaros aquí solos, rodeados por un mundo de intenso silencio. El mar está agitado y oscuro, irritado por la luna, rodando sus olas con furia y bramido. Pero a pesar del profundo estruendo del mar, todo esta extrañamente tranquilo; no hay brisa y los pájaros están aún dormidos. La mente ha perdido su impulso a vagar por el haz de la tierra, a moverse entre las viejas y familiares huellas, a continuar su silencioso soliloquio. Súbita e inesperadamente, toda esa tremenda energía se concentra, se acumula, más no para gastarse en movimiento. Sólo hay movimiento en el experimentador, que está buscando, ganando, perdiendo. La acumulación de esta energía, libre de las presiones e influencias del deseo, por debilitados o acrecentadas que estén, ha traído completo silencio interno. La mente está plenamente iluminada, sin sombra alguna y sin hacer ninguna sombra. El lucero matutino esta muy diáfano, fijo y sin centellear, y el cielo resplandece por oriente. Vuestra mente no se ha movido lo más mínimo; no está paralizada, pero la luz de ese silencio interno se ha convertido en acción, sin las palabras ni las imágenes de la mente. Su luz carece de centro, el creador de sombra; sólo hay luz.

La estrella de la mañana va palideciendo y pronto aparece un borde dorado más allá de las agitadas aguas. Lentamente se proyectan las sombras sobre la tierra. Todo va despertando y una suave brisa viene del norte. Sigue uno el sendero que va al lado del río y que se une al camino principal. A esa hora hay en él muy poca gente, uno o dos haciendo su paseo matinal; casi no hay coches todo está más bien tranquilo. El camino pasa por un pueblo soñoliento, en el que dos niños pequeños utilizan la cuneta para sus necesidades, riendo y charlando, sin fijarse en el que pasa a su lado. Una cabra está tendida en medio de la carretera y un automóvil la contornea. A cierta distancia más allá del pueblo se pasa por una gran puerta a un bien cuidado jardín, en el que hay brillantes flores y un estanque cuadrado con muchos lirios. Las sombras son ahora más profundas, pero aun hay rocío en la hierba.

Era él un hombre del pueblo, de mediana edad, y una especie de abogado. No trabajaba mucho, dijo, porque tenía una pequeña propiedad y podía dedicar parte de su tiempo a otras cosas. Actualmente estaba escribiendo un libro sobre las condiciones sociales en su país. Había hablado con algunas de las personalidades del gobierno y participado en el último movimiento a favor de la reforma agraria, visitando con los demás un pueblo tras de otro. Era muy marcado su entusiasmo cuando hablaba sobre la reforma política y social, y cambiaba todo el tono de su voz: se volvía agudo, apremiante, excitado; alzaba la cabeza, sus ojos adoptaban una mirada agresiva y su actitud se hacía autoritaria. De todo esto era enteramente inconsciente. Palabras y estadísticas le venían a la boca con facilidad, y parecía acumular energía a medida que avanzaba. Como se escuchaba sin interrumpir su torrente de explicaciones y apreciaciones, se dio cuenta de repente de dónde estaba, y embarazosamente se calló.

"Siempre me excito cuando hablo sobre política y reforma social; no puedo evitarlo. Lo tengo en la sangre. Parece que nos pasa lo mismo a todos nosotros, por lo menos los de esta generación: tenemos la política en la sangre. Una vez que hemos dejado el colegio, nuestra educación continúa principalmente mediante los diarios, que en su mayor parte se consagran a la política. Creo que puede hacerse muchísimo bien por medio de la política, y por eso dedico a ella gran parte de mi tiempo. Además, me gusta; hay en ella excitación".

Como la hay en la bebida, en el sexo, en la comida, en la brutalidad, etc. La excitación, en cualquier forma que sea, nos da una sensación de vivir, y la buscamos aún en la religión.

"Creéis que eso es malo?"

¿Qué creéis vos? El odio y la guerra ofrecen gran excitación, ¿no es así?

"Personalmente, yo no tomo la política a la ligera", siguió diciendo, sin hacer caso de la pregunta. "Para mí es una cosa muy seria, porque creo que es un instrumento maravilloso para producir reformas esenciales. La acción política produce resultados, y no en un muy lejano futuro; por eso hay en ella una concreta esperanza para el hombre ordinario. La mayoría de las personas religiosas no parecen comprender la importancia de la acción política, cosa que considero muy lamentable; pues, como ha dicho uno de nuestros líderes, la política debe ser espiritualizada. Estaréis de acuerdo con esto ¿verdad?"

Un hombre realmente religioso no se interesa por la política; para él sólo hay acción, una acción religiosa total, y no las actividades fragmentarias que se llaman políticas y sociales.

"¿Sois opuesto a llevar la religión a la política?"

La oposición no crea más que antagonismo, ¿verdad? Consideremos qué entendemos por religión. Pero ante todo, ¿qué entendéis por política?

"Todo el proceso legislativo: la justicia, los planes para el bien del Estado, garantizando igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos, etc. La función del gobierno es dirigir sabiamente e impedir el caos".

Por cierto, la reforma de cualquier clase es también función del gobierno; no se debe dejar a los caprichos y fantasías, llamados ideales, de los individuos fuertes y sus grupos, porque esto lleva a la fragmentación del Estado. En un sistema de dos o muchos partidos, los reformadores deben actuar ya sea por medio del gobierno, o formando parte de la oposición. ¿Por qué necesitamos siquiera reformadores sociales?

"Sin ellos, muchas reformas ya logradas nunca se habrían realizado. Los reformadores son necesarios porque aguijonean al gobierno. Tienen más visión que el político corriente, con su ejemplo fuerzan al gobierno a producir reformas necesarias, o a modificar su política. El ayuno es uno de los medios adoptados por los piadosos reformadores para obligar al gobierno a seguir sus recomendaciones".

Lo cual es una especie de chantaje, ¿no es así?

"Tal vez, pero obliga al gobierno a considerar, y aún aplicar, reformas necesarias".

El piadoso reformador puede estar equivocado, y con frecuencia lo está cuando se halla envuelto en la política. Como tiene cierta influencia sobre el público, puede ser que el gobierno tenga que ceder a sus demandas a voces con desastrosos resultados, como se ha demostrado recientemente. Puesto que las reformas de toda clase, mediante las diversas formas de legislación, son esencialmente la función de un gobierno humano, inteligente, ¿por qué no se incorporan al gobierno o crean otro partido político estos santos de mentalidad política? ¿Es que quieren jugar a la política y sin embargo mantenerse al margen de ella?

"Creo que quieren espiritualizar la política".

¿Es que puede espiritualizarse jamás la política? La política se ocupa de la sociedad, que siempre está en conflicto consigo misma, siempre deteriorándose. La interrelación de los seres humanos constituye la sociedad, y esa relación se basa actualmente en la ambición, la frustración, la envidia. La sociedad no conoce la compasión. La compasión es el acto de un individuo total e integrado.

Ahora bien, cada uno de estos reformadores político-religiosos afirma que la suya es la vía de salvación, ¿no es así?

"La mayoría de ellos lo dicen, pero hay unos pocos que no son tan terminantes".

¿No puede ser que todos ellos estén muy equivocados, atrapados en su propio condicionamiento, con sólidos prejuicios y tradicional parcialidad? ¿No hay, en cada piadoso líder político, con su grupo de seguidores, una tendencia a producir mayor fragmentación y desintegración del Estado?

"¿Pero no es ese un riesgo al que debemos aventurarnos ¿Puede producirse la unidad mediante la mera legislación?"

Desde luego que no. Puede haber una apariencia de unidad, el seguimiento exterior de una norma universal, social o política, mas nunca podrá lograrse la unidad humana mediante la legislación?, por muy esclarecida que sea. Donde hay amistad, compasión, es innecesaria la organización de la justicia; y por la organización de la justicia no surge necesariamente la compasión. Por el contrario, puede alejarla. Pero esto es otra cuestión.

Como decía, ¿por qué no se unen al gobierno o forman un partido para llevar a cabo sus planes estos políticos piadosos? ¿Qué necesidad hay de estos reformadores, fuera del campo político?

“Tienen más poder fuera del parlamento que el que tendrían dentro; son como látigos morales para el gobierno. Dividen, sí, a las gentes, hasta cierto punto, pero ese es un mal necesario, del cual puede venir el bien”.

El problema es mucho más profundo que eso, ¿no es cierto? Es evidente que son necesarias reformas políticas, económicas y sociales; mas, si no empezamos por comprender el problema mayor, que es la totalidad del hombre y su acción total, tales reformas sólo engendrarán más males, que harán necesarias aun más reformas, en una cadena sin fin que aprisiona al hombre.

Ahora bien, ¿no existen impulsos más profundos, que obligan a esos santos líderes políticos a actuar como lo hacen? La conducción implica poder, el poder para influir, para guiar, para dominar, y sutil o decididamente estos líderes van en busca de poder. El poder en cualquier forma es malo e inevitablemente conducirá al desastre. La mayoría de las personas quieren ser dirigidas, que se les diga lo que tienen que hacer, y en su confusión hacen surgir a los líderes, que están tan confusos como ellas mismas.

“¿Pero, por qué decís que nuestros líderes buscan el poder?”, —preguntó un poco escépticamente—. “Son hombres altamente respetables, de buena intención y buena conducta”.

Lo respetable es lo convencional; ellos siguen la tradición, amplia o estrecha, reconocida o no. El respetable siempre tiene la autoridad del libro, del pasado. Puede ser que no estén buscando conscientemente el poder, pero este viene a ellos por su posición, sus actividades, etc.; y por este poder son empujados. La humildad está lejos de ellos. Son líderes, tienen seguidores. El que sigue a otro, sea éste el santo más grande o el maestro a la vuelta de la esquina, es esencialmente irreligioso.

“Veo lo que queréis decir, señor; pero ¿por qué buscan el poder estas personas?” —preguntó más seriamente—.

¿Por qué buscáis vos el poder? El tener poder sobre uno o sobre miles, da un intenso placer posesivo, ¿no es así? Hay una sensación placentera de autoimportancia, de estar en una posición de autoridad.

“Sí; lo sé muy bien. Yo siento esa agradable sensación de autoridad cuando me consultan sobre cuestiones legales o políticas”.

¿Por qué buscamos y tratamos de mantener esta excitante sensación de poder?

“Viene tan naturalmente que parece cosa innata en nosotros”.

Semejante explicación cierra el paso a una investigación ulterior y más honda ¿no es verdad? Si queréis descubrir la verdad del asunto, no debéis satisfaceros con explicaciones, por muy plausibles y satisfactorias que sean.

¿Por qué queremos ser dirigentes? Tiene que haber reconocimiento para que nos sintamos importantes; si no se nos reconoce como tales, la importancia carece de sentido. El reconocimiento es parte de todo el proceso del liderazgo. No sólo adquiere importancia el que dirige, sino también el que lo sigue. Al afirmar que pertenece a tal y cual movimiento, acaudillado por fulano de tal, el secuaz se convierte en alguien. ¿No veis que esto es verdad?

“Me temo que sí”.

Y como ocurre con el secuaz, ocurre también con el que conduce. Siendo insuficientes en nosotros mismos, vacíos, procedemos a llenar ese vacío con una sensación de posesión, de poder, de posición, o con conocimientos, agradables ideologías etcétera; y lo llenamos con las cosas de la mente. Este proceso de llenar, de escapar, de llegar a ser algo, tanto si es consciente como en caso contrario, es la red del “yo”, es el ego, la entidad que se ha identificado con una ideología, con la reforma, con cierta norma de acción. En este proceso de llegar a ser, que es autorrealización, siempre existe la sombra de la frustración. A menos que se comprenda profundamente este hecho, de manera que la mente esté libre del acto de autorrealización, siempre existirá este mal del poder, bajo diversos rótulos de respetabilidad.

“Si se me permite la pregunta, cuando hace muchos años vos mismo os negasteis a seguir siendo el jefe de una organización religiosa, ¿habíais pensado todo esto? Entonces erais muy joven, y ¿cómo pudo ocurrir que fuerais capaz de hacer esto?”

Tiene uno una percepción íntima, un vago sentimiento de lo que es verdadero, y lo hace, sin pensar en las consecuencias. Más tarde llega la explicación razonada; y como el hecho es verdadero, las razones serán adecuadas y verdaderas. Pero eso también es otra cuestión diferente. Estábamos hablando sobre el proceso interno de los líderes y de los seguidores.

El hombre que busca el poder, o lo acepta en cualquier forma, es fundamentalmente irreligioso. Puede ser que busque poder por medio de la austeridad, por medio de la disciplina y la abnegación, lo que se llama virtud, o por la interpretación de los libros sagrados; pero un hombre así no conoce el inmenso significado de lo que puede llamarse religión.

“Entonces, ¿qué es religión? Veo ahora claramente que no puede espiritualizarse la política, pero que ella tiene una definida significación en su propio lugar, que incluye el mundo de la reforma; y sobre ese mundo aun siento entusiasmo. Pero yo soy religioso por naturaleza y quisiera que me dijerais qué significa la religión”.

No podéis saberlo por otra persona; pero ¿qué significa para vos?

“A mí se me educó en el hinduismo, y lo que este enseña lo acepto como religión”.

Eso es también lo que hace el cristiano, el budista, el musulmán; cada uno acepta como religión el particular patrón de creencia, dogma y rito en que por casualidad se ha criado. La aceptación implica elección ¿no es así? Y ¿hay elección en materia de religión?

“Cuando digo que acepto lo que enseña la religión a que pertenezco, quiero decir que resulta atractivo para mi razón. ¿Hay algún mal en eso?”

No se trata de bien o mal, sino de comprender aquello de qué estamos hablando. Desde la infancia habéis sido influidos por vuestros padres y por la sociedad, para pensar en términos de cierta clase de creencias y dogmas. Puede ser que más tarde os rebeléis contra todo eso y adoptéis otra forma de lo que se llama religión; pero que os rebeléis o no, vuestra razón se basa en vuestro deseo de estar seguro, de estar espiritualmente a salvo, y de ese impulso depende vuestra elección. Al fin y al cabo, la razón o el pensamiento es también el resultado del condicionamiento, de la tendencia, del prejuicio, del temor consciente o inconsciente, etc. Por lógico y eficiente que pueda ser nuestro propio razonamiento, no conduce a aquello que esté más allá de la mente. Para que surja lo que está más allá de la mente, ésta debe estar completamente quieta.

“Pero ¿estáis en contra de la razón?” —preguntó— .

De nuevo, esto es cuestión de comprensión, y no de estar a favor o en contra de algo. Aunque uno tenga la capacidad de pensar eficientemente hasta el fin mismo de un problema, el pensamiento es siempre limitado; la razón es incapaz de llegar más allá de cierto punto. El pensamiento nunca puede ser libre, porque todo pensar es la respuesta de la memoria; sin memoria no hay pensar; la memoria, o el conocimiento, es cosa mecánica; como está arraigada en el ayer, siempre es del pasado. Toda indagación, razonamiento o falta de razonamiento, arrancan del conocimiento de lo que ha sido. Como el pensamiento no es libre, no puede llegar lejos; se mueve dentro de los limites de su propio condicionamiento, dentro de las fronteras de su conocimiento y experiencia. Cada nueva experiencia se interpreta de acuerdo al pasado y por consiguiente fortalece el pasado que es tradición, el estado condicionado. El pensamiento no es, pues, el camino hacia la comprensión de la realidad.

“Si no debe uno usar la mente, ¿cómo es posible descubrir lo que es la religión?”

En el proceso mismo de usar la mente, de pensar con claridad, de razonar crítica y cuerdamente, descubre uno por sí mismo las limitaciones del pensamiento. El pensamiento, la respuesta de la mente en las relaciones humanas, está atado al interés propio, positivo o negativo; está confinado por la ambición, la envidia, el afán de poseer, el temor, etc. Sólo cuando se ha deshecho de esta esclavitud, que es el “yo”, la mente es libre. La comprensión de este cautiverio es conocimiento propio.

“Aun no habéis dicho qué es religión. Para mí la religión siempre ha sido la creencia en Dios, con todo el complejo de dogmas, rituales, tradiciones e ideales que la acompañan”.

Por la creencia no se va a la realidad. Creer y no creer es cuestión de influencia, de presión, y una mente que esté sometida a presión, abierta u oculta, nunca puede tener un vuelo libre. Debe estar libre de influencias, de compulsiones y apremios íntimos, para que esté sola, sin las trabas del pasado; sólo entonces puede surgir aquello que es atemporal. No hay sendero hacia ello. La religión no es cuestión de dogma, ortodoxia ni ritual; no es creencia organizada. La creencia organizada mata al amor y a la amistad. La religión es el sentimiento de lo sagrado, de la compasión, del amor.

“¿Tenemos que abandonar las creencias, los ideales, el templo, todo aquello con que nos hemos criado? Hacerlo sería muy difícil; tiene uno miedo de quedar solo. ¿Es posible una cosa semejante?”

Es posible en el momento en que veáis su urgente necesidad. Pero no se os puede forzar; tenéis que verlo por vos mismo. Creencias y dogmas tienen muy poco valor. De hecho, son cosas activamente dañosas, que separan al hombre del hombre y engendran animosidad. Lo que importa es que la mente se libre de la envidia, de la ambición, del deseo de poder, porque esto destruye la compasión. Amar, ser compasivo, es lo real.

“En lo profundo, lo que decís suena a verdadero. La mayoría de nosotros vivimos tan superficialmente, tenemos tal falta de madurez y estamos tan sometidos a la influencia, que la cosa real nos elude. ¡Y quiere uno reformar el mundo! Tengo que empezar por mí mismo; tengo que purificar mi propio corazón, y no dejarme llevar por el pensamiento de reformar a otro. Señor, espero que me permitáis venir otra vez”.

EL DARSE CUENTA Y LA CESACIÓN DE LOS SUEÑOS

Hacia el este el cielo estaba más espléndido que por donde se habla puesto el sol; había allí enormes nubes de formas fantásticas y como si estuvieran iluminadas desde dentro por un fuego dorado. Otra masa de nubes era de un intenso azul morado; cargada de amenaza y oscuridad, la atravesaban rayos tortuosos, vivos y brillantes. En lo alto y al otro lado había otras formas fantásticas de increíble belleza, que resplandecían con todos los colores imaginables. Pero el sol se había puesto en un cielo límpido y hacia el oeste había una pura luz anaranjada. Contra este cielo y por encima de las copas de los demás árboles resaltaba una sola palmera, clara, inmóvil, oscuramente esbelta. Unos pocos nidos jugaban alrededor, excitados y gozosos, en un campo verde. Pronto se marcharían, porque estaba oscureciendo; ya, desde una de las dispersas casas, alguien llamaba, y un niño respondía con vocecita aguda. Empezaban a aparecer luces en las ventanas y una extraña calma se deslizaba sobre la comarca. Se la podía sentir como si viniera desde lejos y pasara sobre uno y más allá, hasta los confines de la tierra. Sentado en completa inmovilidad, la mente acompañaba aquella quietud, expandiéndose inmensurablemente sin un centro, sin un punto de reconocimiento o de referencia. Sentado al borde de aquella pradera, el cuerpo estaba inmóvil, pero sumamente viviente, y la mente mucho más aún; en un estado de completo silencio, captaba sin embargo el relámpago y los gritos de los chicos, los ruiditos entre la hierba y el sonido de una distante bocina. Estaba en silencio en las profundidades en que el pensamiento no podía alcanzarla, y aquel silencio era una penetrante bienaventuranza —palabra que tiene muy poco sentido, salvo para la comunicación— que seguía y seguía; no era un movimiento en términos de tiempo y distancia, pero no tenía terminación. Era extrañamente macizo y, no obstante, podría disiparse con un soplo.

El sendero pasaba al lado de un gran cementerio lleno de desnudas losas blancas, la secuela de la guerra. Era un verde y bien cuidado jardín, contorneado por un seto y una valla de alambre de púas, en la que había una puerta. Tales jardines existen por toda la tierra, para los que fueron amados, educados, matados y enterrados. El sendero continuaba bajando por una ladera en la que había algunos altos y viejos árboles, por entre los que vagaba un arroyito. Tras cruzar un destartalado puente de madera, se subía otra cuesta y se salía por el sendero a campo abierto. Ya había oscurecido del todo, pero se conocía el camino, por haber estado antes en aquel sendero. Brillaban las estrellas, pero se iban acercando las nubes portadoras de relámpagos. Aún tardaría algo en estallar la tempestad, y para entonces ya estaríamos al abrigo.

"Me pregunto por qué sueño tanto. Prácticamente todas las noches tengo alguna clase de sueño. A veces mis sueños son placenteros, pero con más frecuencia son desagradables, incluso espantosos, y cuando despierto por la mañana me siento agotado".

Era un hombre más bien joven, evidentemente preocupado y angustiado. Tenía un empleo bastante satisfactorio en el gobierno, explicó, con buenas perspectivas futuras, y no le preocupaba la necesidad de ganarse la vida. Tenía capacidad y siempre podría conseguir un empleo. Su esposa había muerto, y tenía un hijo pequeño al que había dejado con una hermana, porque el muchacho era demasiado travieso —dijo— para traerlo. Era bastante fuerte y de habla lenta, y tenía cierto aire de franqueza.

"No soy gran lector" —continuó diciendo—, "aunque fui buen estudiante en el colegio y me gradué con honores. Pero todo eso no significa nada, salvo el haberme permitido ocupar un cargo prometedor, en el que no estoy muy interesado. Unas pocas horas de trabajo intenso cada día son lo suficiente para atenderlo, y me sobra tiempo. Creo que soy normal y podría casarme otra vez, pero el sexo opuesto no me atrae mucho. Me gustan los deportes y hago una vida sana, vigorosa. Mi trabajo me pone en contacto con algunos de los políticos prominentes, pero no me interesa la política ni todas las brutales intrigas que la acompañan, y deliberadamente me mantengo al margen. Podría uno trepar alto por el favoritismo y la corrupción, pero conservo mi puesto porque soy eficiente en él y eso me basta. Os digo todo esto, no por charlar, sino para daros una idea del medio en que vivo. Tengo una dosis normal de ambición, pero ella no me hace perder la cabeza. Triunfaré si no me enfermo, y si no hay demasiada intriga política. Fuera de mi trabajo, tengo unos cuantos buenos amigos y muchas veces discutimos cosas serias. Ya conocéis, pues, más o menos, todo el cuadro".

Si se puede preguntar, ¿de qué es que queréis hablar?

"Un amigo me llevó a oír una de vuestras pláticas vespertinas, y con él asistí también a una discusión matinal. Me conmovió mucho lo que oí, y quiero proseguir con eso. Pero, lo que ahora me preocupa son estos sueños nocturnos. Mis sueños son muy perturbadores, aun los agradables, y quiero librarme de ellos; quiero tener noches tranquilas. ¿Qué tengo que hacer? ¿O es ésta una pregunta tonta?"

¿Qué entendéis por sueños?

"Cuando estoy dormido, tengo visiones de varias clases; una serie de cuadros o apariciones surgen en mi mente. Una noche puedo estar a punto de caer por el borde de un precipicio, y me despierto con sobresalto;

otra noche puedo encontrarme en un agradable valle, rodeado de altas montañas y con un arroyo que corre por él; otra noche puedo tener una terrible disputa con mis amigos, o simplemente pierdo el tren, o juego un buen partido de tenis; o puedo ver de repente el cadáver de mi esposa, etc. Rara vez son eróticos mis sueños, pero con frecuencia son pesadillas, llenas de miedo, y a veces son de una complicación fantástica".

Cuando soñáis ¿sucede alguna vez que casi al mismo tiempo se está produciendo una interpretación del sueno?

"No; nunca he tenido tal experiencia; simplemente sueño, y después lo lamento. No he leído ningún libro sobre psicología o interpretación de los sueños. He discutido el problema con algunos de mis amigos, pero no me ayudan mucho, y desconfío mucho de acudir a un psicoanalista. ¿Podéis decirme por qué sueño y qué significan mis sueños?

¿Queréis una interpretación de vuestros sueños? ¿O queréis comprender el complejo problema del soñar?

"¿No es necesario interpretar los propios sueños?"

Puede ser que no haya necesidad siquiera de soñar. Por cierto, vos mismo tenéis que descubrir la verdad o falsedad de todo el proceso que llamemos soñar. Este descubrimiento es mucho más importante que interpretar vuestros sueños, ¿no es así?

"Claro que sí. Si yo pudiera percibir todo el significado, del soñar, ello me aliviaría de esta angustia y agitación nocturna. Pero nunca he pensado realmente sobre estas cuestiones, y tendréis que tener paciencia conmigo".

Estamos tratando de comprender juntos el problema, de modo que no hay impaciencia por un lado ni por otro. Los dos emprendemos el viaje de exploración, lo que significa que ambos tenemos que estar alerta y no detenidos por ningún prejuicio o temor que podamos descubrir al avanzar.

Vuestra conciencia es la totalidad de lo que pensáis y sentís, y mucho más. Vuestros propósitos y motivos, ya sean ocultos o evidentes; vuestros secretos deseos, la sutileza y la astucia de vuestro pensamiento; las oscuras tendencias y compulsiones en lo hondo de vuestro corazón: todo esto es vuestra conciencia. Es vuestro carácter, vuestras tendencias, temperamento, realizaciones y frustraciones, esperanzas y temores. Prescindiendo de si creáis o no en Dios, o en el alma, el **Atman**, en alguna entidad súper espiritual, todo el proceso de vuestro pensar es conciencia, ¿verdad?

"No he pensado sobre esto antes, señor, pero puedo ver que mí conciencia está formada por todos estos elementos".

Es también tradición, conocimiento y experiencia; es el pasado en relación con el presente, que forma carácter; es lo colectivo, lo racial, la totalidad del hombre. La conciencia es todo el campo del pensamiento, del deseo, de los afectos y las virtudes cultivadas, que no son virtudes en absoluto; es la envidia, la adquisividad, etc. ¿No es todo esto lo que llamamos conciencia?

"Puede ser que no comprenda todos los detalles, pero vislumbro esta totalidad" —repicó vacilante—.

La conciencia es algo más todavía: es el campo de batalla de los deseos contradictorios, el campo de la oposición, de la lucha, de la pena, del dolor. Es también la rebelión contra este campo, que es la busca de la paz, de bondad, de afecto duradero. La autoconciencia surge cuando hay percepción del conflicto y del dolor, y el deseo de librarse de ellos; también cuando hay percepción del gozo, y el deseo de más gozo; todo esto es la totalidad de la conciencia; es un vasto proceso de la memoria, o del pasado, que utiliza el presente como paso hacia el futuro. La conciencia es tiempo: tiempo tanto como período de vigilia como de sueño, de día y de noche.

"¿Pero puede uno jamás darse cuenta por completo de esta totalidad de la conciencia?"

La mayoría de nosotros solo nos damos cuenta de un pequeño rincón de ella, y nuestras vidas se gastan en ese pequeño rincón, haciendo mucho ruido en el acometernos y destruimos unos a otros, con alguna pequeña mezcla de amabilidad y afecto. De la mayor parte no nos damos cuenta, y así hay lo consciente y lo inconsciente. De hecho, por supuesto, no hay división entre los dos; es sólo que prestamos más atención a uno que al otro.

"Hasta ahí está muy claro, en realidad demasiado claro. La mente consciente está ocupada en mil y una cosas, casi todas ellas radicadas en el propio interés".

Pero existe todo el resto, oculto, activo, agresivo, y mucho más dinámico que la mente consciente de cada día. Esta parte oculta de la mente está sin cesar impulsando, influyendo, controlando, pero a menudo no puede comunicar sus propósitos durante las horas de vigilia, porque la capa superior de la mente está ocupada; y así, provoca insinuaciones e intimaciones durante el llamado sueño. La mente superficial puede rebelarse contra esta influencia invisible, pero calladamente es puesta en línea de nuevo, porque a la totalidad de la conciencia le preocupa la seguridad, la permanencia; y cualquier cambio siempre es en el sentido de buscar más seguridad, mayor permanencia de sí misma.

“Temo no comprender bien”.

Después de todo, la mente quiere tener certeza en todas sus relaciones, ¿no es así? Quiere estar segura en su relación con las ideas y creencias, tanto como en su relación con las personas y con la propiedad. ¿No habéis notado esto?

“Pero ¿no es eso natural?”

Se nos educa para creer que es natural; pero ¿lo es? Por cierto, sólo la mente que no se aferra a la seguridad es la que está libre para descubrir aquello que no está contaminado por el pasado. Mas la mente consciente se lanza con esta ansia de estar segura, de estar a salvo, de hacerse permanente; y la parte oculta o ignorada de la mente, el inconsciente, también vigila sus propios intereses. La mente consciente puede ser forzada por las circunstancias a reformarse, a cambiar, al menos en lo exterior. Pero la inconsciente, como está profundamente atrincherada en el pasado, es conservadora, cauta, se da cuenta de las cuestiones más hondas y de sus más profundas consecuencias; hay pues un conflicto entre las dos partes de la mente. Este conflicto produce alguna especie de cambio, una continuidad modificada, que es lo que nos interesa a la mayoría de nosotros; mas la revolución real está fuera de este campo dualista de la conciencia.

“Qué relación tiene todo esto con los sueños?”

Tenemos que comprender la totalidad de la conciencia antes de llegar a una determinada parte de ella. Como la mente consciente está ocupada durante sus horas de vigilia con los acontecimientos y presiones cotidianas, no tiene tiempo ni oportunidad de escuchar a la parte más profunda de sí misma; por lo tanto, cuando la mente consciente se “va a dormir”, es decir, cuando está bastante en calma, no demasiado preocupada, el inconsciente puede comunicar, y esta comunicación toma la forma de símbolos, visiones, escenas. Al despertar decís: “He tenido un sueño”, y tratáis de investigar su significado; pero cualquier interpretación de él será parcial, condicionada.

“¿No hay personas que se han preparado para interpretar los sueños?“

Puede haberlas; mas si acudís a otro para la interpretación de vuestros sueltos, tenéis el nuevo problema de la dependencia de la autoridad, que engendra muchos conflictos y tristezas.

“En ese caso ¿cómo voy a interpretarlos yo mismo?”

¿Es ésa la pregunta correctas Las preguntas fuera de propósito no pueden traer más que respuestas sin importancia. No se trata de cómo interpretar los sueños, sino de si son siquiera necesarios.

“Entonces, ¿cómo puedo terminar con estos sueños míos?” —insistió—.

Los sueños son un recurso por el cual una parte de la mente se comunica con la otra, ¿no es así?

“Sí, eso parece bastante evidente, ahora que he entendido un poco mejor la naturaleza de la conciencia”.

¿No puede proseguir esta comunicación todo el tiempo, también durante el período de vigilia? ¿No es posible que os deis cuenta de vuestras propias reacciones cuando esperáis el ómnibus, cuando estáis con vuestra familia, cuando habláis con vuestro jefe en la oficina, o con vuestro sirviente en el hogar? Darse cuenta simplemente de todo esto —darse cuenta de los árboles y de los pájaros, de las nubes y de los niños, de vuestros propios hábitos, respuestas y tradiciones— es observarlo sin juzgar ni comparar; y si podéis estar así consciente, vigilar constantemente, escuchar, hallaréis que no soñáis en absoluto. Entonces toda vuestra mente está intensamente activa; todo tiene sentido, significado. Para una mente así, los sueños son innecesarios. Descubriréis entonces que en el sueño, no sólo hay completo descanso y renovación, sino un estado al que la mente nunca puede tocar. No es algo que hay que recordar y a lo que hay que volver; es enteramente inconcebible, una renovación total que no puede ser formulada.

“¿Puedo yo estar así consciente todo el día?” —preguntó seriamente—. “Pero tengo que hacerlo, y lo haré, porque honestamente veo su necesidad. Señor, he aprendido mucho y espero que podré volver otra vez”.

¿QUÉ SIGNIFICA SER SERIO?

Sentado en la carreta de bueyes, con una larga vara en la mano, estaba un hombre viejo, tan flaco que se le notaban los huesos. Tenía un rostro bondadoso arrugado, y la piel muy oscura, quemada por muchos soles. El carro llevaba una gran carga de leña, y aquel iba azotando a los bueyes, se podía oír el golpe de la vara sobre sus lomos. Venían del campo a la ciudad y había sido un día largo. Conductor y animales estaban cansados y aun tenían que recorrer cierta distancia. Había espuma en torno de la boca de los bueyes, y el anciano parecía a punto de desfallecer; pero había en aquel viejo cuerpo nervudo, y los bueyes seguirían adelante. Al caminar al lado de la carreta, el hombre captó la mirada, sonrió y dejó de golpear a los bueyes. Estos eran suyos, y los había conducido durante años. Ellos sabían que él los quería, y el maltrato era una cosa pasajera. Ahora los acariciaba, y ellos continuaron avanzando pausadamente. Los ojos del anciano hablaban de infinita paciencia,

y su boca expresaba fatiga y esfuerzo incesante. No le darían mucho dinero por su leña, pero era suficiente para ir tirando. Descansarían al lado del camino durante la noche, y partirían para casa a primera hora de la mañana. La carreta estaría ya vacía y el viaje de regreso seria más fácil. Bajábamos juntos por el camino y parecía que a los bueyes no les importaba que les tocase el desconocido que caminaba a su lado. Empezaba a oscurecer, y poco después el conductor paró, encendió un farol, lo colgó bajo la carreta y prosiguió la marcha hacia la ruidosa ciudad.

A la mañana siguiente el sol se levantó tras nubes espesas y oscuras. Llovía con mucha frecuencia en aquella gran isla, y la tierra tenía abundante y verde vegetación. Había por todas partes árboles inmensos y jardines bien cuidados, llenos de flores. La gente estaba bien alimentada y la hacienda era gorda y de mirada apacible. En un árbol había docenas de oropéndolas de alas negras y cuerpo amarillo; eran aves sorprendentemente grandes, pero su llamada era suave. Saltaban de rama en rama como destellos de luz dorada, y parecían aun más brillantes en un día nublado. Una urraca llamaba en tonos bajos; y los cuervos daban su acostumbrado graznido romo. Hacia relativo fresco y era agradable caminar. El templo estaba lleno de gente arrodillada, en oración, y estaba limpio el terreno circundante. Más allá del templo había un club deportivo en el que estaban jugando al tenis. Por todas partes había niños, y entre ellos caminaban los sacerdotes con sus afeitadas cabezas y el inevitable abanico. Las calles estaban engalanadas, porque al día siguiente, en que habría luna llena, se iba a celebrar una procesión religiosa. Sobre los palmares se podía ver un gran espacio de cielo azul pálido, que las nubes se apresuraban a cubrir. Había gran belleza entre la gente, a lo largo de las ruidosas calles y en los jardines de los ricos. Allí estaba perpetuamente, pero pocos se preocupaban de contemplarla.

Los dos, un hombre y una mujer, habían venido desde un sitio algo distante, para asistir a las pláticas. Podrían ser marido y mujer, hermanos o simplemente amigos. Eran alegres y amables, y sus ojos revelaban la antigua cultura de su pasado. De voz agradable y un poco tímidos por respeto; parecían sorprendentemente instruidos, y él sabía sánscrito. Además, había viajado algo, y conocía las cosas del mundo.

"Los dos hemos pasado por muchas cosas" —empezó diciendo él—. "Hemos seguido a algunos de los líderes políticos, hemos sido 'compañeros de viaje de los comunistas y conocido directamente su espantosa brutalidad. Hemos estado con los instructores espirituales y practicado ciertas formas de meditación. Creemos ser personas serias, pero es posible que nos estemos engañando. Todas esas cosas se hacen con serias intenciones, pero ninguna de ellas parece tener gran profundidad, aunque en el momento pensamos que la tienen. Los dos somos activos por naturaleza, no somos de tipo soñador; pero ahora hemos llegado a un punto en que ya no queremos 'conseguir algo', ni participar en prácticas y actividades de organización que tienen muy poca importancia. Como en tales actividades no hemos visto nada más que palabrería y autoengaño, queremos ahora comprender qué es lo que estáis enseñando. Mi padre estaba algo familiarizado con vuestro enfoque de la vida, y solía hablarme de ello, pero yo nunca llegué a investigar la cuestión por mí mismo, probablemente porque 'me lo habían dicho', lo cual es tal vez una reacción normal cuando uno es joven. Sucedió que un amigo nuestro asistió a vuestras pláticas del año pasado, y cuando nos contó algo de lo que había oído, decidimos venir. No sé por dónde empezar, y acaso podáis ayudarnos".

Aunque su compañera no había dicho una palabra, sus ojos y actitud indicaban que prestaba atención plena a lo que se estaba diciendo.

Como habéis dicho que los dos sois serios, empecemos por eso. Me pregunto qué queremos decir cuando hablamos de ser serios. La mayor parte de las personas son serias con respecto a una u otra cosa. El político con sus planes y su búsqueda de poder; el escolar, en su deseo de aprobar un examen; el hombre que se ha propuesto hacer dinero, el profesional y el hombre que se ha consagrado a alguna ideología o que esta preso en la red de una creencia: todos ellos son serios a su manera. El neurótico es serio, como lo es también el **sannyasi**. ¿Qué significa pues ser serio? Os ruego no creáis que estoy sutilizando, pero es que si podemos comprender esto, podríamos aprender mucho sobre nosotros mismos; y, al fin y al cabo, ese es el adecuado comienzo.

"Yo soy seria" —dijo su compañera— "al querer aclarar mi propia confusión, y es por esta razón que he andado buscando la ayuda de los que dicen que pueden orientarme hacia esa clarificación. He tratado de olvidarme de mí misma en las buenas obras, llevando algo de felicidad a otros, y en ese esfuerzo he sido seria. También lo soy en mi deseo de encontrar a Dios".

Casi todas las personas son serias en algo. Negativa o positivamente, su seriedad siempre tiene un objeto, religioso o de obra clase, y su seriedad depende de la esperanza de alcanzar ese objeto. Si, por cualquier razón se les quita la esperanza de alcanzar el objeto de su satisfacción, ¿siguen siendo serias? Somos serios en el lograr, en el ganar, en el triunfar, en el llegar a ser; es el fin lo que nos hace serios, las cosa que esperamos conseguir o evitar. Es pues el fin lo importante, y no la comprensión de lo que es el ser serio. Nos interesa, no

el amor, sino lo que hará el amor. Toda la importancia la tiene el hacer, el resultado, la consecución, y no el amor, que tiene su propia acción.

"No comprendo bien cómo puede haber seriedad si uno no es serio para algo" —replicó él—.

"Creo ver lo que queréis decir" —dijo su compañera—. "Yo quiero encontrar a Dios, y para mí es importante encontrarlo, porque de lo contrario la vida no tiene sentido es sólo un caos que desconcierta, lleno de desdicha. Sólo puedo comprender la vida a través de Dios, que es el fin y el principio de todas las cosas. Sólo Él puede guiarme en este cenagal de contradicciones, y por eso soy seria en lo que atañe a encontrarlo. Pero vos preguntáis si esto es acaso seriedad".

Sí. La comprensión de la vida, con todas sus complicaciones, es una cosa, y la búsqueda de Dios es otra. Al decir que Dios, el fin último, dará sentido a la vida, habéis dado existencia —¿no es así?— a dos estados opuestos: el vivir y Dios. Os esforzáis en hallar algo fuera de la vida. Sois seria con respecto al logro de una meta, un fin, que llamáis Dios; y ¿es eso seriedad? Tal vez no exista eso de encontrar a Dios primero y vivir después; puede ser que a Dios se le encuentre en la comprensión misma de este complejo proceso llamado vida.

Estamos tratando de comprender lo que queremos decir con la palabra "seriedad". Sois seria en lo que atañe a una formulación, una proyección de vos misma, una creencia, lo cual no tiene nada que ver con la realidad. Sois seria sobre las cosas de la mente, y no acerca de la mente misma, que es la autora de estas cosas. Al poner vuestra seriedad en la consecución de un determinado resultado, ¿no estáis persiguiendo vuestra propia satisfacción? Es con respecto a eso que cada uno es serio: conseguir lo que quiere. ¿Y es eso todo lo que entendemos por seriedad?

"Nunca lo he considerado de esta manera" —exclamó ella— "Es evidente que en realidad no soy nada seria".

No saltemos a conclusiones. Tratamos de comprender lo que significa ser serio. Podemos ver que el buscar realización en cualquier forma, por noble o estúpida que sea, no es realmente ser serio. El hombre que bebe para escapar de su dolor, el hombre que busca poder, y el que busca a Dios, todos están en el mismo sendero, aunque el significado social de sus propósitos pueda ser diferente. ¿Son serias esas personas?

"Si no lo son, entonces me temo que no lo seamos ninguno de nosotros —replicó él—. Siempre he dado por sentado que era serio en mis diversos empeños, mas ahora empiezo a ver que hay una clase de seriedad completamente diferente. No lo podría expresar en palabras todavía, pero empiezo a tener una impresión de ello. Por favor, seguid".

"Estoy un poco perpleja en todo esto" —añadió su compañera—. "Yo creía que estaba comprendiéndolo, pero se me escapa".

Cuando somos serios, lo somos acerca de algo; es así ¿verdad?

Ahora bien, ¿existe una seriedad que no esté dirigida a un fin, y que no cree resistencia?

"No comprendo bien".

"La cuestión en sí es muy sencilla" —explicó él—. "Al querer algo, nos ponemos a conseguirlo, y en ese esfuerzo nos consideramos serios. Pero él pregunta: ¿Es eso realmente seriedad? ¿O es la seriedad un estado de la mente en el que no existe el logro de un fin ni resistencia?"

"Vamos a ver si entiendo esto" —replicó ella—. "Mientras esté tratando de lograr o de eludir algo, estaré interesada en mí misma. La consecución de un fin es en verdad autointerés, es una forma de gratificación, abierta o refinada, y lo que decís, señor, es que la gratificación no es seriedad. Sí, eso es ahora muy claro para mí. Pero entonces, ¿qué es la seriedad?"

Vamos a investigarlo y aprender sobre ello juntos. Yo no os estoy enseñando. Ser enseñado, y estar libre para aprender, son dos cosas enteramente diferentes, ¿no es así?

"Por favor, id un poco más despacio. No soy muy despierta, pero lo captaré con perseverancia. Soy también un poco testaruda: una sobria virtud, pero que puede ser un inconveniente. Espero que tengáis paciencia conmigo. ¿En qué difiere el ser enseñado del estar libre para aprender?"

Cuando se es enseñado, existe siempre el maestro, el **gurú** que sabe, y el discípulo que no sabe. Así, siempre se mantiene una división entre ellos. Este es esencialmente un punto de vista autoritario, jerárquico, en el que no existe el amor. Aunque el maestro hable de amor y el discípulo manifieste su devoción, su relación es antiespiritual, hondamente inmoral y conduce a mucha confusión y sufrimiento. Es claro eso, ¿verdad?

"Tan claro que espanta" —intercaló él—. "De golpe habéis abolido toda la estructura de la autoridad religiosa; pero veo que tenéis razón".

"Pero uno necesita ser guiado, y ¿quién actuará como guía?" —preguntó su compañera—.

¿Hay necesidad alguna de guía cuando estamos constantemente aprendiendo, no de nadie en particular, sino de todo, a medida que avanzamos? Por cierto, sólo procuramos que nos guíen cuando queremos estar a salvo, seguros, cómodos. Si estamos libres para aprender, aprenderemos de la hoja que cae, de toda clase de relaciones, del percibir las actividades de nuestras propias mentes. Pero la mayoría de nosotros no estamos libres para aprender, por estar tan acostumbrados a que se nos enseñe; los libros, nuestros padres, la sociedad, nos dicen lo que tenemos que pensar, y como un fonógrafo repetimos lo que está en el disco.

"Y el disco está por lo general muy malamente rayado" —añadió él—. "¡Lo hemos tocado tanto! Nuestro pensar es todo de segunda mano".

El ser enseñado le ha hecho a uno repetidor, mediocre. El deseo de ser guiado, con sus implicaciones de autoridad, obediencia, temor, falta de amor, etc., sólo puede llevar a las tinieblas. Estar libre para aprender es cosa muy distinta. Y no puede haber libertad para aprender cuando existe una conclusión, una presunción; o cuando el propio punto de vista se basa en la experiencia como conocimiento; o cuando la mente está sujeta a la tradición, atada a una creencia; o cuando existe el deseo de estar seguro, de alcanzar un fin determinado

"¡Pero es imposible estar libre de todo eso!" —exclamó ella—.

No sabréis si es posible o imposible hasta que no lo hayáis intentado.

"Que nos guste o no" —insistió ella—, "a nuestra mente se la enseña; y si, como decís, una mente a la que se le enseña no puede aprender, ¿qué va uno a hacer?"

La mente puede darse cuenta de su propia esclavitud, y en ese mismo darse cuenta está aprendiendo. Pero, ante todo, ¿es claro para nosotros que una mente que esté ciegamente sujeta a lo que se le ha enseñado, es incapaz de aprender?

"En otras palabras: decís que mientras me limito a seguir la tradición no puedo aprender nada nuevo. Sí, eso es bastante claro. Pero ¿cómo me voy a librar de la tradición?"

No tan de prisa, por favor. Las acumulaciones de la mente impiden la libertad de aprender. Para aprender, no debe haber acumulación de conocimiento ni de experiencias, como pasado. ¿Veis por vos misma la verdad de esto? Es un hecho para vos, o simplemente algo que yo he dicho y con lo que podéis estar de acuerdo o en desacuerdo?

"Creo ver que es un hecho" —indicó él—. "Claro que no querréis decir que debamos desechar todo el conocimiento que la ciencia ha reunido. Eso sería absurdo. La cuestión es que, si queremos aprender, no podemos suponer nada de antemano".

El aprender es un movimiento, pero no desde un punto fijo a otro; y este movimiento es imposible si la mente está cargada con una acumulación del pasado, con conclusiones, tradiciones, creencias. Esta acumulación, aunque se la llame el **Atman**, el alma, el Yo Superior, etc., es el "yo", el ego, el "sí mismo". El yo y su mantenimiento impiden el movimiento del aprender.

"Empiezo a comprender lo que significa el 'movimiento de aprender'" —dijo ella lentamente—. "Mientras esté encerrada dentro de mi propio deseo de seguridad, de consuelo, de paz, no puede haber movimiento de aprender. Entonces, ¿cómo voy a librarme de este deseo?"

¿No es esa una errónea pregunta? No hay método por el cual llegue uno a ser libre. La urgencia y la importancia misma de poder aprender librará a la mente de conclusiones, del "yo", que está compuesto de palabras, de recuerdos. Practicar un método, el "cómo" y su disciplina, es otra forma de acumulación; eso nunca libera a la mente, sino que sólo la hace funcionar bajo una norma distinta.

"Me parece comprender algo de todo esto" —dijo él—, "pero hay tantas cosas implicadas, que me pregunto si jamás llegaré realmente a su fondo".

No es tan difícil como os parece. Con la comprensión de algunos pocos hechos centrales, se aclara todo el cuadro. Una mente que es enseñada, o que desea ser guiada, no puede aprender. Ahora vemos esto muy claramente. Volvamos, pues, a la cuestión de la seriedad, con la que empezamos.

Vemos que la mente no es seria si tiene algún fin que alcanzar o eludir. Entonces, ¿qué es seriedad? Para descubrirlo, tenemos que darnos cuenta de que la mente se vuelve hacia fuera o hacia dentro para realizarse, para ganar o para llegar a ser algo. Esta percepción es la que deja a la mente libre para aprender qué significa ser serio; y para el aprender no hay fin. Para una mente que está aprendiendo, los cielos están abiertos.

"He aprendido mucho en esta breve conversación" —dijo su compañera— "pero ¿podré aprender más sin vuestra ayuda?"

¿Veis cómo os estáis obstaculizando? Si puedo decirlo así, tenéis codicia de más, y esta codicia impide el movimiento del aprender. Si hubierais percibido la significación de lo que sentíais y decíais, habríais abierto la puerta a ese movimiento. No hay aprender "más", sino sólo aprender al avanzar. La comparación sólo surge cuando hay acumulación. Morir para todo lo que habéis aprendido es aprender. Este morir no es un acto final: es morir de instante en instante.

“He visto y comprendido, y de esto florecerá la bondad”.

¿EXISTE ALGO PERMANENTE?

La casa se alzaba sobre una colina que dominaba el camino principal, y más allá del camino se hallaba el mar de un gris apagado, que nunca parecía tener vida. No era como el mar en otras partes del mundo: azul, inquieto, inmenso, sino que estaba siempre pardo o gris, y el horizonte parecía muy cercano. Se alegraba uno de que estuviera allí, porque generalmente soplaba desde él una fresca brisa cuando el sol descendía. En raras ocasiones el aire permanecía inmóvil, y entonces el calor era sofocante. Subía de la carretera el olor del alquitrán, junto con los gases de escape de los interminables vehículos

Bajo la casa, había un jardincito con muchas flores y era una delicia para los transeúntes. Desde los arbustos que sobresalían, caían flores amarillas al costado de la carretera, y ocasionalmente se detenía un viandante para recoger alguna. Pasaban niños con sus niñeras, pero a la mayoría no les permitían recoger las flores; ¡el camino estaba sucio, y ellos no debían tocar cosas sucias!

No lejos de allí había un templo, al lado de un estanque. Alrededor de éste había bancos, en los que siempre había gente sentada, lo mismo que en los peldaños de ladrillo que descendían hasta el agua. Desde un espacio abierto al borde del estanque, cuatro o cinco escalones conducían al templo. Tanto este como los escalones y el espacio abierto estaban muy limpios, y la gente se descalzaba antes de llegar allí. Cada devoto tocaba la campana suspendida del techo, ponía flores cerca del ídolo, plegaba las manos en oración y se marchaba. Había bastante quietud allí, y, aun se podían ver los vehículos, no llegaba hasta allí el ruido.

Cada tarde, después de ponerse el sol, llegaba un joven y se sentaba cerca de la entrada al santuario, recién bañado y llevando ropa limpia. Parecía instruido y probablemente era alguna clase de oficinista. Se sentaba allí con las piernas cruzadas, durante una hora o más, con la espalda erguido y los ojos cerrados en la mano derecha, bajo un paño recién lavado, que aún estaba húmedo tenía un rosario de cuentas. Sus dedos tapados pasaban de una cuenta a otra, mientras sus labios pronunciaban las palabras de cada plegaria. Fuera de esto, no movía un músculo, y estaba sentado allí, olvidado del mundo, hasta muy oscurecido.

Siempre había algún vendedor o varios a la entrada del templo, con nueces, flores y cocos. Una tarde vinieron tres jóvenes y se sentaron. Todos parecían de menos de veinte años. De pronto uno se levantó y empezó a danzar, mientras que otro marcaba el compás en una lata. Sólo llevaba aquél puesta una camiseta y un taparrabo, y se exhibía. Danzaba con extraordinaria agilidad, moviendo las caderas y los brazos con desenvuelta gracia. Debía de haber presenciado, no sólo las danzas indias, sino también los bailes que se realizaban en el elegante club cercano. Ya se había reunido mucha gente, y lo animaban; pero él no necesitaba estímulo, y la danza se iba volviendo un poco cruda. Durante todo este tiempo, el hombre en oración estuvo sentado allí, con el cuerpo derecho y moviendo sólo los labios y los dedos. El pequeño estanque del templo reflejaba la luz de las estrellas.

Estábamos en un cuartito desnudo que daba a una ruidosa calle. Había una estera en el suelo y todos nos sentamos en torno de ella. Por la ventana abierta se podía ver una sola palmera, en la que se había posado un milano de fieros ojos y agudo pico encorvado. Había tres hombres y dos mujeres en el grupo que había venido. Las mujeres se sentaron a un lado, frente a los hombres, y no hablaron nada; pero escuchaban atentamente, y muchas veces brillaban sus ojos, expresando comprensión, y una ligera sonrisa aparecía en sus labios. Todos eran muy jóvenes, y todos habían ido al colegio, y ahora cada uno tenía un empleo o una profesión. Eran todos buenos amigos y se llamaban unos a otros por nombres familiares y era evidente que habían cambiado ideas sobre muchísimas cosas. Uno de ellos tenía aire de artista, y fue el que empezó.

Siempre creo” —dijo— “que muy pocos artistas son realmente creativos. Algunos saben manejar el color y el pincel, han aprendido dibujo y son maestros del detalle; conocen la anatomía a la perfección y tienen extraordinaria habilidad en el lienzo. Equipados con capacidad técnica, y movidos por un profundo impulso creador, pintan. Pero poco después llegan a ser conocidos y establecidos, y entonces les ocurre algo: dinero y adulación, probablemente. Desaparece la visión creadora, pero aun disponen de su soberbia técnica, y con ella juegan durante el resto de sus vidas. Tan pronto es pura abstracción como mujeres de doble cara, una escena de guerra con unas pocas líneas, espacios y puntos. Ese período pasa, y empieza uno nuevo: se hacen escultores, ceramistas, constructores de iglesias, etc. Pero la gloria interna se ha perdido, y sólo conocen el hechizo exterior. Yo no soy artista, ni siquiera sé cómo tener un pincel; pero tengo la impresión de que hay algo enormemente significativo que todos nos perdemos”.

“Soy abogado” —dijo uno de los demás—, “pero la práctica de la abogacía sólo es para mí un medio de ganarme la vida. Ya sé que es cosa corrupta, pero ¡tenemos que hacer tantas cosas sucias para seguir adelante!

Y yo lo abandonaría mañana mismo si no fuera por las responsabilidades familiares y el propio miedo, que es una carga mayor que las responsabilidades. Desde la infancia me he sentido atraído por la religión; casi me hice **sannyasi**, y aun ahora trato de meditar todas las mañanas. Con toda claridad siento que el mundo está demasiado en nosotros. No soy feliz ni desdichado; sólo existo. Mas, a pesar de todo, hay un profundo anhelo de alguna cosa más grande que esta falsa existencia. Sea lo que fuere, siento que está ello aquí, pero mi voluntad parece demasiado débil e ineficaz para sobrepasar la mediocridad en que vivo. He tratado de marcharme, pero tuve que volver, debido a la familia y todo lo demás. Estoy íntimamente presionado en dos direcciones. Podría escapar de este conflicto perdiéndome en los dogmas y ritos de alguna iglesia o templo, pero ¡parece todo eso tan tonto y pueril! No significa nada para mí la mera respetabilidad social, con su moralidad inmoral; pero, se me respeta en el ejercicio de mi profesión, y podría destacarme en ella; pero ese es un escape aun más grande que el templo o la iglesia. He estudiado los libros y las palabras engañosas del comunismo, y sus desatinos patrioteros son una cosa terrible. Por todas partes donde voy: en casa, en los tribunales, en paseos solitarios, me acompaña esta agonía interna, como una enfermedad para la que no hay remedio. He venido aquí con mis amigos, no para encontrar un remedio, pues he leído lo que decís sobre tales cosas, sino, si es posible, para comprender esta fiebre interior".

"Cuando yo era muchacho, siempre quise ser médico" —dijo el tercero—, "y ahora lo soy. Puedo ganar y gano bastante dinero; probablemente podría ganar más, pero, ¿para qué? Trato de ser muy concienzudo con mis pacientes, pero ya sabéis lo que pasa. Trato a los ricos, pero tengo también pacientes sin un céntimo, y hay tantos que, aunque pudiera ver a un millar por día, todavía habría más. No puedo dedicarles todo mi tiempo, de modo que veo a los ricos por la mañana, y a los pobres por la tarde, a veces hasta bien entrada la noche; y con tanto trabajo, uno tiende a volverse algo insensible. Trato de interesarme tanto por los pobres como por los ricos, pero veo que me estoy volviendo menos compasivo y perdiendo aquella sensibilidad que es tan esencial para el que practica la medicina. Utilizo todas las palabras apropiadas y he llegado a tener unas buenas maneras con los enfermos, pero por dentro me estoy secando. Puede ser que los pacientes no lo sepan, pero yo lo sé muy bien. En un tiempo yo amaba a mis pacientes, especialmente a los desdichados pobres; realmente los compadecía, con toda su suciedad y dolencias. Pero al pasar los años, he ido perdiendo poco a poco todo eso; mi corazón se está secando, mi compasión se marchita. Me retiré durante cierto tiempo, en la esperanza de que un completo cambio y descanso volviera a encender la llama; pero no ha servido de nada. Sencillamente el fuego no está aquí, y no me quedan más que las muertas cenizas del recuerdo. Asisto a mis pacientes, pero mi corazón está vacío de amor. Me ha hecho bien el deciros todo esto, pero eso es sólo un alivio, no la cosa real. Y, ¿puede hallarse jamás la cosa real?"

Todos nos quedamos callados. El milano se había volado y un gran cuervo ocupaba su lugar sobre la palmera. Su poderoso pico negro relucía en el sol.

¿No están relacionados entre sí todos estos problemas? Tiene uno que desconfiar de la semejanza; pero estos tres problemas no difieren esencialmente, ¿verdad?

"Ahora que pienso en ello" —replicó el abogado— "parece como si mis dos amigos y yo estuviéramos en el mismo barco. Todos perseguimos lo mismo. Podemos llamarlo por distintos nombre: amor, creatividad, algo más grande que esta vana existencia, pero es realmente la misma cosa".

"¿Lo es?" —preguntó el artista—. "En ciertos momentos he sentido la asombrosa belleza e inmensidad de la vida; pero esos momentos pronto pasan, y queda un vacío. Este vacío tiene su propia vitalidad, pero no es lo mismo que lo otro. Lo otro está más allá de la medida del tiempo, más allá de toda palabra y pensamiento. Cuando surge eso otro, es como si uno nunca hubiera existido, toda la mezquindad de la vida, las torturas de la existencia diaria, han desaparecido, y sólo queda aquel estado. He conocido ese estado, y de alguna manera tengo que revivirlo. No me interesa ninguna otra cosa".

"Vosotros los artistas" —dijo el doctor— "creéis que estáis apartados del resto de nosotros, que estáis por encima de los demás hombres, que tenéis un don especial con privilegios especiales, se supone que veis más, que sentís mas, que vivís mas intensamente. Pero yo no creo que seáis tan diferentes del ingeniero, o del abogado, o del médico, que también pueden vivir intensamente. Yo sufría antes con mis pacientes; los amaba, sabía lo que estaban pasando, conocía sus temores, esperanzas y desesperaciones. Sentía yo por ellos tan intensamente como podéis sentir vos por una nube, una flor, una hoja arrastrada por el viento, o por la faz humana. Vuestra intensidad de sentimiento no es distinta de la mía ni de la de nuestro amigo aquí presente. Esta intensidad de sentimiento es lo que importa, y no cuál sea el objeto de nuestro intenso sentimiento. Al artista le gusta pensar que su particular expresión de aquel sentimiento es algo muy superior, más cercano a los cielos. Y sé que el mundo contiene la respiración cuando pronuncia esa palabra 'artista'; pero sois tan humanos como los demás de nosotros, y nuestra intensidad es tan aguda, viva, vibrante como la vuestra. No estoy quitando importancia al artista, ni estoy celoso de él; sólo digo que lo importante es la intensidad de

sentimiento. Por supuesto, ella puede ser mal dirigida, y entonces el resultado es el caos y el sufrimiento, tanto para uno mismo como para otros, especialmente si por casualidad está uno en una posición de poder. El caso es que vos y yo vamos tras la misma cosa: vos, al tratar de captar de nuevo lo que llamáis la belleza y la inmensidad de la vida, y yo, al querer otra vez amar".

"Y yo también la estoy buscando al tratar de superar la mediocridad de mi vida" —añadió el abogado—. "Este dolor que siento es semejante al vuestro; puede ser que no sea capaz de expresarlo en palabras o en el lienzo, pero es tan intenso como el color que veis en esa flor. Yo también anhelo algo que sea infinitamente más que todo esto, algo que traiga paz y plenitud".

"Muy bien, lo admito; los dos tenéis razón" —reconoció el artista—. "La vanidad es a veces más fuerte que la razón. Todos somos vanos en nuestras peculiares formas, y ¡cuánto duele admitirlo! Claro que estamos todos en el mismo barco, como decís. Todos queremos algo que esté más allá de nuestros pequeños yoes, pero esta pequeñez nos invade sigilosamente y nos abruma".

Entonces, ¿cuál es el problema del que queremos hablar? ¿Está claro para todos nosotros?

"Creo que sí" —replicó el médico—. "Quisiera presentarlo de esta manera: ¿Existe un estado permanente de amor, de creatividad, una terminación permanente del dolor? Todos coincidiríamos en esta exposición de la cuestión, ¿no?"

Los demás asintieron con un movimiento de cabeza.

"¿Existe un estado de amor, de paz creativa" —siguió diciendo el médico— "que, una vez alcanzado, nunca degenera, que no se pierda nunca?"

"Sí, esa es la cuestión" —reconoció el artista—. "Existe extraordinaria alegría que llega inesperadamente, y que se disipa como una fragancia. ¿Puede permanecer esta intensidad, sin la reacción de la embotadora vacuidad? ¿Hay un estado de inspiración que no ceda al tiempo ni al estado de ánimo?"

Preguntáis mucho, ¿verdad? Si es necesario, consideraremos más tarde qué es ese estado. Pero, ante todo, ¿existe algo permanente?

"Tiene que existir" —dijo el abogado—. "Sería muy deprimente y bastante terrible descubrir que no hay nada permanente".

Podemos encontrar que hay algo mucho más importante que la permanencia. Mas antes de entrar en esto, ¿vemos que es necesario que no haya conclusión, aprehensión, ningún deseo que proyecte una norma de pensamiento? Para pensar claramente no se debe partir de una suposición, de una creencia, ni de una exigencia íntima, ¿verdad?

"Me temo que esto vaya a resultar excesivamente difícil" —replicó el artista—. "Tengo un recuerdo tan claro y definido del estado que he experimentado, que es casi imposible dejarlo de lado".

"Señor, lo que decís es perfectamente cierto" —dijo el médico—. "Si he de descubrir un nuevo hecho o percibir la verdad de algo, mi mente no puede estar obstruida con lo que ha existido. Veo cuán necesario es que la mente prescinda de todo lo que ha conocido o experimentado; pero, considerando la naturaleza de la mente, ¿es posible tal cosa?"

"Si es preciso que no haya exigencia íntima alguna" —dijo el abogado, pensando en voz alta—, "entonces no debo querer trascender mi actual insignificante condición, ni pensar en algún otro estado, que sólo puede ser resultado de lo que ha sido, una proyección de lo que ya conozco. ¿Pero no es esto casi imposible?"

No lo creo. Si quiero comprenderos, por cierto no puedo tener prejuicios ni conclusiones sobre vos.

"Así es".

Si para mí la cosa más importante es comprenderos, entonces este sentido mismo de urgencia pasa por encima de todos mis prejuicios y opiniones sobre vos ¿no es así?

"Desde luego que no puede haber diagnóstico hasta después de examinar al paciente" —dijo el médico—. "Mas, ¿es posible adoptar tal actitud en un área de la experiencia humana en que existe tanto autointerés?"

Si hay necesidad para comprender el hecho, la verdad, entonces todo es posible; y todo se convierte en un obstáculo si esa intensidad no está ahí. Esto es muy claro, ¿no es así?

"Sí, por lo menos verbalmente" —replicó el artista—. "Tal vez penetre yo más a ello a medida que prosigamos".

Estamos tratando de descubrir si hay o no hay un estado permanente; no lo que quisiéramos, sino el hecho real, la verdad de la cuestión. Todo lo que hay en nosotros, tanto dentro como fuera —nuestras relaciones, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos— es impermanente, se halla en constante estado de flujo. Al darse cuenta de esto, la mente anhela permanencia, un perpetuo estado de paz, de amor, de bondad, una seguridad que ni el tiempo ni los acontecimientos puedan destruir; por lo tanto ella crea el alma, el

Atman, y las visiones de un paraíso permanente. Pero esta permanencia nace de la impermanencia, y así tiene en su seno las semillas de lo impermanente. Sólo hay un hecho: la impermanencia.

"Sabemos que las células del cuerpo sufren un cambio constante" —dijo el médico—. "El cuerpo mismo es impermanente; el organismo se desgasta. No obstante, tiene uno la impresión de que hay un estado no afectado por el tiempo, y es ese estado lo que buscamos".

No especulemos, sino atengámonos a los hechos. El pensamiento se da cuenta de su propia naturaleza impermanente; las cosas de la mente son transitorias, por mucho que afirmemos que no lo son. La mente misma es el resultado del tiempo; se ha constituido a través del tiempo, y a través de éste puede deshacerse. Puede ser condicionada para creer que asiste una permanencia, y también para creer que no hay nada duradero. El condicionamiento mismo es impermanente, como puede observarse cada día. El hecho es que hay impermanencia. Pero la mente anhela permanencia en todas sus relaciones, quiere perpetuar el nombre de la familia a través del hijo, y así sucesivamente. No puede aguantar la incertidumbre de su propio estado, y así procede a crear certeza.

"Me doy cuenta de este hecho" —dijo el médico—. "En un tiempo sabía yo lo que significaba amar a mis pacientes, y mientras el amor estuvo allí, no me importaba para nada el que fuera permanente o impermanente; mas ahora que se ha ido quiero hacerlo duradero. El deseo de permanencia sólo surge cuando uno ha experimentado la impermanencia".

"Pero ¿no existe ningún estado duradero de lo que puede llamarse inspiración creativa?" —preguntó luego el artista—.

Tal vez entendamos esto luego. Veamos antes muy claro que la mente misma es del tiempo, y que cualquier cosa que la mente conciba es impermanente. Puede, en su impermanencia, haber tenido una experiencia momentánea de algo que ahora se llama lo permanente; y habiendo una vez experimentado ese estado, lo recuerda y lo desea de nuevo. Así, partiendo de lo que ha conocido, la memoria concibe y proyecta aquello que llama lo permanente; pero esa proyección sigue estando dentro del marco de la mente, que es el campo de lo transitorio.

"Comprendo que cualquier cosa que nazca de la mente debe estar en constante estado de cambio" —dijo el médico—, "pero cuando el amor existía, no nacía de la mente".

Pero ahora se ha convertido en una cosa de la mente, mediante la memoria, ¿verdad? La mente quiere ahora revivir eso; y lo que sea revivido será impermanente.

"Eso es perfectamente cierto, señor" —interpuso el abogado—, "lo veo muy claramente. Mi dolor es el dolor de recordar las cosas que no deberían ser, y anhelar las que sí debieran ser. Nunca vivo en el presente, sino en el pasado o en el futuro. Mi mente está siempre atada al tiempo".

"Creo que estoy captando esto" —indicó el artista—. "La mente, con toda su astucia, sus intrigas, sus vanidades y envidias, es un torbellino de autocontradicciones. Ocasionalmente puede captar una intimación de algo que está más allá de su propio ruido, y lo que ha captado se convierte en un recuerdo. Con estas cenizas de recuerdo es con lo que vivimos, atesorando cosas que están muertas. Yo he estado haciendo esto, y ¡qué insensato es!"

Ahora bien, ¿puede la mente morir para sus recuerdos, sus experiencias, para todas las cosas que ha conocido? Sin buscar lo permanente, ¿puede morir para lo impermanente?

"Tengo que comprender esto" —dijo el médico—. "He conocido el amor (me perdonaréis por usar esa palabra), y no puedo conocerlo de nuevo, porque mi mente está ocupada por el recuerdo de lo que fue. Es este recuerdo el que ella quiere hacer permanente, el recuerdo de lo que ha conocido; y el recuerdo, con sus asociaciones, no es más que ceniza. De las muertas cenizas no puede hacer ninguna nueva llama. Y entonces, ¿qué? Por favor, dejadme continuar. Mi mente vive de recuerdos, y la mente misma es memoria, el recuerdo de lo que ha sido; y este recuerdo de lo que ha sido quiere hacerse permanente. No hay pues amor, sino sólo el recuerdo del amor. Pero yo quiero la cosa real, no simplemente su recuerdo".

Querer la cosa real sigue siendo el apremio de la memoria, ¿no es así?

"Significa eso ¿que no debo quererla?"

"Eso es" —replicó el artista—. "El querer es un anhelo que nace de la memoria. No queríais ni os aferrabais a la cosa real cuando ella estaba allí; simplemente estaba allí como una flor. Pero habiéndose disipado, comenzasteis a desearla. Quererlo es tener las cenizas del recuerdo. El momento supremo que he estado anhelando no es lo real. Mi anhelo surge del recuerdo de algo que una vez sucedió, y por eso he vuelto a la niebla de la memoria, que, según ahora veo, es oscuridad".

El anhelo es recuerdo; no hay anhelo sin lo conocido, que es el recuerdo de lo que ha sido; y es este anhelo el que sostiene al "yo", al ego. Pues bien, ¿puede morir la mente para lo conocido, lo conocido que está procurando hacerse permanente? Este es el problema real, ¿verdad?

"¿Qué entendéis por morir para lo conocido?" —preguntó el médico—.

Morir para lo conocido es no tener la continuidad del ayer. Aquello que tiene continuación es sólo memoria. Lo que no tiene continuidad no es permanente ni impermanente. La permanencia o la continuidad existen sólo cuando hay miedo de la transitoriedad. ¿Puede haber una terminación de la conciencia como continuidad, un morir para el sentimiento total de llegar a ser, sin acumular de nuevo en el acto mismo de morir? Sólo existe este sentimiento de llegar a ser cuando existe la memoria de lo que ha sido y de lo que debería ser, y el presente es entonces utilizado como pasaje entre los dos. Morir para lo conocido es la completa quietud de la mente. El pensamiento, bajo la presión del anhelo, no puede estar jamás en calma.

"Os he seguido y comprendido hasta el punto en que mencionasteis morir" —dijo el abogado—. "Ahora estoy confundido".

Sólo aquello que tiene una terminación puede darse cuenta de lo nuevo, del amor, o de lo Supremo. Lo que tiene continuidad, "permanencia", es el recuerdo de las cosas que han sido. La mente ha de morir para el pasado, aunque esté constituida por el pasado. La totalidad de la mente ha de estar en completa quietud, sin ninguna presión, influencia o movimiento del pasado. Sólo entonces es posible lo otro.

"Tendré que ponderar mucho esto" —dijo el doctor—. "Será verdadera meditación".

¿POR QUÉ ESTA ANSIA DE POSEER?

Durante varios días había estado lloviendo, y todavía no parecía que fuera a escampar. Cerros y montañas estaban cubiertos de oscuras nubes, y una espesa niebla ocultaba la verde orilla al otro lado del lago. Había charcos por todas partes y la lluvia entraba por las ventanillas medio abiertas del automóvil. Dejando atrás el lago y serpenteando entre las colinas, el camino atravesaba algunas pequeñas poblaciones y caseríos, y luego trepaba la ladera de una montaña. Ahora ya había cesado la lluvia, y a medida que subíamos más empezaban a aparecer los picos nevados, resplandecientes bajo el sol matinal.

Entonces paró el coche y caminamos por un senderito que se desviaba del camino por entre los árboles y prados abiertos. El aire estaba tranquilo y frío, y sorprendentemente silencioso; no estaban las vacas de costumbre, con sus campanas. No se encontraban otros seres humanos en aquel sendero, pero en la tierra húmeda había huellas de fuerte calzado con filas de clavos. En el sendero no había mucho barro, pero los pinos estaban empapados por la lluvia. Al llegar al borde de un precipicio, se podía ver allá abajo un arroyo que corría desde los distantes glaciares. Estaba alimentado por varias cascadas, pero el ruido de éstas no llegaba hasta allí, y había completo silencio.

Era imposible no participar de esa quietud. No era una quietud impuesta; llegaba natural y fácilmente. La mente ya no seguía en sus interminables merodeos. Había cesado su movimiento exterior y había emprendido un viaje interno, que conducía a grandes alturas y asombrosas profundidades. Pero pronto, aun este viaje cesó, y no había movimiento interno ni externo de la mente. Estaba en completa quietud, y, sin embargo, había movimiento, un movimiento sin relación alguna con el volverse hacia dentro o hacia fuera de la mente, un movimiento que no tenía causa, ni fin, ni centro. Era un movimiento dentro de la mente, a través y más allá de ella. La mente podía seguir todas sus propias actividades, por intrincadas y sutiles que fueran, pero no podía seguir este otro movimiento, que no se originaba en ella misma.

La mente estaba, pues, quieta. No se la había aquietado: su quietud no había sido preparada, ni se había producido por ningún deseo de estar quieta. Estaba sencillamente en calma, y por estarlo existía este movimiento Temporal. La mente nunca podría capturarlo y ponerlo entre sus recuerdos; lo haría si pudiera, mas no existía ningún reconocimiento de este movimiento. La mente no lo conocía, porque nunca lo había conocido; por lo tanto la mente estaba quieta, y este movimiento atemporal proseguía más allá del recuerdo.

El sol ya estaba tras las distantes cumbres, que de nuevo se hallaban cubiertas por las nubes.

"He estado aguardando esta entrevista durante muchos días, y ahora que estoy aquí, no sé por dónde empezar".

Era un hombre joven, bastante alto y delgado, de buen porte. Dijo que había estudiado, pero que no fue muy buen estudiante, sino apenas como para ir pasando, y se las había arreglado para conseguir un buen empleo gracias a la influencia de su padre. El empleo era de porvenir, como lo es cualquier empleo si se trabajaba de firme, pero no le interesaba mucho; estaba dispuesto a quedar en él, y eso era todo prácticamente. Con este desorden en que está el mundo, decía, la cosa no importaba mucho de todos modos. Estaba casado y tenía un hijo pequeño, bastante simpático y de sorprendente inteligencia, teniendo en cuenta la mediocridad de sus padres, añadió. Pero cuando el muchacho creciera, probablemente llegaría a ser como el resto del mundo, un buscador de éxito y de poder, si para entonces existía aun el mundo.

“Como veis, puedo hablar con bastante facilidad sobre algunas cosas, pero aquello de que quiero realmente hablar parece muy complejo y difícil. Nunca hasta ahora he hablado de ello con nadie, ni siquiera con mi esposa, lo cual creo que dificulta más el expresarlo ahora; pero, si tenéis paciencia, trataré de hacerlo”.

Se detuvo algunos momentos y luego continuó.

“Soy hijo único y fui bastante mimado. Aunque estoy loco por la literatura y me gustaría escribir, no tengo ni el don ni el impulso para ponerlo en práctica. No soy del todo tonto, y podría ser algo en mi vida, pero tengo un problema que me consume: quiero poseer a las personas, en cuerpo y alma. No es sólo posesión lo que busco, sino completo dominio. No puedo soportar que haya libertad alguna para la persona poseída. He observado a otros, y aunque también son posesivos, todo ello es muy tibio, sin ninguna intensidad real. La sociedad y su idea de las buenas maneras los tiene limitados. Pero yo no tengo límites; simplemente poseo, sin ningún adjetivo atenuante. No creo que nadie pueda saber por qué angustias paso, a qué torturas estoy sujeto. No son meros celos; es literalmente fuego infernal. Algo tiene que estallar, aunque hasta ahora no ha estallado. Exteriormente me arreglo para dominarme, y probablemente parezco bastante normal; pero por dentro estoy violento. Por favor, no creáis que exagero; ojalá exagerara”.

¿Qué es lo que nos hace querer poseer, no sólo personas, sino también cosas e ideas? ¿Por qué este afán de poseer, con toda su lucha y sufrimiento? Y una vez que poseemos, con eso no termina el problema, sino que sólo se suscitan otras cuestiones. Si puedo preguntarlo, ¿sabéis por qué queréis poseer, y qué significa la posesión?

“Poseer propiedades es distinto de poseer personas. Mientras dure nuestro actual gobierno, estará permitida la posesión por lo menos unas pocas hectáreas, algunas casas, etc. Podéis tomar medidas para salvaguardar vuestra propiedad, para que siga bajo vuestro propio nombre. Pero con las personas es diferente. No podéis sujetarlas o encerrarlas. Tarde o temprano se escapan de vuestra mano, y entonces empieza la tortura”.

Pero ¿por qué este afán de poseer? Y ¿qué entendemos por poseer? Es el poseer, en el sentir que poseéis, hay orgullo, cierta sensación de poder y prestigio, ¿no es así? Hay placer en saber que algo es vuestro, sea una casa, una pieza de tela o un cuadro raro. La posesión de capacidad, de talento, la capacidad para realizar, y el reconocimiento que ello trae, también estas cosas os dan una sensación de importancia, una segura perspectiva de la vida. Por lo que se refiere a las personas, poseer y ser poseído suele ser una relación mutuamente satisfactoria. Hay posesión también en términos de creencias, ideas, ideologías, ¿verdad?

“¿No estamos entrando en un campo demasiado vasto?”

Pero es que la posesión implica todo esto. Vos podéis querer poseer personas, otro puede poseer toda una serie de ideas, mientras que algún otro puede satisfacer con tener unas pocas hectáreas de tierra; pero por mucho que varíen los objetos, toda posesión es esencialmente lo mismo, y cada uno defenderá lo que posee; o, en el mismo desprenderse de ellas, poseerá alguna otra cosa en otro nivel. La revolución económica puede limitar o abolir la posesión privada de propiedades, pero el estar libre de la posesión psicológica de personas o ideas es otra cuestión muy distinta. Podéis libraros de una ideología determinada, pero pronto encontraréis otra. A toda costa tenéis que poseer.

Ahora bien, ¿hay jamás un momento en que la mente no esté poseyendo ni sea poseída? Y ¿por qué quiere uno poseer?

“Supongo que será porque al poseer se siente uno fuerte seguro; y desde luego, siempre hay un agradable deleite en el poseer, como decís. Yo quiero poseer personas por varias razones. Por lo pronto, el tener poder sobre otro me da un sentimiento de importancia. En la posesión existe también una sensación de bienestar; se siente uno cómodamente seguro”.

Y sin embargo, con todo eso hay conflicto y dolor. Queréis mantener el placer de poseer, y evitar su pena; ¿puede hacerse esto?

“Probablemente no, pero yo sigo intentándolo. Navego sobre la estimulante ola de la posesión, sabiendo perfectamente bien lo que va a pasar; y cuando llega la caída, como siempre ocurre, me levanto y continúo sobre la siguiente ola”.

Entonces no tenéis ningún problema ¿verdad?

“Quiero que termine esta tortura. ¿Es realmente imposible poseer completamente y para siempre?”

Parece imposible por lo que se refiere a propiedad e ideas; y ¿no lo es mucho más con respecto a las personas? La propiedad, las ideologías y las tradiciones profundamente arraigadas son estáticas, fijas, y pueden defenderse durante largos períodos de tiempo, por medio de la legislación y varias formas de resistencia; mas para las personas no es así. Las personas viven; como vos, también ellas quieren dominar, poseer y ser poseídas. A pesar de lo códigos de moralidad y de las sanciones de la sociedad, las personas

pasan de una forma de posesión a otra. Nunca existió la completa posesión de nada, en ningún tiempo. El amor nunca es posesión ni apego.

"Entonces ¿qué voy a hacer? ¿Puedo librarme de, esta desgracia?"

Claro que podéis, pero eso es otra cuestión enteramente distinta. Os dais cuenta de que poseéis; pero, ¿os dais cuenta alguna vez de un momento en que la mente ni posee ni está siendo poseída? Poseemos porque nosotros mismos no somos nada, y, al poseer, tenemos la sensación de haber llegado a ser alguien. Cuando nos llamamos americanos, alemanes, rusos, hindúes, o lo que queráis, el rótulo nos da una impresión de importancia, y así lo defendemos con la espada y con la mente astuta. No somos nada más que lo que poseemos: el rótulo, la cuenta bancaria, la ideología, la persona. Y esta identificación engendra enemistad e interminable pugna.

"Todo esto lo sé bastante bien, pero habéis dicho algo que ha hecho vibrar una cuerda en mí. ¿Percibo alguna vez un momento en que la mente no posee ni es poseída? Creo que no".

¿Puede la mente dejar de poseer o de ser poseída por el pasado y el futuro? ¿Puede estar libre, tanto de la influencia de la experiencia como del afán de experimentar?

"¿Es posible eso jamás?"

Tenéis que descubrirlo; tenéis que daros plena cuenta de la marcha de vuestra propia mente. Conocéis la verdad de la posesión, su dolor y su placer, pero os detenéis ahí y tratáis de superar el uno con el otro. No conocéis un instante en que la mente ni posee ni es poseída, en que está totalmente libre de la influencia de lo que ha sido y del deseo de llegar a ser. Inquirir y descubrir vos mismo la verdad de esta libertad es el factor liberador, y no la voluntad de ser libre.

"¿Soy yo capaz de una indagación y descubrimiento tan difícil? En cierto y curioso modo, lo soy. He sido astuto y resuelto para poseer, y con la misma energía puedo ahora empezar a inquirir sobre la libertad de la mente. Me gustaría volver a venir, si se me permite, después que haya experimentado con esto".

EL DESEO Y EL DOLOR DE LA CONTRADICCIÓN

Dos hombres estaban ocupados en excavar una larga y estrecha tumba. Era tierra fina, arenosa, sin demasiada arcilla, y fácil de cavar. Ahora estaban arreglando las esquinas y retocando todo el contorno. Algunas palmeras se cernían sobre la tumba y tenían grandes racimos de cocos. Los hombres llevaban taparrabos y sus cuerpos desnudos brillaban bajo el temprano sol matinal. El ligero suelo estaba aun húmedo de las recientes lluvias, y las hojas de los árboles, agitadas por una suave brisa, brillaban en el claro de la mañana. Era un día agradable, y como el sol recién asomaba sobre las copas de los árboles, aun no hacía demasiado calor. El mar, azul pálido, estaba muy en calma, y las blancas olas llegaban perezosamente. No había una nube en el cielo, y la luna menguante se hallaba en el cenit. El pasto estaba muy verde, y había pájaros por todas partes, llamándose unos a otros en diferentes tonos. Reinaba una gran paz sobre la tierra.

Sobre la estrecha fosa los hombres habían colocado dos largas tablas, y a través de estas, a su vez, una fuerte soga. Sus llamativos taparrabos y sus oscuros cuerpos tostados por el sol, habían dado vida a la tumba vacía; pero ahora se habían ido, y la tierra se iba secando rápidamente al sol. Era un cementerio bastante grande, algo desordenado, pero bien cuidado. Las filas de blancas losas con nombres grabados estaban descoloridas por las muchas lluvias. Allí trabajaban durante todo el día dos jardineros, regando, recortando, plantando y arrancando las malezas. Uno era alto y el otro bajo y gordo. Fuera de un paño que llevaban en la cabeza contra el ardiente sol, también ellos llevaban sólo taparrabos, y su piel era casi negra. En los días lluviosos, la manchada tela del taparrabo era su única prenda, y las lluvias lavaban sus cuerpos oscuros. El alto estaba regando un macizo de flores que acababa de plantar. Con un gran recipiente de barro cocido y de cuello estrecho rociaba las hojas y flores. El recipiente brillaba al sol a medida que los músculos del oscuro cuerpo se movían con soltura, mientras el hombre se mantenía en pie con gracia y dignidad. Era una cosa bella, digna de contemplarse. Las sombras eran alargadas bajo el sol de la mañana.

La atención es una cosa extraña. Siempre miramos a través de una pantalla de palabras, explicaciones y prejuicios; nunca escuchamos más que a través de juicios, comparaciones y recuerdos. El hecho mismo de nombrar la flor, o el pájaro, es una distracción. La mente nunca está en calma para mirar, para escuchar. En el instante en que mira, ya inicia su inquieto deambular; en el acto mismo de escuchar hay una interpretación, una reminiscencia, un gozo, y la atención es impedida. La mente puede estar absorta en la cosa que ve o escucha, como lo está un niño en un juguete, pero esto no es atención. Ni es atención la concentración, pues esta es una forma de exclusión y resistencia. Sólo hay atención cuando la mente no está absorbida por una idea u objeto, interior o exterior. La atención es el bien completo.

Era un hombre de edad mediana, casi calvo, de ojos claros, observadores, y cara arrugada por la preocupación y la ansiedad. Padre de varios hijos, explicó que su esposa había muerto al dar a luz el último, y que ahora estaban viviendo todos con un pariente. Aunque seguía empleado, su salario era pequeño y resultaba difícil atender los gastos, pero de alguna manera se arreglaban cada mes sin demasiado apuro. El hijo mayor ya se ganaba la vida, y el segundo estaba estudiando. El mismo procedía de una familia que tenía las austeras tradiciones de muchos siglos, y este pasado le valía ahora mucho. Pero, para la nueva generación, las cosas iban a ser muy diferentes; el mundo estaba cambiando rápidamente —dijo— y las viejas tradiciones se derrumbaban. En todo caso, la vida seguiría su propio camino, y era inútil quejarse. No había venido él a hablar de su familia ni del porvenir, sino de sí mismo.

"Siempre, desde que puedo recordar, me he encontrado en un estado de contradicción. Siempre tuve ideales, y siempre he estado muy lejos de su realización. Desde mis más tempranos años, me he sentido atraído hacia la vida monástica, la vida de soledad y meditación, y he terminado por tener una familia. Un tiempo pensé que sería un estudioso, pero en vez de ello me he hecho un ganapán de oficina. Toda mi vida ha sido una serie de perturbadores contrastes, y aun ahora me encuentro en medio de autocontradicciones que me molestan mucho; pues quiero estar en paz conmigo mismo, y me parece que no soy capaz de armonizar estos deseos en conflicto. ¿Qué voy a hacer?"

Seguramente, nunca pueden armonizarse o integrarse deseos opuestos. ¿Podéis armonizar el odio y el amor? ¿Pueden juntarse jamás la ambición y el deseo de paz? ¿No tienen que ser siempre contradictorios?

"Pero ¿no pueden dominarse los deseos en conflicto? ¿No pueden domarse estos potros salvajes?"

Lo habéis intentado, ¿no es así?

"Sí, durante muchos años".

¿Y lo habéis conseguido?

"No, pero es porque no he disciplinado adecuadamente el deseo, no lo he intentado con bastante intensidad. La culpa no es de la disciplina, sino del que falta en la disciplina".

¿No es este hecho mismo de disciplinar el deseo lo que engendra contradicción? Disciplinar es resistir, reprimir; y ¿no es la resistencia o la represión el camino del conflicto? Cuando disciplináis el deseo, ¿quién es el vos que practica la disciplina?

"Es el yo superior".

¿Lo es? ¿O es sólo una parte de la mente que trata de nominar a la otra, un deseo que reprime a otro? La represión de una parte de la mente, por otra que llamáis "yo superior", sólo puede llevar al conflicto. Toda resistencia produce contienda. Por mucho que un deseo pueda reprimir o disciplinar a otro, ese llamado deseo superior engendra otros deseos, que pronto se rebelan. El deseo se multiplica; no existe sólo un deseo. ¿No habéis notado esto?

"Sí, he notado que al disciplinar un deseo determinado surgen otros en torno de él. Hay que seguirlos uno por uno".

Y así pasar una vida entera persiguiendo y sujetando un deseo tras otro, sólo para hallar al fin que el deseo aún persiste. La voluntad es deseo, y ella puede dominar tiránicamente todos los demás deseos. Pero lo que así se conquista tiene que ser conquistado una y otra vez. La voluntad puede llegar a ser un hábito; y una mente que funciona en el surco del hábito es mecánica, está muerta.

"No estoy seguro de comprender todo los delicados puntos que estáis explicando, pero me doy cuenta de los enredos y contradicciones del deseo. Si sólo hubiera en mí una contradicción, podría aguantar esta brega, pero es que hay varias. ¿Cómo voy a estar en paz?"

Comprender es una cosa, y desear estar en paz es otra. Con la comprensión viene la paz, pero el mero deseo de estar en paz sólo fortalece el deseo, que es la fuente de todo conflicto. Un deseo fuerte, dominante, nunca trae paz, sólo construye un aprisionante muro alrededor de sí mismo.

"Entonces, ¿cómo va uno a escapar de esta red de contradictorios deseos?"

¿El "cómo", es investigación, o es la búsqueda de un método para poner fin a la contradicción?

"Creo que busco un método. ¿Pero no es sólo por la paciente y rigurosa práctica de un método adecuado que puede uno terminar con esta lucha?"

De nuevo, todo método implica un esfuerzo para dominar, reprimir o sublimar el deseo, y en este esfuerzo se erige la resistencia en diversas formas, sutiles o brutales. Es como vivir en un estrecho pasaje que os aísla de la vastedad de la vida.

"Parece que estáis muy en contra de la disciplina".

Sólo estoy señalando que una mente disciplinada, moldeada, no es una mente libre. Con la comprensión del deseo, la disciplina pierde su importancia. La comprensión del deseo es mucho más importante que la disciplina, que no es más que mera conformidad a una norma.

“Si no hay disciplina, entonces ¿cómo va a librarse la mente del deseo, que trae todas estas contradicciones?”

El deseo no trae contradicciones: es contradicción. Por eso es importante comprenderlo.

“¿Qué queréis decir por ‘comprender el deseo’?”

Es ser consciente del deseo sin nombrarlo, sin rechazarlo ni aceptarlo. Es sencillamente darse cuenta del deseo, como os dais cuenta de un niño. Si queréis comprender a un niño, tenéis que observarlo, y esa observación no es posible si hay cualquier sentido de condenación, justificación o comparación. Del mismo modo, para comprender el deseo tiene que haber esta sencilla percepción de él.

“¿Cesará entonces la autocontradicción?”

¿Es posible garantizar nada en estas cuestiones? Y esta misma ansia de estar seguro, a salvo, ¿no es otra. forma del deseo?

Señor, ¿habéis conocido alguna vez un instante en que no haya habido autocontradicción?

“Tal vez en el sueño, pero de otra manera no”.

El sueño no es necesariamente un estado de paz, o de libertad de la autocontradicción. Pero esa es otra cuestión.

¿Por qué es que no habéis conocido nunca un momento así? ¿No habéis experimentado la acción total: una acción que involucra a vuestra mente y corazón tanto como a vuestro cuerpo, la totalidad de vuestro entero ser?

“Desgraciadamente, jamás he conocido tal momento puro; el completo olvido de sí mismo tiene que ser una gran dicha, pero nunca me ha ocurrido a mí, y creo que muy pocos disfrutan jamás de esa bendición”.

Señor, cuando el “yo” está ausente, ¿no conocemos el amor —no el amor llamado personal o impersonal, mundano o divino—, sino el amor sin la mente interpretativa?

“A veces, cuando estoy sentado en mi escritorio en la oficina, un extraño sentimiento de ‘otra cosa’ viene a mi, en efecto; pero es cosa rarísima. ¡Si siquiera permaneciera y no se disipara!”

¡Cuán adquisitivos somos! Queremos retener lo que no puede retenerse; queremos recordar aquello que no es cosa de la memoria. Todo este querer, perseguir, alcanzar, que es el deseo de ser, de llegar a ser, contribuye a la contradicción, a la formación del “yo”. El “yo” jamás puede conocer el amor; sólo puede conocer el deseo, con sus contradicciones y miserias. El amor no es cosa que pueda ser perseguida, ganada. No se puede comprar mediante la práctica de la virtud. Todos esos empeños son las modalidades del yo, del deseo; y con el deseo existe siempre el dolor de la contradicción.

“¿QUÉ VOY A HACER?”

El viento soplaba puro y fresco. No era el aire seco del semidesierto circundante, sino que llegaba de las lejanas montadas. Aquellos montes eran de los más altos del mundo, una gran cordillera que corría de noroeste a sudeste. Eran macizos y sublimes una visión increíble cuando se la contemplaba a primera hora de la mañana, antes de que el sol se alzase sobre la tierra dormida. Sus imponentes cumbres, con un delicado resplandor rosado, eran asombrosamente claras sobre el pálido cielo azul. A medida que subía el sol, las llanuras se cubrían de largas sombras. Pronto aquellos misteriosos picos desaparecían entre las nubes, pero antes dejarían su bendición sobre los valles, los ríos y las poblaciones. Aunque ya no serían visibles, se sentiría que estaban allí, silenciosos, inmensos y atemporales.

Por el camino bajaba cantando un mendigo; era ciego, y lo conducía un niño. La gente pasaba a su lado y, de vez en cuando, alguno echaba una moneda o varias en la lata que él sostenía en una mano; pero seguía su canción, sin hacer caso del tintineo de las monedas. Un criado salió de una gran casa, dejó caer una moneda en la lata, murmuró algo y se volvió, cerrando la puerta tras de sí. Los papagayos se habían marchado para todo el día, en su alocado y ruidoso vuelo. Se iban a los campos y los bosques, pero al oscurecer volvían a pasar la noche en los árboles a lo largo del camino; allí estaban más seguros, aunque las lámparas de las calles estaban casi entre las hojas. Otras muchas aves parecían quedarse todo el día en la población, y en una gran pradera algunas trataban de cazar los soñolientos gusanos. Pasó un muchacho tocando su flauta. Era flaco e iba descalzo. Tenía un andar jactancioso, y a sus pies parecía no importarles dónde pisaban. Él era la flauta, y la canción estaba en sus ojos. Al caminar detrás de él, le parecía a uno como si fuera el primer muchacho con una flauta de todo el mundo. Y en cierto modo lo era; porque no prestaba atención alguna al auto que pasaba raudo a su lado, ni al policía que estaba en la esquina, soñoliento, ni a la mujer que llevaba un atado en la cabeza. Estaba como fuera del mundo, pero su canción seguía.

Y ahora el día había empezado.

La sala no era muy grande, y los pocos que habían venido casi la llenaban. Eran de todas las edades. Había un viejo con su hija muy pequeña, un matrimonio y un estudiante universitario. Era evidente que no se conocían unos a otros, y cada uno de ellos anhelaba hablar de su propio problema, más sin estorbar a los otros. La niña estaba sentada junto a su padre, tímida y muy quieta; sería de unos diez años. Tenía ropas nuevas y había una flor en su pelo. Todos estuvimos sentados un ratito sin decir palabra. El estudiante esperó a que hablara el de más edad, pero el anciano prefirió dejar que hablasen otros antes. Al fin, un poco nervioso, el joven empezó.

"Estoy ya en mi último año de la facultad, donde he estado estudiando ingeniería, pero, en cierto modo, me parece que no estoy interesado en ninguna carrera determinada. Sencillamente no sé lo que quiero hacer. Mi padre, que es abogado, no se preocupa de lo que yo haga, con tal de que haga algo. Claro que, como estoy estudiando ingeniería, él quisiera que sea un ingeniero; pero yo no tengo verdadero interés en eso. Esto se lo he manifestado, pero él dice que el interés vendrá una vez que esté yo trabajando para ganarme la vida. Tengo varios amigos que han estudiado distintas carreras y que hoy se sostienen por sí mismos; pero la mayoría de ellos se van embotando y cansando, y sólo Dios sabe cómo estarán dentro de unos años. Yo no quiero ser así, y estoy seguro de que lo seré si me hago ingeniero. No es que tema los exámenes. Puedo aprobar con bastante facilidad, y no alardeo de eso. Es que simplemente no quiero ser ingeniero, y creo que tampoco me interesa ninguna otra carrera. He escrito algo, y he chapuceado un poco en pintura, pero esas cosas no lo llevan a uno muy lejos. A mi padre sólo le interesa empujarme hacia un empleo, y él podría conseguirme uno bueno; pero sé lo que pasarla si lo aceptase. Me dan ganas de abandonarlo todo y salir de la Facultad sin esperar a los exámenes finales".

Eso sería bastante tonto, ¿verdad? Al fin y al cabo, ya casi habéis acabado los estudios: ¿por qué no terminarlos? No hay daño en ello ¿no es cierto?

"Creo que no. Pero ¿qué voy a hacer después?"

Fuera de las carreras corrientes, ¿qué os gustaría hacer realmente? Debéis tener algún interés, por muy vago que sea. En alguna parte, muy en lo hondo, sabéis lo que es ¿verdad?

"Mirad: no quiero llegar a ser rico; no tengo interés en crear una familia, y no quiero esclavizarme a una rutina. La mayor parte de mis amigos que tienen empleos o que se han embarcado en una carrera, están atados a la oficina de la mañana a la noche; y ¿qué sacan de ello? Una casa, una esposa, algunos hijos... y aburrimiento. Para mi ésta es realmente una perspectiva espantosa, y no quiero quedar atrapado en ella. Pero todavía no sé qué hacer".

Como habéis pensado tanto sobre todo esto, ¿no habéis tratado de descubrir en qué reside vuestro interés real? ¿Qué dice vuestra madre?

"No se preocupa de lo que haga yo mientras esté seguro, lo que significa estar bien casado y atado; por eso apoya a mi padre. En mis paseos he pensado mucho sobre lo que realmente me gustaría hacer, y lo he hablado con amigos. Pero la mayoría de ellos se inclinan por alguna carrera, y es inútil hablarles de eso. Una vez presos en una carrera, sea la que fuere, creen que esa es la cosa acertada que tiene uno que hacer: el deber, la responsabilidad y todo lo demás. Justamente yo no quiero verme enredado en semejante rueda, eso es todo. Pero ¿qué es lo que realmente me gustaría hacer? Desearía saberlo".

¿Os gusta la gente?

"Hasta cierto punto. ¿Por qué lo preguntáis?"

Quizá pudiera gustaros hacer algo en el orden de la labor social.

"Es curioso que digáis eso. He pensado en hacer obra social, y durante algún tiempo anduve con algunos de los que han consagrado a ello sus vidas. Hablando en general, son gentes secas, frustradas, terriblemente preocupadas de los pobres, e incesantemente activas tratando de mejorar las condiciones sociales, pero íntimamente desgraciados. Conozco una joven que daría su ojo derecho por casarse y hacer vida familiar, pero su idealismo la está destruyendo. Está atrapada en la rutina de las buenas obras, y se ha vuelto terriblemente alegre acerca de su fastidio. Es todo idealismo sin llama, sin gozo interior".

Supongo que la religión, en el sentido aceptado, no significa nada para vos.

"De niño solía ir con mi madre al templo, con sus sacerdotes, oraciones y ceremonias, pero no he estado allí desde hace años".

Eso también se convierte en una rutina, una sensación repetitiva, un vivir de palabras y explicaciones. La religión es mucho más que todo eso. ¿Os gusta la aventura?

"No en el sentido usual de esa palabra: escalar montañas, exploraciones polares, buceo a grandes profundidades marinas, etcétera. No alardeo de superioridad, mas para mí hay algo un poco falto de madurez en todo eso. Yo no podría dedicarme más a escalar montañas que a cazar ballenas".

¿Y sobre política?

“El ordinario juego político no me interesa. Tengo algunos amigos comunistas y he leído parte de sus cosas, y en cierto momento pensé en ingresar en el partido; pero no puedo pasar su doblez, su violencia y tiranía. Estas son las cosas que en realidad propugnan, sea la que fuere su ideología oficial y sus palabras de paz. Pasé rápidamente por esa fase”.

Hemos eliminado ya muchos ¿verdad? Si no queréis hacer ninguna de estas cosas, ¿qué queda?

No es cuestión de edad, ¿verdad? El descontento forma parte de la existencia, pero nosotros encontramos generalmente un medio de domarlo, ya sea por medio de una carrera, por el matrimonio, por la creencia o por idealismo y las buenas obras. De un modo o de otro, la mayoría de nosotros nos las arreglamos para sofocar esta llama del descontento, ¿no es así? Después de sofocarla con éxito, creemos que al fin somos felices y podemos serlo, al menos por el momento. Ahora bien, en vez de sofocar esta llama del descontento mediante alguna forma de satisfacción, ¿es posible tenerla siempre ardiendo? ¿Y es ella entonces descontento?

“¿Queréis decir que yo debo seguir como estoy, insatisfecho de todo lo que está fuera y dentro de mí, y no buscar ninguna ocupación satisfactoria que apague ese fuego? ¿Es eso lo que queréis decir?”

Estamos descontentos porque creemos que deberíamos estar contentos; la idea de que deberíamos estar en paz con nosotros mismos hace doloroso el descontento. Creéis que deberíais ser algo, ¿no es así?: una persona responsable, un ciudadano útil, y todo lo demás. Con la comprensión del descontento, podéis ser estas cosas y mucho más. Pero queréis hacer algo satisfactorio, algo que ocupe vuestra mente, y ponga así término a esta perturbación íntima; ¿no es así?

“Lo es, en cierto modo, pero ahora veo a lo que conduce tal ocupación”.

La mente ocupada es una mente torpe, rutinaria; esencialmente, es mediocre. Como está arraigada en el hábito, en la creencia, en una respetable y provechosa rutina, la mente se siente segura, tanto interior como exteriormente; por consiguiente deja de estar perturbada. Es así, ¿verdad?

“En general, sí, pero ¿qué voy yo a hacer?.

Podéis descubrir la solución si penetráis más en esta sensación de descontento. No penséis sobre ella en términos de estar contento. Descubrid por qué existe, y si no debería mantenerse ardiendo. Después de todo, ganaros la vida no es lo que particularmente os preocupa, ¿verdad?

“Sinceramente, no. Siempre puede uno vivir de una u otra manera”.

Así, ese no es vuestro problema. Pero no queréis quedar atrapado en una rutina, en la rueda de la mediocridad; ¿no es eso lo que os interesa?

“Así es, señor”.

Para no dejarse atrapar así, se requiere arduo trabajo, vigilancia incesante; significa no llegar a ninguna conclusión desde la cual continuar pensando ulteriormente; porque pensar partiendo de una conclusión, es no pensar en absoluto. Es porque la mente parte de una conclusión, de una creencia, de la experiencia, del conocimiento, que queda atrapada en la rutina, en la red del hábito, y entonces se apaga el fuego del descontento.

“Veo que lo que decís es perfectamente cierto, y ahora comprendo qué es lo que en realidad ha pasado en mi mente. No quiero ser como esos cuya vida es rutinaria; y esto lo digo sin ningún sentimiento de superioridad. Carece igualmente de sentido el perderse en diversas formas de aventura; y tampoco quiero estar meramente contento. He empezado a ver, por muy vagamente que sea, en una dirección que ni siquiera supe nunca que existiese. ¿Es a esta nueva dirección que os referíais el otro día en vuestra plática, cuando hablabais de un estado, o un movimiento que es atemporal y eternamente creativo?”

Tal vez. La religión no es cuestión de iglesias, templos, rituales y creencias; es el descubrimiento, de instante en instante, de ese movimiento, que puede tener cualquier nombre, o ninguno.

“Me parece que he ocupado el tiempo disponible más de lo que me correspondía” —dijo, volviéndose hacia los demás—. “Espero que no os moleste”.

“Al contrario” —replicó el anciano—. “Yo, por mi parte, he escuchado con mucha atención, y he sacado mucho provecho. También yo he visto algo que está más allá de mi problema. Al escuchar tranquilamente las preocupaciones de otros, se aligeran a veces nuestras propias cargas”.

Calló unos momentos, como si estuviera considerando cómo expresar lo que quería decir.

“Personalmente he llegado a una edad” —siguió diciendo— “en que ya no pregunto qué tengo que hacer; en vez de ello, miro hacia atrás y considero lo que he hecho con mi vida. Yo también estudié, pero no fui tan reflexivo como nuestro joven amigo. Al terminar los estudios, salí en busca de trabajo, y una vez que encontré un empleo, me pasé los cuarenta años siguientes, y más, ganándome la vida y manteniendo una familia bastante numerosa. Durante todo aquel tiempo estuve preso en la rutina oficinesca, y conozco sus placeres y tribulaciones, sus lágrimas y gozas pasajeros. He envejecido en la lucha y el cansancio, y en los últimos años

ha habido una rápida declinación. Mirando hacia el pasado todo eso, me pregunto ahora: ¿Qué has hecho con tu vida? ¿Fuera de tu familia y tu empleo, qué has realizado efectivamente?”

El anciano se detuvo antes de contestar su propia pregunta.

“En el transcurso de los años, ingresé en varias asociaciones para el mejoramiento de esto o aquello; pertenecí a diversos grupos religiosos, dejando uno para entrar en otro; y leí esperanzadamente la literatura de la extrema izquierda, sólo para hallar que su organización es tan tiránica y autoritaria como la iglesia. Ahora que me he retirado, puedo ver que he estado viviendo en la superficie de la vida; he ido meramente a la deriva. Aunque luché un poco contra la fuerte corriente de la sociedad, al fin fui arrastrado por ella. Pero no me entendáis mal: no derramo lágrimas sobre el pasado; no lamento las cosas que han sido. Me interesan los pocos años que aun me quedan. Desde hoy hasta el día de mi muerte, que se aproxima rápido, ¿cómo tengo que hacer frente a esta cosa que se llama la vida? Ese es mi problema.

Lo que somos está formado por lo que hemos sido; y lo que hemos sido también moldea el futuro, sin dar dirección ni sustancia definida a cada pensamiento y acción. El presente es un movimiento del pasado al futuro.

“¿Qué ha sido mi pasado? Prácticamente nada. No ha habido grandes pecados, ninguna ambición dominante, ni dolor abrumador, ni violencia degradante. Mi vida ha sido la del hombre medio, ni caliente ni fría; ha sido un fluir constante, una vida por completo mediocre. He creado un pasado en el que no hay nada de qué enorgullecerse o avergonzarse. Toda mi existencia ha sido insípida y vacía, sin mucho sentido. Habría sido lo mismo, tanto que hubiera vivido en un palacio como en una choza de aldea. ¡Cuán fácil es deslizarse en la corriente de la mediocridad! Ahora, mi pregunta es: ¿puedo detener en mí mismo esta corriente de mediocridad? ¿Es posible romper con mi pasado, que se dilata mezquinamente?”

¿Qué es el pasado? ¿Cuándo usáis la palabra “pasado”? ¿Qué significa?

“Me parece que el pasado es principalmente cuestión de asociación y memoria”.

¿Os referís a la totalidad de la memoria, o sólo al recuerdo de los incidentes cotidianos? Los incidentes que carecen de significación psicológica, aunque puedan recordarse, no arraigan en el suelo de la mente. Vienen y se van; no ocupan ni recargan la mente. Sólo permanecen aquellos que tienen significación psicológica. ¿Qué entendéis, pues, por el pasado? ¿Existe un pasado que permanezca firme, inamovible, y con el cual podáis romper limpia y netamente?

“Mi pasado está compuesto de una multitud de pequeñas cosas reunidas, y sus raíces son superficiales. Una buena sacudida, como la de un fuerte viento, podría barrerlo”.

Y estáis esperando el viento. ¿Es ese vuestro problema?

“No espero nada. Pero ¿tengo que seguir así durante el resto de mis días? ¿No puedo romper con el pasado?.

Repito, ¿qué es el pasado con el que queréis romper? ¿Es estático el pasado, o es una cosa viviente? Si es una cosa viviente, ¿de dónde proviene su vida? ¿Cómo se reaviva? Si es algo viviente, ¿podéis romper con él? Y ¿quién es el “vos” que quiere romper?

“Ahora estoy confundido” —se quejo—. “Hice una pregunta sencilla, y vos replicáis haciendo varias más complicadas. ¿Tendríais la amabilidad de explicar lo que queréis decir?”

Decís, señor, que queréis estar libre del pasado. ¿Qué es este pasado?

“Consiste en experiencias y en los recuerdos que uno tiene de ellas”.

Ahora bien, estos recuerdos, decís, están en la superficie, no están hondamente arraigados. Pero, ¿no pueden algunos de ellos tener profundas raíces en lo inconsciente?

“No creo tener recuerdos profundamente arraigados. La tradición y la creencia tienen raíces hondas en muchas personas, pero yo las sigo sólo como cosa de conveniencia social, no desempeñan un papel muy importante en mi vida”.

Si el pasado hubiera de disolverse tan fácilmente, no habría problema; si sólo queda la cáscara exterior del pasado, que en cualquier momento puede ser barrida, entonces ya habéis roto con él. Pero hay más que eso en el problema ¿no es así? ¿Cómo vais a romper con nuestra mediocre vida? ¿Cómo vais a aplastar la mezquindad de la mente? ¿No es éste también vuestro problema señor? Y seguramente, el “cómo” en este caso es parte de la indagación, no la búsqueda de mi método. Lo que ha producido la mezquindad, ante todo, ha sido la práctica de un método, basada en el deseo de éxito, con su miedo y su autoridad.

“Vine con la intención de disipar mi pasado, que no tiene gran importancia, pero me encuentro frente a otro problema”.

¿Por qué decís que vuestro pasado no tiene gran importancia?

“He ido a la deriva en la superficie de la vida, y cuando va uno así no puede tener hondas raíces, ni aun en la familia. Veo que para mí la vida no ha significado mucho; no he hecho nada con ella. Ya sólo me quedan

unos pocos años, y quiero dejar de andar a la deriva, quiero hacer algo con lo que queda de mi vida. ¿Es posible siquiera esto?”

¿Qué queréis hacer de vuestra vida? ¿El modelo de lo que queréis ser, no proviene de lo que habéis sido? Por cierto, vuestro modelo es una reacción de lo que ha sido; es un resultado del pasado.

“Entonces, ¿cómo puedo hacer algo de la vida?”

¿Qué entendáis por vida? ¿Podéis actuar sobre ella? ¿O es que la vida es incalculable, y no puede estar contenida dentro de los límites de la mente? La vida es todas las cosas, ¿verdad? Celos, vanidad, inspiración y desesperación; la moralidad social, y la virtud que está fuera del reino de la rectitud cultivada; conocimiento acumulado a través de centenas; el carácter, que es el encuentro del pasado con el presente; las creencias organizadas, llamadas religiones, y la verdad que está más allá de ellas; el odio y el afecto; el amor y la compasión que no están dentro del campo de la mente: todo esto, y más, es la vida, ¿no es así? Y vos queréis hacer algo con ella, queréis darle forma dirección, significación. Ahora bien, ¿quién es el “vos” que quiere hacer todo esto? ¿Sois diferente de aquello que tratáis de cambiar?

“Sugerís que uno simplemente continúe a la derivar”

Cuando queréis dirigir, dar forma a la vida, vuestro modelo sólo puede estar de acuerdo con el pasado; o, al ser incapaz de moldearla, vuestra reacción es dejaros llevar. Pero la comprensión de la totalidad de la vida trae su propia acción, en la que no hay ni el dejarse llevar ni la imposición de una norma. Esta totalidad hay que comprenderla de momento a momento. Tiene que haber la muerte del momento pasado.

“Pero ¿soy yo capaz de comprender la totalidad de la vida” —preguntó él con ansiedad—.

Si no la comprendéis, ninguna otra persona podrá comprenderla por vos. No podéis aprender eso de otro.

“¿Cómo he de proceder?”

A través del conocimiento propio; porque la totalidad, todo el tesoro de la vida, reside en vos mismo.

“¿Qué queréis decir con ‘conocimiento propio’?”

Eso es percibir las modalidades de vuestra propia mente; es aprender con respecto a vuestros anhelos, vuestros deseos, vuestros apremios y empeños, tanto los ocultos como los manifiestos. No hay aprender cuando hay acumulación de conocimientos. Con el autoconocimiento, la mente está libre, está quieta. Sólo entonces surge aquello que está más allá de la medida de la mente.

El matrimonio había estado escuchando todo el tiempo; estaban esperando su turno, pero nunca interrumpieron, y sólo ahora habló el marido.

“Nuestro problema era el de los celos, pero después de escuchar lo que ya se ha dicho aquí, creo que podemos ser capaces de resolverlo. Quizá hayamos comprendido más profundamente al escuchar callados que si hubiéramos hecho preguntas”.

ACTIVIDADES FRAGMENTARIAS Y ACCIÓN TOTAL

Dos cuervos luchaban y lo hacían en serio. Aleteaban en tierra y entrelazaban las alas, a la vez que se desgarraban con sus agudos y negros picos. Algunos de sus compañeros estaban graznándoles desde un árbol cercano, y, de repente, toda la bandada de cuervos se congregó allí, haciendo un ruido tremendo y tratando de hacer cesar la lucha. Eran seguramente docenas, pero a pesar de sus ansiosas y furiosas llamadas, la pelea continuaba. Un grito no la detuvo; luego, un sonoro palmoteo los ahuyentó a todos, aun a los luchadores, que continuaron persiguiéndose entre las ramas de los árboles circundantes. Pero todo había terminado. Una vaca negra atada a una estaca, había mirado plácidamente en la dirección de la lucha, y luego había seguido pastando. Era un animal pequeño, comparado con otras vacas, y muy apacible, de grandes y límpidos ojos.

Por el camino iba una procesión. Era un entierro. Media docena de autos iban precedidos por una carroza en la que podía verse el ataúd, muy pulido, con muchos accesorios de plata. Al llegar al cementerio, toda la gente salió de sus vehículos, y el ataúd fue llevado lentamente a la tumba, que había sido excavada aquella misma mañana. Dieron dos vueltas alrededor de la fosa, y luego depositaron con cuidado el féretro sobre dos fuertes tablas que estaban atravesadas sobre la abierta trinchera. Todos se arrodillaron cuando el sacerdote impartió la bendición, y el ataúd fue bajado suavemente a su lugar definitivo. Hubo una larga pausa; entonces, cada uno arrojó al interior un puñado de tierra recién cavada, y los enterradores, vestidos con sus taparrabos de color vivo, empezaron a echar paletadas de tierra a la tumba, que pronto quedó llena. Encima se colocó una corona de flores blancas, que ya se estaban secando bajo el ardiente sol, y la gente se marchó luego solemnemente.

Había estado lloviendo recientemente, y la hierba del cementerio era de un verde deslumbrante. Todo alrededor de él había palmeras y bananeros, así como arbustos de flores. Era un lugar agradable, y los niños

venían a jugar en la hierba bajo los árboles, donde no había tumbas. A primera hora de la mañana, mucho rocío en la hierba, y las altas palmeras resaltaban sobre un fondo de cielo estrellado. Era fresca la brisa del norte, y con ella venía el largo gemido de un tren lejano. Por lo demás reinaba mucha calma; no había luces en las casas circundantes, y aun no había comenzado el zumbar de los camioneros en el camino.

La meditación es el florecimiento de la bondad; no es el cultivo de la bondad. Lo que se cultiva nunca perdura; pasa y se disipa, y tiene que empezarse de nuevo. La meditación no es para el meditador. El meditador sabe cómo meditar; practica, controla, moldea, se esfuerza, pero esta actividad de la mente no es la luz de la meditación. La meditación no es obra de la mente; es el total silencio de la mente, en el que no existe el centro de experiencia, de conocimiento, de pensamiento. La meditación es atención completa, sin un objeto en que el pensamiento se absorbe. El meditador jamás puede conocer la bondad de la meditación.

Ya de cierta edad, era un hombre muy conocido por su idealismo político y sus buenas obras. En lo profundo de su corazón, estaba la esperanza de hallar algo mucho más grande que eso, pero era uno de aquellos para quienes la acción recta había sido siempre el indicio de la bondad. Constantemente estaba enredado en la reforma, que consideraba como el medio para un fin último: la bondad de la sociedad. Era una rara mezcla de piedad y actividad, y vivo en el encierro de su propio bien razonado pensamiento; sin embargo, había oído un murmullo de algo que lo trascendía. Había venido con un amigo, que era tan activo con él en la reforma social. El amigo era un hombre bajo, nervudo, y en él había cierto aire de agresión contenida. Debía haber visto que la agresión no es el acertado modo de proceder, pero no podía ocultarla del todo; estaba detrás de sus ojos, y sin que se diera cuenta aparece cuando sonreía. Mientras estábamos sentados junto a aquella habitación, ninguno de ellos parecía fijarse en la delicada flor que una pasajera brisa había traído por la ventana. Yacía en el suelo, y le estaba dando el sol.

"Mi amigo y yo no hemos venido aquí para discutir la acción política" —empezó diciendo el primero—. "Ya sabemos bien lo que pensáis sobre ella. Para vos, la acción no es política, reformadora o religiosa; sólo hay acción, una acción total. Pero la mayoría de nosotros no pensamos así. Pensamos en compartimentos, que a veces son impenetrables, y a veces flexibles, elásticos; pero nuestra acción es siempre fragmentaria. Sencillamente no sabemos lo que es acción total. Sólo conocemos las actividades de la parte, y esperamos que reuniendo estas diversas partes, haremos el todo".

¿Es posible jamás formar el todo ensamblando las partes, excepto en las cosas mecánicas? En estas tenéis un plan, un proyecto para ayudaros a reunir las partes. ¿Tenéis un proyecto semejante por el cual producir la perfección de la sociedad?

"Lo tenemos", replicó el amigo.

Entonces ya sabéis cuál será el futuro para el hombre.

"No somos presuntuosos hasta ese extremo, pero sí queremos que se produzcan ciertas reformas evidentes, cosa que nadie puede objetar".

Por cierto la reforma siempre será fragmentaria. Ser activo en hacer el "bien", sin comprender la acción total, es, a la larga, hacer daño ¿no es así?

"¿Qué es la acción total?"

Ciertamente no es la reunión de diversas actividades separadas. Para comprender la acción total, tiene que cesar la actividad parcial. Es imposible ver de un vistazo toda la amplitud de los cielos, pasando de una pequeña ventana a otra. Tenemos que abandonar todas las ventanas ¿no es así?

"Eso suena a fina intelectualidad, pero cuando veis a los hambrientos, a los miserablemente pobres, hervís por dentro y queréis hacer algo".

Lo cual es muy natural. Pero la mera reforma siempre necesita nuevas reformas, y el continuar estas diversas actividades parciales, sin comprender la acción total, parece muy dañoso y destructivo.

"¿Cómo vamos a comprender esta acción total de que habláis?" —preguntó el otro—.

Es evidente que primero tiene uno que abandonar la parte, lo fragmentario, que es el grupo, la nación, la ideología. Aferrándose a estas cosas, espera uno comprender el todo, lo cual es imposible. Es como un hombre ambicioso que trata de amar. Para amar, tiene que cesar el deseo de éxito, de poder y posición. No podemos tener ambas cosas. Del mismo modo, la mente, cuyo pensamiento mismo es fragmentario, es incapaz de descubrir esta acción total,

"Entonces ¿cómo puede uno jamás descubrirlas" —preguntó el amigo.

No hay fórmula para su descubrimiento. El sentimiento de ser total, completo, es muy distinto de su descripción intelectual. No sentimos este ser total, y tratamos de juntar los fragmentos, esperando así tener el todo. Señor, si se puede preguntar, ¿por qué hacéis cualquier cosa?

"Siento y pienso, y la acción fluye de ello".

¿No conduce esto a la contradicción en vuestras diversas actividades?

"Con frecuencia es así, pero uno puede eludir esa contradicción fijándose una definida línea de acción".

En otras palabras, excluís todas las actividades que no tienen relación con la que habéis escogido. ¿No creará esto confusión, tarde o temprano?

"Tal vez. Pero ¿qué vamos a hacer?" —preguntó un poco irritado.

¿Es esa una mera pregunta verbal, o es que empezáis a sentir que es exclusivista y dañoso el aferrarse a una norma escogida de acción? Es porque no **sentís** la necesidad de la acción total que andáis jugando con actividades que son contradictorias. Más, para sentir la necesidad de la acción total, tenéis que inquirir hondamente dentro de vosotros mismos. No hay indagación si no hay humildad. Para aprender, tiene que haber humildad; pero vosotros ya sabéis, y, ¿cómo puede ser humilde un hombre que sabe? Cuando hay humildad no podéis ser un reformador, o un político.

"Entonces no podemos hacer nada, y seremos llevados a la esclavitud por los de la extrema izquierda, cuya ideología promete un pataleo sobre la tierra. Ellos tomarán el poder y nos liquidarán. Pero esa eventualidad puede evitarse desde luego mediante una inteligente legislación, mediante la reforma, y por la gradual socialización de la industria. Es esto lo que perseguimos".

"Pero ¿qué decíais acerca de la humildad?" —preguntó el primero—. "Veo su importancia, pero ¿cómo vamos a alcanzarla?"

No, por cierto, mediante un método. Practicar la humildad es cultivar el orgullo. Un método implica éxito, y el éxito es arrogancia. La dificultad está en que la mayoría de nosotros queremos ser alguien, y esta actividad parcial, reformatoria, nos da una oportunidad para satisfacer ese impulso. La evolución económica o política es aun un parcial, fragmentaria, y conduce a más tiranía y miseria, como se ha visto recientemente. Sólo hay una revolución total, la religiosa, y ella no tiene nada que ver con la religión organizada, que es otra forma de tiranía. Pero ¿por qué no hay humildad?

"Por la sencilla razón de que si uno fuera humilde no sería capaz de hacer nada —afirmó el amigo—. La humildad es para el recluso, no para el hombre de acción".

No os habéis apartado de vuestras conclusiones, ¿verdad? Vinisteis con ellas y os iréis con ellas; y pensar partiendo de conclusiones es evidentemente no pensar en absoluto.

"¿Qué es lo que impide la humildad?" —preguntó el primero.

El miedo. El temor de decir: "no sé"; el miedo de no ser un líder, de no ser importante; el miedo de no estar en el escenario, ya sea el tradicional, o la última ideología.

"¿Tengo miedo?" —preguntó meditabundo.

¿Puede otro contestar esa pregunta? ¿No tiene uno que descubrir la verdad del asunto por sí mismo?

"Creo que he estado en la escena durante tanto tiempo, que he dado por sentado que las actividades en que estoy empeñado son las buenas y verdaderas. Tenéis perfecta razón. Hay cierta modificación y ajuste de nuestra parte, pero no nos atrevemos a pensar demasiado profundamente, porque queremos figurar entre los conductores, o al menos estar con ellos; no queremos ser los hombres olvidados".

Por cierto, todo esto indica que vosotros no estáis en realidad interesados por la gente, sino en ideologías, planes y utopías. No amáis a la gente, ni sentís simpatía por ella; os amáis a vosotros mismos, a través de vuestra personal identificación con ciertas teorías, ideales y actividades reformatorias. Vosotros permanecéis, revestidos de una respetabilidad distinta. Ayudáis a la gente en nombre de algo, para el bien de algo. De hecho os interesa, no ayudar a la gente, sino la implantación del plan o la organización que afirmáis ayudará a la gente. ¿No es en esto en lo que reside vuestra, interés real?

Se quedaron en silencio y se fueron.

LIBERACIÓN DE LO CONOCIDO

Era una noche estrellada, muy clara. No había una nube en el cielo. El sordo rumor de la vecina ciudad se había atenuado, y había una gran calma, no perturbada ni aun por el grito de un búho. La luna menguante estaba justo arriba de las altas palmeras, que no se movían, como hechizadas por el silencio. Orión se había levantado mucho en el cielo hacia el Oeste, y la Cruz del Sur se veía sobre las colinas. Ni una luz brillaba en las casas, y el estrecho camino estaba desierto y oscuro.

De repente, de alguna parte entre los árboles llegó un lamento; al principio sofocado, producía una extraña impresión de misterio y miedo. Al acercarse, el lamento se hizo agudo y ruidoso, y daba una sensación de algo artificial; la tristeza que expresaba no parecía del todo real. Al fin salió a terreno abierto una procesión de gente con lámparas, y el lamento se hizo más sonoro que nunca. Llevaban en los hombros lo que a la pálida luz de la luna parecía ser un cadáver. Caminando despacio por un sendero que cruzaba el terreno

abierto y volvía hacia la derecha, la procesión desapareció otra vez entre los árboles. El lamento fue debilitándose, y finalmente cesó. De nuevo hubo completo silencio, ese extraño silencio que viene cuando el mundo está dormido, y que tiene una calidad propia. No era el silencio del bosque, del desierto, de los lugares lejanos y aislados; ni era el silencio de una mente por completo despierta. Era el silencio del trabajo y el cansancio, del dolor y la superficial agitación de la alegría. Este silencio pasaría con el próximo amanecer, y retomaría al hacerse de nuevo la noche.

A la mañana siguiente, nuestro hospedero inquirió: "¿Os molestó anoche aquella procesión?"

¿Qué era?

"Cuando alguien está gravemente enfermo, llama a un médico, pero, para estar más seguros, traen también a un hombre del que se dice que puede alejar el mal de la muerte. Después de cantar sobre el hombre enfermo y de hacer toda clase de cosas fantásticas, el exorcista mismo se tiende y simula pasar por la agonía de la muerte. Luego se le ata sobre una camilla, se le lleva en procesión, con muchos lamentos, al lugar del enterramiento o de la quema, y se le deja ahí. Al poco rato, su auxiliar desata las cuerdas y aquel vuelve a la vida; se reanuda el cántico sobre el enfermo, y luego todos regresan tranquilamente a sus casas. Si el paciente se restablece, es que la magia ha actuado; si no, entonces el mal ha sido demasiado fuerte".

El hombre de edad que había venido era un **sannyasi**, un asceta religioso que había renunciado al mundo. Tenía la cabeza afeitada; su única prenda era un taparrabos recién lavado, color azafrán, y llevaba un largo palo, que depositaba a su lado al sentarse en el suelo con la facilidad de una larga práctica. Su cuerpo era delgado y bien disciplinado, y se inclinaba ligeramente hacia adelante, como si estuviera escuchando, pero su espalda estaba perfectamente derecha. Era muy limpio; su rostro era claro y fresco, y tenía un aire de dignidad extraterrena. Cuando hablaba alzaba la vista, pero de otra manera mantenía los ojos bajos. Había algo muy agradable y amistoso en él. Viajaba a pie por todo el país, yendo de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad. Sólo caminaba por las mañanas y hacia la noche, no cuando el sol calentaba. Como era **sannyasi** y pertenecía a la más elevada casta, no le costaba trabajo conseguir alimento, porque se le recibía con respeto y se le alimentaba cuidadosamente. Cuando en raras ocasiones viajaba en tren, iba siempre sin billete, porque era un santo varón y tenía el aspecto de un hombre cayos pensamientos no eran de este mundo.

"Desde la juventud, el mundo me atrajo poco, y cuando dejé la familia, la casa, la propiedad, fue para siempre. Nunca retorné. Ha sido una vida ardua y la mente está ahora bien disciplinada. He escuchado a maestros espirituales en el Norte y en el Sur; he ido en peregrinación a distintos santuarios y templos, en que había santidad y adecuada enseñanza. He buscado en el silencio de los lugares apartados, lejos de los sitios frecuentados por los hombres, y conozco los beneficiosos efectos de la soledad y de la meditación. He presenciado las sacudidas por las que ha pasado este país en los años recientes: el volverse el hombre contra el hombre, la secta contra la secta, la matanza, y las idas y venidas de los líderes políticos con sus planes y prometidos beneficios. Los astutos y los inocentes, los poderosos y los débiles, los ricos y los pobres, siempre han coexistido, y siempre coexistan; porque así es el mundo".

Se quedó en silencio unos minutos, y luego continuó.

"En la plática de la otra tarde, se dijo que la mente debe estar libre de ideas, formulaciones y conclusiones. ¿Por qué?"

¿Puede empezar la indagación desde una conclusión, desde lo que ya es conocido? ¿No tiene que empezar la investigación en la libertad?

"Cuando hay libertad, ¿hay alguna necesidad de buscar? La libertad es el fin de la búsqueda".

Por cierto, la libertad de lo conocido es sólo el comienzo de la búsqueda. Si la mente no está libre del conocimiento como experiencia y conclusión, no hay descubrimiento, sino sólo una continuidad, por modificada que sea, de lo que ha sido. El pasado dicta e interpreta la nueva experiencia, reforzándose de ese modo a sí mismo. Pensar desde una conclusión, desde una creencia, no es pensar en absoluto.

"El pasado es lo que uno es ahora, y está hecho de las cosas que uno ha creado a través del deseo y sus actividades. ¿Existe una posibilidad de estar libre del pasado?"

¿No la hay? Ni el pasado ni el presente son jamás estáticos, fijos, finalmente determinados. El pasado es el resultado de muchas presiones, influencias y conflictivas experiencias, y se convierte en el presente en movimientos, que también está cambiando, siendo transformado bajo la incesante presión de muchas influencias diferentes. La mente es resultado del pasado, está compuesta por el tiempo, por las circunstancias, por incidentes y experiencias basadas en el pasado. Pero todo lo que le ocurre, exterior e interiormente, la afecta. No continúa como estaba, ni será como es.

"¿Es eso siempre así?"

Sólo una cosa especializada queda fija para siempre en un molde. La semilla del arroz nunca, bajo ninguna circunstancia, se convertirá en trigo, y la rosa nunca puede llegar a ser palmera. Pero

afortunadamente la mente humana no está especializada, y siempre puede romper con lo que ha sido; no tiene por qué ser necesariamente esclava de la tradición.

"Pero el karma no se elimina tan fácilmente. Lo que se ha construido a través de muchas vidas no puede romperse rápidamente".

¿Por qué no? Lo que se ha hecho a lo largo de siglos, o sólo ayer, puede deshacerse inmediatamente.

"¿De qué manera?"

Por la comprensión de esta cadena de causa-efecto. Ni ha causa ni el efecto son nunca finales, inmutables: eso sería perpetua esclavitud y decadencia. Cada efecto de una causa sufre muchas influencias, de dentro y de fuera, está cambiando constantemente, y a su vez llega a ser causa de otro efecto más. Por la comprensión de lo que he hecho está pasando, este proceso se puede detener instantáneamente, y hay libertad de lo que ha sido. El karma no es una cadena que dura eternamente: es una cadena que puede ser rota en cualquier momento. Lo que se hizo ayer puede deshacerse hoy; no hay continuación permanente de nada. La continuación puede y debe disiparse por la comprensión de su proceso.

"Todo esto se ve claramente, pero existe otro problema que hay que aclarar. Es este: el apego a la familia y a la propiedad cesaron hace largo tiempo; pero la mente aun se adhiere a ideas, a creencias a visiones".

¿Por qué?

"Fue fácil sacudir el apego a las cosas mundanas, pero con las cosas de la mente es una cuestión distinta. La mente está formada por el pensamiento, y este existe en forma de ideas y creencias. La mente no se atreve a estar vacía, porque si lo estuviera dejaría de ser; por lo tanto, se apega a ideas, a esperanzas, y a su creencia en las cosas que están más allá de sí misma".

Decís que fue fácil desprenderse del apego a la familia y a la propiedad. ¿Por qué entonces no es fácil librarse del apego a ideas y creencias? ¿No están implicados los mismos factores en cada caso? Un hombre se aferra a la familia y la propiedad porque sin ellas se siente perdido, vacío, sólo; y es por la misma razón que la mente se apega a ideas, visiones, creencias.

"Así es. El estar físicamente solo, en lugares solitarios, no produce preocupación, porque uno está solo aún entre la multitud; pero la mente rehuye estar sin las cosas de la mente".

Este rehuir es miedo ¿verdad? El temor es causado, no por el hecho de estar solo, exterior o interiormente, sino por la anticipación del sentimiento de estar solo. Tenemos miedo, no del hecho, sino del efecto previsto del hecho. La mente prevé y teme lo que podría ser.

"¿Entonces el miedo es siempre del futuro previsto, y nunca del hecho?"

¿No es así? Cuando se teme lo que fue, ese temor no es del hecho mismo, sino de lo que en él se cree ver, descubrir, cosa que también está en el futuro. La mente teme, no lo desconocido, sino la pérdida de lo conocido. No hay miedo del pasado; pero causa temor el pensamiento de los efectos que puede tener ese pasado. Nos espantamos de la soledad íntima, del sentimiento de vacío, que podría surgir si la mente ya no tuviera nada a que aferrarse; hay, pues, apego a una ideología, a una creencia, lo cual impide la comprensión de lo que es.

"Esto también se ve claramente"

Y ¿no tiene que estar sola, vacía, la mente? ¿No tiene que estar intocada por el pasado, por lo colectivo, y por la influencia del propio deseo?

"Eso hay que descubrirlo aun".

TIEMPO, HÁBITO E IDEALES

Había llovido fuerte, varios centímetros diarios durante más de una semana, y el río iba muy crecido. Ya se desbordaba, y algunos pueblos estaban inundados. Los campos se hallaban bajo el agua, y el ganado debió llevarse a terrenos más altos. Unos centímetros más y el agua pasaría sobre el puente, lo que hubiera sido entonces un verdadero inconveniente; pero justo cuando iba llegando al punto de peligro, cesaron las lluvias y el río empezó a bajar. Algunos monos que se habían refugiado en los árboles estaban aislados, y tendrían que seguir allí durante algunos días más.

Una mañana temprano, cuando las aguas habían cedido, nos pusimos en marcha a través de campo abierto, que era llano casi hasta el pie de las montañas. El camino pasaba por una sucesión de pueblos y de granjas equipadas con máquinas modernas. Era primavera y a lo largo del camino estaban en flor los árboles frutales. El automóvil marchaba suavemente. Se sentía el zumbido del motor y de los neumáticos sobre el camino; y sin embargo había un extraordinario silencio por todas partes, entre los árboles, en el río, y sobre la tierra plantada.

La mente sólo es silenciosa con la abundancia de energía, cuando existe esa atención en que ha cesado toda contradicción, el forcejeo del deseo en distintas direcciones. La lucha del deseo para estar en silencio no contribuye al silencio. El silencio no puede ser adquirido por ninguna forma de compulsión; no es la recompensa de la represión, ni aun de la sublimación, Pero la mente que no está en silencio nunca es libre; y es sólo para la mente silenciosa que los cielos están abiertos. La gloria que busca la mente no se encuentra buscándola, ni reside en la fe. Sólo la mente silenciosa puede recibir esa bendición que no es de la iglesia ni de la creencia. Para que la mente esté en silencio, tienen que reunirse todos sus rincones contradictorios y fundirse en la llama de la comprensión. La mente silenciosa no es una mente reflexiva. Para reflexionar tiene que haber el observador y lo observado, el experimentador agobiado por el pasado. En la mente silenciosa no hay un centro desde el cual devenir, ser, o pensar. Todo deseo es contradicción, pues todo centro de deseo está opuesto a otro centro. El silencio de la mente total es meditación.

Era un hombre más bien joven, de gran cabeza, ojos claros y manos aparentemente capacitadas. Hablaba con facilidad y aplomo, había traído consigo a su esposa, una digna señora que evidentemente no iba a decir nada. Probablemente había venido persuadida por él, y prefería escuchar.

"Siempre me han interesado las cuestiones religiosas —dijo él— y por la mañana temprano, antes de que se levanten los niños y que empiece la agitación del hogar, paso un tiempo considerable en la práctica de la meditación. Encuentro muy útil la meditación para lograr dominio de la mente y para cultivar ciertas virtudes necesarias. Hace pocos días oí vuestro discurso sobre la meditación, pero como soy nuevo en vuestras enseñanzas, no pude seguirlo bien. Más no he venido para hablar de eso. He venido a hablar del tiempo: el tiempo como medio para realizar lo Supremo. Por lo que puedo ver, el tiempo es necesario para el cultivo de las cualidades y sensibilidades de la mente, que son esenciales si ha de alcanzarse la iluminación. Es así ¿no?"

Si uno empieza presuponiendo ciertas cosas ¿es posible entonces investigar la verdad del asunto? ¿No impiden las conclusiones la claridad del pensamiento?

"Siempre he dado por sentado que el tiempo es necesario para alcanzar la liberación. Esto es lo que sostienen la mayor parte de los libros sagrados, y yo nunca lo he puesto en duda. Se presume que algunos individuos, acá y allá, han realizado ese estado de exaltación instantáneamente; pero son los pocos, muy pocos. Los demás tenemos que tener tiempo, corto o largo, en el cual preparar la mente para recibir esa bendición. Mas yo veo muy bien lo que queréis significar cuando decís que para pensar con claridad, la mente debe estar libre de conclusiones".

Y es sumamente arduo librarse de ellas ¿no es así?

Ahora bien, ¿qué entendemos por tiempo? Existe el tiempo del reloj, el tiempo como pasado, presente y futuro; luego, el tiempo como memoria, como distancia, viajar de acá para allá, y el tiempo como logro, el proceso de llegar a ser algo. Todo esto es lo que entendemos por tiempo. Y ¿es posible jamás que la mente esté libre del tiempo, trascienda sus limitaciones? Empecemos por el tiempo cronológico. ¿Podemos estar libres alguna vez del tiempo en lo "factual", en el sentido cronológico?

"¡No, si quiere uno alcanzar el tren! Para estar cuerdamente activo en este mundo, y para mantener alguna especie de orden, es indispensable el tiempo cronológico".

Luego está el tiempo como memoria, hábito, tradición; y el tiempo como esfuerzo para alcanzar, realizar, llegar a ser. Es evidente que se requiere tiempo para aprender una profesión o adquirir una técnica. Pero ¿es necesario también el tiempo para la realización de lo Supremo?

"A mí me parece que sí".

¿Qué es eso que está logrando, realizando?

"Supongo que será lo que llamáis el 'yo'".

Que es un haz de recuerdos y asociaciones, tanto conscientes como inconscientes. Es la entidad que goza y sufre, que ha practicado virtudes, adquirido conocimientos, acumulado experiencia; la entidad que ha conocido realización y frustración, y que cree que existe el alma, el Atman, el Yo Superior. Esta entidad, este yo, este ego, es el producto del tiempo. Su sustancia misma es tiempo. Piensa en el tiempo, funciona en el tiempo, y se constituye a sí mismo en el tiempo. Este "yo", que es recuerdo, piensa que a través del tiempo alcanzará lo Supremo. Pero su "Supremo es algo que él ha formulado y está también, pues, en el campo del tiempo, ¿no es así?

"Tal como lo presentáis, parece en efecto que el autor del esfuerzo y el fin tras del cual se esfuerza están igualmente dentro de la esfera del tiempo".

A través del tiempo sólo podéis lograr aquello que el tiempo ha creado. El pensamiento es la respuesta de la memoria, y el pensamiento sólo puede realizar aquello que ha sido creado por el pensamiento.

"¿Decís, señor, que la mente debe estar libre de la memoria y del deseo de lograr, de realizar?"

A eso llegaremos luego. Si podemos, vamos a abordar el problema de otra manera. Tomad la violencia, por ejemplo, y el ideal de la no—violencia. Se dice que el ideal de la no—violencia es un disuasivo de la violencia. Pero ¿lo es? Digamos que soy violento, y que mi ideal es no serlo. Hay un intervalo, una brecha, entre lo que de hecho soy, y lo que debiera ser, el ideal. Cubrir esta distancia requiere tiempo; el ideal debe ser alcanzado gradualmente, y durante este intervalo del acercamiento gradual tengo la oportunidad de entregarme al placer de la violencia. El ideal es lo opuesto de lo que soy, y todos los opuestos contienen las semillas de sus propios opuestos. El ideal es una proyección del pensamiento, que es memoria, y practicar el ideal es una actividad egocéntrica, como lo es la violencia Se ha dicho durante siglos, y seguimos repitiéndolo, que el tiempo es necesario para librarse de la violencia; pero eso es un mero hábito, y no hay sabiduría en ello. Seguimos siendo violentos. El tiempo no es pues el factor de la libertad; el ideal de la no—violencia no libera a la mente de la violencia. Y ¿no puede cesar simplemente la violencia, no mariana o dentro de diez años?

"¿Queréis decir instantáneamente?"

Cuando usáis esa palabra ¿no estáis pensando o sintiendo todavía en términos de tiempo? ¿Puede cesar la violencia, en suma, no en un momento dado?

"¿Es posible tal cosa?"

Sólo con la comprensión del tiempo. Estamos acostumbrados a los ideales, tenemos el hábito de resistir, reprimir, sublimar, sustituir, todo lo cual implica esfuerzo y pugna a través del tiempo. La mente piensa en forma habitual; está condicionada al gradualismo, y ha llegado a considerar el tiempo como medio de conseguir librarse de la violencia. Al comprender la falsedad de todo ese proceso, se ve la verdad de la violencia, y éste es el factor liberador, no el ideal ni el tiempo.

"Creo comprender lo que decís, o más bien, siento su verdad. Pero ¿no es muy difícil librar a la mente del hábito?"

Sólo es difícil cuando **combatís** el hábito. Considerad el hábito de fumar. Combatir este hábito es darle vida. El hábito es mecánico, y resistirlo es sólo alimentar la máquina, darle mas poder. Pero, si consideráis la mente y observáis la formación de sus hábitos, entonces, con la comprensión de la cuestión más amplia, se vuelve insignificante la menor, y se desprende.

"¿Por qué forma hábitos la mente?"

Daos cuenta de las modalidades de vuestra propia mente y descubriréis por qué. La mente forma hábitos para estar segura, a salvo, cierta, imperturbada, para tener continuidad. La memoria es hábito. Hablar un idioma determinado es un proceso de memoria, de hábito; pero lo que expresa en el idioma, una serie de pensamientos y sentimientos, es también habitual, basado en lo que se os ha dicho, en la tradición, etc. La mente se mueve de lo conocido a lo conocido, de una certeza a otra; por eso no hay jamás liberación de lo conocido.

Esto nos trae de nuevo a aquello con que empezamos. Se presupone que el tiempo es necesario para la realización de lo supremo. Pero aquello sobre lo cual puede pensar el pensamiento está aun dentro del campo del tiempo. La mente no tiene posibilidad de formular lo desconocido; puede especular sobre ello, pero su especulación no es lo desconocido.

"Entonces surge el problema: ¿cómo va uno a realizar lo supremo?"

No por ningún método. Practicar un método es cultivar otra serie de recuerdos que nos atan al tiempo. Pero la realización sólo es posible cuando la mente ya no está más en la servidumbre del tiempo.

"¿Puede librarse la mente del cautiverio creado por ella misma? ¿No es necesario una intervención exterior?"

Cuando esperáis una intervención exterior, ya estáis de nuevo en vuestro condicionamiento, en vuestras conclusiones. Lo único que nos concierne es la cuestión: ¿Puede la mente librarse a si misma del cautiverio autocreado? Todas las demás cuestiones no hacen al caso e impiden que la mente atienda a esa única cuestión. No hay atención cuando hay un motivo, la presión para lograr, para realizar; esto es, cuando la mente busca un resultado, un fin. La mente descubrirá la solución de este problema, no por argumentación, opiniones, convicciones o creencias, sino por la propia intensidad de la cuestión misma.

¿PUEDE BUSCARSE A DIOS POR LA RELIGIÓN ORGANIZADA?

El sol vespertino daba sobre los verdes arrozales y sobre las altas palmeras. Los campos describían una curva en torno de los palmerales, y un arroyo, que corría a través de los campos y las arboledas, captaba el dorado resplandor y se vivificaba. La tierra era muy roja. Había llovido mucho, y la vegetación era espesa; aún los

postes de los cercados echaban hojas verdes. El mar estaba lleno de peces, y no se pasaba hambre en el país; la gente estaba bien alimentada, el ganado gordo e indolente. Había niños por todas partes, con muy poca ropa encima, y el sol los había tostado.

Era una tarde encantadora, fresca, tras el cálido y soleado día. Venía una brisa de los cerros, y las ondulantes palmeras daban forma y belleza al cielo. El pequeño auto subía una cuesta, y la niña que compartía el asiento delantero se había colocado cómodamente. Era demasiado tímida para decir palabra, pero era toda ojos, enterándose de todo. Había mucha gente en el camino, unos bien vestidos y otros casi desnudos. En el arroyo, cerca de la orilla, estaba en pie un hombre sólo vestido con un pedazo de tela sujeto con una cuerda. Se sumergió en el agua vanas veces, se frotó, se volvió a zambullir y salió. Pronto oscureció del todo, y los faros del auto iluminaban a la gente y los árboles.

Es extraño cómo está siempre la gente ocupada con sus propios pensamientos, observando y escuchando. Jamás está realmente vacía; y si por casualidad lo parece, es que está solamente en blanco, o soñando despierta. Puede estar ocupada con el deseo de estar vacía, pero nunca lo está; y estando tan por completo llena, no es posible ningún obro movimiento. Al darse cuenta de su estado de constante ocupación, trata de estar desocupada, vacía. El método, la práctica, que promete paz, se convierte en la nueva ocupación de la mente. Algún pensamiento —de la oficina, de la familia, del futuro— llena la mente de manera perpetua. Siempre está atestada, atiborrada con las cosas hechas por ella misma o por otro; hay un incesante movimiento que tiene escaso significado.

Una mente ocupada es insignificante, tanto si está ocupada con Dios, con la envidia o con el sexo; el sentimiento de soledad, el movimiento egocéntrico de la mente, es una ocupación más profunda, y está encubierto con la actividad. La mente nunca es rica en completo vacío; siempre hay un rincón que está activo, haciendo planes, charlando, atareado.

El vacío total de la mente, cuando hasta sus más oscuros rincones quedan a la vista, tiene una intensidad que no es la furia de estar ocupada, y que no es disminuida por la resistencia que trae la ocupación. No habiendo nada que resistir o superar, esta intensidad es silencio sin esfuerzo. La mente ocupada no conoce este silencio. Aun los momentos en que no está ocupada, son sólo interrupciones en la actividad de su ocupación, que pronto son subsanadas. Este silencio del vacío no es lo opuesto de la ocupación. Todos los opuestos están dentro del marco de la lucha. No es un resultado, un efecto, porque no tiene ningún motivo, ninguna causa. Toda causa—efecto está dentro de la esfera de la actividad egocéntrica. El "yo", con su ocupación, jamás puede conocer esta intensidad del silencio, ni lo que está en ella y más allá de ella.

Tres hombres habían venido en tren y ómnibus de la distante ciudad. Uno, bastante más viejo que los otros dos, con una barba bien cuidada, era el que hablaba en nombre de los demás, aunque éstos no estaban en manera alguna subordinados a él. Lento y deliberado en su manera de hablar, podía fácilmente aportar citas de las conocidas autoridades. Nunca mostraba impaciencia, y había en él un aire de tolerancia. De los dos más jóvenes, uno era casi calvo, y el otro tenía una abundante cabellera. El primero parecía no haber preparado bien aun su mente para las cuestiones serias, y estaba dispuesto a examinar lo que se dijera; pero acá y allá podían observarse definidas normas de pensamiento. Sonreía ampliamente mientras hablaba, pero no gesticulaba. El otro era algo tímido, y habló muy poco.

"¿No es posible encontrar a Dios por medio de las organizaciones religiosas establecidas?" —inquirió el de más edad.

Si puedo preguntarlo, ¿por qué hacéis esta pregunta? ¿Es un problema serio en sí mismo, o sólo la introducción a un problema serio? Si hay un problema más serio tras de ello, ¿no sería más sencillo pasar directamente a él?

"Por el momento, esta pregunta es muy seria, al menos para nosotros. La última vez que estuvisteis aquí, hace dos años, todos nosotros os oímos hablar, y entonces nos pareció que erais demasiado drástico en vuestro razonamiento sobre las religiones organizadas. Mis dos amigos y yo pertenecemos a una de ellas; pero poco a poco nos ha ido pareciendo que posiblemente tendríais razón, y queremos hablar de estos seriamente con vos".

Ante todo, ¿qué significa ser serio? Somos serios, en forma pasajera, acerca de muchas cosas; desde que todos os habéis tomado la molestia de venir hasta aquí, aun sería mejor que empecemos por comprender lo que entendemos por seriedad?

"Quizá no seamos tan serios como quisierais que fuésemos, pero consagramos todo el tiempo posible a la búsqueda de Dios".

¿Es indicio de seriedad el tiempo que se gasta en hacer algo? El hombre de negocios, el empleado de oficina, el científico, el carpintero, todos ellos dedican mucho tiempo a sus respectivas ocupaciones. Vosotros los consideraríais serios, ¿verdad?

“En cierto modo, sí. Pero la seriedad con que nosotros llevamos la búsqueda de Dios es enteramente diferente. Es difícil expresarlo en palabras”.

En ciertos casos la seriedad es exterior, superficial, mientras que en otros es interna, más profunda, requiere más penetración, etcétera; ¿es eso?

“Eso es, más o menos, lo que él quiere decir” —intervino el casi calvo—. “Consagramos todo el tiempo posible a la meditación, a leer los libros sagrados y a asistir a reuniones religiosas. En suma, somos muy serios en nuestra busca de Dios”.

Nuevamente ¿es el tiempo el factor de seriedad? ¿O es que ésta depende del estado de la mente?

“No comprendo bien lo que queréis decir con ‘el estado de la mente’”.

Por seria que sea una mente pequeña o inmadura, siempre es limitada, superficial, dependiente, sujeta a la influencia. Interesarse sólo en una parte de la vida es ser sólo parcialmente serio; pero la mente que se interesa en la totalidad de la vida afrontará todas las cosas con seria intención. Una mente así es totalmente seria, sincera.

“Creo que queréis decir que nosotros nunca enfrentamos la vida como un todo” —dijo el más viejo— “y me temo que tengáis razón”.

El enfoque parcial encuentra una respuesta parcial, y por muy serios que seamos, nuestra seriedad será siempre fragmentaria. Una mente así no puede encontrar la verdad de nada.

“Entonces, ¿cómo va uno a tener esta seriedad total?”

El “cómo” no es en absoluto lo que importa. No hay ningún método ni práctica que pueda despertar este sentimiento, el sentimiento de la mente decidida a comprender la totalidad de su propio ser. Espero que lleguemos a este sentimiento a medida que avancemos en nuestra conversación. Pero vosotros empezasteis preguntando si puede encontrarse a Dios por medio de la religión organizada.

“Sí, ésa era nuestra pregunta” —replicó el calvo—. “Todo lo que sabemos de religión es lo que se nos ha inculcado desde la infancia. A través de los siglos, las religiones organizadas nos han enseñado a creer en esto o aquello. Prácticamente, todos los santos de que tenemos noticia han seguido la religión de sus padres y han dependido de la autoridad de los libros sagrados. Los tres que estamos aquí pertenecemos a una de las tradicionales organizaciones religiosas, pero desde que os escuchamos hemos llegado a dudar —o al menos, yo he llegado a dudar— sobre la cuestión de pertenecer siquiera a una organización religiosa. Es de esto que quisiéramos hablar”.

¿Qué implica la organización? Organizamos con el fin de cooperar para hacer algo. La organización es necesaria para la acción eficaz, si vos y yo deseamos hacer algo juntos. Tenemos que organizar, ponernos en la adecuada relación, si hemos de llevar a cabo eficazmente algún plan político, social o económico. ¿Están sobre la misma o similar base las organizaciones religiosas? ¿Y qué entendéis por religión?

“Para mí, la religión es el camino de la vida” —replicó el tercero—. “Este camino lo han establecido para nosotros nuestros maestros espirituales y los libros sagrados, y el seguirlo en nuestra vida diaria constituye religión”.

¿Es la religión asunto de seguir una norma establecida por otro, por muy grande que sea? Seguir es meramente ajustarse, imitar, en la esperanza de recibir una consoladora recompensa; y seguramente que eso no es religión. ¿No consiste el camino de la religión en que el individuo se libere de la envidia, de la codicia y la violencia, del deseo de éxito y poder, de manera que su mente esté libre de autocontradicciones, conflictos, frustraciones? Y sólo una mente así puede descubrir lo verdadero, lo real. Una mente así no es influida en forma alguna, no está bajo ninguna presión, y así es capaz de estar quieta; y es sólo cuando está del todo quieta que hay una posibilidad de que surja aquello que está más allá de la medida de la mente. Pero las religiones organizadas sólo condicionan la mente para una determinada norma de pensamiento.

“Pero a nosotros se nos ha educado para pensar dentro de la norma, con su código de moralidad —dijo el calvo—. El templo o la iglesia, con su culto, sus ceremonias, sus creencias y dogmas; esto, para nosotros, ha sido siempre la religión, y la estáis destruyendo sin poner nada en su lugar”.

Lo que es falso tiene que desecharse si ha de ser lo que es verdadero. La unitotalidad de la mente es esencial; y el camino de la religión es el desembarazar a la mente de las normas creadas por lo colectivo, por el pasado. En la actualidad, la mente está enredada en la moralidad colectiva, con su adquisitividad, su ambición, su respetabilidad y búsqueda de poder. La comprensión de todo esto tiene su propia acción, que libera a la mente—sentimiento de lo colectivo, y entonces es capaz de amor, de compasión. Sólo entonces existe lo sublime.

“Pero nosotros no somos aun capaces de tal inmensa comprensión” —dijo el de más edad—, Todavía necesitamos. la cooperación. Esta cooperación y guía es provista por lo que llamamos religión organizada”.

¿Necesitáis efectivamente la ayuda de otro para estar libres de la envidia, de la ambición? Y cuando tenéis en efecto la ayuda de otro, ¿existe la libertad? ¿O es que la libertad sólo viene con el conocimiento de sí mismo? ¿Es cuestión de guía, de ayuda organizada, el conocimiento propio? ¿O es que hay que descubrir de instante en instante las modalidades del yo, en nuestras relaciones diarias? La dependencia de otro, o de una organización, engendra temor, ¿no es así?

"Puede haber unos pocos que sean bastante fuertes como para permanecer solos y combatir al mundo, pero la inmensa mayoría de nosotros necesita los consoladores apoyos de la religión organizada. Nuestras vida en general son vacías, torpes, sin gran significado, y parece mejor llenar esta vacuidad con creencias religiosas, más bien que con tontas diversiones, o con el engaño de los pensamientos refinados y deseos mundanos".

Al llenar con creencias religiosas esa vacuidad, la habéis llenado con palabras, ¿verdad?

"Se nos tiene por personas instruidas" —dijo el calvo— "Hemos estudiado, tenemos empleos bastante buenos y todo lo demás. Sin embargo, la religión siempre ha sido para nosotros del más profundo interés. Mas ahora veo que lo que considerábamos como religión, no es religión en absoluto. Por otra parte, romper esta prisión de lo colectivo requiere más energía y comprensión que las que poseemos la mayoría de nosotros; ¿qué vamos, pues, a hacer? Si dejásemos la organización religiosa a que pertenecemos, nos sentiríamos perdidos, y tarde o temprano encontraríamos otra creencia con la cual engañarnos y llenar nuestro propio vacío. La atracción del viejo camino es fuerte, y perezosamente lo seguimos. Pero al hablar de esto, ciertas cosas han quedado claras para mí, como nunca hasta ahora; y quizá esa misma claridad produzca su propia acción".

ASCETISMO Y SER TOTAL

Volábamos muy alto, a más de 5.000 metros. El avión iba completo, sin un asiento vacío. En él iba gente de todo el mundo. Lejos, abajo, el mar aparecía del color de la hierba de primavera, delicado y encantador. La isla de la que habíamos partido se veía de color verde oscuro; los caminos, negros, y los rojos senderos serpenteando entre los palmares y la espesa y verde vegetación, se demarcaban claros y precisos, y era agradable ver las casas de rojos tejados. El mar se volvía gradualmente verde—gris, y después azul. Ahora estábamos sobre las nubes, que ocultaban la tierra, extendiéndose kilómetro tras kilómetro, hasta donde alcanzaba la vista. En lo alto, el cielo era azul pálido, vasto y abarcándolo todo. Tras de nosotros soplaba un viento ligero y volábamos rápido, a cerca de 600 km. por hora. De pronto las nubes se abrieron, y allí, mucho más abajo, apareció la estéril y roja tierra, con muy escasa vegetación. El color rojo parecía como el de un incendio de bosques. No había bosques, sino que la tierra misma estaba inflamada, no con fuego, sino con color, que era intenso e impresionante. Pronto estuvimos volando sobre tierra fértil, con aldeas y caseríos dispersos por entre los verdes campos. La tierra estaba ahora dividida a gusto del hombre, y cada sección cultivada era retenida, poseída. Era como una interminable alfombra multicolor, pero cada color pertenecía a alguien. Un río corría sinuoso por toda ella, y a lo largo de sus orillas había árboles, que proyectaban las largas sombras de la mañana. A lo lejos estaban las montañas, que se extendían a través del país. Era un bello país; había espacio y edad.

Más allá del ruido de las hélices y de la charla de la gente, y más allá de su propia cháchara, la mente estaba en movimiento. Era un viaje en completo silencio, no en tiempo y espacio, sino en sí mismo. Este movimiento íntimo no era el viajar exterior de la mente dentro del estrecho o extenso campo de su propia hechura, de su propio clamoroso pasado. No era un viaje emprendido por la mente; era un movimiento del todo diferente. La totalidad de la mente, y no sólo una parte, lo oculto tanto como lo manifiesto, estaba en completa calma. El registrar este hecho aquí no es el hecho; el hecho es totalmente diferente de las palabras que lo registran. Esa quietud no estaba en la medida del tiempo. Devenir y ser no tienen relación entre sí; se mueven en direcciones enteramente distintas; uno no conduce al otro. En la quietud del ser no existe el pasado en forma de observador, experimentador. No hay ninguna actividad del tiempo. No es un recuerdo que se esté comunicando, sino el movimiento efectivo mismo, el movimiento del silencio hacia lo inmensurable. Es un movimiento que no parte de un centro, que no va de un punto a otro; no tiene centro, ni observador. Es un viaje del ser total, y el ser total no tiene ninguna contradicción del deseo. En este viaje de la totalidad, no hay punto de partida ni de llegada. Toda la mente está quieta, y esta quietud es un movimiento que no es el viajar de la mente.

El aguacero torrencial había cesado, pero aun se oía el ruido de agua que caía por todas partes. En la habitación había mucha humedad, y tardarían varios días en secarse las cosas. El hombre que había venido

tenía ojos hundidos, y un buen cuerpo. Había renunciado al mundo y sus caminos, y aunque no llevaba la túnica de esa renunciación, llevaba estampado en el rostro el pensamiento de otras cosas. No estaba recién afeitado, porque había estado viajando, pero sí recién lavado, lo mismo que sus ropas. Amable, y de maneras agradables, con manos expresivas, estuvo sentado gravemente en silencio durante largo rato, explorando el ambiente, tanteando su camino. Luego explicó:

"Os oí hace muchos años, por pura casualidad, y algo de lo que dijisteis ha quedado siempre en mí; que a la realidad no se llega por la disciplina, ni por ninguna forma de tortura de sí mismo. Desde aquel tiempo he andado por todo el país, viendo y oyendo muchas cosas. Me he disciplinado rígidamente. Vencer la pasión física no ha sido demasiado difícil, pero otras formas del deseo no han sido tan fáciles de desechar. Todos los días y durante muchos años he practicado la meditación, sin ser capaz de pasar más allá de cierto punto. Más lo que quiero discutir con vos es la autodisciplina. El dominio del cuerpo y de la mente es indispensable, y en gran medida han sido dominados. Pero al hablar sobre el proceso de la autodisciplina con un compañero de peregrinación, he percibido sus peligros. El se ha hecho daño físicamente, al vencer su pasión sexual. Puede uno ir demasiado lejos en esa dirección. No es fácil ser moderado en la autodisciplina. Las realizaciones de cualquier clase traen una sensación de poder. Hay una exaltada excitación en el conquistar a otros, pero mucho más en el dominio de uno mismo".

El ascetismo tiene sus deleites, exactamente como la mundanalidad.

"Eso es perfectamente cierto. Conozco los placeres del ascetismo, y la sensación de poder que da. Como lo han hecho siempre todos los ascetas y santos, he reprimido los impulsos corporales, para aquietar y agudizar la mente. He sometido a los sentidos y a los deseos que surgen de ellos, mediante rigurosa disciplina, para que el espíritu pueda ser libre. He negado al cuerpo toda forma de comodidad, y he dormido en toda clase de lugares; he comido toda clase de alimentos, excepto la carne, y a veces he ayunado varios días seguidos. He meditado durante largas horas con esfuerzo concentrado; y sin embargo, a pesar de toda esta lucha y sufrimiento, con su sensación de poder y de gozo interno, la mente no parece haber ido más allá de cierto punto. Es como si tropezara uno contra un muro, que no se puede derribar por mucho que uno haga".

De este lado del muro están las visiones, las buenas obras, las virtudes cultivadas, el culto, las oraciones, la abnegación, los dioses; y todas estas cosas sólo tienen la importancia que la mente les dé. La mente sigue siendo el factor dominante, ¿verdad? Y ¿es capaz la mente de ir más allá de sus propias barreras, más allá de si misma? ¿No es esa la cuestión?

"Sí. Después de treinta años de firme propósito y disciplina, consagrados a la meditación y a la completa autonegación, ¿por qué no ha caído este muro circundante? He hablado con otros muchos ascetas que han tenido la misma experiencia. Hay desde luego quienes afirman que uno tiene que ser aun más tenaz en la autonegación, más resuelto en la meditación, etc.; mas yo sé que no puedo hacer más. Todos mis esfuerzos sólo me han conducido a este actual estado de frustración".

Por mucha que sea la fatiga y el esfuerzo, no podrá derribar esta muralla aparentemente impenetrable; pero acaso podamos comprender el problema si podemos mirarlo de otro modo. ¿Es posible abordar los problemas de la vida totalmente, con la totalidad de nuestro ser?

"Creo que no sé lo que queréis decir".

¿Os dais cuenta en algún momento de todo vuestro ser, de su totalidad? La totalidad no se obtiene juntando las muchas partes en conflicto, ¿verdad? ¿Puede existir el sentimiento de la totalidad de vuestro ser, no el todo especulativo, no lo que pensáis o formulais que es el todo, sino el sentimiento efectivo del todo?

"Tal sentimiento puede ser posible, pero yo nunca lo he experimentado".

Actualmente, una parte de la mente trata de captar el todo, ¿no es así? Una parte lucha contra otra, un deseo contra otro. La mente oculta está en conflicto con la abierta; la violencia trata de volverse no—violenta. A la frustración sigue la esperanza, la realización y otra frustración. Eso es todo lo que sabemos. Existe el incesante empeño de realizar, en cuya sombra misma está la frustración; así, nunca conocemos ni experimentamos la totalidad del ser. El cuerpo está contra el sentimiento, y el sentimiento contra el pensamiento; el pensamiento persigue lo que **debería ser**, el ideal. Estamos divididos en fragmentos, y juntando los diversos fragmentos esperamos hacer el todo. ¿Es posible jamás hacer esto?

"Pero ¿qué otra cosa se puede hacer?"

Por el momento no nos preocupemos de la acción; quizá vayamos a eso más adelante. Este sentimiento de la totalidad de vuestro ser, de vuestro cuerpo, mente y corazón, no es la reunión de todos estos fragmentos. No podéis convertir deseos contradictorios en un todo armónico. Intentar hacerlo es un acto de la mente, y la mente misma no es más que una parte. Una parte no puede crear el todo.

"Comprendo esto, pero ¿qué hay después?"

Nuestra indagación no es para descubrir qué hay que hacer, sino para descubrir este sentimiento de la totalidad del propio ser, para experimentarlo de hecho. Este sentimiento tiene su propia acción. Cuando hay acción sin este sentimiento, entonces surge el problema de cómo tender el puente sobre el abismo entre el hecho y lo que debería ser, el ideal. Entonces nunca sentimos por completo, existe siempre una reserva; jamás pensamos totalmente, siempre hay temor; jamás obramos libremente, siempre hay un motivo, algo que ganar o evitar. Nuestro vivir es siempre parcial, jamás total, y por eso nos volvemos insensibles. Por la represión del deseo, por el mero control de la mente, por la negación de sus necesidades corporales, el asceta se hace insensible.

"¿No hay que domar nuestros deseos?"

Cuando se les doma por la represión, pierden su vigor, y en este proceso se embotan las percepciones, la mente se hace insensible; aunque se busque la libertad, no tenemos la energía para hallarla. Necesitamos abundante energía para hallar la verdad, y esta energía se disipa por el conflicto que resulta de la represión, del ajuste, de la compulsión. Pero ceder al deseo también engendra autocontradicción, que igualmente disipa energía.

"¿Cómo vamos entonces a conservar la energía?"

El deseo de conservar la energía es codicia. La energía esencial no puede conservarse ni acumularse; viene al cesar la contradicción en uno mismo. Por su misma naturaleza, el deseo produce contradicción y conflicto. El deseo es energía, y tiene que ser comprendido; no puede meramente ser reprimido; o adaptado. Todo esfuerzo para coercionar o disciplinar el deseo contribuye al conflicto, que trae consigo la insensibilidad. Todos los intrincados caminos del deseo deben ser conocidos y comprendidos. No se os pueden enseñar y no podéis aprender estos caminos. Comprender el deseo es darse cuenta, sin elección, de sus movimientos. Si destruís el deseo, destruís la sensibilidad, así como la intensidad que es esencial para la comprensión de la verdad.

"¿No hay intensidad cuando la mente está concentrada?"

Semejante intensidad es un obstáculo para la realidad, porque es el resultado de limitar, estrechar la mente por la acción de la voluntad; y la voluntad es deseo. Hay una intensidad que es totalmente diferente: la extraña intensidad que viene con el ser total, es decir, cuando todo el propio ser está integrado; no unido por el deseo de un resultado.

"¿Queréis decir algo más sobre este ser total?"

Es el sentimiento de ser entero, no dividido, no fragmentado: una intensidad en que no hay tensión, ningún tironeo del deseo con sus contradicciones. Esta intensidad, este profundo y no premeditado impulso, es lo que derribará el muro que la mente ha erigido en torno suyo. Este muro es el ego, el "yo", el sí mismo. Toda actividad del "yo" es separativa, aisladora, y cuanto más pugna por abrirse paso a través de sus propias barreras, más fuertes se vuelven éstas. Los esfuerzos del "yo" para liberarse sólo contribuyen a intensificar su propia energía, su propia pena Cuando se percibe la verdad de esto, sólo entonces existe el movimiento del todo. Este movimiento carece de centro, no tiene principio ni fin; es un movimiento que trasciende la medida de la mente, la mente que se ha formado a través del tiempo. La comprensión de las actividades de las partes conflictivas de la mente que constituyen el "yo", el ego, es meditación.

"Veo lo que he estado haciendo todos estos años. Siempre ha sido un movimiento desde el centro, y es este centro mismo el que hay que romper. Pero ¿cómo?"

No hay método, porque cualquier método o sistema se convierte en el centro. La comprensión de la verdad de que hay que deshacer este centro es su destrucción.

"Mi vida ha sido una incesante lucha, mas ahora veo la posibilidad de poner fin a este conflicto".

EL RETO DEL PRESENTE

Esta calleja conducía al mar desde la amplia y bien iluminada carretera, pasando por entre los muros de los jardines de muchas casas ricas. Había paz allí, porque los muros parecían encerrar afuera el ruido de la ciudad. Esta callejuela era bastante sinuosa, y en los blancos muros danzaban las sombras cuando la brisa agitaba los árboles. La brisa venía cargada de muchos olores: el perfume del mar, el olor de la cena, el aroma del jazmín y los gases de escape. Ahora venía del mar una extraña intensidad. Una gran flor blanca crecía en el oscuro suelo al lado del sendero, y la noche estaba llena de su fragancia. El sendero seguía bajando y no tardaba en llegar a otro camino que corría siguiendo la orilla del mar. Al costado del camino estaba sentado un joven que tenía un perro con una correa. Los dos estaban descansando. Era un perro grande, fuerte, cuidado y bien alimentado. Su propietario debía considerar al perro más importante que al hombre, porque él llevaba

ropas manchadas y su mirada era asustada y afligida. El perro era el importante, no el hombre, y el perro parecía saberlo. De todos modos, los perros de buena estirpe son altivos. Dos personas venían hablando y riendo, y el animal gruñó amenazador al pasar ellos; pero no prestaron atención, porque el perro estaba atado y firmemente sujeto. Un muchachito llevaba algo muy pesado y apenas podía sostenerlo; pero estaba sorprendentemente alegre, sonrió al pasar.

Había ahora bastante quietud; no pasaban autos y no había nadie en el camino. Gradualmente, la intensidad creció. No fue ello inducido por la quietud de la noche, ni por el cielo estrellado o las sombras danzantes, ni por el perro atado o la fragancia de la brisa fugaz; sino que todas estas cosas estaban en aquella intensidad. Sólo había intensidad, sencilla y clara, sin una causa, sin un dios, sin el murmullo de una promesa. Era tan fuerte que el cuerpo estaba momentáneamente incapacitado para ningún movimiento. Todos los sentidos tenían una sensibilidad acrecentada. La mente, tan extraña y compleja, había sido vaciada de todo pensamiento, y por eso estaba completamente despierta; era una luz en la que no había sombra. Todo el propio ser ardía con una intensidad que consumía el movimiento del tiempo. El símbolo del tiempo es el pensamiento, y en esa llama se consumía el ruido de un autobús que pasaba y el aroma de la blanca flor. Sonido y fragancia se entretejían uno en otro, pero eran dos llamas distintas, separadas. Sin un temblor y sin el observador, la mente percibía esta intensidad atemporal; era ella misma la llama, clara, intensa, inocente.

El y su esposa estaban allí en la salita, cuya única ventana daba a una pared lisa, ante la cual se alzaba el oscuro tronco de un gran árbol. Sólo veía uno el macizo tronco, y de las extendidas ramas. El era un hombre grande, bien formado y bastante corpulento. Su sonrisa era rápida y amable, pero en sus vivos ojos se retrataba la ira, y su lengua podía ser muy punzante. Evidentemente había leído mucho, y ahora trataba de ir más allá del conocimiento. Su esposa era de ojos claros y cara agradable; también ella era corpulenta, pero no fofa. Participaba poco en la conversación, pero escuchaba con aparente interés. No tenían hijos.

"¿Es posible jamás librarla mente de la memoria?" —empezó él—. "¿No es la memoria la sustancia misma de la mente, siendo la memoria el conocimiento y la experiencia de los siglos? ¿No refuerza la experiencia a la memoria? En todo caso, nunca he podido comprender por qué ha de librarse uno del pasado, como parece que sostenéis. El pasado es rico en agradables asociaciones y remembranzas. Afortunadamente, puede uno a menudo olvidar los incidentes desagradables y penosos, pero quedan los recuerdos placenteros. Habría una gran pobreza del ser si fuera a desecharse toda la experiencia y el conocimiento que se ha ganado. Sería en verdad una mente pobre la que no tuviera profundidad de conocimiento y experiencia. Sería una mente primitiva".

Si no sentís la necesidad de estar libre del pasado, entonces no hay problema, ¿verdad? Entonces se mantendrá la riqueza del pasado, con todos sus sufrimientos y alegrías. Pero ¿es el pasado, con todos sus sufrimientos y alegrías. Pero ¿es el pasado algo viviente? ¿O es que el movimiento del presente da vida al pasado? El presente, con su exigente intensidad y cambiante celeridad, es un constante reto para la mente. El presente y el pasado siempre están en conflicto si la mente no es capaz de hacer frente por entero al veloz presente. El conflicto sólo surge cuando la mente, cargada con el pasado, con lo conocido, lo experimentado, responde incompletamente al reto del presente, que es siempre nuevo, cambiante.

"¿Puede jamás la mente responder por completo al presente? Ami me parece que nuestra mente está siempre coloreada por el pasado. Y ¿es acaso posible estar totalmente libre de esta coloración?"

Considerémoslo y descubramos. El pasado es tiempo, ¿no es así?; tiempo como experiencia, conocimiento; y toda nueva experiencia fortalece el pasado.

"¿Cómo?"

Cuando sobreviene un acontecimiento en nuestra vida y tenemos lo que llamamos una experiencia, ésta es inmediatamente interpretada en términos del pasado. Si tenemos una determinada creencia religiosa, esa creencia puede provocar ciertas experiencias, que a su vez refuerzan la creencia La mente superficial puede ajustarse a las presiones y demandas de su ambiente inmediato, pero la parte oculta de la mente está fuertemente condicionada por el pasado, y es este condicionamiento, este trasfondo, lo que dicta la experiencia. Todo el movimiento de la conciencia es la respuesta del pasado, ¿verdad? El pasado es esencialmente estático, latente, no tiene acción propia; pero cobra vida cuando se le presenta cualquier reto; él responde. Todo pensar es la respuesta del pasado, de la experiencia acumulada, del conocimiento. Así, todo pensar es condicionado; la libertad está más allá del poder del pensamiento.

"Entonces, ¿cómo se va a librar jamás la mente de sus propias limitaciones?"

Si se puede preguntar, ¿por qué habría de ser libre la mente, que es ella misma el pasado, el resultado del tiempo? ¿Cuál es el motivo que está detrás de vuestra pregunta? ¿Por qué surge siquiera? ¿Es un problema teórico o efectivo?

"Creo que las dos cosas. Existe la curiosidad especulativa de conocer, corno uno podría querer saber acerca de la estructura de la materia, y es también un problema personal. Es un problema para mí en el sentido de que no parece haber salida de mí condicionamiento. Puedo romper una norma de pensamiento, pero en ese proceso mismo se forma otra. ¿Es que la destrucción de lo viejo puede jamás hacer surgir lo nuevo?"

Si es reconocible como lo nuevo, ¿es lo nuevo? Por cierto, lo que se reconoce como nuevo sigue siendo el producto del pasado. El reconocimiento nace de la memoria Es sólo cuando cesa el pasado que puede haber lo nuevo.

"Pero ¿es posible para la mente romper la cortina del pasarlo?"

De nuevo, ¿por qué hacéis esta pregunta?

"Como dije, está uno curioso de saber; y hay también el deseo de estar libre de ciertos recuerdos desagradables y dolorosos".

La mera curiosidad no lleva muy lejos. Y aferrarse a lo agradable, tratando a la vez de librarse de lo desagradable, sólo hace a la mente torpe, superficial; no trae libertad. La mente tiene que estar libre de ambas cosas, no sólo de lo desagradable. La esclavitud a los recuerdos agradables, evidentemente no es libertad. El deseo de aferrarse a lo que es agradable engendra conflicto en la vida; este conflicto condiciona más la mente, y una mente así nunca puede ser libre. Mientras la mente esté presa en la corriente de la memoria, agradable o desagradable, mientras esté utilizando el presente como un pasaje desde el pasado al futuro, nunca podrá ser libre. La libertad es entonces sólo una idea, no una cosa real. Hay que ver la verdad de esto, y entonces vuestra pregunta tendrá un sentido del todo distinto.

"Si veo la verdad de eso, ¿habrá libertad?"

La especulación es vana. La verdad debe ser vista, el hecho de que no hay libertad mientras la mente es prisionera del pasado debe ser experimentado.

"¿Un hombre que es libre en este último sentido, tiene alguna relación con la corriente de causación y de tiempo? Si no la tiene, entonces, ¿para qué sirve esta libertad? ¿Qué valor o importancia tiene un nombre así en este mundo de gozó y sufrimiento?"

Es curioso cómo pensamos casi siempre en términos de utilidad. ¿No hacéis esta pregunta desde la barca que va a la deriva en la corriente del tiempo? Y desde allí queréis saber qué importancia tiene un hombre libre para la gente del barco. Probablemente ninguna en absoluto. La mayoría de las personas no están interesadas en la libertad; y cuando encuentran un hombre que es libre, o hacen de él una deidad y lo colocan en un santuario, o lo quitan del medio poniéndolo en piedra o en palabras, que es destruirlo. Pero seguramente que no estéis interesado en semejante hombre. Vuestro interés está en liberar la mente del pasado, la mente que sois vos mismo.

"Una vez que la mente sea libre, ¿cuál es entonces su responsabilidad?"

La palabra "responsabilidad" no es aplicable a esa mente. Su existencia misma tiene una acción explosiva sobre el tiempo, sobre el pasado. Es esta acción explosiva la que tiene la máxima importancia. El hombre que permanece en el barco y pide auxilio, lo quiere según el patrón del pasado, en el campo del reconocimiento, y para esto la mente libre no tiene respuesta; pero aquella explosiva libertad actúa sobre la esclavitud del tiempo.

"No sé lo que puedo decir a todo esto. Realmente vine con mi esposa por curiosidad, y encuentro que me estoy volviendo profundamente serio. En el fondo soy serio, y lo estoy descubriendo por primera vez. Muchos de mi generación se han separado de las religiones reconocidas, pero en lo hondo existe el sentimiento religioso, con muy poca oportunidad para manifestarse. Tenemos que aprovechar la presente oportunidad".

EL DOLOR DE LA AUTOCOMPASIÓN

En esta época del año, en este clima cálido, era primavera. El sol estaba excepcionalmente suave, porque soplaba una ligera brisa del norte, donde las montañas mostraban la nieve reciente. Un árbol al lado del camino, desnudo una semana antes, estaba ahora cubierto de verdes hojas nuevas que resplandecían al sol. En el vasto espacio de la mente, de la tierra y del cielo azul, las nuevas hojas eran tan tiernas, tan delicadas, tan pequeñas; y sin embargo, en poco tiempo más parecerían llenar el espacio de todo pensamiento. Más allá, había en el camino un árbol en flor, que no tenía hojas sino sólo flores. La brisa había sembrado de pétalos el terreno, y entre ellos estaban sentados varios niños. Eran los hijos de los choferes y de otros servidores. Nunca irían a la escuela, siempre serían los pobres de la tierra; pero entre los pétalos caídos al lado del camino asfaltado, aquellos niños eran parte de la tierra. Se asustaron al ver a un desconocido sentado allí con ellos, y

de repente se callaron; dejaron de jugar con los pétalos y durante unos pocos segundos se quedaron quietos como estatuas. Pero sus ojos estaban animados de curiosidad, amistad y aprensión.

En un pequeño jardín casi oculto al lado de la carretera, había cantidad de vistosas flores, Entre las hojas de un árbol de aquel jardín un cuervo se resguardaba del sol de mediodía. Todo su cuerpo descansaba apoyado sobre la rama, con las patas cubiertas por las plumas. Estaba llamando o respondiendo a otros cuervos y, en el plazo de diez minutos, emitió cinco oí seis notas diferentes en sus llamadas. Probablemente tenía muchas notas más, pero por ahora se contentaba con unas pocas. Era muy negro, con el cuello gris; tenía ojos extraordinarios, nunca quietos, y su pico era duro y agudo. Estaba en completo descanso, y sin embargo completamente viviente. Era extraño cómo la mente estaba en su totalidad con aquel ave. No la estaba observando, aunque había captado todos los detalles, no era el ave misma, porque no había identificación con ella. Estaba con ella, con sus ojos y su agudo pico, como el mar está con los peces. Estaba con el ave y sin embargo penetraba a través de ella e iba más allá. La aguda, agresiva y asustada mente del cuervo formaba parte de la mente que abarcaba los mares y el tiempo. Esta mente era vasta, ilimitada, fuera de toda medida, y sin embargo percibía el más leve movimiento de los ojos de aquel negro cuervo entre las hojas nuevas resplandecientes. Percibía los pétalos que caían, pero no tenía foco de atención, ningún punto desde el que atender. A diferencia del espacio, que tiene siempre algo en sí, una partícula de polvo, la tierra o los cielos, ella estaba totalmente vacía y estando vacía, podía atender sin causa. Su atención no tenía ni raíces ni ramas. Toda la energía estaba en aquella vacía quietud. No era la energía que se acumula con intención, y que pronto se disipa cuando se quita la presión. Era la energía de todo principio; era vida que no tenía tiempo como terminación.

Se habían reunido varias personas y, al tratar cada una de exponer algún problema, las otras empezaban a explicarlo y a compararlo con sus propias experiencias. Pero el dolor no puede ser comparado. La comparación engendra compasión de sí mismo, y entonces sobreviene la desgracia. La adversidad debe ser enfrentada directamente, no con la idea de que la vuestra es más grande que la de otros.

Todos estaban ahora en silencio, y uno de ellos dijo entonces:

"Mi madre murió hace unos años. Muy recientemente, perdí también a mi padre, y estoy lleno de remordimiento. Fue buen padre, y yo debía haber sido muchas cosas que no fui. Nuestras ideas chocaron; nuestras respectivas maneras de vivir nos tuvieron separados. Él era un hombre religioso, pero mi sentimiento religioso no es tan evidente. La relación entre nosotros era tensa con frecuencia, pero por lo menos era una relación, y ahora que él se ha ido me abruma el dolor. Mi dolor no es sólo remordimiento, sino también el sentimiento de haber quedado de repente solo. Nunca hasta ahora he tenido esta clase de dolor, que es muy agudo. No sé qué hacer. ¿Cómo podré sobreponerme a él?"

Si se puede preguntar, ¿sufrís por vuestro padre, o vuestro dolor se debe al hecho de no tener ya la relación a la que os habíais acostumbrado?

"No comprendo bien lo que queréis decir" —replicó.

¿Sufrís porque vuestro padre se ha ido, o porque os sentís solo?

"Todo lo que sé es que sufro, y quiero liberarme de ello. Realmente no comprendo qué queréis decir. ¿Queréis hacer el favor de explicarlo?"

Es bastante sencillo, ¿verdad? O sufrís en consideración de vuestro padre, es decir, porque él disfrutaba de la vida y quería vivir, y ahora se ha ido; o sufrís porque se ha roto un vínculo que tuvo importancia por tanto tiempo, y de pronto, os dais cuenta de la soledad. Ahora bien, ¿cuál de estas cosas es? Seguramente que sufrís, no por vuestro padre, sino porque estáis solo, y vuestro dolor es el que viene de la autocompasión.

"¿Qué es exactamente el sentimiento de soledad?"

¿Nunca os habéis sentido solo?

"Sí, con frecuencia he hecho paseos solitarios. Hago grandes paseos solo, especialmente en mis vacaciones".

¿No hay diferencia entre el sentimiento de soledad, y el estar solo en un paseo?

"Si la hay, entonces no sé lo que significa el sentimiento de soledad".

"Yo no creo que sepamos lo que significa nada, excepto verbalmente" —añadió alguien.

¿No habéis experimentado nunca el sentimiento de soledad, como podríais experimentar un dolor de muelas? Cuando hablamos de soledad ¿estamos experimentando el dolor psicológico que produce, sólo empleando una palabra para indicar algo que nunca hemos experimentado directamente? ¿Sufrimos realmente, o sólo pensamos que sufrimos?

"Yo quiero saber qué es el sentimiento de soledad" —replicó.

Lo que queréis decir es que deseáis una descripción de él. Es una experiencia de completo aislamiento; un sentimiento de no poder contar con nada, de haber roto todos los vínculos. El "yo", el "mí', el ego, por su

misma naturaleza, está constante mente construyendo un muro en torno suyo; toda su actividad conduce al aislamiento. Al darse cuenta de su aislamiento empieza a identificarse con la virtud, con Dios, con la propiedad, con una persona, un país o una ideología; pero esta identificación forma parte del proceso de aislamiento. En otras palabras: escapamos por todos los medios posibles del dolor de la soledad, de esta sensación de aislamiento, y así nunca lo experimentamos directamente. Es como tener miedo de algo que está a la vuelta de la esquina, y no hacerle frente nunca, no descubrir nunca qué es, sino siempre escapar y refugiarse en alguien o algo, cosa que sólo engendra más miedo. ¿No os habéis sentido nunca solo en este sentido de estar separado de todo, por completo?

"No tengo la menor idea de aquello de que estáis hablando".

Entonces, si puedo preguntarlo, ¿sabéis realmente lo que es d dolor? ¿Lo estáis experimentando tan fuertemente y con tanto apremio como experimentaríais un dolor de muelas? Cuando tenéis un dolor de muelas, actuáis; vais al dentista; pero cuando hay pena, escapáis de ella mediante una explicación, una creencia, la bebida, etc. Actuáis, pero vuestra acción no es la acción que libera a la mente del pesar, ¿verdad?

"No sé qué hacer, y es por eso que estoy aquí".

Antes de que podáis saber qué hay que hacer, ¿no tenéis que descubrir qué es realmente el dolor? ¿No os habéis formado meramente una idea, un juicio, de lo que es el dolor? Por cierto, el escapar, la evaluación, el temor, os impiden experimentarlo directamente. Cuando sufrís por un dolor de muelas, no formáis ideas y opiniones sobre ello; simplemente lo tenéis y actuéis. Pero aquí no hay acción inmediata ni remota, porque realmente no estáis sufriendo. Para sufrir y comprender el sufrimiento tenéis que mirarlo, no tenéis que escapar.

"Mi padre se ha ido para siempre, y por eso sufría. ¿Qué podría hacer yo para quedar fuera del alcance del sufrimiento?"

Sufrimos porque no vemos la verdad del sufrimiento. El hecho, y nuestra ideación sobre el hecho, son enteramente distintos, conducen en dos direcciones diferentes. Si se puede preguntar, ¿os interesa el hecho, lo real, o sólo la idea del sufrimiento?

"No respondéis a mi pregunta, señor" —insistió—. "¿Qué debo hacer?"

¿Queréis huir del sufrimiento, o estar libre de él? Si meramente queréis huir, entonces una píldora, una creencia, una explicación, una diversión, pueden "ayudaros", con las inevitables consecuencias de la dependencia, del temor, etc. Mas si deseáis estar libre del dolor, tenéis que dejar de escapar y daros cuenta de él sin juzgar, sin escoger; debéis observarlo, aprender sobre él, conocer todas sus íntimas complicaciones. Entonces no os asustará, y no habrá más el veneno de la autocompasión. Con la comprensión del dolor se libera uno de él. Para comprender el dolor tiene que ser experimentado de hecho, y no sólo la ficción verbal del dolor.

"¿Puedo hacer una sola pregunta?" —intervino uno de los otros—. "¿De qué manera debería uno vivir la vida diaria?"

Como si uno estuviera viviendo por ese solo día, por esa única hora.

"¿Cómo?"

Si tuvierais sólo una hora para vivir ¿qué haríais?

"Realmente no lo sé" —replicó con ansiedad.

¿No arreglaríais lo que es necesario exteriormente, vuestros asuntos, vuestro testamento, etc.? No reuniríais a vuestra familia y amigos y les pediríais perdón por el daño que les hubierais hecho, y les perdonaríais el daño que os hubieran hecho ellos? ¿No moriríais por completo para las cosas de la mente, para los deseos y para el mundo? Y si se puede hacer esto por una hora, entonces también puede hacerse por los días y los años que queden.

"Señor, ¿es realmente posible tal cosa?"

Probadlo y lo descubriréis.

INSENSIBILIDAD Y RESISTENCIA AL RUIDO

El mar estaba en calma y el horizonte claro. Faltaría aún un par de horas para que el sol asomara detrás de los cerros, y la luna menguante hacía danzar las aguas; brillaba tanto que los cuervos de las cercanías ya se habían despertado y graznaban, despertando a su vez a los gallos. Al poco rato, gallos y cuervos callaron otra vez; era muy temprano aun para ello. Era un extraño silencio. No era el silencio que sigue al ruido, ni la calma que precede a la tormenta. No era un silencio "anterior o posterior". Nada se movía, nada se agitaba entre los arbustos. Había la totalidad del silencio, con su penetrante intensidad. No era el contorno del silencio, sino su

mismo ser, y eliminaba todo pensamiento, toda acción. La mente sentía este inmensurable silencio y ella misma se hacía silencio, o más bien se movía en el silencio sin la resistencia de su propia actividad. El pensamiento no evaluaba, medía o aceptaba el silencio, sino que él mismo era el silencio. Había meditación sin esfuerzo. No había meditador, ningún pensamiento persiguiendo un fin; por lo tanto el silencio era meditación. Este silencio tenía su propio movimiento y estaba penetrando en las profundidades, en todos los rincones de la mente. El silencio era la mente; no era que ésta se hubiera vuelto silenciosa. El silencio había plantado su simiente en el corazón mismo de la mente, y aunque los cuervos y los gallos anunciaban de nuevo el amanecer, este silencio nunca terminaría. El sol estaba ya saliendo sobre los cerros; largas sombras se extendían sobre la tierra, y el corazón las seguiría todo el día.

La mujer que vivía al lado era muy joven, y tenía tres niños. Su marido regresaría de su oficina a última hora de la tarde y, después de sus juegos, todos sonreirían superficialmente. Un día vino ella con uno de sus niños, puramente por curiosidad. No tenía mucho que decir ni había mucho que decir. Habló de muchas cosas; de ropas, de autos, de educación y de bebidas, de fiestas sociales y vida de club. Había un susurro entre las colinas, pero desaparecía antes de que uno llegase a él. Había algo que trascendía las palabras, pero ella no tenía tiempo de escuchar. El niño empezó a agitarse e inquietarse.

"Me pregunto por qué gastáis vuestro tiempo con estas personas" —preguntó él al entrar—, "La conozco, es una mariposa social, buena para reuniones de cócteles, con cierta dosis de gusto y de dinero. Me sorprende que haya venido siquiera a veros. Es puro derroche de vuestro tiempo, pero ella acaso saque algo de esto. Tenéis que conocer esa clase de mujeres: ropas y joyas, con el interés primordial puesto en sí mismas. Yo he venido realmente a hablar de otra cosa, desde luego, pero el verla a ella aquí me ha desconcertado un poco. Perdón por haber hablado de ella".

Era un hombre más bien joven, de buenas maneras y voz culta, preciso, ordenado y un poco meticuloso. Su padre era muy conocido en el campo político. Era casado y tenía y ganaba bastante para atender a sus necesidades. Podría hacer más dinero con facilidad, dijo, pero no valía la pena; haría estudiar a los niños y después ellos tendrían que mirar por sí mismos. Habló sobre su vida, las veleidades de la fortuna, los altibajos de su existencia.

"Vivir en la ciudad ha llegado a ser una pesadilla para mí" —siguió diciendo—. "El ruido de una gran ciudad me molesta desmedidamente. El alboroto de los niños en la casa ya es bastante malo, pero el fragor de la ciudad con sus autobuses, autos y tranvías, el martilleo continuo en la construcción de nuevos edificios, los vecinos con sus estrepitosas radios, toda esta horrorosa cacofonía de ruido es sumamente destructiva y quebrantadora. No puedo adaptarme a ella. Me trastorna la mente, y aun físicamente me tortura. Por la noche meto algo en los oídos, pero aun entonces sé que el ruido está ahí. Todavía no soy del todo un 'caso', pero llegaré a serlo si no hago algo para remediarlo".

¿Por qué creéis que el ruido está teniendo un efecto así sobre vos? ¿No están relacionados entre sí el ruido y la quietud? ¿Hay ruido sin quietud?

"Lo único que sé es que el ruido en general casi me está volviendo loco".

Suponed que oís el persistente ladrido de un perro por la noche. ¿Qué ocurre? Ponéis en movimiento el mecanismo de resistencia, ¿verdad? Lucháis contra el ruido del perro. ¿Indica sensibilidad la resistencia?

"Yo tengo muchas luchas de éstas, no sólo con el ruido de los perros, sino con el de las radios, el de los niños en la casa, etc. Vivimos resistiendo, ¿no?"

¿Oís realmente el ruido, o solamente os dais cuenta de la perturbación que crea en vos, y a la cual resistís?

"No os comprendo bien. El ruido me perturba, y uno naturalmente resiste a la causa de su perturbación. ¿No es natural esta resistencia? Resistimos casi todo lo que es penoso o doloroso".

Y al mismo tiempo nos ponemos a cultivar lo placentero, lo bello; a eso no lo resistimos, de eso queremos más. Sólo resistimos lo desagradable, las cosas perturbadoras.

"Pero, como dije ¿no es eso muy natural? Todos nosotros lo hacemos instintivamente".

Yo no digo que sea anormal; es así, un hecho diario. Pero, al resistir lo desagradable, lo feo, lo perturbador, y aceptar sólo lo que es placentero, ¿no creamos constante conflicto? Y ¿no contribuye el conflicto al embotamiento, a la insensibilidad? Este proceso dual de aceptación y oposición vuelve a la mente egocéntrica en sus sentimientos y actividades, ¿no es así?

"Pero, ¿qué va uno a hacer?"

Comprendamos el problema, y tal vez esa comprensión produzca su propia acción, en la cual no hay resistencia ni conflicto. ¿No vuelve a la mente egocéntrica, y por consiguiente insensible, tanto el conflicto interno como el externo?

“Creo comprender lo que queréis decir con la palabra ‘egocéntrica’, pero, ¿qué entendéis por sensibilidad?”

Sois sensible a la belleza, ¿verdad?

“Esa es una de las maldiciones de mi vida. Es casi doloroso para mí el ver algo bello, contemplar una puesta de sol en el mar, o la sonrisa de un niño, o una bella obra de arte. Me trae lágrimas a los ojos. Por otra parte, aborrezco la suciedad, el ruido y el desorden. A veces apenas puedo soportar el salir a las calles. Los contrastes me laceran por dentro, y, creedme, no exagero”.

Pero ¿hay sensibilidad cuando la mente se deleita con lo bello y se horroriza de lo feo? Ahora no estamos considerando lo que es belleza ni lo que es fealdad. Cuando existe este contrastante conflicto, esta elevada apreciación de lo uno y resistencia contra lo otro, ¿hay acaso sensibilidad? Por cierto, donde hay conflicto, fricción, ¿hay distorsión cuando os inclináis hacia la belleza y os asustáis de la fealdad? Al resistir el ruido, ¿no estéis cultivando la insensibilidad?

“Pero ¿cómo va uno a aguantar lo que es horroroso? No podemos tolerar un mal olor, ¿verdad?”

Existe la suciedad y la inmundicia de una calle de ciudad, y la belleza de un jardín. Ambos son hechos, cosas reales. Al resistir a uno, ¿no os volvéis insensibles para el otro?

“Veo que queréis decir. Pero luego ¿qué?”

Sed sensible a ambos hechos. ¿Habéis tratado alguna vez de escuchar el ruido, escucharlo como escucharíais la música? Pero quizá nunca escuchamos nada en absoluto. No podéis escuchar lo que oís si lo resistís. Para escuchar hace falta atención, y donde hay resistencia no hay atención.

“¿Cómo voy a escuchar con lo que llamáis atención?”

¿Cómo miráis un árbol, un hermoso jardín, el sol reflejado en el agua, o una hoja agitada por el viento?

“No lo sé. Simplemente, me gusta mirar tales cosas”.

¿Sois consciente de vos mismo cuando miráis algo de esa manera?

“No”.

Pero si cuando resistís lo que veis.

“Lo que me pedís es que escuche el ruido como si lo amase ¿no? Bueno, pues yo no lo amo, y no creo que sea posible jamas amarlo. No podéis amar a un tipo feo, brutal”.

Eso es posible y se ha hecho. No sugiero que améis el ruido; pero, ¿no es posible liberar la mente de toda resistencia, de todo conflicto? Toda forma de resistencia intensifica el conflicto, y este contribuye a la insensibilidad; y cuando la mente es insensible, entonces la belleza es una evasión de la fealdad. Si la belleza no es más que un opuesto, **no es belleza**. El amor no es lo opuesto del odio. El odio, la resistencia, el conflicto, no engendran amor. El amor no es una actividad autoconsciente. Es algo que esta fuera del campo de la mente. Escuchar es un acto de atención, como lo es el observar. Si no condenáis el ruido, descubriréis que deja de perturbar la mente.

“Empiezo a comprender lo que queréis decir. Lo ensayaré cuando salga de esta habitación”.

LA CUALIDAD DE LA SENCILLEZ

Las montañas lavadas por la lluvia centelleaban bajo el sol de la mañana, y el cielo que se veía tras de ellas estaba muy azul. El valle, lleno de árboles y arroyos, estaba en lo alto, entre las montañas; no vivía allí mucha gente, y tenía la pureza de la soledad. Había cierto número de edificios blancos con techado de bálago, y muchas cabras y vacas; pero el lugar estaba apartado del camino, y de ordinario no llegaba uno por allí si no lo conocía o no le habían hablado de su existencia. A su entrada pasaba un camino sin polvo, y por regla general nadie iba a aquel valle sin un fin determinado. Estaba intacto, apartado y lejano, pero aquella mañana parecía especialmente puro en su soledad, y las lluvias habían lavado el polvo de muchos días. Las peñas de las laderas todavía estaban mojadas bajo el sol matinal, y los cerros mismos parecían estar observando, esperando. Estas montañas se extendían de este a oeste, y el sol salía y se ponía entre ellas. Había una que se alzaba contra el cielo azul como un templo esculpido en la roca viva, cuadrada y espléndida. Un sendero serpenteaba de un extremo a otro del valle, y en cierto punto a lo largo de este sendero podía verse la colina esculpida. Situada más allá que las otras, era más oscura, más maciza, impregnada de gran fortaleza. Al lado del sendero murmuraba suavemente un arroyo, avanzando hacia el este, hacia el sol, y los anchos pozos se encontraban llenos de agua, que era la esperanza para el verano y para después. Innumerables ranas hacían gran ruido todo a lo largo de aquel tranquilo arroyo, y una gran serpiente cruzó el sendero; no iba apresurada, se movía perezosamente, dejando una huella en la blanda y húmeda tierra. Al percibir la presencia humana, se paró, sacando y metiendo en su puntiaguda boca la negra lengua bífida. Al poco rato reanudó su marcha en

busca de alimento, y desapareció entre los arbustos y la alta hierba ondulante. Era una encantadora mañana, y era agradable estar bajo un gran árbol mango que se alzaba junto a un pozo abierto. La fragancia de las hojas recién lavadas estaba en el aire, así como el aroma del mango. El sol no penetraba a través de las grandes hojas, y podía uno estar allí sentado largo tiempo en una gran piedra que aun estaba húmeda.

El valle estaba en soledad, lo mismo que el árbol. Aquellas colinas eran de las más viejas de la tierra, y así también ellas sabían lo que es estar solo y apartado. El aislamiento es triste, con el creciente deseo de estar relacionado, de no estar separado; pero esta sensación de soledad, este estar solo, estaba en relación con todo, participaba de todas las cosas. No os dabais cuenta de estar solo, porque ahí se hallaban los árboles, las rocas, el agua murmurante. Vosotros sólo os dais cuenta de vuestro aislamiento, no de vuestra soledad; y cuando sois conscientes de vuestra soledad, os convertís en solitarios. Las colinas, los arroyos, ese hombre que pasaba, todos formaban parte de esta soledad cuya pureza encerraba en sí misma toda impureza, y no era manchada por ella. Pero la impureza no podía compartir esta soledad. Es la impureza la que conoce el aislamiento, la que está cargada con el dolor y la pena de la existencia. Sentado allí bajo el árbol, con grandes hormigas que os cruzaban las piernas, en esa soledad inmensurable estaba el movimiento de las edades sin—tiempo. No era un movimiento que cubriera el espacio, sino un movimiento dentro de si mismo, una llama dentro de la llama, una luz dentro de la vacuidad de la luz. Era un movimiento que nunca cesaría, porque no tenía comienzo, y así no había ninguna causa para terminar. Era un movimiento que no tenía dirección, y por eso cabria el espacio. Allí, bajo el árbol, todo el tiempo permanecía quieto, como las colinas, y este movimiento lo cubría e iba más allá; así el tiempo nunca podría alcanzar a este movimiento. La mente nunca podría tocar ni su borde; pero la mente era ese movimiento. El observador no podía correr con él, porque sólo era capaz de seguir su propia sombra y las palabras que la revestían. Más, bajo aquel árbol, en esa unitotalidad, no existían el observador y su sombra.

Los pozos estaban todavía llenos, las colinas aun vigilaban y esperaban. Los pájaros aun salían y entraban volando por entre las hojas.

En la soleada habitación estaban sentados un hombre y su esposa, con un amigo. No había sillas, sino sólo una estera de paja en el suelo, y todos nos sentamos en torno de ella. De las dos ventanas, una deba a un muro liso, azotado por la intemperie, y por la otra se veían algunos arbustos que necesitaban riego. Uno estaba en flor, pero sin aroma. Los esposos eran bastante ricos, y habían criado hijos que ahora vivían sus propias vidas. El estaba retirado, y tenían una pequeña propiedad en el campo. Rara vez venían a la ciudad, dijo él, pero habían venido especialmente para oír las pláticas y discusiones. Durante las tres semanas de las reuniones no se había hablado de su particular problema, y por eso estaban aquí. Su amigo, un hombre de edad, de pelo gris y algo calvo, vivía en la ciudad. Era un conocido abogado, con mucha práctica profesional.

"Ya sé que no aprobáis nuestra profesión y a veces creo que tenéis razón" —dijo el abogado—. "Nuestra profesión no es lo que debía ser, pero ¿qué profesión lo es? Las tres profesiones de abogado, militar y policía son, como decís, perjudiciales para el hombre, y una desgracia para la sociedad. Y yo incluiría al político. Como estoy en ella, no puedo, tan tarde, dejarla, aun que he pensado mucho sobre el asunto. Pero no estoy aquí para hablar sobre esto, aunque me gustaría mucho aprovechar otra oportunidad para hacerlo; he venido con mis amigos porque su problema me interesa a mí también".

"Queremos hablar de algo un poco complejo, por lo menos tal como yo lo veo" —dijo el marido—. "Mi amigo abogado y yo hemos estado interesados durante muchos años en cuestiones religiosas: no en el mero ritualismo y creencias convencionales, sino en algo mucho más importante que las ordinarias exterioridades de las religiones. Por lo que a mí toca, puedo decir que he meditado durante algunos años sobre diversas cuestiones relativas a la vida interna, y siempre me encuentro deambulando en un círculo vicioso. Por ahora no quiero hablar sobre lo que implica la meditación, sino abordar la cuestión de la sencillez. Creo que uno tiene que ser sencillo, pero no estoy seguro de saber lo que es la sencillez. Como la mayoría de las personas, soy un ser muy complejo; y, ¿es posible llegar a ser sencillo?"

Llegar a ser sencillo es continuar en la complejidad. No es posible llegar a ser sencillo, pero podemos abordar la complejidad con sencillez.

"Pero ¿cómo puede la mente, que es muy compleja, abordar con sencillez ningún problema?"

Ser sencillo y llegar a ser sencillo son dos procesos enteramente distintos, y cada uno de ellos va en una dirección diferente. Sólo cuando termina el deseo de llegar a ser, existe la acción de ser. Pero antes de entrar en todo eso, ¿se puede preguntar por qué creéis que debéis tener la cualidad de la sencillez? ¿Cuál es el motivo que está detrás de este apremio?

"Realmente no lo sé. Pero la vida se va volviendo cada vez más complicada; hay más lucha, con creciente indiferencia y mayor superficialidad. La mayoría de la gente vive en la superficie y hace mucho ruido sobre ella; y mi propia vida no es muy profunda; creo, pues, que debo volverme sencillo".

¿Sencillo en cosas externas, o interiormente?

"De las dos maneras".

La manifestación externa de austeridad —el tener pocas ropas, tomar sólo una comida al día, prescindir de las comodidades ordinarias, etc.—. ¿Es indicio de sencillez?

"La austeridad exterior es necesaria, ¿no?"

Vamos a descubrir ahora la verdad o la falsedad de eso. ¿Creéis que es sencillez el tener la mente atiborrada con creencias, con deseos y sus contradicciones, con la envidia y la búsqueda de poder? ¿Hay sencillez cuando la mente se ocupa de su propio progreso en la virtud? ¿Es sencilla una mente ocupada?

"Presentado así, parece evidente que esa no es una mente sencilla. Pero ¿cómo puede nuestra mente ser purgada de sus acumulaciones?"

No hemos llegado a eso todavía ¿verdad? Vemos que la sencillez no es cuestión de expresión externa, y que mientras la mente esté atiborrada de conocimientos, experiencias, recuerdos, no es verdaderamente sencilla. ¿Entonces, qué es la sencillez?

"Dudo que pueda yo dar una correcta definición. Estas cosas son muy difíciles de expresar en palabras".

No estancos buscando una definición ¿verdad? Encontraremos las palabras adecuadas cuando tengamos el sentimiento de la sencillez. Como veis, una de nuestras dificultades es que tratamos de encontrar una adecuada expresión verbal, sin tener el sentimiento de la cualidad, lo íntimo de la cosa. ¿Sentimos jamás algo directamente? ¿O lo sentimos todo a través de las palabras, de los conceptos y definiciones? ¿Miramos alguna vez un árbol, el mar, el cielo, sin formar palabras, sin hacer una observación sobre ellos?

"Pero ¿cómo va uno a sentir la naturaleza o la cualidad de la sencillez?"

¿No os impedís vos mismo el sentir su naturaleza, al pedir un método que lo permita? Cuando tenéis hambre y hay alimentos ante vos, no preguntáis cómo vais a comer. Sencillamente coméis. El "cómo" siempre es una digresión del hecho. El sentimiento de la sencillez no tiene nada que ver con vuestras opiniones, palabras y conclusiones sobre ese sentimiento.

"Pero la mente, con sus complejidades, siempre está interponiendo lo que cree saber sobre la sencillez".

Cosa que le impide estar con el sentimiento. ¿Habéis tratado alguna vez de estar con un sentimiento?

"¿Qué entendéis por estar con un sentimiento?"

Con un sentimiento de placer estáis, ¿no es así? Habiéndolo saboreado, tratáis de aferraros a él, os ingeniáis para continuar con él, etc. Ahora bien, ¿puede uno permanecer con el sentimiento que representa la palabra "sencillez"?

"No creo que yo sepa lo que es ese sentimiento, de modo que no puedo estar con él".

¿Existe el sentimiento aparte de las reacciones despertadas por esa palabra "sencillez"?

¿Existe el sentimiento separado de la palabra, del término, o son ellos inseparables? El sentimiento mismo y el nombrarlo son casi simultáneos ¿verdad? La palabra es siempre compuesta, construida, pero el sentimiento no; y es muy arduo separar el sentimiento de la palabra.

"¿Es posible jamás tal cosa?"

¿No es posible sentir intensamente, con pureza, sin contaminación? Es relativamente fácil sentir intensamente acerca de algo: de la familia, del país, de una causa. Intenso sentimiento o entusiasmo puede surgir cuando nos identificamos con una creencia o una ideología, por ejemplo. Sabemos esto. Podemos ver una bandada de pájaros blancos en el cielo azul, y desmayarnos casi con el intenso sentimiento de tal belleza, o podemos retroceder con horror ante la crueldad del hombre. Todos estos sentimientos son despertados por una palabra, una escena, un acto, un objeto. Pero ¿no existe una intensidad de sentimiento sin un objeto? ¿Y no es ese sentimiento incomparablemente grande? ¿Es entonces un sentimiento, o algo enteramente distinto?

"Temo no saber de qué estáis hablando, señor. Espero que no os moleste que os lo diga".

Nada de eso. ¿Hay un estado sin causa? Si lo hay, ¿podemos entonces palparlo, no verbal o teóricamente, sino darnos cuenta de hecho de ese estado? Para darse cuenta tan agudamente, tienen que cesar del todo la verbalización en cualquier forma que sea, y toda identificación con la palabra, con la memoria. ¿Hay un estado sin causa? ¿No es el amor ese estado?

"Pero el amor es sensual, y más allá de eso él es divino".

De nuevo estamos en la misma confusión ¿verdad? Dividir el amor en **esto** y **aquello** es mundano; de esta división se saca provecho. Amar sin el cerco verbal—moral en torno es el estado de compasión, que no es suscitado por un objeto. El amor es acción, y todo lo demás es reacción. Un acto nacido de la reacción sólo engendra conflicto y dolor.

"Si puedo decirlo así, señor, todo esto está fuera de mi alcance. Voy a ser sencillo, y entonces tal vez comprenda lo profundo".

ÍNDICE

Última Página

Krishnamurti nació en la India del Sur en 1895 y se educó principalmente en Inglaterra. Su mentalidad vigorosa y su espíritu dispuesto a prodigar sus conocimientos en beneficio de la humanidad, le permitieron desarrollar una actividad magistral realmente deslumbrante.
Con excepción de tres libros de poemas y del relato de una experiencia personal, publicados hace muchos años, los libros de Krishnamurti anteriores al presente —sin excluir **La Libertad Primera y Última**— fueron versiones taquigráficas de las charlas y disertaciones pronunciadas por él en diferentes lugares y países.
Viajó extensamente por Europa, India y América. En todas partes, hombres y mujeres, en forma espontánea y libre,
le plantearon los problemas de sus variadas vidas. En ningún instante dudó en prodigarse con su modo peculiar de expresión, ajeno absolutamente al huero artificio retórico.
La palabra de Krishnamurti es verdaderamente inspirada. No necesita forzar el lenguaje para transmitir conceptos rotundos. Su hondura espiritual trasciende los límites de lo que habitualmente conocemos y nos permite internarnos en el trasfondo de las más variadas especulaciones sin que lo difícil siga siendo difícil en boca del Maestro. No en vano Krishnamurti goza de tan reconocido prestigio internacional, más allá de toda propaganda enderezada a exaltar su persona. Él no necesita estos medios para perpetuar su nombre. Su palabra invita a la meditación. Es consejo, es guía, es luz…
Quienes no tienen la fortuna de entablar una directa conversación con el Maestro, hallarán en estas páginas la posibilidad de tomar contacto con él y de percibir la magia de su pureza conceptual, de su fascinante influjo y de su maravillosamente espiritual enfoque de las realidades del universo que nos rodea…

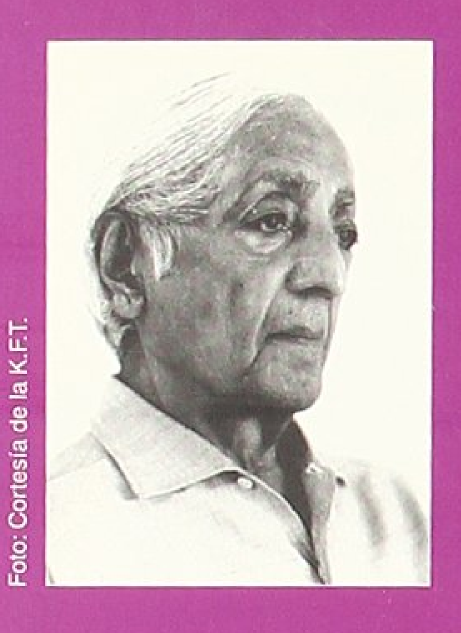


Foto: Cortesía de la K.F.T.

Aldous Huxley animó a Krishnamurti a que escribiera estos comentarios sobre la vida, que consisten en una serie de diálogos con seres humanos ordinarios. Estos encuentros, que tuvieron lugar en diferentes parajes de la India, Europa y América, son a la vez intensos y clarificadores. En ellos, la aguda inteligencia de Krishnamurti investiga y desvela los comportamientos del "yo", y nos ayuda a restablecer la antigua certeza de que los seres humanos son capaces de completarse a sí mismos, no a través de ningún agente externo o de la fe, sino prestando la debida atención y sabiendo escuchar.

Comentarios sobre el vivir es un libro ya clásico y que presenta un nuevo género de escritura. Es una combinación de descripciones líricas de la naturaleza, reflexiones filosóficas y percepciones psicológicas directas, todo ello imbuido de una profunda sensibilidad religiosa, y expresado en una prosa lúcida y de enorme interés.

Jiddu Krishnamurti ha sido uno de los filósofos más aclamados y carismáticos del siglo XX, cuyas conferencias y escritos han inspirado a miles de personas.